



PAUL DOHERTY

EL ATEO



LOS MISTERIOS DE ALEJANDRO MA

2

Lectulandia

Al entrar Alejandro Magno en la ciudad de Efeso, el éxito de su campaña se ve empañado por una serie de misteriosos y violentos asesinatos, obra al parecer de un espía persa.

De nuevo Telamón será una pieza clave para esclarecer los acontecimientos, y la naturaleza misma de Alejandro Magno, su talento como histrión, su sagacidad y sus inesperados cambios de humor se convierten en el mayor obstáculo para resolver el caso.

**Lectulandia**

Paul Doherty

# **El ateo**

**Los misterios de Alejandro Magno - II**

ePub r1.0

pepitogrillo 01.02.16

Título original: *Godless Man*  
Paul Doherty, 2002  
Traducción: Petunia Díaz

Editor digital: pepitogrillo  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para la familia Clooney, con mis mejores deseos

# EL MUNDO GRIEGO 334 a.C.



## Nota del autor

Los sucesos transcurridos en Efeso en el verano del año 334 a. C. y el brillante ataque de Alejandro sobre el poderoso puerto de Mileto acontecieron tal como aparecen descritos en esta novela. La guerra civil de Efeso, probablemente la más amarga de cuantas Alejandro presencié durante sus campañas en Asia Menor, ha sido la fuente de inspiración de esta obra. Según queda recogido en diversos documentos históricos, Alejandro permitió que la masacre continuara antes de intervenir y poner fin a las peleas en las calles. En cuanto al ataque de Mileto, fuentes primarias (especialmente la de Arriano) apuntan simplemente que Alejandro «atravesó» libremente la primera línea de defensa de Mileto, lo que sugiere que tuvo lugar una acometida tan brutal y repentina como cualquier bombardeo de las guerras de hoy en día. La neutralización de la flota persa por parte de Alejandro también aparece descrita con detalle. El macedonio bloqueó el puerto con sus pequeños escuadrones mientras sus tropas de tierra cortaban el único suministro de agua fresca disponible. Esto forzó la retirada de la flota persa y Mileto cayó en manos de Alejandro. Memnón escapó y muchas de sus tropas consiguieron llegar por mar a las isletas rocosas del puerto, donde les ofrecieran honorables términos de rendición que se vieron obligados a aceptar.

Las teorías médicas mencionadas en esta novela se basan en extractos de anotaciones de Hipócrates de Cos, así como en otras fuentes primarias. Los médicos griegos puede que no entendieran toda la complejidad del cuerpo humano, pero eran observadores muy perspicaces. Médicos como Telamón viajaron por todo el mundo conocido adquiriendo conocimientos de distintas fuentes.

Alejandro era un personaje camaleónico. Actor consumado, deliberadamente engañaba a su propia corte y al enemigo. Así lo hizo en la batalla de Gránico y de nuevo en su memorable campaña contra Mileto. Calificado por Hegel como una de las grandes figuras de la historia, Alejandro fue una estrella fugaz cuya vida y hazañas todavía nos fascinan miles de años después de su muerte. Estaba fuertemente influenciado por sus padres: su relación paterno-filial se puede describir simplemente como de amor y odio. Adoraba a Filipo y a Olimpia pero la constante enemistad entre ambos causó estragos psicológicos en su personalidad. Alejandro era un griego que quería ser persa, un hombre que creía en la democracia y, al mismo tiempo, ejercía la autocracia como cualquier emperador. Podía ser generoso hasta límites insospechados, magnánimo y compasivo, pero, cuando cambiaba de humor, atacaba de una manera absolutamente salvaje y despiadada. El destino de Tebas y el de los mercenarios de Memnón después de la batalla del Gránico ponen de manifiesto este lado oscuro de su carácter. En ocasiones podía comportarse de modo infantil, confiado e inocente, pero sobre todo concebía la vida como una gran aventura.

La relación del rey con el pintor Apeles, descrita en la novela, está basada en una fuente fidedigna. Durante su estancia en Efeso, Apeles pintó a Alejandro. En nuestros días está considerado como uno de los grandes artistas del mundo antiguo. Alejandro

le trataba como a un igual y constantemente le aleccionaba sobre su técnica pictórica. Finalmente, Apeles se encaró con él señalando que hasta sus propios ayudantes se reían de la falta de conocimiento artístico del rey macedonio. Alejandro aceptó en parte aquella reprimenda y permitió que Apeles siguiera ejerciendo su genio, evitando importunarle con sus críticas.

Alejandro creía firmemente en la leyenda que decía que un pirómano había incendiado el Templo de Artemisa en Efeso la noche de su nacimiento. Quedó profundamente consternado cuando el nuevo gobierno de dicha ciudad rechazó su generosa oferta de reconstruir el templo con dinero de su propio tesoro; sin embargo, nunca tomó represalias.

Alejandro era un amigo y compañero fiel. Una vez daba su palabra, la mantenía contra viento y marea. Restauró un gobierno democrático en Efeso en el que procuró no interferir. Sentía pasión por la poesía, especialmente por la *Ilíada* de Homero y, gracias a su tutor, Aristóteles, un profundo interés por la naturaleza. Podía ser supersticioso hasta el punto de comportarse como un neurótico, pero siempre mostraba una valentía y un arrojo personal impresionantes; así lo demostró en la acometida contra Mileto. Su genio como militar y líder quizá no haya sido superado aún por nadie y, sin embargo, era capaz de reírse de sí mismo e incluso de demostrar humildad.

Su afición a la bebida también ha sido motivo de acaloradas discusiones. Algunas autoridades, tales como Curcio Rufo, afirman que era un borracho dado a arrebatos suicidas. Aristóbulo, su amigo íntimo, citado por Arriano, sostiene que la participación de Alejandro en aquellas juergas no se debía tanto a su afición al vino, sino al deseo de compartirlo todo con sus amigos. En cualquier caso, Alejandro tenía sus defectos y sus virtudes y el vino los sacaba a relucir. Tal vez eso explica la continua fascinación que sentimos por Alejandro: no sólo por sus grandes victorias y hazañas, sino también por su personalidad, que, a veces, resume lo mejor y lo peor del ser humano.

# Personajes históricos mencionados en el texto

## La Casa de Macedonia

---

FILIPO:	Rey de Macedonia hasta su asesinato en el año 336 a. C. Padre de Alejandro.
OLIMPIA DE MOLOSSUS (Nacida en Mirtale):	Esposa de Filipo, madre de Alejandro. Corregente de Macedonia durante la conquista de Persia por Alejandro.
EURÍDICE:	Esposa de Filipo después de que él se divorciara de Olimpia. Era sobrina del general favorito del rey, Attalo. Eurídice, su bebé y Attalo fueron ejecutados después de la muerte de Filipo.
ARRIDEO:	Hijo de Filipo y una de sus concubinas, envenenado por Olimpia. Sobrevivió, pero discapacitado psíquico durante el resto de su vida.

## La corte de Macedonia

---

CLEITO EL NEGRO:	Hermano del ama de cría de Alejandro. Guardaespaldas personal de Alejandro.
HEFESTIÓN:	Compañero inseparable de Alejandro.
ARISTANDRO:	Nigromante de la corte y consejero de Alejandro.
ARISTÓTELES:	Tutor de Alejandro en los olivares de Mieza; filósofo griego.

«impiedad», fue obligado a beber veneno.

PAUSANIAS:	Asesino de Filipo de Macedonia.
APELES:	Artista efesio, pintor de la corte de Alejandro.

### **Los generales de Alejandro**

---

PARMENIO

PTOLOMEO

SELEUCO

AMINTAS

ANTÍPATRO: (nombrado corregente en Macedonia)

NEARCO. (almirante en Nicanor)

### **La corte de Persia**

---

DARÍO III: Rey de Reyes.

ARSITES: Sátrapa de Frigia. Comandante en jefe del ejército persa en el río Gránico. Ejecutado posteriormente por Memnón.

MEMNÓN DE RODAS: Un mercenario griego al servicio de Persia, uno de los pocos generales que derrotó a las tropas macedonias.

CIRO Y JERJES: Antiguos grandes emperadores persas.

BAGOAS: Visir ejecutado por Darío III.

### **Los escritores**

---

ARISTÓFANES,  
EURÍPIDES Y  
SÓFOCLES:

- HOMERO: Celeberrimo autor de la *Ilíada* y la *Odisea*.
- DEMÓSTENES: Demagogo griego, ardiente opositor de Alejandro.
- HIPÓCRATES DE COS: Médico y escritor griego, considerado el padre de la medicina.

### **La mitología griega**

---

- ZEUS: Dios supremo.
- HERA: Su esposa.
- APOLO: Dios del Sol.
- ARTEMISA: Diosa de la Caza.
- ATENEA: Diosa de la Guerra.
- HÉRCULES: Semidiós. Uno de los famosos antepasados de Alejandro.
- ESCULAPIO: Semidiós. Un gran sanador.
- EDIPO: Trágico héroe y rey de Tebas.
- DIONISIO: Dios del vino.
- ENYALIOS: Antiguo dios de la Guerra macedonio.
- CENTAUROS: Mitad hombres, mitad bestias, supuestamente habitaban en Tesalia y Tracia en el paso fronterizo con los estrechos de Asia. Según la leyenda, fueron aniquilados por el semidiós Hércules. Neso fue el último de su tribu.

HIDRA:	Serpiente venenosa según la leyenda griega.
MEDUSA:	Temible diosa de la leyenda griega.

### **Dioses de Persia**

---

AHURA MAZDA:	Dios supremo, Señor del Fuego, de la Llama Escondida.
AHRIMÁN:	Señor de la Oscuridad.

## Prefacio

**E**n el año 336 a. C., Filipo de Macedonia murió súbitamente en su momento de mayor gloria, asesinado por un antiguo amante cuando iba a ser aclamado por los Estados clientes. Grecia y Persia se complacieron con ello; había que frenar la creciente supremacía de Macedonia. El dedo de la sospecha por el asesinato de Filipo señaló directamente a su artera esposa —Olimpia, la «Reina Bruja»— y a su único hijo, el joven Alejandro, a quien Demóstenes de Atenas despreció por «mocososo». Los enemigos de Macedonia se ilusionaban con la perspectiva de una guerra civil que destruiría al joven heredero y a su madre y acabaría con cualquier amenaza a los Estados griegos y con la expansión del imperio persa de Darío III. Alejandro no tardaría en desengañarlos a todos. Actor consumado, político astuto, despiadado guerrero y brillante general, en el plazo de dos años Alejandro aplastó toda oposición en su reino, venció a las tribus salvajes del norte y se autoproclamó capitán general de Grecia. Se convertiría en el líder de una nueva cruzada contra Persia, justo castigo por los ataques a Grecia de Ciro el Grande y sus sucesores un siglo antes.

Con la total destrucción de Tebas, el hogar de Edipo, Alejandro demostró que no toleraría ninguna oposición.

Luego se volvió hacia el este. Asumió la misión de vengar las afrentas sufridas por los griegos. En secreto, Alejandro deseaba satisfacer sus ansias de conquista, de marchar hasta el fin del mundo, de demostrar que era más hombre que Filipo, de ganar el favor divino y, también, de confirmar la convicción transmitida por su madre: que su concepción se debía a la intervención divina.

Alejandro reunió a su ejército en Sestos mientras, al otro lado del Helesponto, Darío III, su siniestro jefe de espías Mitra y sus generales planeaban la destrucción total de este advenedizo macedonio. Alejandro, sin embargo, estaba dispuesto a una guerra definitiva.

Se adentró en Asia y destruyó al ejército persa en la batalla del Gránico. Marchó hacia el sur, capturando ciudades estratégicas pero siempre buscando un puerto para su flota. Entonces Alejandro tomó el «Efeso Dorado». Como muchas ciudades griegas, situadas en el continente y también en el Imperio Persa, Efeso estaba gobernada por una política partisana: la de los ricos conservadores oligarcas que apoyaban el mandato persa y se oponían a los demócratas. Alejandro se metió en aquel estremecedor torbellino de violencia, intriga y traición. Darío y Mitra se limitaron a observar: tal vez Alejandro acabaría por enredarse en la sangrienta política de Efeso y olvidaría sus sueños de guerra entre los lujos de aquella opulenta ciudad. En secreto, los persas y los griegos conspiraban los unos contra los otros. Darío esperaba atrapar y destruir a Alejandro de una vez por todas, mientras el capitán general de Grecia buscaba el modo de escapar de aquella trampa tendida a su

alrededor...

## Prólogo

«Alejandro llegó a Efeso en tres días... El pueblo, liberado del miedo a sus políticos, ardía en deseos de matar a los hombres instaurados por Memnón».

Arriano, *Las campañas de Alejandro*, libro 1, capítulo 18.

**E**n el magnífico Efeso, ciudad de Artemisa de los griegos y de la diosa persa Anahita, habitaban ahora la muerte y la violencia. Descrita en una ocasión como «joya de plata resplandeciente bajo el sol dorado», Efeso se había convertido en el campamento de Ares, dios de la Guerra. Columnas de humo negro se elevaban hacia el cielo azul, extendiéndose como un paño mortuario sobre la grandiosa ciudad de Darío, Rey de Reyes. Había llegado el momento de ajustar cuentas, de poner fin a rencores y agravios, a muertes horribles y carnicerías sin sentido. Los cadáveres cubrían las anchas avenidas a cuyos lados se alzaban olivos y plataneros. El brillo verde y grisáceo de los cipreses se veía empañado por las vacilantes llamas y la acritud del humo. Ningún lugar estaba a salvo. Los vivos seguían cometiendo ofensas incluso con los muertos; en los grandes cementerios al oeste de la ciudad, las magníficas tumbas, ornamentadas con toros de bronce o jarrones de mármol de cuello largo, habían sido objeto de saqueos y pillajes. Desenterraban los cadáveres para luego quemarlos o colgarlos en los árboles de los alrededores. El odio corría como un río por toda la ciudad. Los poderosos, los oligarcas, construían barricadas en sus puertas y fortificaban los muros de sus mansiones. Otros, depositando su confianza en los dioses, se habían refugiado en lugares sagrados. Después de subir corriendo las escaleras, habían atravesado los pórticos de las entradas de los templos y finalmente se habían echado a los pies de las estatuas de los dioses, que contemplaban con su mirada pétrea a aquellos refugiados que huían de la maldad de sus propios ciudadanos. El árido olor del mercado a fruta y carne, a especias y hierbas, se mezclaba con el del hierro manchado de sangre y con el de la carne en descomposición. Las casas estaban vacías: las puertas que daban a los patios estaban abiertas de par en par. Los saqueadores se bañaban en las fuentes o descansaban bajo las columnas cubiertas de parras.

La causa de todo aquel horror fue la súbita huida de las tropas persas. Mensajeros cubiertos de polvo habían llegado a la ciudad gritando que Alejandro de Macedonia, el bárbaro del otro lado del mar, había aniquilado al ejército persa en el río Gránico. La victoria se había proclamado en el sur, extendiéndose por toda la costa jónica de ciudad en ciudad. Sardes, con sus enormes murallas y sus altísimas puertas de bronce, había caído como un higo maduro: su comandante persa se entregó al conquistador y le ofreció las llaves de la ciudad y el tesoro imperial.

Las noticias pronto llegaron como una nube tormentosa a la ciudad de Efeso. Alejandro, rey de Macedonia, capitán general de Grecia, conquistador de los ejércitos

persas, estaba en camino para reclamar lo que era suyo. Las rivalidades y tensiones habían aflorado como la suciedad en el agua clara. Las dos poderosas facciones políticas se alzaron para luchar como guerreros, deseosas de ajustar cuentas. Los ricos y poderosos, los oligarcas (que habían colaborado con los mandos persas), tuvieron que hacer frente a la furia de los demócratas, que creían que por fin les había llegado el momento de la venganza. Dos años antes, el general macedonio Parmenio había sido enviado por Filipo, el padre de Alejandro, al otro lado del Helesponto para crear una cabeza de puente. Parmenio atacó Efeso con la velocidad del rayo, desterró a los oligarcas del poder y colocó en su lugar a los demócratas. Hizo alzar una estatua de Filipo en el templo inacabado de Artemisa, pero finalmente se retiró cuando los persas contraatacaron. Los oligarcas volvieron a hacerse con el poder: destruyeron la estatua de Filipo y se desencadenaron sangrientas represalias contra los demócratas. Ahora el destino hacía girar de nuevo la rueda. Por fin había llegado la hora del macedonio. Huidas las tropas persas, el grito de «¡Enyalios!, ¡Enyalios!, ¡Enyalios!», el nombre del antiguo dios macedonio de la Guerra, se escuchó por todas las calles de Efeso. Se desenterraron las armas, la multitud de los barrios se hizo con ellas y empezó la represalia.

El ojo del huracán, el lugar escogido para las sangrientas ejecuciones, fue la espaciosa ágora, en el mercado de la ciudad. En un extremo se alzaba el templo inacabado de Artemisa, que había sido misteriosamente incendiado la noche que nació Alejandro de Macedonia. A ambos lados de la plaza se encontraban los edificios municipales y en el otro extremo se hallaba el gran pórtico, la Columnata Pintada donde, en tiempos más tranquilos, los efesios paseaban y disfrutaban del perfume de las flores en sus macetas, admiraban los ornamentados estanques resplandeciendo frente a los edificios de mármol y se deleitaban con la fragancia del loto en flor. Ahora todo aquello había desaparecido. Los cadáveres, con la sangre saliéndoles a borbotones de las heridas, flotaban, boca abajo, en los estanques. Cuerpos con los cuellos retorcidos se balanceaban bajo las abrazaderas de hierro que en su tiempo habían servido para colgar macetas. El mercado y sus paradas se habían desmantelado y en su lugar se había establecido un tribunal de justicia sumaria. En la Columnata Pintada, los líderes del partido demócrata, Peleo, Agis y Dión, permanecían sentados en tronos detrás de una mesa ancha de caballete; más abajo, armado con su estilo de bronce y una tabla encerada, se sentaba Hesíodo, su secretario y escriba más importante, un platero influyente al que habían convocado para registrar los juicios de aquella improvisada corte. La plaza bañada por el sol y situada al pie de las escaleras estaba abarrotada de gente que hacía tanto de jurado como de verdugo. Los tres jueces permanecían sentados detrás de la mesa mientras aquellos bárbaros traían a los prisioneros. Los juicios eran cortos y brutales.

—¡Este hombre —gritó una voz acusadora— entregó comida y vino a los persas y a los oligarcas!

Las pruebas no eran necesarias, ya que el nombre de la víctima había sido inscrito

hacía tiempo en una lista secreta: la muerte era un final inevitable. El juez Agis, que se había nombrado a sí mismo juez supremo, se puso en pie; era un hombre robusto, con el cuello de un toro y la voz de un orador nato. Entonces gritó a la multitud: «¿Qué decís? ¿Culpable o inocente?».

La respuesta era siempre la misma: «¡Culpable, culpable, culpable! ¡Muerte, muerte, muerte!».

El desafortunado era retirado a toda prisa y según el capricho de los verdugos lo colgaban de una de las abrazaderas de hierro, lo decapitaban al pie de las escaleras o le abrían la garganta para luego echar su cuerpo sobre una pila de cadáveres o en un estanque. Las ejecuciones habían empezado justo después del alba. En una de las repisas de la Columnata Pintada habían alineado ya varias cabezas, y el montón de cadáveres decapitados desprendía un fétido olor bajo el sol del mediodía. La sangre corría por doquier, formando charcos oscuros que chorreaban escaleras abajo, siguiendo la hilera de piedras pavimentadas del ágora, manchando las sandalias y los pies descalzados de la multitud.

Las ejecuciones eran contempladas por una unidad de guardas macedonios con sus fajas plateadas, túnicas rojas, enormes escudos de bronce redondos y grebas del mismo color. Llevaban cascos frigios de punta cónica con plumas blancas, símbolo de la unión de élite de los Reales. Ni interferían ni se movían de su posición ventajosa sobre las escaleras cerca del Templo de Artemisa sino que se limitaban a mantener el orden, con los escudos en alto y las lanzas medio inclinadas hacia abajo. A ambos lados de los guardas se habían alineado dos unidades de mercenarios de Alejandro, con sus ornamentados cascos corintios decorados con penachos rojos de crin de caballo, hombres de rostros con barbas y bigotes bien recortados que sostenían fijamente la mirada.

Los soldados de Alejandro empezaron a impacientarse ante tanto derramamiento de sangre. Cuando trajeron a una mujer joven para ser juzgada y se la llevaron poco después para estrangularla, un murmullo de protestas se oyó desde las filas macedonias. Sin embargo, su general Amintas, tenía órdenes muy estrictas.

—Ya os lo he dicho y os lo repito por centésima vez —murmuró a un oficial del estado mayor que se quejaba por lo bajo—, las órdenes del rey son bastante claras. Dejemos que continúe esta carnicería. Sólo intervendremos cuando él lo ordene.

El oficial reprendido dio un paso atrás. Amintas, sosteniendo su casco, contemplaba impertérrito cómo se sucedían aquellos asesinatos judiciales. Las tropas macedonias habían llegado a Efeso la noche anterior y Alejandro se encontraba en aquellos momentos acampando fuera de las murallas de la ciudad. Los líderes demócratas le habían recibido con fruta, vino y guirnaldas, pero exigían muertes a cambio. Venganza era el plato que tanto habían deseado y venganza era lo que se les serviría. Amintas sólo esperaba que Alejandro no tardara demasiado, pues de lo contrario la multitud se descontrolaría. Amintas no quería luchar por recuperar el dominio de la ciudad, no deseaba luchar mano a mano y entrar en cada casa.

—¡Ocupad el templo! —había ordenado Alejandro con un brillo apasionado en sus ojos de color indefinido—. ¡El templo de Artemisa es sagrado para mí pero no los traidores! La sangre debe correr y así será. Sólo intervendréis cuando yo envíe a Telamón.

Amintas se humedeció los labios secos. Sólo deseaba que el médico personal de Alejandro, de cabellos oscuros y tez morena, no tardara demasiado. Telamón, uno de los confidentes y consejeros de mayor crédito de Alejandro, había estado presente cuando se emitió la orden. Él, como otros, habían protestado, pero el Rey insistió: los castigos se llevarían a cabo y sólo bajo sus órdenes tendrían fin. Amintas sintió el calor abrasador y entornó los ojos bajo el sol del mediodía. La noche anterior había comido y bebido más de la cuenta y ahora, bajo el coselete y la falda de cuero, sentía como el cuerpo se le empapaba en sudor haciendo que desapareciera su perfume preferido. Se encaminó hacia la sombra de una columna, se protegió los ojos del sol y miró al otro lado de la plaza. En aquel momento una familia entera estaba siendo juzgada.

—¿Cuándo vendrá? —preguntó el oficial del estado mayor que le había seguido.

—Si no os calláis... —gruñó Amintas. El oficial enmudeció de inmediato.

Al otro lado del ágora, otra figura, oculta en las sombras, observaba las horribles ejecuciones. Vestía como un mendigo, una túnica hecha jirones cubierta por una capa militar y una cogulla que le cubría el rostro. Para cualquier transeúnte curioso, aquél era un mendigo más de los que vagabundeaban por las calles, cubiertos de polvo, pidiendo limosna o rateando lo que podían. Sólo la cadena de plata alrededor del cuello, oculta por aquella gruesa túnica, traicionaba su verdadera identidad. De la cadena colgaba una avispita de plata, el emblema del Centauro, la mítica criatura mitad hombre mitad caballo que había sido aniquilada por el semidiós Hércules, a quien estaba dedicado uno de los templos de aquella ciudad.

El Centauro, como se hacía llamar, observó las ejecuciones sin que su rostro reflejara emoción alguna. Se quedó impassible cuando los hombres, las mujeres y los niños de la familia oligárquica fueron juzgados culpables y arrojados a la plaza para ser ejecutados. Sólo tenía ojos para los jueces. Desde su ventajosa posición pudo estudiar sus rostros. Observó al escriba Hesíodo, gordo y sudoroso, con los ojos negros ocultos bajo los pliegues de grasa. Luego a Agis, envuelto en su túnica blanca, con anillos de plata en los dedos y pulseras en las muñecas que centelleaban cuando movía la mano, haciendo gestos para que trajeran a otro grupo de prisioneros.

Agis, hombre alto con una nariz de pico y carrillos hundidos, llevaba la cabeza afeitada en señal de duelo por los años perdidos. A su lado, Peleo, con su espesa mata de pelo negro, ojos crueles, nariz gordiflona y labios carnosos, era un hombre que disfrutaba cometiendo asesinatos (los parientes de Peleo habían sido masacrados por los oligarcas hacía tan sólo dos años). Y finalmente estaba Dión, el abogado del grupo, de rostro perspicaz y ojos hundidos. Era un joven muy ambicioso. Él también había perdido parientes en la masacre persa. Dión se encontraba presente para otorgar

un tono de legalidad a aquellos actos tan espantosos.

El Centauro se rascó el cuello empapado en sudor y se preguntó si su Señor sería uno de esos jueces sedientos de sangre. Se movió y miró fijamente a los soldados macedonios situados al otro lado. Estaba a punto de regresar al sitio que había ocupado anteriormente, desde donde tenía mejor vista, cuando un grupo de jinetes apareció por una callejuela. El Centauro entrecerró los ojos. Los soldados cabalgaban alrededor de un hombre que vestía túnica blanca y capa azul acompañado por una mujer de cabellos pelirrojos que montaba a su lado. El Centauro había espiado al campamento macedonio y reconoció a los recién llegados. Alejandro había enviado a su médico Telamón a la ciudad. Las muertes se terminarían. El Centauro se mordió el labio inferior: Alejandro no sabía lo que le esperaba. Darío, Rey de Reyes, y Mitra, el administrador persa guardián de los secretos, todavía no habían terminado con Efeso, ni tampoco el Centauro, ni su Señor.

Al otro lado de la plaza los macedonios empezaron a inquietarse: un soldado subió las escaleras e hizo señas de que los juicios se habían terminado. La multitud lanzó gritos de protesta, que enseguida se silenciaron cuando las tropas macedonias, armadas para la batalla, aparecieron por las calles laterales. El espía entre las sombras ya había visto demasiado: la masacre había terminado. Ahora los oligarcas ocultos correrían a refugiarse en su lugar sagrado preferido: el Templo de Hércules. El espía sonrió con malicia:

—¡Aquél no sería el fin! ¡Había tanto trabajo por hacer, tanto por planear pero...  
—Se humedeció los labios— le esperaba una magnífica recompensa!

\* \* \*

La Apanda, la sala de audiencias del Rey de Reyes, permanecía en silencio. Los Inmortales, los guardaespaldas de confianza de Darío III, parecían ídolos, con la lanza y el escudo en mano, sus espléndidos trajes salpicados de gemas preciosas romboides. Su misión era defender la presencia real y controlar las entradas y salidas de la Casa Roja, el Tesoro Imperial. Permanecían con los ojos fijos en el ávido fuego que ardía sobre una plataforma elevada en el centro de la sala. Aquél era el Fuego Sagrado, la manifestación de Ahura Mazda, el rey persa de la Llama Oculta. El trono imperial estaba vacío; ya no eran necesarios ni los cortesanos, chambelanes, criados con abanicos y matamoscas, ni tampoco el portador del perfume imperial y del hacha real.

La sala tenía un aspecto sombrío pero las pinturas de las paredes procuraban un cierto sosiego al alma inquieta. Aquellos frescos exquisitos ensalzaban la gloria del Rey de Reyes, la destrucción de sus enemigos y la adoración de algunos pueblos como los judíos, elamitas, medas o egipcios, e incluso la de un pueblo extrañamente ataviado de más allá del Hindú Kush. Un joven guarda se movió nervioso mientras agarraba la larga lanza de hoja de hierro y base con forma de manzana. Escudriñó a

través de los sólidos pilares de madera de cedro en dirección al cuerpo embalsamado con serrín, que yacía arrodillado sobre un escabel. Habían vuelto éste para que los ojos de la estremecedora momia miraran para siempre hacia el trono imperial. Se trataba de Bagoas, visir influyente y poderoso del imperio persa. Bagoas había envenenado el camino de Darío al trono y cuando éste se volvió contra su protegido, le pagó con la misma moneda: le envenenó. Darío nunca permitiría que nadie olvidara la traición de Bagoas.

—¡Quería gloria —se había burlado Darío—, y gloria tendrá! ¡Quería ser miembro de mi corte y miembro será!

Le negaron a Bagoas un entierro sagrado. En lugar de esto, su cuerpo envenenado había sido limpiado y momificado por un guardián de la muerte egipcio, embalsamado con serrín y colocado en postura de obediencia ante el trono imperial.

El guarda soltó la respiración. No se atrevía ni a moverse. Era un Inmortal, uno de los soldados elegidos a dedo del Rey de Reyes, y sin embargo, se sentía intranquilo contemplando aquel cuerpo con aquella mirada vacía y vidriosa. Podía distinguir todos y cada uno de los rasgos del horripilante cadáver: los mechones de pelo levantados como si estuviera en vida, el escuálido bigote y la barba, los ojos oscuros y elevados pómulos. El cuerpo estaba arrodillado, con la cabeza ligeramente inclinada, las manos juntas como si estuviera rezando una oración eterna. Cuanto más lo contemplaba el guarda, más dudoso le resultaba que aquel cuerpo no tuviera vida propia. ¿Se había movido la cabeza? ¿Habían parpadeado los ojos? ¿Murmuraban algo los labios? El guarda desvió la mirada al escuchar los pasos sigilosos de su oficial, que caminaba arriba y abajo vigilando la galería que llevaba a la Casa Roja donde Darío, Rey de Reyes, permanecía reunido con Mitra, guardián de los secretos.

—¿Estáis nervioso?

El oficial se encontraba ahora justo detrás del guarda, que asintió casi imperceptiblemente.

—Pues no lo estéis —le tranquilizó el oficial—. Este es un lugar divino, el más sagrado de todos. Ningún mal puede entrar aquí. La llama divina lo purifica todo y mantiene alejados a los demonios.

En el interior de la Casa Roja, Darío habría estado sin duda en desacuerdo. Se hallaba sentado en la oficina principal de su tesorero, detrás de la mesa cubierta con un tapete verde, donde se llevaban las cuentas de su imperio, mientras miraba al otro lado a Mitra, con su delgado rostro huesudo cubierto por una capucha. Darío normalmente se sentía cómodo en aquel lugar, entre la riqueza y el poder de su imperio, pero hoy no. Las puertas estaban firmemente cerradas y sus cubiertas de bronce brillaban como lingotes de oro bajo la luz danzante de las lámparas de aceite. Los muros de la Casa Roja, llamada así por estar revestida con ladrillos esmaltados de un rojo intenso, eran de caliza tallada. Ningún espía o curioso podía entrar en aquel lugar. Darío había construido él mismo el Tesoro para proteger no sólo su riqueza sino también sus secretos. Ahora, sin embargo, contemplaba el lugar como un

refugio de los horrores que le habían perseguido. Levantó la vista hacia el techo tachonado con estrellas y sostenido sobre varias columnas; en los capitales habían esculpido cabezas de toro y en las bases extrañas criaturas con alas, híbridos de leones, dragones y grifos. Con aquella sala comunicaban las cámaras que contenían sesenta mil talentos en lingotes de oro, cofres y estuches llenos de joyas y piedras preciosas, treinta mil daricos de oro, siclos y cualquier tipo de moneda del imperio. Darío cogió el sello real y lo contempló mientras pensaba en lo que Mitra estaba diciendo. El sello tenía esmaltado el símbolo del rey dios, un disco solar sostenido por las alas de un águila.

Mitra habló casi en un susurro y describió lo que había pasado en las provincias del oeste. Darío intentó controlar el miedo. Clavó la mirada en un friso al otro lado de la sala, en el que aparecía su persona ofreciendo sacrificio ante un altar de fuego y matando a criaturas del infierno. A medida que Mitra avanzaba en el relato de aquella historia, más crecía el nerviosismo de Darío.

Empezó a sentir calor, ahogo y sin pensárselo dos veces, se quitó la fina tiara que ceñía sus negros y rizados cabellos, engrasados con aceite. Le molestaba su hermoso traje oriental bordado de satén dorado y púrpura. Darío deseaba encontrarse fuera de caza, montando un caballo veloz a través de sus frescos y verdes parques de caza. Sin embargo, la reunión era de una importancia vital: Mitra estaba diciendo cosas que ni siquiera un cortesano persa se atrevería nunca a pensar. Darío se enjugó el sudor de la frente. Mitra, por fin, terminó de hablar.

—¿Tan mal están las cosas? —murmuró Darío depositando el sello en su lugar—. ¿Es que Ahura Mazda nos ha abandonado a nuestra suerte?

—Nos han engañado —replicó Mitra—. Esperábamos que el Macedonio vagara por esas tierras como un niño perdido en medio de un huerto. Sin embargo, nos ha golpeado rápida e implacablemente, como una pantera furiosa. Sardes ha caído y otras ciudades están abriendo ya sus puertas. Efeso ahora le pertenece.

Darío volvió a coger el sello real y lo apretó entre sus manos.

—Los frutos de Gránico —añadió Mitra.

Darío asintió en señal de acuerdo. «Gránico», aquel nombre le perseguía desde que se despertaba y había convertido sus sueños en pesadillas. No había seguido el consejo del mercenario griego Memnón y había enviado un ejército para que luchara contra Alejandro: sus hombres fueron aniquilados y los mercenarios de Memnón masacrados o apresados como esclavos para trabajar en las minas de plata de Macedonia.

Darío murmuró una oración. Debería haber confiado en el buen juicio de Memnón y no permitir que su ejército se enfrentara en una batalla con Alejandro. No le tranquilizaba demasiado saber que fuera, en el lugar de ejecución, la cabeza decapitada del comandante persa, bañada en cera, colgaba de un poste.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Darío—. Si nos enfrentamos en una batalla con Alejandro, ¿sucederá lo mismo que en la de Gránico? No obstante, no podemos

permitir que esa pantera se pasee a su antojo.

Mitra miró con detenimiento a su señor. Se sentía seguro y tranquilo. Darío confiaba plenamente en él. ¿Acaso no había sido él quien había descubierto la traición de Bagoas y había aconsejado a este orgulloso y arrogante Rey de Reyes que no combatiera con el Macedonio? Darío quería saber la verdad para poder afrontarla.

—Alejandro se siente eufórico —apuntó Mitra mientras se reclinaba sobre la mesa sin apartar los ojos de su señor—. Ha tomado Sardes y su tesoro real. Memnón se ha retirado al puerto de Mileto y los griegos no tienen flota, —soltó una risotada—, bueno, ninguna de la que vanagloriarse. Nuestros barcos pueden apoyar a Memnón el tiempo que desee.

—¿Pero y qué pasa con Efeso? —protestó Darío—, ha caído y se encuentra a tan sólo unos kilómetros de Mileto.

—Mi señor —replicó Mitra—, Efeso se considera griega y cree que los macedonios son unos bárbaros. Los demócratas se harán con el poder, pero lo quieren para ellos. No desean reemplazar un gobernador por otro.

Un poeta griego, mi señor, describía sus ciudades como colmenas: cada hombre tiene un agujón que clava a su vecino.

—No me interesa la poesía griega —replicó Darío.

—Ni a mí tampoco, mi señor, pero cuando se trata de hacer rodar cabezas o causar confusión, de provocar disturbios y desacuerdos...

Darío se inclinó hacia delante.

—¿Qué podemos hacer?

Mitra señaló a su alrededor.

—Tenéis oro y plata. Alejandro puede controlar la ciudad, pero nosotros tenemos a nuestros espías.

—¿En Efeso?

—El Centauro, mi señor —Mitra sonrió vagamente—. Bueno, así le llamamos.

—¿Conocéis al espía?

—No, es uno de los pocos que realmente se esconde en las sombras —Mitra decidió contarle a su señor sólo lo necesario: la identidad del Centauro era un secreto. Y no lo compartiría con nadie.

—¿Por qué ese hombre se hace llamar así?

—¿Hombre, mi señor? Podría ser una mujer.

—¡El Centauro! —espetó Darío.

—Es una raza mítica —respondió Mitra—, ya sabéis, medio-hombre, medio-caballo. Se supone que vivían en Tesalia pero cruzaron el Helesponto y Hércules, el dios griego, acabó con ellos.

—Hay un Templo de Hércules en Efeso, ¿verdad?

—Sí, mi señor. Contiene una reliquia sagrada. Hércules se enamoró de una bella mujer y cuando se la llevaba de camino a casa, tuvo que cruzar un río. Entonces Neso, el último Centauro, ayudó a cruzar a la mujer pero la intentó violar, por lo que

Hércules lo mató con una de sus flechas envenenadas. Acto seguido la mujer recogió un poco de sangre del Centauro que contenía veneno de Hidra, una serpiente venenosa.

—¿Y por qué hizo eso? —preguntó Darío.

—Porque sospechaba que Hércules iba a traicionarla. Cuando lo hizo, ella le regaló una túnica empapada en la sangre de Hidra. Hércules se la puso y el fuego consumió su cuerpo. Después de su muerte, lo llevaron al Olimpo.

—¿Y qué tiene que ver esta leyenda griega con Alejandro?

—Mucho —afirmó Mitra—. Hércules era un semidiós y Alejandro cree que él también lo es. Ahora bien, en el centro del templo de Efeso hay una vasija de plata que guarda otra de barro en su interior. Según la leyenda, la vasija contiene el veneno de Hidra y fue entregada al templo como ofrenda. Se encuentra sobre un plinto de piedra rodeado, naturalmente, por un círculo de brasas encendidas.

—¿Y? —preguntó Darío con sequedad.

—Paso a paso, de momento estamos en Efeso —añadió Mitra con calma—. Hace muchos años, nuestro gobernador libró una cruel batalla contra un grupo de asesinos que se hacían llamar los Centauros. En fin, un atajo de bandidos, ladrones y asesinos. Robaban a los caminantes y viajeros pero su principal tarea era cometer asesinatos, que llevaban a cabo con una frialdad y habilidad extraordinarias. Siempre avisaban a la víctima de sus intenciones enviándole un medallón de plata con la imagen de una avispa grabada en él: la avispa era el emblema de los Centauros.

—¿Y acabaron con ellos?

—Según parece sí, mi señor. Sin embargo, cuando empezaron los problemas con el Macedonio hace tres años, busqué algunos espías en la ciudad —se encogió de hombros—. Lo normal, comerciantes, oficiales... Intenté comprar espías en ambos bandos: entre los oligarcas (esas pudientes familias que creen que deberían gobernar Efeso), y también entre los demócratas.

—¿Y entre el pueblo?

—No, mi señor, sólo entre los poderosos y ricos que querían controlar la ciudad. Es normal en Grecia, por eso mencioné antes al poeta. Encontré un espía, uno muy bueno, que se hacía llamar el Centauro —Mitra hizo una pausa: no le contaría toda la verdad, no le diría que el espía había trabajado para él incluso antes de que Darío Codomanus hubiera usurpado el trono.

—¿Y qué hará ese Centauro?

—Todavía no lo sé, mi señor, pero volvamos a Alejandro. Está consiguiendo una gran victoria, el poderoso capitán general, el liberador; sin embargo, está al mando de un ejército de no más de cuarenta y cinco mil hombres. Memnón todavía controla la ciudad de Mileto y nuestra flota vigila el mar. Alejandro ha tomado otras ciudades —Mitra midió sus palabras—, y en cada ciudad, mi señor, deja un ejército de varios hombres.

—¿Entonces su número de hombres va menguando?

—Exacto. El otro lado de la moneda es que estas ciudades pueden convertirse en nidos de intriga y conspiración. Tal vez no les guste nuestro mandato, pero tampoco quieren que un macedonio les gobierne con sus aires de príncipe, por lo que fomentaremos una revolución para distraer y debilitar al gran conquistador. Allí donde va le reciben con vino y guirnaldas, comida y preciosas ofrendas. Sin embargo, cuando los ciudadanos vean las tropas macedonias deambulando por sus calles pronto se cansarán y querrán ser liberados —Mitra se humedeció los labios—. Volverán a sus costumbres, a luchar entre ellos.

—Como abejas en una colmena.

—En efecto, mi señor. Cada uno con su aguijón.

—¿Conseguirá Memnón tener éxito? —preguntó Darío—. Dicen que el libro preferido de Alejandro es la *Ilíada* y que se ve a sí mismo como el descendiente de Aquiles. Y en ese poema ¿no mató Aquiles a un guerrero llamado Memnón?

—En efecto, mi señor, pero al final Aquiles fue asesinado por una flecha que le atravesó el talón, la única parte de su cuerpo que podía ser herida. Efeso podría ser el talón de Aquiles de nuestro enemigo. Alejandro adora la ciudad. La noche que nació, un chiflado quemó el gran Templo de Artemisa hasta sus cimientos. Olimpia, la Reina Bruja, madre de Alejandro, afirmó que aquello fue una señal divina: el templo fue incendiado porque Artemisa estaba muy ocupada en Macedonia con el nacimiento de Alejandro.

—¡Qué tontería! —resopló Darío.

—Alejandro lo cree.

—¿Y decís que ese Centauro creará confusión?

Mitra bajó la mirada hacia el suelo.

—¿Qué pasa? —preguntó el rey enojado.

Mitra levantó la cabeza, se echó la capucha hacia atrás y se frotó su calva afeitada con la mano. Darío nunca pudo adivinar la edad de aquel hombre: tenía un rostro joven y, a pesar de su mirada ávida y profunda, los ojos le brillaban llenos de vida.

—No estoy seguro, mi señor, si el Centauro es una persona o son dos —Mitra intentaba confundir y distraer a su señor.

Darío se sentó en su silla de trono.

—¿Qué os hace pensar que son dos?

—Los asesinos de Efeso eligieron ese nombre porque siempre iban de dos en dos: una parodia del personaje mítico del Centauro, mitad hombre, mitad caballo. El Centauro envía mensajes a nuestro gobernador en Efeso escritos en clave. El escriba Rabinos me los entrega a mí. El Centauro nos informa de las maquinaciones tanto del bando demócrata como del oligarca.

—Entonces —afirmó con desprecio Darío—, ese Centauro podría pertenecer a los dos grupos.

—Es posible —replicó Mitra evasivamente—. Sin embargo, el Centauro es también un asesino que libra una guerra contra oligarcas y demócratas, pues hombres

de ambas facciones han sido brutalmente asesinados.

—¿Por qué?

—Para que se maten entre ellos —afirmó Mitra encogiéndose de hombros—. Aunque pueden existir razones más profundas y personales. En fin, el Centauro, y no ningún ejército, una armada o una flota, es nuestra esperanza de contener los avances de Alejandro por el este.

Darío apoyó los brazos sobre la mesa y se quedó mirando las resplandecientes puertas de bronce detrás de Mitra. En aquel lugar se encontraba su Tesoro, estaba rodeado de la riqueza de su imperio. Fuera de la estancia se hallaban los cuerpos de élite de sus tropas: los Inmortales. Los guardias patrullaban por doquier. De las cruces, en el lado más alejado de palacio, colgaban los cuerpos de sus víctimas, aquellos que se habían atrevido a contradecirle, culpables de haberle traicionado con palabras, hechos, e incluso en ocasiones, con la mirada. Sin embargo, Darío se sentía vulnerable. Efeso y Sardes se encontraban a varios días de viaje, pero la pantera macedonia ya había tomado ciudades en su tiempo consideradas joyas de la corona de Darío. ¿Le habría abandonado Ahura Mazda? ¿Acaso el fuego sagrado de afuera no servía para nada? ¿Se habría marchado la presencia divina? Darío cerró los ojos. A veces, por la noche, después de que las damas del harén se hubieran retirado y las sábanas y la cama todavía conservaran su intenso perfume, Darío permanecía despierto, dando vueltas y más vueltas, contemplando la oscuridad. Entonces veía a los fantasmas de aquellos a los que había asesinado al usurpar el Trono del Pavo Real. ¿Acaso era aquél su castigo? ¿Abriría algún día Alejandro aquellas puertas de bronce y entraría majestuosamente para llevarse su tesoro?

—¿Qué haréis? —preguntó Darío despacio.

Mitra había permanecido sentado con los ojos cerrados, moviendo los labios como si rezara.

—¿Cómo debemos actuar? —volvió a preguntar.

—«Habéis cometido ya errores muy graves, y os advierto una vez más» —afirmó Mitra—. Otra cita, mi señor, de otro escritor griego, Eurípides. «Habéis cometido ya errores muy graves —repitió—, y os advierto una vez más». Esto es lo que haremos con Alejandro, volver a advertirle. Libraremos una guerra en secreto con todos los medios de que disponemos para crear confusión en Efeso y conseguir desprestigiarlo.

—¿Y por qué no matarlo? —preguntó Darío—. Sí, de una vez por todas, con un cuchillo que atravesase su corazón o con veneno que le retuerza el estómago.

—Es posible que llegemos a eso, mi señor —agregó Mitra—, pero la cuestión es cómo. Lo debería hacer alguien a quien conozcamos bien, alguien en quien confiemos.

—¿Lo podría hacer ese Centauro?

—Quizá, pero nuestro espía no debe ser descubierto. La colmena —sonrió Mitra—, ya sabéis, todo hombre tiene un agujijón. Dejemos que se lo clave alguien cercano a él.

—Pero Alejandro vela por su seguridad. Su propio padre fue asesinado y los que le rodean le quieren profundamente. Y luego están sus médicos, uno en particular —continuó Darío—, un hombre que una vez trabajó en nuestro imperio, un nativo de Macedonia...

Mitra cogió un pergamino y lo desenrolló.

—Telamón, mi señor. Su padre luchó una vez con Filippo, pero dejó la espada por la azada.

—¿Podría ser sobornado? —preguntó Darío inclinándose sobre la mesa.

—Oh, no —negó Mitra con la cabeza—, si Alejandro se adentra en la oscuridad, Telamón irá tras él.

Darío suspiró.

—Y entonces mataremos a la pantera.

Mitra asintió.

—Si esa es la voluntad de los dioses, mi señor.

Darío cogió el sello y contempló la insignia. Rezó por lo bajo su propia oración para que Alejandro cayera en las garras de Ahrimán, *el Malvado*.

\* \* \*

Calístenes, capitán de la unidad de los escuderos conocida como «los Águilas», patrullaba arriba y abajo fuera de las enormes puertas selladas del Templo de Hércules en Efeso. Una vez más se volvió y se sintió aliviado al ver el cielo iluminado por un vago resplandor rosa que indicaba la salida del sol. Se sacó su casco frigio y se frotó los ojos.

—Odio las guardias nocturnas —murmuró por lo bajo.

Calístenes se alegraba de terminar la guardia en una hora. Sus hombres, ataviados con diferentes trajes, yacían apoyados en la pared, algunos medio dormidos y otros llevándose al estómago raciones de comida seca. Calístenes escuchó el tintineo de una campana. Se acercó a la mesa que había en el pórtico, cogió una campanita y la hizo sonar en señal de respuesta de que todo iba bien. Se desató la capa escarlata de alrededor del cuello, color de su unidad, y la utilizó para enjugarse el sudor de debajo de la túnica. Una vez más bajó los escalones y contempló el tímpano coronando el pórtico, que representaba a Hércules en una de sus numerosas batallas contra las tribus salvajes de Tracia.

—Un lugar tranquilo, ¿verdad? —le comentó un soldado de su unidad que le había seguido escaleras abajo y ahora permanecía a su lado—, ¿cuántos años creéis que tiene?

Calístenes entrecerró los ojos. El templo estaba esculpido en piedra caliza y cubierto con una capa de yeso blanco resplandeciente. El tímpano, exquisitamente esculpido, los sólidos pilares, el oscuro pórtico, las puertas de madera de cedro y los anchos y magníficos escalones que llevaban arriba, todos juntos, otorgaban al templo

una majestuosidad sombría. Al principio Calístenes se sintió impresionado, pero ahora, en realidad, estaba cansado de aquel lugar y de sus gentes. De hecho, a Calístenes no le gustaba Efeso, con sus pórticos, teatros, templos y anchas avenidas llenas de polvo. Era un macedonio que soñaba con valles repletos de hermosos árboles, cruzados por ríos y pantanos cubiertos de flores. Efeso era tan diferente: la constante luz del sol con sus sombras cambiantes, los mercados abarrotados de gente, las fétidas callejuelas, los magníficos templos y los fértiles jardines; una mezcla de majestuosidad y maldad.

—¿Cuántos años tiene el templo, señor? —le preguntó el guarda sacándole de sus cavilaciones.

—¡Y yo que sé! —replicó Calístenes—. Siempre han construido templos en Efeso. Lo que está claro es que es más viejo que tú y que yo, tal vez tenga cien o ciento cincuenta años. Bien —añadió balanceando su casco—, sólo quiero asegurarme de que todo está en orden. Vamos, podéis ayudarme.

El guarda soltó por lo bajo una maldición: ahora lamentaba haberse movido de su cómodo sitio, pero Calístenes siempre insistía en la disciplina. Como buen oficial, Calístenes había dejado que sus hombres comieran y durmieran un rato mientras él se paseaba como un perro guardián. Bajaron por la callejuela que descendía junto al templo y Calístenes golpeó algunas de las paredes externas como si buscara alguna puerta o entrada oculta.

—¿De qué os preocupáis, señor? —le preguntó el guarda—. Están seguros ahí dentro —señaló las cornisas—. Ni siquiera un mono podría entrar por esas ventanas, son demasiado altas y estrechas.

Calístenes, sosteniendo su casco con el brazo, dio un paso atrás y escudriñó con la mirada.

—Tenéis razón, soldado —afirmó—. Seis ventanas por este lado, dos por atrás y seis por el otro lado. Sin embargo, hemos de asegurarnos.

Dieron la vuelta a una esquina y se detuvieron en la puerta trasera, que se encontraba detrás del templo. Aquélla estaba cerrada por dentro y sellada con gotas de cera púrpura, la insignia real. Las dos ventanas en lo alto de la pared eran pequeñas y redondas. Calístenes estudió el suelo tal y como había hecho la noche anterior, no había marcas, ni huellas: nadie había estado allí. Continuaron la guardia por aquel lado y luego regresaron al patio del templo.

—¿Por qué es todo esto necesario, señor?

—Por dos razones —replicó Calístenes—. Tráeme un vaso de agua y te las diré.

El soldado se apresuró a obedecer y trajo consigo un vaso de arcilla. Calístenes se humedeció los labios y se arrojó el resto del agua sobre la cara. Le hubiera encantado hacerlo bajo el coselete, sacarse la pesada falda de cuero, por no hablar de las recias sandalias y de las grebas que hacían que las piernas y los pies le dolieran terriblemente.

—Verás, muchacho, este es el Templo de Hércules, y nuestro rey, que bendigan

los dioses sus dorados cabellos, cree ser descendiente de Hércules, de modo, que éste es, en cierto sentido, su propio templo.

El guarda dejó escapar un bostezo. Había conseguido hacerse con algunas joyas y algunos daricos de oro después de la gran victoria en el Gránico. En Efeso había conocido a una joven en el Barrio del Perfume, de ojos negros, con un aliento fétido pero muy juguetona en la cama.

Al guarda no le importaba que Alejandro se hiciera llamar Zeus, mientras continuaran los buenos tiempos.

—¿Y va a hacer de este templo su hogar, señor?

—No, no —se rió Calístenes—. En primer lugar, en el interior del templo se encuentra una reliquia. Ya la viste ayer por la noche.

—Ah, ¿esa vasija de plata rodeada de brasas? ¿Por qué es tan sagrada?

—¡No tengo ni idea! —replicó Calístenes—, pero Alejandro no quiere que la roben. Y si permitimos que eso ocurra, acabaremos los dos colgados de una cruz antes de que puedas decir «por los huevos de Darío».

—¿Y qué pasa con esos hombres —preguntó el guarda—, esos que se han refugiado en el templo?

—Son los líderes del partido oligarca —explicó Calístenes—. Antes de que nuestro noble rey llegara a Efeso gobernaban como reyes, pero ahora se han vuelto las tornas y han terminado corriendo detrás del carro de prisioneros —recordó la mancha de sangre que había visto en las escaleras la noche anterior.

—Realmente se odian, ¿verdad? —preguntó el guarda—. Todavía están encontrando cuerpos.

—Bueno, pero ya se ha terminado —afirmó Calístenes mientras buscaba la mancha de sangre—. Nuestro rey ha asegurado que a partir de ahora habrá paz y reconciliación, pero esos desgraciados no le creen, por eso se han refugiado en el templo. Alejandro les ha jurado por lo más sagrado que estarán a salvo. Así lo quiere. Estos hombres tienen dinero y poder. Piensa, muchacho, en dos perros que no dejan de pelearse; pues eso es lo que Alejandro desea: dos perros al mando de Efeso y que ninguno de los dos sea más fuerte que el otro. Así que les ha dicho a los oligarcas que salgan, que estarán a salvo y que nadie les hará ningún daño.

Calístenes contempló las puertas de madera de cedro. Había acampado con Filipo y su hijo en los bosques salvajes de Tesalia. También había estado presente en el Gránico cuando aplastaron a los poderosos de Persia. Calístenes se enorgullecía de presentir el peligro y, aunque todo parecía estar en calma, él no estaba nada tranquilo. El guarda se dio cuenta de ello.

—Estarán a salvo, señor. Todos están ahí encerrados como una comunión de vírgenes, y Procanus está con ellos.

—Ya.

Calístenes se preguntó entonces cómo estaría Procanus. Los refugiados en el templo habían pedido que un macedonio se quedara con ellos, y Procanus era el

mejor hombre de la unidad. Le importaban un bledo los sepulcros, las reliquias y los dioses. A Procanus sólo le importaban tres cosas: su pellejo, el vino y las mujeres bellas. Sin embargo, el templo había estado tan tranquilo, tan silencioso. ¿Qué habían dicho sus oficiales? ¿Que la vasija de plata contenía algo sagrado pero muy peligroso? Alejandro había prometido a aquellos que se habían refugiado en el interior del santuario que podrían salir ilesos, que no les tocarían ni un pelo de la cabeza. El comandante de Calístenes le había dejado muy claro lo que pasaría si algo salía mal y Calístenes le creyó a pies juntillas. Paseó la mirada por el patio del templo. Las entradas a las calles estaban todas selladas. Había más unidades patrullando en aquel lugar, mientras un escuadrón de caballería había acampado en la plaza de al lado. Tal vez fuera el silencio. Ahora fijó la mirada en una pequeña arboleda de cipreses, no se oía ni el canto de un pájaro, ¡nada! De pronto pensó Calístenes que durante las recientes masacres, aquel lugar había presenciado la vaga sombra de los horribles asesinatos, ¿vagarían por aquel lugar sus fantasmas?

—Empiezo a odiar este lugar —murmuró—, lo que necesito es una cama de sábanas bien suaves y con algo dentro todavía más suave.

En algún lugar del centro de la ciudad sonó el toque de un cuerno. El sol empezaba a salir y la ciudad a despertarse. Calístenes despidió al soldado y subió las escaleras. Una vez más comprobó las pesadas puertas de madera de cedro, pero permanecían bien cerradas. Calístenes oyó una voz y el sonido de unos pasos. Se puso precipitadamente el casco y gritó a sus hombres que estuvieran alerta.

Un grupo de hombres de la guardia real apareció por una de las calles laterales y cruzó la plaza. El sol naciente resplandeció en sus brillantes escudos, mientras las plumas blancas de sus cascos serpenteaban con la brisa de la mañana. Iban conducidos por un oficial y escoltados por dos hombres vestidos con túnicas y capas. Calístenes se puso en guardia cuando los hombres se detuvieron al pie de las escaleras y dos hombres se le acercaron. Tuvo que reprimir un escalofrío. El que parecía el jefe tenía el cuello escuálido y el rostro de un pájaro enfadado, con los ojos hundidos, pómulos deshuesados, escasos cabellos rubios y la vaga sombra de un bigote y una barba. Llevaba la cara pintada como una mujer, las uñas teñidas de alheña; incluso desde donde se encontraba Calístenes, podía oler el intenso perfume a almizcle. El hombre caminaba con aires afeminados, con anillos y pulseras bailándole en los dedos y las muñecas. Se detuvo en el escalón de arriba y miró a Calístenes de pies a cabeza.

—Tenéis buen aspecto, Calístenes, ¿habéis dormido?

—Claro que *no*, señor.

Calístenes intentó parecer relajado pero aquel hombre le asustaba más que un persa inmortal. Aristandro, nigromante, mago, brujo, señor de los secretos reales, confidente de Olimpia, madre de Alejandro, ahora el vidente personal del rey: un hombre que albergaba un poder considerable y a quien le encantaba ejercerlo. Cortesano y político, Aristandro controlaba a los espías del rey; olía a los traidores

como un perro los huesos enterrados.

—No habéis dormido, ¿verdad? —le preguntó Aristandro acercándole la cara, con los labios entreabiertos y mostrándole su dentadura amarillenta.

—¡Claro que no! —le reprendió su compañero. Era alto, de cabellos oscuros, con bigote y barba limpiamente recortados, de ojos negros y melancólicos, encuadrados en un rostro de piel morena. Vestía una simple túnica blanca con una capa azul claro; como única joya llevaba un anillo labrado de considerable peso con el símbolo de Esculapio el Sanador.

—Soy Telamón —el hombre le tendió la mano y Calístenes se la estrechó—, el médico del rey.

—Está aquí para examinar la salud de nuestros invitados —Aristandro señaló con sarcasmo hacia las puertas del templo—, y para velar por la tranquilidad del rey. ¿Algún problema, capitán? ¿No ha pasado nada durante la noche?

—Todo está en orden, señor.

Aristandro hizo un mohín, como si le costara creerlo.

—Bueno, hemos de esperar a los demás.

—¿A los demás? —preguntó Calístenes.

—A los líderes demócratas: Agis, Peleo, Dión y Hesíodo, y no nos olvidemos de Meleager, uno de los pocos líderes oligarcas que quedan vivos Calístenes contempló a aquellos hombres, ahora vestidos con armadura: permanecían con el escudo y la lanza en guardia, como si lo hubieran hecho durante toda la noche.

—Deben de estar aquí —explicó Telamón.

Calístenes advirtió que el médico era de un carácter más sereno y reservado, y que su mirada, sin lugar a dudas, era más amistosa que la de Aristandro. «Un amigo del rey», así era como habían descrito los oficiales al médico, «un compañero de la infancia en el que Alejandro confiaba. Es portador del sello real, aseguraos de hacer todo lo que os pida».

Calístenes se preguntó fútilmente dónde estaría la ayudante de cabellos pelirrojos del médico. ¿Cómo se llamaba? Ah, sí, Casandra. Los rumores sobre aquella mujer estaban en boca de todos: era una antigua ciudadana de Tebas que Telamón había liberado de la esclavitud. Algunos decían que era su amante, su compañera de cama. Otros que habían averiguado un poco más, afirmaban que había sido curandera de templo y ahora era la ayudante de aquel misterioso médico.

El ruido de voces de un soldado ordenando el alto sacó a Calístenes de su ensimismamiento. Éste caminó a través de las columnas levantadas en lo alto de las escaleras. Cinco hombres se acercaban, cuatro en un grupo (Calístenes sonrió por lo bajo, aquellos debían de ser los demócratas) y un quinto que avanzaba sólo por su cuenta: era alto, calvo, con un rostro de piel bronceada y delicada, una nariz de garfio, ojos grandes y boca firme.

—Aquél debe de ser Meleager —concluyó Calístenes.

A decir verdad, había poca diferencia entre aquellos hombres. A Calístenes, todos

los políticos le parecían iguales: ricos, poderosos y extremadamente peligrosos.

Los cinco hombres subieron las escaleras. Meleager se mantuvo a distancia, y los otros cuatro apenas le dedicaron una mirada. A Aristandro parecía que aquella violenta situación le divertía. Los observó desde la sombra del pórtico, haciéndoles señas para que se acercaran. Telamón permanecía de pie tras él.

—No perderé el tiempo con presentaciones —afirmó Aristandro con una sonrisa de satisfacción—. Me parece, señores, que ya os conocéis muy bien.

Meleager dejó escapar una vaga sonrisa. Miró a Aristandro de pies a cabeza, luego posó su mirada en Telamón. Los cuatro demócratas permanecían con una expresión seria en el rostro.

—Los oligarcas deberían dar gracias a los dioses —afirmó Agis señalando en dirección a las puertas del templo—, todavía se les permite caminar por las calles de Efeso.

—Con asesinos como los demócratas —se mofó Meleager dándoles la espalda—, es difícil que alguien se pasee por las calles de Efeso.

—Bueno, bueno —les susurró Aristandro. Cogió a Meleager por el codo y le volvió para que viera las caras de los otros—. Las instrucciones del rey son muy claras. Que la paz y la reconciliación reinen en Efeso. Tenemos suficientes soldados para garantizarlas —añadió con aspereza—, ¿no es cierto, Telamón?

El médico le devolvió la mirada como si estuviera cansado de los procedimientos.

—Ahora lo que vamos a hacer es abrir las puertas del templo —añadió Aristandro—. Dentro se encuentran seis oligarcas con su criado y uno de los soldados del rey. Los siete efesios se han refugiado ahí. Alejandro ha jurado que sus vidas y bienes están a salvo. Y vos —dijo tocando con un dedo el rostro de Agis— estáis aquí para garantizar esa promesa. Convenced a esos señores de que salgan. Ahora bien, sin formar un alboroto.

Aristandro se sacó de debajo de su capa una bolsa de piel. Desató la cuerda y extrajo una llave de latón muy pesada; la sostuvo en alto como si proporcionara la entrada al Hades.

—Ayer por la noche, Telamón y yo visitamos el santuario para asegurarnos de que estaban bien. Tenían vino y comida. Nada, pues, debe ir mal.

Aristandro caminó con andares exagerados hacia la puerta del templo, introdujo la llave y la giró con dificultad, luego la sacó y pidió a Calístenes y a los soldados que abrieran las pesadas puertas de madera de cedro. Éstas crujieron al abrirse. Dentro había un pequeño vestíbulo con un asiento de piedra a ambos lados, donde los porteros solían sentarse. Un receso conducía a otro grupo de puertas, más pequeñas, hechas de roble y unidas por unas bisagras de hierro. Probaron con otra llave y las puertas cedieron. El propio Calístenes las empujó. Apenas había dado dos pasos dentro del templo cuando se dio cuenta de que algo marchaba mal.

No había apenas luz. Los rayos del sol empezaban a penetrar por las ventanas abiertas en lo alto de las paredes. Los fogariles se habían apagado. Todo lo que

alcanzaba a ver era un montón de brasas encendidas chisporroteando y brillando en la oscuridad alrededor del plinto en el que había desaparecido la vasija de plata.

Calístenes permaneció de pie, boquiabierto. Se olvidó de sus compañeros, tan petrificado como estaba por aquel silencio sepulcral y aquel olor a sangre, aquel hedor incluso peor al de un campo de batalla y que sólo produce la carne humana carbonizada. Calístenes había participado en el saqueo de muchas ciudades y reconoció de inmediato aquel olor.

—¿Qué es esto?, ¿qué es esto? —preguntó Aristandro acercándose a él—. ¿Por qué está tan oscuro, capitán? ¿Qué pasa?

Telamón se adentró en la estancia, cada vez más acostumbrados sus ojos a la oscuridad.

—¡Por todos los Dioses! —exclamó el médico—. ¡Mirad!

Escudriñó a través de la penumbra y entrevió, en el suelo del templo, los cadáveres desparramados sobre charcos de sangre coagulada. Oyó cómo una rata escapaba corriendo y el zumbido de una mosca. Telamón salió de su ensimismamiento.

—¡Antorchas! —gritó—, ¡traed antorchas!

Durante unos instantes reinó la confusión. Meleager intentó acercarse pero Calístenes le detuvo.

—Muy bien, capitán —declaró Telamón—, que nadie se acerque o se mueva por aquí.

Encendieron las antorchas. Calístenes agarró una y se adentró en el templo. Un vestíbulo estrecho y sombrío, con pilares y oscuros pasillos a ambos lados, conducía a una gigantesca estatua de Hércules al fondo. La luz de la antorcha reveló una auténtica cámara de horrores.

Telamón se acercó al primer cadáver y le dio la vuelta. El hombre vestía tan sólo una túnica, no llevaba sandalias, y tenía el lado derecho de la cara y la cabeza ensangrentado y con los sesos fuera. Alguien había cogido una porra con la que le había golpeado fuertemente el cráneo.

Los efesios empezaron a pelearse. Meleager, soltando toda clase de maldiciones, acusó a sus oponentes de traición y éstos se defendieron gritando que eran inocentes. Telamón pidió silencio y al ver que los políticos hacían caso omiso de sus palabras, le hizo señas a Calístenes para que desenvainara la espada. El sonido metálico del acero de la espada de Calístenes y de las de su unidad obedeciendo sus órdenes, finalmente consiguió que se hiciera el silencio.

Telamón condujo a los soldados hacia la estatua de Hércules, y a medida que se fueron acercando, las escenas de aquella carnicería cobraron vida. Había cadáveres esparcidos por todas partes, y justo debajo de la estatua se hallaban los restos ennegrecidos de un cuerpo consumido por el fuego.

Aristandro permanecía de pie, con la mirada saltando de un cuerpo a otro, y sin poder dar crédito a sus ojos.

—¡Le hemos encontrado! —gritó un soldado.

Calístenes corrió apresurado en su dirección, pisando sobre el resto de cadáveres. Al lado de un pilar yacía Procanus. El soldado todavía llevaba puesto el coselete y el cinturón de guerra; sin embargo, sus pies y piernas yacían desnudos, y el casco había rodado hasta ir a parar a una esquina. Él, como los demás, tenía la cara y la cabeza salvajemente aplastada, con los rasgos desfigurados, cubiertos de sangre y sesos.

—¿Qué pasa, capitán?

Calístenes buscó el talabarte del soldado y vio cómo colgaba de un pequeño gancho en la pared de la nave.

—Uno de mis hombres —explicó Calístenes maldiciendo por lo bajo—. Le ordené que se quedara con el resto.

La gente empezó a arremolinarse. El médico se acercó y agarró a Calístenes por el brazo.

—Capitán, voy a retirarme. Me llevaré afuera a todos los que entraron en el templo esta mañana. Vos y vuestros hombres quedaos.

—No es de confianza —espetó Aristandro, pero sus palabras murieron en sus labios cuando Calístenes levantó la cabeza y le clavó la mirada.

—¡Claro que sí! —replicó Telamón—. Calístenes estaba en guardia. Yo sé, y vos también, que vela fielmente por la seguridad de los demás. El rey confía en él.

Calístenes sonrió al médico.

—Lo que sugiero —continuó Telamón—, es que nos marchemos todos. Que no retiren los cadáveres, que no toquen nada. Capitán, quedaos aquí con vuestros hombres, que os ayuden con las antorchas. Quiero que inspeccionéis el templo y todo cuanto haya en su interior. Os esperaremos fuera.

Aristandro estaba a punto de oponerse cuando Telamón se le adelantó:

—Y esta decisión no admite discusión —declaró firmemente Telamón—. No quiero añadir más leña al fuego. Esto es un asesinato, una traición y encontraremos a los culpables.

—¿Pero a qué culpables, señor? —murmuró Calístenes—. Todo el mundo está muerto. Os lo juro por mi vida que después de que cerraran las puertas ayer por la noche, nadie se ha acercado a este lugar, y por supuesto, nadie ha salido tampoco. Mirad las ventanas, son demasiado altas para ser escaladas, y demasiado estrechas incluso para el hombre más pequeño del mundo. Y tampoco oímos gritos.

Telamón señaló los restos ennegrecidos al fondo del templo.

—Y sin embargo —añadió señalando el plinto—, la vasija ha desaparecido y ocho hombres han sido brutalmente asesinados. Capitán, esperaremos fuera.

Aristandro gritó a los efesios que le siguieran. Salieron del templo, Telamón incluso cerró con llave el segundo grupo de puertas. Durante un rato Calístenes permaneció de pie, con las manos en las caderas y la mirada fija en el suelo.

—¡Algún bastardo ha debido de hacer esto! —gritó—, ¡pero no nos van a echar la culpa por ello!

—¡Procanus era un buen soldado! —añadió a gritos otro de sus hombres—. Habría luchado por defender su vida pero ni siquiera tocó su talabarte.

Calístenes respiró hondo. Caminó hacia el centro del templo. El círculo de brasas rodeando el plinto era por lo menos de dos metros de ancho. Desenvainó su espada y la clavó dentro; el foso tendría una profundidad de por lo menos veinte centímetros. Las brasas todavía ardían ávidamente. Calístenes se estremeció al sentir el calor mientras miraba hacia el plinto.

—¿Cómo demonios pudo alguien cruzar el fuego y llevarse la vasija?

Caminó alrededor del foso. No encontró nada extraño y en las losas del suelo no había ni rastro de cenizas o brasas apagadas. Volvió a respirar hondo por la nariz para olfatear mejor. Había visto templos como aquel en otras ocasiones. Normalmente rociaban con incienso el carbón para que se esparciera su fragancia, pero ésta ya había desaparecido. Lo único que Calístenes podía oler era el hedor a carne humana. Les ordenó a sus hombres que permanecieran de pie alumbrando con las antorchas y llamó a uno de ellos para que le ayudara a examinar los restos ennegrecidos, esparcidos debajo de la estatua. Calístenes se arrodilló. Los rasgos de la cara y del cuerpo no eran más que carne carbonizada: los ojos y los labios se habían convertido en agua y en la boca sólo quedaban los dientes, pues el fuego había devorado las encías y la lengua.

En cuanto al resto del cuerpo, era irreconocible. Los órganos vitales habían quedado totalmente arrugados y la carne estaba carbonizada. Calístenes tocó los restos con la mano: estaban fríos, fue espantoso, como coger un trozo de carne en aceite hirviendo. El cuerpo estaba retorcido y Calístenes concluyó que era a causa del fuego.

—¿Qué creéis que pasó, *señor*? —preguntó el soldado sosteniendo la antorcha.

Calístenes señaló la enorme mancha negra que había alrededor del cuerpo.

—A esta pobre víctima la rociaron con aceite y luego la quemaron, pero primero debieron de matarla.

—¿Por qué pensáis eso? —preguntó el soldado.

—Bueno —contestó Calístenes—, ¿recordáis cuando tomamos Olinto y aquellos malditos echaron aceite y luego lanzaron las antorchas? Los hombres empezaron a correr y a gritar mientras ardían en llamas. Este hombre no corrió, ya estaba muerto, y luego fue consumido por el fuego; probablemente cogieron una bota de vino llena de aceite y se la echaron por encima. Sólo tuvieron que encender la antorcha y...

Calístenes se encogió de hombros y se puso en pie. Contempló la estatua de Hércules vestida de cazador, con una porra en una mano y una espada en la otra, con el cabello largo cayéndole por los hombros y una corona en la frente. Los ojos ciegos del Dios miraban hacia la oscuridad.

—Ésta es una de esas ocasiones en la que me gustaría que una estatua pudiera hablar, ¿verdad soldado?

El capitán recordó las órdenes de Telamón. Estudió de nuevo la estatua con

detenimiento, esta vez por la parte de atrás. También examinó la puerta trasera del templo, que estaba firmemente atrancada. A juzgar por las bisagras y el polvo en el suelo, aquella puerta no se había abierto durante mucho tiempo, aunque los cerrojos de la parte superior e inferior habían sido engrasados recientemente. También yacía en aquel lugar otro cadáver, casi oculto por las sombras, con una jarra a su costado. Calístenes lo pasó por alto, estaba más preocupado en encontrar una entrada secreta que pudiera explicar aquellas horribles muertes. Comprobó el pequeño sótano trasero y las naves ocultas en la oscuridad, sin embargo estaban tal como los había hallado por fuera, la piedra parecía muy dura e irrompible. Examinó la base de la estatua y de las losas de alrededor.

—¿Qué buscáis, señor?

—Una entrada secreta —afirmó malhumorado Calístenes—. ¡Ni siquiera una maldita rata podría entrar en este lugar!

—¡Ahí hay algo que brilla, señor!

Calístenes se acercó a la esquina sumida en las sombras cerca del primer grupo de puertas y atisbo, apoyada en un pequeño hueco, la vasija de plata que había visto sobre el plinto. La cogió y la estudió con detalle. Era de plata pesada, y por fuera tenía un friso que representaba a Hércules cazando un cervato. La parte superior estaba salpicada de piedras preciosas y no se habían llevado ni una sola. Calístenes introdujo la mano: estaba vacía.

Se agachó y escudriñó su cavidad. No había más que jarras de arcilla que se utilizaban en el templo en tiempos de sacrificio. Estaban todas selladas y bien cerradas con sus tapas. Calístenes las abrió todas pero sólo encontró aceite.

—Bueno, por lo menos hemos encontrado la vasija sagrada —afirmó sombríamente.

—¿Qué había dentro, señor?

—Se suponía que contenía el veneno de Hidra, el que mató a Hércules.

—¿Y no es posible que con el transcurso de los años ya no quede nada, señor?

—Sí, es lo más probable —sonrió Calístenes—, pero ya sabéis cómo son los sacerdotes. Si dicen que la vasija contiene los testículos de Zeus, la mayoría de la gente les creería. Vamos a echar un vistazo a los cuerpos.

Calístenes fue de un cuerpo a otro. La situación se repetía: rasgos irreconocibles, caras y frentes machacadas. Advirtió que las muertes seguían un mismo patrón. Las víctimas tenían heridas similares, una en la sien, otra en la cara y otra en la frente. Y todas ellas tenían la misma forma. Calístenes no acababa de creerse lo que veían sus ojos y llamó a su teniente.

—Estudad el cuerpo —le ordenó rápidamente.

El soldado obedeció.

—No puedo creerlo —murmuró poniéndose en pie—. ¿Sabéis una cosa, señor? Cuando entramos me pareció oler a establo, como si un caballo hubiera estado aquí.

Calístenes asintió.

—Yo olí lo mismo, señor —corroboró otro soldado.

Calístenes se acercó al último cadáver, cerca de la puerta trasera. Aquel hombre estaba echado de lado, dándole la espalda, como si se hubiera quedado dormido. Calístenes lo volvió boca arriba, apartó a un lado la pesada jarra de arcilla y levantó una mano.

—¡Éste es diferente!, ¡mirad!

Sumió el cuerpo bajo la luz de la antorcha. La cara y la cabeza no mostraban herida alguna, excepto unos salvajes arañazos en las mejillas y en la parte inferior de su brazo izquierdo, como si le hubiera atacado un gato salvaje. La cara del cadáver estaba hinchada, ligeramente amoratada y una espuma blanca le resbalaba por la comisura de los labios. Sus músculos habían quedado rígidos, la mandíbula prieta, y los ojos, abiertos y ahora sin vista, ligeramente saltones.

—¿Por qué murió éste de forma diferente? —se preguntó Calístenes.

Retiró la túnica del hombre y vio un cuerpo musculoso y bronceado. Tenía el estómago ligeramente hinchado. Examinó los dedos del hombre: estaban limpios, con las uñas cortadas, y los músculos, al igual que el resto del cuerpo, ligeramente endurecidos.

—¿Y bien, soldado? —preguntó Calístenes levantando la vista hacia su teniente—, ¿qué pensáis de esto?

—Bueno, señor, parece ser que había ocho hombres en este templo. Uno de ellos era un soldado, otro un criado. —Y señalando el cuerpo con el rostro arañado, concluyó—: Yo diría que ése era el criado: su traje es el de peor calidad.

—¡Bien! —exclamó Calístenes—. ¿Y los otros?

—Hum..., uno fue quemado pero no sabemos cómo murió.

—¿Y el resto?

—Yo... —El soldado se sacó el casco y se atusó el cabello empapado en sudor—. Bueno, no sé cómo decirlo.

—Estoy esperando.

—Bueno, los otros parece... —El soldado miró avergonzado a su oficial—, parece que les hayan pisoteado.

—¿Pisoteado? —Se sorprendió Calístenes—. ¿Qué queréis decir?

—Lo sabéis muy bien, señor. Cada cuerpo tiene dos golpes: uno en la sien y otro en la frente. No pudieron hacerlo con un hacha o una espada, ya que tendrían cortes profundos. Y con una porra —afirmó encogiéndose de hombros—, bueno, tendrían la cara totalmente destrozada.

—¿Y? —insistió Calístenes.

—Se puede seguir un mismo patrón en todas las muertes. Todos los golpes tienen la misma forma: la de la pezuña de un caballo. Sin embargo, no puedo creer lo que estoy diciendo.

—¿Por qué no, soldado?

—Señor, estos eran hombres de guerra. Uno o dos fueran, tal vez, un poco

mayores, pero todavía eran capaces de defenderse.

—Continuad —le pidió amablemente Calístenes.

—Parece como si un caballo hubiera entrado en este lugar y les hubiera pisoteado con sus pezuñas mientras dormían, propinándoles un buen golpe en la cabeza y otro en la cara.

—Y este caballo —añadió Calístenes tanteando una teoría— quemó luego otro cuerpo, arañó a este hombre hasta matarlo, cruzó el lecho de carbón, cogió la vasija de plata, robó lo que contenía y desapareció como por arte de magia.

—Pues sí, señor.

—¿Y quién le va explicar esto a Aristandro? —chilló Calístenes acercando su rostro al del soldado.

—Vos, capitán, estáis al cargo.

Calístenes gruñó y retrocedió.

—Y todavía hay más, señor. ¿Por qué no se resistieron estos hombres? ¿Por qué no lucharon o gritaron pidiendo ayuda? Procanus no era un recluta novato y ni siquiera sacó su espada.

—¿Tal vez estuviesen drogados? —intervino otro soldado—. Señor, hay una mesa ahí con vino y comida.

Calístenes la había visto antes pero la pasó por alto. Se acercó y retiró el lino blanco que cubría varias copas y dos jarras grandes. Las olió: una contenía agua y la otra, vino. También había algo de pan, ahora duro, queso y restos de fruta seca como higos o dátiles y, finalmente, unas pocas cerezas. Calístenes lo examinó con cuidado.

—Esto lo trajeron ayer por la noche —afirmó.

Cogió la comida. El queso se había vuelto rancio y se habían bebido casi todo el agua y vino; las copas estaban sucias todavía. Calístenes cogió una jarra y se llenó una copa.

—En su lugar yo no lo haría, señor.

Calístenes compuso un mohín y alzó la copa.

—Es un buen vino —y se lo bebió de un trago. Llenó otra copa de agua e hizo otro tanto.

—¿Qué estáis haciendo, capitán?

Calístenes permanecía agachado en la base del pilar, con la vista fija en su casco, al otro lado del templo.

—Estoy buscando una salida —afirmó—. Si me quedara dormido o tuviera convulsiones —le sonrió a su teniente—, entonces tendréis que informar. Por todos los dioses, ¡no sé qué decir!

Calístenes se sentó, pero aparte de un pequeño malestar en el estómago por haber bebido tan rápido, no sintió efecto alguno. Entonces se quedó absorto observando una pintura descolorida en la pared del fondo que representaba a dos centauros, armados con porras y encabritados. Calístenes sintió un escalofrío. ¿Sería aquello lo que había sucedido en aquel lugar? ¿Habría entrado la noche anterior un Centauro, uno de los

enemigos de Hércules, y perpetrado aquellos crímenes atroces?

\* \* \*

La muerte se había apoderado de Efeso. Sin embargo, el portero de la Casa de Medusa, una antigua mansión en la calle de los Suspiros cerca del barrio de la Alfarería, todavía no se había dado cuenta de ello. Permanecía sentado en su pequeña caseta cerca de la puerta principal contemplando la salida del sol, entrecerrando los ojos y con la boca abierta dejando entrever sus encías desdentadas y enjugándose la saliva con el dorso de la mano. El portero no había dormido demasiado, tal y como les decía a sus amigos en las cervecerías o paradas de vino:

—El sueño está cerca de la muerte, y ambos pueden confundirse.

Por eso permanecía despierto, cavilando sobre el pasado, contemplando el cielo o paseándose por el frondoso jardín. En primavera observaba cómo florecían los capullos, y a finales de verano y principios de otoño, coleccionaba la fruta caída de los árboles. Hacía muchos años que trabajaba como portero de la Casa de Medusa. Conocía todas las leyendas e historias que ponían los pelos de punta, pero en realidad nadie le creía. La casa pasó de mano en mano, de un propietario a otro. Todos sus habitantes se quejaban de que el lugar estaba encantado; en él reinaba una atmósfera sobrecogedora y fantasmal que helaba la sangre e incluso le paralizaba a uno el corazón. El viejo portero se echaba a reír y decía que si hubiera fantasmas, serían sus amigos. La mansión era vieja: el yeso se había desconchado, las vigas de madera crujían y cuando soplaba el viento parecía que la antigua residencia entonara una canción, pero se trataba tan sólo del natural deterioro provocado por el paso de los años.

El portero inspiró el aire cargado de una dulce fragancia a hierba fresca, olivas e higos. Disfrutaba con fruición de aquel olor y le encantaba su pequeña caseta, así que siempre se mostraba muy hospitalario y diligente con los dueños de la casa.

—Indispensable —así es como le había descrito uno de los ocupantes. Cada vez informaba a los nuevos propietarios de cuál era el mejor mercado para visitar o dónde podían comprar el aceite más barato. Y sobre todo, el portero mantenía siempre la boca bien cerrada. Todo lo que veía se lo guardaba para él. Después de todo, no quería asustar a nadie.

Sin embargo, algo le tenía inquieto. Hacía unos días, cuando se produjeron las masacres en la ciudad, había oído un ruido; entonces, había salido de la casa y vislumbrado a un mendigo por primera vez desde hacía más de un mes. El pelo desaliñado y la barba casi ocultaban el rostro de aquel hombre. Llevaba una túnica hecha jirones, que le colgaba como un saco, unas sandalias desgastadas y una vara en la mano. El mendigo se había paseado a lo largo de la calle, estudiando la gran verja, y parecía fascinado por la pintura de la Medusa en la entrada, de donde procedía el nombre de la casa. Al portero le gustaba aquella pintura: una cabeza cortada con ojos

de mirada fija, boca entreabierta y cabellos arremolinados como serpientes retorciéndose. Bueno, era una señal de buena suerte, ¿verdad?, pues mantenía alejados a los espíritus malignos, o eso es lo que decía siempre a los nuevos propietarios. Sin embargo, lo que callaba es que la Casa de Medusa necesitaba toda la suerte del mundo.

El portero se balanceaba hacia delante y hacia atrás, recordando las historias sobre aquella horrible comunidad de los Centauros que solían reunirse en la casa cuando Mali era el propietario. El portero nunca se lo contó a nadie, ni siquiera a Leónidas, pero en aquel caso, aquel viejo veterano probablemente sabría más que él. En fin, ¿en qué estaba pensando?

—¡Ah, sí, en el mendigo! —murmuró adormecido el portero.

El tipo se había quedado ahí de pie, así que salió de la caseta y le preguntó qué quería. El rostro del mendigo estaba desfigurado: una cicatriz en la parte inferior de la mejilla derecha, un ojo permanentemente cerrado y el otro brillándole con expectación.

—¿Cómo os llamáis? —le había preguntado el portero.

—Bueno —contestó el tipo con un acento muy fuerte—, me llamo Cíclope, pero eso es asunto mío.

—¿Y qué hacéis ahí contemplando la casa?

—Bueno, eso es también asunto mío, ¿no?

El portero le habría hecho más preguntas, pero el mendigo tenía un aspecto siniestro. La barbilla le sobresalía de un modo amenazador, parecía enjuto y fuerte, y movía la varilla como un soldado la espada. El portero se retiró tras las puertas seguras de la verja, que cerró inmediatamente de golpe tras de sí. Sin embargo, en los últimos días, había vuelto a ver al Cíclope, al otro lado de la gran verja o paseándose por los muros, mirando hacia arriba como un gato preparado para saltar. Pero todavía se acrecentaron más las sospechas del portero.

—Estoy seguro de que lo he visto antes —murmuró.

Bueno, ahora estaba a salvo. La casa se había quedado vacía cuando los macedonios entraron en la ciudad y los persas huyeron; ahora su viejo amigo Leónidas había regresado. El canoso veterano se hizo con la casa, como había hecho en otro tiempo cuando los macedonios tomaron Efeso por primera vez. Leónidas había envejecido pero todavía conservaba su carácter jovial y temperamental. Había traído una jarra de vino y la compartió con el portero mientras le preguntaba sobre lo que había pasado en la casa desde que él había estado allí por última vez. El portero se hizo el tonto, como si no tuviese noticia de las historias de Mali, los Centauros, los rumores de un tesoro escondido o de cuanto hubiese acontecido en los dos últimos años. ¿Y qué le importaba a él? No quería alarmar a Leónidas, que había traído consigo a otros dos soldados. El portero apretó los ojos, no recordaba los nombres de los soldados, sólo que eran hombres jóvenes de mirada cruel, hombres de hierro y sangre, guerreros. No se habían mostrado muy amables. De hecho, si se hubieran

salido con la suya, Leónidas le habría despedido, pero el portero les era de utilidad. Les contó a los macedonios todos los rumores sobre Efeso (o por lo menos los que él conocía) y cómo en la Casa de Medusa las cosas se habían sucedido con bastante normalidad en los últimos dos años.

Leónidas y sus dos compañeros se instalaron en la casa. Trajeron a una criada y, como soldados vencedores, pronto tuvieron comida y toda clase de comodidades. A Leónidas todavía le gustaba el vino. Él y uno de sus compañeros habían salido la noche anterior y regresaron bien pasada la medianoche.

—Borrachos como patos mareados —se rió casi sin poder articular palabra el compañero de Leónidas mientras ayudaba al viejo soldado a entrar por la verja. El portero permaneció sentado y observó cómo se encendían las lámparas en la ventana del piso de arriba. Les había escuchado cantar algo obsceno sobre una joven en brazos de un soldado, pero después de aquello, reinó el silencio.

Probablemente el vino les ha tumbado, pensó el portero. Sin embargo, qué extraño, pues Leónidas, a pesar de todo, aguantaba bien la bebida. El portero le había visto salir, hacía tan sólo un momento, por la puerta lateral en dirección al huerto. La brisa fría de la mañana le provocó un escalofrío. Se bajó de su taburete de madera, salió de la caseta y paseó por el terreno. En realidad, no había visto que Leónidas regresara. Había salido por la puerta lateral como si buscara algo. El portero cruzó a paso lento la hierba húmeda de rocío mientras se estremecía por el frío. Sentía curiosidad.

—¡Leónidas, Señor! —le llamó.

Se adentró en una pequeña arboleda y escudriñó a través de la tenebrosa y escasa luz. No percibió ninguna antorcha encendida. Avanzó entre los árboles y caminó por el largo y rectangular estanque de aguas sucias, rodeado de zarzas sin podar. El portero volvió a llamar a su viejo amigo, pero la única respuesta que obtuvo fue el canto irritado de algún pájaro entre los árboles. Se abrió paso entre las zarzas. Tal vez Leónidas estuviera sentado cerca del estanque.

Se detuvo en el borde y contempló la escena horrorizado: el soldado se encontraba bocabajo en el agua, con la capa flotando a su alrededor. El portero agitó nervioso las manos.

—¡Señor! —exclamó arrodillándose.

Leónidas no contestó. Flotaba como un pez muerto, con los cabellos canosos esparcidos, las nudosas manos cerradas y con la capa ondeando lentamente sobre las aguas.

## Capítulo I

«Efeso... se había sumido en el caos y en el derramamiento de sangre, cuando Alejandro intervino y puso fin a las atrocidades del pueblo».

Quinto Curcio Rufo, *Historia*, libro 1, capítulo 4.

— **O**s lo aseguro —dijo con firmeza Telamón—, el método funciona. El resto de médicos sacudió la cabeza en señal de desaprobación. Se encontraban sentados en torno a un mantel en los jardines de la residencia del gobernador persa a las afueras de Efeso: lugar paradisíaco de verdes prados regados donde magníficos pavos reales se paseaban, emitiendo graznidos a su antojo. El jardín estaba dotado de huertos con manzanos, granadas y cerezos, casas de verano y pérgolas cubiertas de parras que ofrecían su sombra. En el lago, cubierto en su centro de brillantes flores de loto, una carpa lustrosa y perezosa salió repentinamente a la superficie de aguas plateadas en su ansia por cazar moscas.

La declaración de Telamón fue acogida por un silencio y miradas de incredulidad. Aquel tipo de debate se había vuelto común entre la comitiva de médicos de Alejandro. Telamón se sintió como si siempre desafiara a la tradición, aunque sospechaba que sus amigos se divertían llevándole la contraria. Perdicles, el cínico ateniense, de rostro anguloso bajo unos finos cabellos negros; Nicias de Corintia, hombre sombrío de ojos hundidos, siempre dispuesta su boca a hacer preguntas; y finalmente Cleón, de cabellos rubios y facciones suaves, al que todos consideraban más un espía de Alejandro que su médico. Casandra, la ayudante de Telamón, permanecía sentada a su lado, pelando cuidadosamente una manzana que había partido previamente en varios gajos.

—Yo también he visto cómo lo hacían —declaró la mujer de ojos verdes, llevándose un gajo a la boca.

Los tres médicos hicieron caso omiso de su comentario.

—He visto tantas fisuras de cráneo como vosotros —afirmó enfadada, desafiando a cada uno de ellos con la mirada.

—Entonces, lo que decís —afirmó Cleón con voz cansina— es que afeitáis la cabeza del paciente y la cubrís con una sustancia espesa que tiñe.

—Exacto —prosiguió Telamón—, pero aseguraos de que no le va a parar a los ojos o a la boca. Normalmente la sustancia resbala por la superficie aplicada y, al igual que sucede con el agua sobre el barro endurecido, se cuela por donde encuentra una fisura y se asienta.

—Entonces lo probaré —acordó Perdicles—, aunque mis pacientes probablemente me demandarán por ello.

—Otro método —intervino Casandra dispuesta a que no la dejaran de lado—

consiste en hacer que el paciente muerda algo duro y observar entonces los huesos del cráneo. Si hay fisura, ésta puede verse fácilmente. Pero debéis hacerlo con presteza, pues las lesiones en la parte frontal del cráneo son siempre más peligrosas que las de la parte posterior. Y si el paciente muestra síntomas de fiebre o mareos, significa que el cerebro ha sido dañado.

—¿Y quién lo dice? —se burló Cleón.

—Hipócrates —le contestó Casandra también en tono jocoso.

A Cleón casi se le atraganta el bocado de ganso asado que deglutía en ese instante.

—Puedo citaros el capítulo y el verso —le retó ella.

Cleón movió la cabeza en señal de desaprobación.

—También —continuó Telamón pronunciando con parsimonia cada palabra—, he probado un método ingenioso para curar fracturas debajo de la rodilla. Coged unas cuantas ramas de un árbol corno.

—¿La misma madera de la que están hechas nuestras lanzas? —preguntó Nicias refiriéndose a la lanza de dieciocho pies que llevaba la falange macedonia.

—La misma —admitió Telamón—. Envolved y proteged la pierna del paciente en dos puntos: por encima del tobillo y justo por debajo de la rodilla. Coged a continuación cuatro ramas —explicó abriendo las manos— que sobrepasen ligeramente la distancia entre los dos vendajes y colocadlas alrededor de la pierna, introduciendo las puntas de las ramas por debajo de ambos vendajes para sujetarlas bien.

—¿Y luego qué? —preguntó Perdicles.

Telamón escuchó voces por detrás de unos arbustos.

—Las ramas arqueadas tienden a tensarse hasta enderezarse de nuevo, con lo que mantienen prietos los vendajes hasta el punto que éstos pueden desprenderse.

—¿Y? —preguntó Cleón.

—El peso del cuerpo pasa del tobillo a la rodilla, permitiendo que el hueso roto se coloque en su sitio y se cure adecuadamente.

Los gritos de desaprobación se acallaron de inmediato cuando apareció Aristandro rodeado de sus guardaespaldas. Aquellos fornidos mercenarios celtas de rubias melenas y rostros barbados vestían una variopinta colección de armaduras sobre sus trajes forrados de piel. Resultaba difícil distinguir unos de otros. Aristandro les llamaba sus «adorables muchachos». En secreto Telamón los consideraba un atajo de asesinos, aunque ellos siempre le trataban con mucho afecto, pues el médico curaba sus heridas leves, arañazos y pesados dolores de estómago debido a lo mucho que bebían.

Aristandro se detuvo frente a los médicos y les miró desde arriba. Sobre la túnica azul clara, le caía una capa de mujer ribeteada con cintas doradas y plateadas (robada probablemente de algún armario persa); para colmo se había maquillado exageradamente el rostro.

—Les he enseñado nuevos versos —afirmó—. Estamos representando *Hipólito* de Eurípides ¡Qué obra más maravillosa! —A Aristandro le complacía enseñar a sus guardaespaldas obras de los grandes dramaturgos. Siempre insistía en que prestasen todos atención a sus palabras, y alababa la erudición de sus «adorables muchachos».

—Los regalos de los enemigos —murmuró Telamón por lo bajo—, no son regalos y no pueden augurar nada bueno.

—¿Qué decís? —preguntó con sorpresa Aristandro.

—Nada —sonrió Telamón—, sólo citaba un verso de *Ajax* de Sófocles.

—¿Habéis olvidado a Aristóteles? —dijo el nigromante en tono de mofa—, ¿segundo capítulo de los *Poéticos*?

—Ya sé lo que vais a decir —replicó Telamón—. Según Aristóteles, Sófocles defendía que los hombres podían ser lo que quisieran ser, pero Eurípides se limitaba a aceptarlos tal y como eran.

Aristandro lo miró con desdén y dio media vuelta.

—Bien, caballeros, formad un coro.

Telamón suspiró. Fuese cual fuese la voluntad de los médicos, el influyente consejero real se saldría con la suya. El coro permaneció en fila, sus miembros extendieron las manos y sus rostros adoptaron una expresión solemne.

—«Mi lengua juró a pesar de que mi mente todavía se negaba a comprometerse...»Y hubieran continuado con su canto de no ser por la llegada de un paje, que se acercó veloz como una gacela, cruzando el prado y gritando sus nombres. Telamón se incorporó de inmediato.

—¡El rey! —anunció el paje con la voz entrecortada y deslizándose sobre la hierba hasta detenerse—. ¡El rey desea veros de inmediato!

Aristandro levantó su garra como si se tratase de un ave depredadora.

—Muchacho, ¿a quién desea ver el rey?

—A vos, señor, y también al médico Telamón.

Al cabo del rato, Aristandro y Telamón, con el coro pisándoles los talones, entraron en las estancias reales que se encontraban en la parte trasera del palacio del gobernador. Caminaron sobre un suelo encerado de madera de roble y recorrieron pasillos engalanados con tapices de vivos colores que recubrían las paredes pintadas de blanco. A medio camino los miembros de la guardia del rey les hicieron alto; eran soldados de a pie vestidos con la armadura ceremonial: faldas y petos morados sobre túnicas blancas como la nieve y cascos ornamentados con plumas. Los hombres del rey habían desenvainado las espadas como si esperaran un ataque repentino de los persas. El oficial les reconoció pero insistió en cumplir con el protocolo. A pesar de las vivas protestas de Aristandro, les registró por si acaso llevaban escondida algún arma antes de dejarles continuar.

Alejandro se había alojado en la Cámara del Jacinto, estancia decorada con exquisitez y cuyas ventanas, abiertas de par en par, daban a los jardines reales. Piezas muy delicadas componían el mobiliario: reposapiés acolchados con tejidos preciosos,

mesas, sillas y taburetes de maderas muy caras como la acacia, el sicómoro o el terebinto, y con incrustaciones de oro, plata y ónice. Rosas de un rojo sangrante decoraban el techo y jacintos azules las resplandecientes paredes. El suelo de madera había sido encerado. En el centro de la estancia reposaban las aguas en un estanque, tras recorrer un ingenioso entramado de cañerías escondidas. Pétalos de rosa, de empalagosa fragancia, flotaban en su superficie y sobre ellas revoloteaba bullicioso un grupo de avispa que había plagado el palacio. El rey ya se había quejado de su presencia y los miembros de la guardia se habían dedicado a extraer con cuidado los nidos que colgaban bajo los aleros, en las bodegas o en cualquier escondrijo.

Alejandro había transformado todo aquel lugar en su cuartel general: una de las cámaras contiguas le servía de cancillería y la otra, de dormitorio. Yacía desparramado sobre una silla con cierto parecido a un trono y se volvió hacia una de las ventanas para que le diera la brisa. En un taburete, junto a él estaba sentado Hefestión, amigo íntimo de rasgos oscuros y rostro ansioso. Sostenía la mano derecha del monarca, mientras le frotaba suavemente los dedos y musitaba algo por lo bajo. Alejandro parecía ignorar tanto la presencia de Hefestión como la llegada de Aristandro y Telamón. Permanecía hundido en la silla, toqueteándose la túnica verde claro, dando golpecitos con los pies en el suelo y sacudiéndose, de vez en cuando, alguna avispa que revoloteaba a su alrededor.

Hefestión se puso en pie para saludarlos. Su rostro ojeroso revelaba la falta de sueño y, al igual que el rey, iba sin afeitarse y con los cabellos alborotados. Trajo dos taburetes para que Aristandro y Telamón pudieran sentarse frente al monarca, que permanecía con la mirada clavada en la ventana y con un dedo en la boca. Del labio le resbalaba un hilillo de saliva por la barbilla hasta ir a parar, sin que se diera cuenta, sobre la túnica.

—¿Estáis bien, señor?

Alejandro pestañeó.

—Señor, ¿estáis bien? —repitió Telamón.

—Será algún espíritu malvado —susurró Aristandro—. El rey está maldito.

—¡Tonterías! —exclamó Telamón inclinándose hacia el soberano y tomándole de la mano. Notó que tenía el pulso irregular y que de sus cabellos rojizos le caían gotas de sudor.

Algunas veces, Alejandro se mostraba como el semidiós de ojos hermosos y rasgos bien marcados que pretendía parecer. Con la barba rasurada, el cabello engrasado y una diadema alrededor de la cabeza, parecía tan fuerte y entusiasta como un atleta en las olimpiadas. Sin embargo ahora tenía aspecto de borracho, Telamón sabía muy bien que ésta era la verdad, con una fuerte resaca tras una noche de poco sueño. Esto a su vez le había provocado muy posiblemente un repentino ataque de pánico, acompañado por un estado de ansiedad agudo, típico de Alejandro cuando se ponía como loco y discutía por todo. El rostro del rey estaba sonrojado, ligeramente hinchado y sus ojos parecían hundírsele en la cara.

Alejandro movió ligeramente la cabeza hacia la derecha, uno de sus gestos preferidos y que ahora incluso imitaban algunos de sus cortesanos.

—¡Soltadme la muñeca, médico!

—Vos lo habéis dicho, señor —respondió Telamón—, soy vuestro médico y vos mi paciente.

Alejandro retiró la mano.

—Anhele alcanzar la inmortalidad —añadió en tono quejoso.

—¿Y no la anhelamos todos?

La expresión pensativa de Alejandro se mudó en una leve sonrisa. Se reclinó sobre los brazos de su trono improvisado, clavó la mirada en su médico y entonces, echando la cabeza hacia atrás, soltó una sonora risotada.

—¡El sobrio y arisco Telamón, tan práctico como siempre! ¿Dónde está vuestra furcia pelirroja? ¿Ya os habéis acostado con ella? Apuesto a que se le da tan bien la cama como a un pájaro volar.

—Mi ayudante Casandra está afuera en el jardín —replicó Telamón.

—«Lo mejor es no haber nacido —añadió Alejandro citando una frase de Eurípides—. Pero mejor todavía —continuó—, es haber nacido y regresar cuanto antes al lugar de donde procedemos».

Telamón lanzó entonces una rápida mirada de soslayo a Hefestión, que sacudió la cabeza en señal de desaprobación. Cuando empezaba Alejandro a reflexionar sobre la inmortalidad, sobre todo después de varias copas de vino, su humor se tornaba peligroso.

—¿Por qué me hacéis sentir mal, Telamón? ¿Por qué no me complacéis?

—Tampoco lo hace Hefestión. No me gusta hablar de sexo —replicó Telamón—. Lo que pasa en mi dormitorio es asunto mío y no vuestro.

Alejandro volvió a ladear la cabeza.

—¿Habéis leído recientemente la *República* de Platón, médico?

—Ya sabéis que no.

—Alguien le preguntó a Sófocles el dramaturgo —insistió Alejandro—. «¿Cómo os va en el amor? ¿Todavía sois capaces de tener sexo con una mujer?». «Callad», contestó el dramaturgo. «Gustosamente he dejado todo eso tras de mí; he escapado de un amo loco y salvaje».

—Le trajeron a una esclava —explicó Hefestión acompañando sus palabras con un mohín.

—¿Y fuisteis impotente? —exclamó bruscamente Telamón.

Alejandro bajó la cabeza y se rió por lo bajo.

—«Sed siempre distinguido y por encima de los demás» —fue la respuesta del monarca citando ahora un fragmento de la *Ilíada*.

Telamón retiró hacia atrás su taburete.

—¡Oh, no os pongáis dramático Alejandro! Todo el mundo sabe que la bebida interfiere en la capacidad sexual. Vos lo sabéis, yo lo sé, vuestros soldados lo saben.

Hasta los mandriles de la casa real de fieras lo saben.

—Mi señor —intervino Aristandro—. Telamón os atendió esta mañana. Estabais enfermo, ni siquiera os teníais en pie. Temblabais de frío a pesar del calor.

—¡He recibido una carta de mi madre!

Las palabras resonaron como un trueno por toda la habitación. Telamón cerró los ojos y suspiró. ¡Olimpia, la Reina Bruja! Con una sola frase, podía preocupar a su hijo más que una caballería persa al galope.

—Dice que el tesoro está vacío, que ya se ha gastado todo lo que le envié después de la batalla del Gránico. Quiere que vuelva a casa.

—Pero no podéis —intentó calmarle Hefestión—. Tenéis asuntos pendientes, señor, aquí y en Persépolis.

Alejandro se inclinó, apoyando los codos sobre los brazos del trono.

—He bebido demasiado —añadió mirando avergonzado a Telamón—. Lo siento. Me disculpo por lo que os he dicho de Casandra. Le enviaré un regalo. No, no —rectificó elevando la mano—, una flauta de plata, sé que le gustará. También he tenido algunos sueños.

—¿Sobre vuestro padre Filippo?

—¿Quién? —preguntó Alejandro. Su humor volvió a trastocarse bruscamente.

—Vuestro padre Filippo —repitió Telamón.

—¿De veras era mi padre?

—Sabéis que sí.

—Estaba internándose en el anfiteatro de Pella —explicó Alejandro, al tiempo que se humedecía los labios—, las sombras le envolvían, el asesino se le acercaba sigilosamente. Vi el filo del cuchillo resplandeciendo en su puño. Filippo cayó de rodillas, sus ojos me suplicaban que le dejara vivir mientras de su boca la sangre le salía a borbotones.

—Olimpia ha vuelto a mencionar a Filippo, ¿no es cierto? —aventuró Telamón inclinándose hacia el rey y cogiéndole la mano—. Volvió a insinuar, como siempre, que en realidad no sois hijo de Filippo sino de un dios. Que Artemisa abandonó su templo en Efeso y que asistió a vuestro nacimiento. No son más que sueños, señor, vapor en el aire. Si bebéis agua fresca, coméis algo caliente, paseáis un rato y oléis las flores, os sentiréis mil veces mejor.

El rey se puso repentinamente en pie, se abrió paso entre ellos y se dirigió a su dormitorio. Telamón miró a Hefestión, que alzaba la vista al cielo y se encogía de hombros.

—Bebió demasiado —susurró el amigo del rey—, tres cuartos de vino y sólo uno de agua. Se quedó dormido en el sofá. Yo mismo tuve que llevarlo a la cama. Y el resto ya lo sabéis. Lo siento por la larga espera. ¿Hay algo más?

—Sí, tenemos más noticias —replicó Telamón—, sobre el Templo de Hércules.

Hefestión asintió con la cabeza. Telamón recordó la macabra escena que habían presenciado en el templo: la oscuridad tenebrosa rasgada por los débiles rayos de luz,

aquellos cadáveres, abatidos, atacados y desparramados por el suelo. Los restos ennegrecidos debajo de la estatua, aquel extraño olor, la confusión y la consternación de Calístenes que le informó detalladamente de lo que había encontrado, totalmente sobrecogido sin entender cómo había podido suceder aquella carnicería. Las noticias pronto se extendieron por toda la ciudad. Y Alejandro, cuando se enteró de lo sucedido, sufrió un ataque ira que le hizo empinar el codo más de la cuenta la noche anterior.

—También se ha enterado —explicó Hefestión volviéndose sobre sus hombros y bajando la voz hasta reducirla a un susurro— de la muerte de uno de los compañeros de su padre. ¿Os acordáis de Leónidas?

—¡Leónidas! —exclamó Telamón—, ¡uno de los viejos compañeros de bebida de Cleito! Cada vez que abría la boca era para soltar una maldición.

—Un bravo guerrero —subrayó Hefestión, pero se calló al escuchar un ruido de pasos en el exterior.

—¡Oh, no os preocupéis! —le tranquilizó Aristandro—, es mi coro. No acostumbran a permanecer esperando y probablemente se han presentado ante la guardia real.

—Y tanto si les gusta como si no —apuntó con una sonrisa Telamón—, estarán recitándoles todos los versos que han aprendido de Eurípides.

Dos avispas, revoloteando como las Furias, se acercaron para cernerse sobre una mancha de vino que había en suelo. Hefestión las mató de un pisotón.

—¡Malditas avispas! —exclamó—, tienen nidos por todo el palacio, en las bodegas, en los desvanes...

—Deberíamos buscar todos sus nidos —sugirió Aristandro apartándose con la mano otra avispa que rondaba alrededor de su cabeza.

—Vuestro perfume las atrae —apuntó entre risas Telamón—, les gusta...

Alejandro apareció en el umbral de la puerta. Se había cambiado la túnica, lavado la cara y mojado el pelo. Dio una palmada y se acercó.

—Ya basta de autocompasión —resolvió al sentarse de nuevo en el trono—. Ha sido una de mis rabietas. Hefestión, ¿está Efeso bajo control?

—Los ciudadanos os adoran, señor.

—¡Ya, como adoran los huevos de Darío! —espetó Alejandro—. Al menos se han terminado las masacres, ¿no?

—Ya no hay más matanzas, señor. Se ha proclamado vuestra orden. Castigaremos con la pena de muerte cualquier disturbio, siguiendo la ley marcial. Se han abierto los mercados, las calles están limpias y en orden, todo el mundo ha recuperado su actividad.

—¿Y mis muchachos? —se interesó Alejandro frotándose la cara—. ¿Y mis chicos de oro, mis soldados?

—Acampan en la ciudad, donde los oficiales tienen sus cuarteles; el resto se encuentra al otro lado de las murallas. Viven a cuerpo de rey, llenándose el estómago

de leche, miel, carne y cerveza.

—Y vino —añadió Alejandro con acritud guiñándole un ojo a Telamón—. Bien.

Se acomodó en la silla, balanceándose suavemente. Telamón le observó con curiosidad. El humor de Alejandro podía cambiar en un abrir y cerrar de ojos, pasar de la autocompasión a la arrogancia, volviendo a ser el sabio general y astuto político de siempre. A veces resultaba mezquino, petulante y malhablado. Sin embargo, si estaba de buen humor, era capaz de dejar aquel palacio en manos de una pobre viuda. Telamón sólo esperaba que el rey no sufriera uno de sus repentinos cambios de humor.

—Descansaremos aquí —concluyó mientras entrecerraba sus ojos de diferentes colores—. Descansaremos aquí —repitió—, y luego atacaremos el sureste en dirección a Mileto. ¿A qué tipo de dificultades deberemos hacer frente, Hefestión?

Alejandro había decidido aleccionarles con su estrategia.

—Es un puerto —replicó su amigo—, es un buen puerto.

—¿Y?

—Está fortificado por uno de nuestros viejos enemigos, Memnón de Rodas. Podrían recibir ayuda por el mar de las flotas persas —concluyó Hefestión.

—¿Y cómo nos haremos con el puerto?

Hefestión le devolvió la mirada sin saber qué decir.

—Bueno —suspiró Alejandro—, antes de proseguir la marcha, Efeso debe estar en orden. Ahora Telamón, contadme lo del Templo de Hércules. Ya sabéis que era mi antepasado. Mi madre...

—Ya sé lo que vuestra madre dice —replicó Telamón—, pero lo más importante, señor, es lo que vos pensáis. Jurasteis por lo más sagrado que los hombres que se refugiaron en él no sufrirían daño alguno, que no les tocarían ni un pelo de la cabeza.

Los ojos de Alejandro se le encendieron llenos de rabia.

—Ya sé lo que dije —replicó con rotundidad—. Ahora los efesios dudarán de mi palabra. Quiero saber qué es lo que pasó exactamente.

—Dicen que un centauro entró en el templo —intervino Aristandro—. Ya sabéis, esa criatura mitad hombre, mitad caballo, el viejo enemigo de Hércules. Pisoteó a aquellos hombres hasta matarlos, arañó con su pezuña la mejilla de uno de ellos y quemó al desafortunado con el fuego que escupía por las fauces.

Alejandro miró solemnemente a su Señor de los Secretos.

—¿Sabíais que Artemisa era mi madre? —preguntó Telamón— ¿y que me dio el pecho?

El rey empezó a reír y a continuación se le unió Hefestión mientras Aristandro permanecía sentado con aire remilgado.

—¿Qué estáis diciendo, Telamón?

—Os digo que si un centauro entró en el templo y cometió aquellos atroces asesinatos, entonces Artemisa es mi madre.

—Ya sé quién fue vuestra madre —añadió Aristandro con irritación.

Sin pretenderlo, sus palabras tan sólo lograron avivar todavía más las risas. Alejandro levantó su mano.

—Médico, contadme vuestra historia. Y vos, Aristandro, por el momento, por favor —dijo desviando la vista hacia su nigromante—, mantened la boca cerrada.

—Hace dos semanas —empezó Telamón, haciendo caso omiso del gesto desdeñoso de Aristandro—, varias tropas macedonias entraron en Efeso y entonces empezó el derramamiento de sangre. Y vos, mi señor, permitisteis que continuara.

—¡No tenía otra opción! —espetó Alejandro.

—Teníais tantas como hubieseis querido, pero elegisteis consentir que los demócratas calmasen su sed de venganza. Se llevaron a cabo las ejecuciones y las masacres, empezaron los botines y el pillaje. Bien, hace una semana pusisteis fin a todo esto. Sin embargo, algunos líderes de la oligarquía recién derrocada, entre los que se encontraba Demades y su criado Sócrates, se refugiaron en el Templo de Hércules.

—¿Y por qué eligieron precisamente ese lugar? —preguntó Hefestión.

—Porque es un templo que su partido frecuenta. Es una especie de lugar sagrado, una capilla, bastante común por aquí —explicó Telamón—. Algunos ciudadanos son devotos de Artemisa, otros de Poseidón o de Apolo.

—No creeréis en los dioses, ¿verdad? —tanteó Alejandro.

—No estoy tan seguro de su existencia, señor. Y aunque creyera, me costaría aceptar que ellos creen en nosotros. En fin, los templos eran lugar seguro; nadie desea despertar la furia de los dioses. Sin embargo, el Templo de Hércules era diferente. Su sacerdote fue asesinado a los pies del templo; sus ayudantes y asistentes recibieron una buena paliza y salieron huyendo —Telamón levantó una mano para evitar preguntas—. No sabemos por qué, pero sospecho que pensaban que el sacerdote era miembro de los oligarcas y que había participado en sus consejos y deliberaciones; por eso le castigaron. Sin embargo, Demades y sus seguidores sabían que una vez en el templo, estarían a salvo.

—¿Cómo escaparon a la masacre? —preguntó Aristandro.

—Lo desconozco. Probablemente se escondieron en sus casas o en el campo. Una vez terminó la masacre, se reunieron en la mansión de Demades y, escoltados por las tropas macedonias, se dirigieron al templo para refugiarse en su interior. Llevaron consigo lo imprescindible y nos enviaron un mensaje en el que decían temer por su vida y por su seguridad. Afirmaron que se refugiarían en el templo hasta lograr la protección de nuestro rey.

—Entonces —declaró Alejandro—, la ciudad era un lugar seguro. El resto de oligarcas salieron de sus escondrijos: hombres poderosos, mercaderes, oficiales de la ciudad, algunos sacerdotes... Necesitaba su ayuda tanto como ellos la mía. Y clamaron respeto para Demades y su partido. Continúa, Telamón.

—Estuvieron en el templo unos siete días. No portaban armas, de acuerdo con el ritual, y recibieron únicamente comida, bebida y algunas mudas.

—¿Y como se las apañaban para hacer de cuerpo? —preguntó Hefestión.

—Yo también mencioné eso —sonrió Telamón—. Afirmaban tener buenos intestinos y buenas vejigas. Durante el día se hacían escoltar hasta el retrete más próximo; y eso era lo último que hacían antes de que se sellaran las puertas del templo por la noche.

—Y las sellaban bien —confirmó Alejandro—. Hay una puerta exterior y otra interior. La entrada trasera tiene cerrojos por dentro y no se ha abierto desde hace meses —miró a Telamón.

—Señor, estáis en lo cierto. Las ventanas son altas y estrechas. Yo mismo he registrado el lugar: no hay entradas secretas ni tampoco pasadizos. El templo es un edificio antiguo de estructura sencilla e indudable solidez; tal vez por ese motivo lo eligió Demades. El techo está construido con vigas de mucho peso —Telamón se acompañó con un gesto de manos para describirlo— que se apoyan sobre robustas columnas. Los pasillos laterales están desnudos. Y al fondo de todo se alza una majestuosa estatua de Hércules.

—¿Y la reliquia? —inquirió con impaciencia Alejandro.

—Oh, sí, la reliquia. He visitado templos similares por toda Lidia y Grecia que albergaban objetos sagrados. En este caso se trataba de una vasija de plata que se supone contenía una sencilla jarra de barro en la que había parte del veneno que mató a Hércules.

—¡La sangre de Hidra! —Los ojos de Alejandro centelleaban como los de un niño—. ¡Siempre quise verla! Recuerdo a mi madre contándome la historia. Cómo Neso el Centauro se la dio a la amante de Hércules. Si hubiera...

—No sabemos lo que contenía —interrumpió amablemente Telamón—, pero la vasija de plata estaba colocada sobre un plinto con una base de hormigón. Un receso en la parte superior del plinto la protegía. Estaba rodeada por un hoyo circular de dos metros de ancho y relleno de brasas encendidas que desprendían un calor bastante intenso.

—De modo que nadie podía cruzarlo —murmuró por lo bajo Hefestión.

—No, y así es como la vasija salvaguardaba su secreto. El conocimiento de lo que albergaba en su interior se iba transmitiendo de sacerdote en sacerdote hasta que el último murió de modo repentino. En consecuencia, resulta imposible determinar por el momento qué es lo que contenía la vasija.

—¿Pero cómo podían cruzar el foso los sacerdotes? —preguntó Aristandro.

—Según parece, cuando se nombraba a un nuevo sacerdote —explicó Telamón— dejaban morir el fuego, que se enfriaran las brasas, y limpiaban el foso —compuso un mohín—. Entonces, el sacerdote lo cruzaba, cogía la vasija y, en la santidad del templo, se le permitía inspeccionar su contenido.

—¿Y los asesinatos? —preguntó Alejandro.

—El templo estaba rodeado por los soldados —continuó Telamón eligiendo sus palabras con cuidado—. Confió en Calístenes. No hay razón para que ningún

macedonio quiera inmiscuirse en la política de la ciudad.

—Estoy de acuerdo, estoy de acuerdo —afirmó Alejandro con la mirada perdida, como si todavía se preguntara sobre el contenido de la vasija de plata.

—Anteayer por la noche —siguió Telamón propinando unos golpecitos en el brazo de Aristandro—, los dos fuimos al templo, siguiendo vuestras órdenes. Nos reunimos con Demades y el resto. Les repetimos una y otra vez con solemnidad que se encontraban a salvo. Les explicamos que regresaríamos a la mañana siguiente en compañía de líderes demócratas. Meleager, que había insistido tanto en que Demades abandonara el templo y retomara su posición en la vida pública, también estaría presente.

—A mí me parecieron todos bien fuertes y sanos —interrumpió Aristandro—. Sólo se quejaban porque echaban de menos a sus familias y les apetecía darse un baño y cambiarse de ropa.

—¿Y creyeron vuestras palabras de sosiego? —preguntó Alejandro.

—¡Oh, sí! Dijeron que abandonarían el templo por la mañana, siempre y cuando nosotros regresáramos —explicó Aristandro—. En las noches anteriores el capitán de la guardia había cerrado con llave el templo y él mismo la guardaba. Demades nos preguntó si queríamos llevarnos la llave. Yo accedí y les pregunté si deseaban algo más. Me contestaron que su libertad.

—¿Y todos se comportaron del mismo modo? —preguntó Hefestión— ¿ninguno se mostró huraño o reservado?

—No.

Telamón se humedeció los labios. Tenía la boca y la garganta secas; recordó los refrescantes zumos de fruta que él y Casandra habían tomado en el jardín. Sin embargo, como era habitual cuando el rey estaba absorbido por alguna preocupación, se olvidaba de todo lo demás, incluso de la comida y la bebida.

—Todos deseaban salir, sobre todo Sócrates, el criado de Demades. Decía que el templo estaba encantado, invadido por sombras cambiantes.

—¿Y dijo por qué?

Telamón negó con la cabeza.

—Demades le regañó, dijo que era demasiado supersticioso. Además —añadió Telamón levantando una mano—, uno de los guardias de Calístenes, armado hasta los dientes, también se encontraba en el templo, como las dos noches anteriores. Demades apreció aquel gesto. Decía que confiaba en la palabra de un macedonio pero no en la de Agis y el resto de demócratas.

—Las puertas del templo eran seguras —explicó Aristandro—. Yo mismo las cerré con llave, tanto la de fuera como la de dentro. Quedaron completamente cerradas.

—¿Y a la mañana siguiente? —preguntó Alejandro.

—Había ocho hombres en aquel templo —afirmó Telamón—. Estaba protegido y bien defendido. Aparte del soldado, nadie más llevaba armas. Además les trajeron

pan y queso para comer y algo de vino para beber.

—¿Es posible que camuflaran algo entre los víveres? —preguntó Alejandro reclinándose sobre las rodillas y arrugando el entrecejo en un gesto de concentración.

—Es posible —admitió Telamón—, pero debió de ser algo insignificante e inofensivo, pues los guardias habrían detectado cualquier otra cosa que se saliera de lo normal y la habrían retirado.

—¿Armas? —preguntó Alejandro.

—Tal vez una pequeña daga pero, según Calístenes, no vieron nada, ni él ni tampoco sus hombres.

—¿Y recibían visitas?

—Algunos miembros de las familias oligarcas les habían visitado, pero eran registrados antes de entrar. Y no encontraron nada sospechoso. Calístenes probó los restos de vino y comida, pero tampoco estaban envenenados. De hecho, dijo que el vino era muy bueno, y compartió lo que había quedado con sus hombres. No encontraron armas excepto las del soldado. No había señales de forcejeo y sin embargo ocho hombres fueron asesinados —Telamón hizo una pausa—. Calístenes registró el templo en primer lugar, como testigo objetivo. Cuando terminó, Aristandro y yo hicimos otro tanto. Estudiamos a cada una de las ocho víctimas. Algunas fueron golpeadas hasta la muerte —Telamón se sirvió de las manos para explicarse—. La mayoría había recibido un certero golpe en la sien y otro en la frente, y quedaron con el cráneo partido y el rostro desfigurado.

—¿Se trató de un golpe muy fuerte? —preguntó Alejandro.

—Sí, muy fuerte. Seis hombres murieron de esa manera. Yacían en charcos de sangre, fría y congelada, de modo que las muertes debieron tener lugar algunas horas antes, yo diría que poco después de medianoche. A la séptima víctima la quemaron hasta dejarla irreconocible. No sé cómo murió. He examinado el cráneo, tal vez también le golpearon en la sien. El porqué y el cómo la quemaron siguen siendo un misterio.

—¿Y las marcas de los golpes eran las mismas en cada una de las víctimas?

—En mi opinión, sí. Les golpearon con una porra muy pesada.

—Yo no estoy de acuerdo en ese punto —intervino Aristandro—. Nunca he visto una porra con la forma del casco de un caballo.

—¿Es eso cierto? —preguntó Alejandro— ¿mostraban indicios esas víctimas de haber sido asesinadas por el casco de un caballo de guerra?

Telamón fijó la mirada más allá del rey, en uno de los cuadros de la pared: representaba a una hermosa muchacha ataviada con finos ropajes, la sandalia saliéndosele del pie mientras bailaba, y con un jacinto en cada mano; tenía el rostro alargado, ojos como endrinas y unos labios rojos y carnosos. A Telamón, el corazón le dio un vuelco, en algunas cosas le recordaba a Anuala, la chica del templo, la mujer a la que había amado tan apasionadamente y perdió de forma terrible en la Tebas de Egipto. ¿Qué pensaría ella de todo esto?

—Médico, os he hecho una pregunta —Alejandro chasqueó, irritado, la lengua.

—Según las pruebas, sí —admitió Telamón—, parece como si el casco de un caballo les hubiera aplastado parte de la cabeza y de la cara.

—Pero no hay caballos en el templo —se mofó Aristandro.

—La octava víctima —Telamón prefirió pasar por alto aquella interrupción— resulta un caso mucho más curioso. Descubrimos arañazos en su mejilla y brazo izquierdo. Las marcas eran muy parecidas a las zarpas de un gato.

—Pero tampoco hay gatos en el templo —volvió a interrumpir Aristandro con tono jocosos.

—No creo que estos arañazos le mataran —continuó Telamón como si tal cosa—. Fue envenenado.

—¿Qué? —preguntó Alejandro dando un respingo sobre su asiento y ladeando ligeramente la cabeza—, pero dijisteis que el pan y el vino estaban intactos.

—Si fue envenenado, el veneno debía de encontrarse seguramente en la zarpa —declaró Telamón—. No hay duda de que fue envenenado; el cómo, no lo sé. Sin embargo, la rigidez de sus músculos, en especial de la cara, la opresión de la mandíbula, el color de la lengua, el estómago duro e hinchado, la saliva blanca como la leche manando de sus labios... Todo esto indica que fue envenenado, ya sea por una serpiente, un pez de mar o el extracto de alguna planta o mineral.

—¡Hablaemos de este tema más tarde!

Todas las señales de resaca y de pánico habían desaparecido del rostro de Alejandro. A Telamón le recordó al joven muchacho con el que había ido a la escuela en la academia de Aristóteles en la Arboleda de Mieza. Cualquier problema intrigaba a Alejandro, le gustaba estudiarlo pacientemente, como un gato lo haría con un ratón.

—¿Pudo este hombre ser el asesino? —preguntó el rey—. ¿Pudo haber matado al resto y luego envenenarse?

—Es posible —admitió Telamón—, pero esta solución crea tantos problemas como los que resuelve. Primero, ¿por qué?, segundo, ¿cómo un criado pudo matar a ocho hombres fuertes?, tercero, ¿qué arma utilizó?, cuarto ¿qué le arañó?, y quinto, ¿por qué se tomaría el veneno?

El rey permaneció en silencio.

—Hay otras cuestiones. El criado de Demades se llamaba Sócrates, ¿verdad?

Aristandro asintió.

—¿Cómo quemó Sócrates a una de las víctimas? ¿Cómo mató al resto? ¿Dónde estaba su arma? ¿Cómo cruzó las brasas y se llevó la vasija de plata? ¿Qué se llevó? No encontramos nada en el templo. Y finalmente —suspiró Telamón—, si Sócrates hubiera sido el asesino, ¿cómo lo explicaría si entraban los guardias?

Sus preguntas fueron acogidas con miradas de sorpresa y encogimientos de hombros.

—Seguimos con el mismo problema si lo aplicamos a cualquier otra de las víctimas —continuó Telamón lentamente—. No creo que el hombre que murió

carbonizado matara a todo el mundo y luego se prendiera fuego a sí mismo.

—Cada vez resulta todo esto más ridículo —declaró Alejandro poniéndose en pie, estirando sus músculos hasta hacerlos crujir—. ¿Y si trabajamos con la hipótesis de que alguien entró en el templo?

—Una hazaña imposible —replicó Aristandro—. Nadie se ocultaba allí. Rebuscamos hasta el último rincón del templo.

—Entonces, ¿quién los mató? —preguntó el monarca—, ¿cómo y por qué? ¿Dónde están las armas? ¿Dónde está el veneno? ¿Cómo cruzó el asesino las brasas de carbón encendido? —Se sentó y dedicó una mirada cortante a Telamón—. Estoy repitiendo vuestras preguntas. Veamos, ¿no había señales de disturbios? ¿Ninguna señal de forcejeo? ¿Nada anormal? ¿Estáis seguro de que el vino y la comida estaban intactos?

—Seguro.

—¡Preguntas, preguntas! —exclamó el rey chasqueando los labios—. ¿Seguro que no observasteis nada extraño? —Se llevó la mano a la cara y a través de sus dedos escudriñó a Telamón.

—Uno de los guardias dijo que, durante la noche, mientras estaba patrullando, olió a quemado, pero pudo muy bien ser una ilusión. Incluso aunque fuera verdad, han habido incendios por todo Efeso, cuerpos carbonizados por todas partes.

—¿Algo más?

—Otro de los guardias dijo que olió a caballos, como en un establo.

—Volvemos entonces al asunto de los centauros —intervino Aristandro pavoneándose—. Y ya conocéis la leyenda, señor, mitad hombres, mitad caballos. El Centauro tiene cascos y garras en las pezuñas. Podría haber provocado un fuego mágico y, además, el veneno corre por su sangre. Estaba rodeado de avispas venenosas.

—¿Y puede también atravesar la piedra y la mampostería? —preguntó Telamón en tono de burla.

—Tal vez —contestó el nigromante jugando con el anillo de uno de sus huesudos dedos—. Pero todo apunta hacia los Centauros. Podéis no estar de acuerdo, Telamón, pero esos asesinatos pudieron ser obra de un mago, de un brujo.

—¿Como vos?

—Basta ya —cortó el rey—. Ocho hombres han muerto —susurró—, se ha cruzado un lecho de carbón encendido, se han llevado la vasija, la reliquia. Y lo más importante, mis mensajes de paz se han convertido en nada, en paja que se lleva el viento. ¿Examinasteis el techo?

—Calístenes envió a los ingenieros —replicó Telamón—. No han encontrado ninguna abertura, ningún hueco; es tan sólido y robusto como el resto del edificio.

Alejandro agarró la muñeca de Telamón mientras le miraba con frialdad y dureza.

—Esto es Efeso, Telamón, la ciudad de la luz y de la oscuridad, de la vida y de la muerte, de la sangre y del brillo del sol. Alberga el sepulcro de Artemisa. Se han

reído de mí, y cosas mucho peores, pero ya hablaremos de ello más tarde. Creo que voy a odiar el nombre del Centauro. Nadie pone en ridículo a Alejandro de Macedonia. Pronto partiré hacia Mileto, pero antes deseo que la paz reine en Efeso. No quiero que el agua de la olla hierva demasiado y estropee el resto. Os enorgullecéis de ser médico, un hombre que estudia los síntomas y las señales, descubrid entonces qué es lo que pasa aquí, quién me está haciendo quedar en ridículo, quién se atreve a burlar mi palabra. ¡Encontradlo, a él, a ellos, a ella, a quién sea! —Luego soltó la muñeca de Telamón.

El médico se tocó el brazo dolorido. Alejandro hizo un mohín.

—Lo siento, pero en este caso, médico, curaos vos mismo.

—No sabemos quién, cómo ni porqué se cometieron esos asesinatos —replicó Telamón—. Los demócratas podrían haber querido ajustar definitivamente las cuentas con los oligarcas, ¿pero hasta qué punto? Ya han tenido su revancha y ahora están en el poder. Tal vez podría ser obra de un aquelarre de asesinos y espías persas. Pero ¿por qué rebelarse contra sus colaboradores más directos? Quizá se trata de alguna ofensa o rencor personal —Telamón se encogió de hombros—. Sé muy poco, excepto que esos asesinatos son obra de un hombre y no de una bestia mitológica.

—En ese caso —se ofendió Aristandro—, el Centauro no es un personaje mitológico.

—¡Oh, no empecéis otra vez! —gruñó Telamón.

—He visto hombres asesinados por obra de magia —Aristandro no pudo evitar su tono de burla—, pero los centauros son más que bestias mitológicas por lo que a Efeso se refiere. Eran un grupo de asesinos profesionales.

—Sí, eso he oído —admitió Telamón.

—Sin embargo —afirmo Aristandro ahora divirtiéndose—, sabemos que los persas tenían aquí un espía —cruzó las piernas y se alisó la túnica como si fuera una mujer—, un espía muy valioso que le contó a Mitra todo cuanto sucedía en esta ciudad.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó Telamón—, ¿por qué no me lo habíais dicho antes?

—No nos conocíamos hasta ayer por la tarde —se jactó Aristandro—. El gobernador persa y sus tropas huyeron; mientras entrábamos por una puerta ellos salieron por la otra. Sin embargo, su escriba más importante, Rabinos, no supo reaccionar a tiempo. Decidió ocultarse en la casa de una cortesana. Desgraciadamente para él, uno de nuestros oficiales visitó su nido de amor. Rabinos fue descubierto. Intentó huir pero fue traicionado, capturado y ahora se encuentra en las mazmorras de palacio.

—Rabinos está muy asustado —añadió Alejandro—. Lo siento por él. Está metido en un grave problema. No quiere morir, ni siquiera quiere que le pregunten. Lo único que quiere es que le prometan que estará libre, a salvo, y que nadie le hará daño.

—Vamos a interrogarle —replicó Aristandro—, yo y vos, Telamón, los ojos y los oídos del rey. Sin embargo, Rabinos ya ha hablado y ha mencionado al Centauro.

—¿Sabe algo de los asesinatos en el Templo de Hércules?

Aristandro sacudió la cabeza.

—No, no sabe nada y yo, por una vez, le creo —el nigromante se puso en pie y se acercó a un reloj de agua que había al fondo de la sala—. Agis y compañía vendrán pronto para contestar a varias preguntas —dio un paso atrás haciendo aspavientos, se sentó y miró al rey.

—Y hay algo más, ¿no es así, señor? —Adivinó Telamón.

Alejandro se volvió y chasqueó los dedos. Hefestión trajo su capa. El rey se la pasó por encima de los hombros y se abrochó la hebilla.

—Sí, hay algo más Telamón. Quiero enseñaros un cadáver.

## Capítulo II

«Darío es un loco, ya que desconoce el poder del Dios Todopoderoso».

*El libro de Alejandro en Etiopía.*

Como era costumbre al mediodía, Arela la cortesana se preparaba para tomar un baño. Arela estaba considerada una de las prostitutas más bellas de Efeso, y también una de las más caras. ¿Acaso no la habían elegido los grandes pintores como modelo en sus obras para encarnar a las diosas Artemisa y Afrodita? Una mujer de no más de veinte veranos, Arela sólo vendía su cuerpo a los hombres ricos y poderosos de la ciudad. Se había levantado tarde aquella mañana; su doncella le había traído su habitual desayuno de frutas y un poco de la cerveza de cebada que tanto le gustaba. En aquel momento la muchacha se acercó a su señora, mientras revoleaba ajetreada en el dormitorio, esperando que Arela saliera al jardín y se zambullera en el *natatorium*. Más tarde Arela comería algo, antes de dormir un rato, y a continuación atendería sus negocios; entonces ya sólo le quedaría esperar a que llegara la noche.

Arela se tomaba muy en serio lo de ponerse guapa: se untaba los cabellos dorados con aceite; rociaba su nívea piel con los perfumes más caros; se pintaba las uñas de pies y manos; se lavaba los dientes y endulzaba su boca; elegía selectamente la ropa, las sandalias, y podía pasarse una hora sobre su joyero decidiendo qué es lo que se iba a poner. Los clientes de Arela siempre llegaban entrada la tarde. No más de dos a la vez, aunque por supuesto, como les confiaba riéndose tras sus dedos, uno tendría que esperar su turno mientras el otro se divertía. Arela era de lo más selectiva. Sólo aquellos con los que podía entablar una conversación inteligente y se mostraban sensibles ante sus cambios de humor eran invitados a entrar en su pequeña pero lujosamente decorada casa, situada en la Avenida de los Plataneros y que llevaba hacia el templo de Afrodita. Y hoy no era un día distinto.

Arela anduvo bajo la sombra del pórtico desde donde dominaba el jardín de frondosa hierba verde, regalo de un poderoso mercader que había importado suelo negro, muy fértil, de Canaán para luego plantar arbustos y jardines de flores y construir la alargada y ornamentada piscina donde Arela siempre nadaba. Ataviada con un vestido blanco transparente, se sentó en una silla de mimbre en el pórtico y escuchó a los pájaros revolotear sobre la hierba. ¡Reinaba el silencio! Arela sonrió. Los conquistadores podían ir y venir. Un partido podía hacerse con el poder, el otro podía fracasar, pero nada cambiaba para las cortesanas de Efeso. Una avispa zumbó ruidosamente delante de su cara y se la apartó de un manotazo.

—¡Tráeme el matamoscas! —chilló a su doncella.

La muchacha se hizo con él y cruzó corriendo el jardín. Arela se lo arrebató de las manos y le azotó con él en el culo.

—¡No te vayas muy lejos! —le ordenó.

La muchacha sonrió con aire bobalicon y se retiró. Arela depositó sobre su falda el matamoscas y se llevó los dedos a los labios. ¡Demasiadas emociones! Rabinos había cometido una locura al venir allí a buscar su protección. Arela se rió. A las cortesanas no les interesaba la política, sólo el poder. ¿De qué le servía a ella un escriba persa de alta posición cuando Darío ya no mandaba en Efeso? Recordó cómo Rabinos fue arrestado y las felicitaciones y los agradecimientos del atractivo oficial macedonio. Arela echó hacia atrás la cabeza y contempló el cielo despejado. «¡Era tan guapo! Tenía el rostro de un halcón, delgada la cintura, las piernas fuertes y los brazos musculosos». Arela suspiró, «¿pero sería rico y poderoso? Ahí estaba la pega». Una gota de sudor le resbaló por el cuello. Arela se la secó. Por mucho que lo intentaba no podía borrar de su memoria el rostro asustado de Rabinos. El persa empezó a dar chillidos como un cachorrito pidiéndole ayuda pero Arela dio media vuelta y se marchó. «Sin embargo», pensó entrecerrando los ojos, «los macedonios ya se habían hecho con Efeso en el pasado y luego hubieron de retirarse. ¿Qué pasaría si volviera a ocurrir? ¿Estaría en peligro? ¿Y qué había de los secretos que Rabinos le había confiado mientras yacían entre sábanas empapadas de perfume?». Como todos los hombres, el escriba persa le había abierto su corazón para impresionarla con el poder que ejercía. Había cantado como una urraca sobre una rama. «¿Pero qué pasaría si volvieran los persas? Bueno, ya veríamos». Arela se puso en pie. «¿Quién era su huésped aquella noche? ¡Ah, sí!, un orfebre. Seguro que le traería un regalo. ¿Tal vez una estatua de oro de Afrodita? ¿Algún perfume en un jarro de alabastro puro? El tipo no era muy refinado, quizá le trajese tan sólo unos daricos de oro en una bolsita de piel».

—Ahora me voy a bañar.

Arela se calzó las sandalias, caminó sobre la hierba seca a través de una hilera de arbustos y se detuvo ante el *natatorium*. Se había construido con piedra de caliza pulida, lo que otorgaba al agua una frescura relajante. Baldosas verdes recubrían el borde de la piscina y, debajo del agua, un resplandeciente mosaico atrapaba la luz del sol. Las aguas se mecían a medida que el agua salía a borbotones de una fuente escondida, regalo de otro cliente, ingeniero del ejército persa. Arela se deshizo de sus ropas y las dejó cuidadosamente en una mesa de al lado sobre la que había una bandeja de plata llena de cosméticos, esponjas y perfumes.

Arela se descalzó y se sumergió como elegancia en el agua. Hija de un comerciante de ostras, había aprendido a nadar de niña, pero pronto decidió que la vida era algo más que una existencia precaria, un matrimonio pobre y dar a luz todos los años. La cortesana se sonrió: ahora se creía sus propias fábulas. Su padre, Malí, había sido comerciante de ostras, pero algo le había sucedido cuando ella era tan sólo una niña. Una noche lúgubre y aterradora unos soldados llegaron a la casa vieja con la imagen de Medusa pintada en la entrada: Mali agarró a su hija, la envolvió en unas mantas y se apresuró a través de las calles a entregársela a Basilea, la supuesta reina

de los Moabitas y por aquel entonces la prostituta más importante de Efeso. En fin, aquello formaba ya parte del pasado.

Arela nadó con elegancia cruzando el estanque hacia los escalones del otro lado. Cuando llegó, salió del agua y se volvió; su doncella estaba de pie al lado de la piscina contemplándola. Arela le devolvió la sonrisa. Conocía aquella mirada de fascinación en sus ojos, la boca entreabierta, el modo en el que la joven se desvivía por ayudarle a untarse crema por todo el cuerpo y colocarse las más finas ropas. Arela levantó una mano: tal vez un día sería lo suficientemente rica. Arela decidió hacer rabiar a su doncella. Volvió a bajar los escalones y lentamente recorrió a nado la piscina. Aquello le tranquilizaba y limpiaba su cuerpo. Escuchó un ruido pero siguió nadando hasta alcanzar la otra orilla. Entonces se giró.

Dirigió la mirada hacia la mesa y quedó horrorizada. La muchacha yacía ahora al borde de la piscina con la sangre saliéndole a borbotones de la garganta abierta, derramándose por las baldosas hasta teñir el agua de un rojo oscuro.

Arela sintió cómo un escalofrío le recorría los hombros. Quedó paralizada, medio convencida de que si se soltaba del borde, de que si los dedos se le resbalaban, algo terrible sucedería. La doncella había sido víctima de un ataque, a pesar de que el portero vigilaba la entrada.

Una sombra cruzó la piscina. Arela se volvió, pero fue demasiado tarde, el atacante se encontraba ya detrás de ella, la agarró por los cabellos empapados y aunque se debatió desesperadamente y chilló, supo que la habían cogido, que la habían atrapado como pez en el agua.

\* \* \*

Telamón bajó la vista hacia el cuerpo extendido sobre la mesa sucia en una de las bodegas reales. Habían desnudado al hombre y lo habían cubierto con una sábana blanca de lino, tintada ahora de abundantes manchas oscuras tras haber entrado en contacto con el cuerpo empapado de agua. Alejandro retiró la sábana. El médico reconoció aquel rostro inmediatamente: los ojos medio abiertos, entrecerrándose en otros tiempos al sonreír, la nariz carnosa con señales todavía evidentes de resaca y los cabellos grises, la barba y el bigote enredados y llenos de suciedad.

Telamón cogió la sábana y dejó el cadáver totalmente al descubierto. El cuerpo musculoso del soldado exhibía las cicatrices de por lo menos una docena de batallas. A pesar de la ligera hinchazón de su estómago, los muslos y piernas eran firmes y fuertes; los hombros, brazos y muñecas, fibrados después de tantos años en el campo de instrucción y de batalla.

—Debe de haber pasado algo más de una década desde que lo conocí —murmuró Telamón—. Apenas ha cambiado —acarició con suavidad la mejilla llena de cicatrices del tipo—. ¡Pobre Leónidas!

Telamón le olió la boca. Bajo el hedor del agua donde el cuerpo había sido

encontrado, Telamón todavía pudo detectar el fuerte aliento a vino.

—¿Por qué me enseñáis esto? —le preguntó.

Alejandro permanecía de pie, con los brazos cruzados y lágrimas en los ojos.

—Era mi amigo, Telamón, y también el amigo de mi padre. Me ayudó en la batalla de Caeronea, algo que nunca más volvió a mencionar.

—¿Un accidente? —preguntó Telamón—, ¿es así como murió?

—Averiguadlo vos mismo.

Aristandro se había apartado y permanecía sentado sobre un taburete en un rincón sombrío: aquel asunto parecía no ser de su incumbencia. Telamón examinó el cuerpo, le dio la vuelta, estudió el cráneo masajeando los cabellos canosos con los dedos.

—No encuentro ninguna contusión —afirmó—, ni tampoco ninguna herida reciente. Sin duda, Leónidas se ahogó. ¿Dijisteis que se cayó en un estanque?

—Os he dicho lo que dice todo el mundo.

Telamón examinó de nuevo el cuerpo. Encontró callos, moratones, viejas heridas, pero nada sospechoso. Cubrió el cuerpo y caminó alrededor de la mesa.

—Alejandro, ¿por qué no aceptáis que fue un accidente? Todo el mundo sabía lo mucho que bebía Leónidas. Estaría como una cuba, salió a pasear por algún jardín que no conocía y se cayó en medio del estanque. Estaba tan bebido que fue incapaz de salir a la superficie, así que se ahogó: suele ser éste un accidente bastante corriente.

—Leónidas podía beberse una cuba entera —replicó Alejandro—, pero seguía manteniendo el equilibrio al andar, machacaba a las tropas hasta que caían desplomadas y era capaz de marchar tres kilómetros y luego volver a beber. Era un viejo zorro, listo como un lince. Creo que fue asesinado. Era además un guerrero, un luchador: Leónidas habría defendido su vida.

Aristandro suspiró ruidosamente desde su rincón, como para llamar la atención, pero Alejandro pasó por alto su presencia y se fue a sentar en los escalones que llevaban a la bodega.

—Dejadme que os cuente una historia, Telamón. Hace dos años el general Parmenio marchó sobre Efeso. Tomó la ciudad y, durante unas semanas, consiguió protegerla del contraataque persa —señaló al cuerpo—. Leónidas y seis oficiales reales formaron parte del ejército de ocupación y se encargaron de tomar algunos barrios de la ciudad.

—Como el Barrio de la Cerámica, donde se encuentra la Casa de Medusa —añadió Telamón—. Sí, ya me lo habíais contado.

—Bien, no sé qué pasó —continuó Alejandro—, pero Leónidas y sus seis compañeros se encerraron en sí mismos, se aislaron de los demás. Pocas veces aparecían donde estaba el bullicio, se recluyeron en aquella casa y apenas salían de allí. Y cuando Parmenio se retiró de Efeso, Leónidas fue el último en salir de la ciudad y el único que se reunió con el resto del ejército. Dijo que una tropa de caballos persas le había tendido una emboscada y que sólo él pudo escapar —terminó

Alejandro con un suspiro—. Nadie sabe exactamente lo que ocurrió. Después de la batalla del Gránico, Leónidas se ofreció voluntario para unirse al grupo de expedición que llegó primero a Efeso. Nuestras tropas habían casi entrado en la ciudad...

—¿Cuando Leónidas tomó la Casa de Medusa?

Alejandro asintió.

—Se dirigió directamente hacia allí. Por lo que me ha dicho Aristandro, la casa tiene mala fama. Hay quienes dicen que está encantada. En fin, Leónidas se vio acompañado esta vez por dos jóvenes oficiales, Agatón y Salus. Como es típico de los soldados, se hicieron con comida y vino de los mercados locales. Informaron de sus deberes, llevaron fielmente a cabo cualquier tarea que se les asignó, pero de nuevo, Leónidas se recluyó en aquella casa —Alejandro se pellizcó un corte que tenía en el dorso de la mano—. Según sus dos compañeros, éste insistía en salir y beber hasta que no podía tenerse en pie. La noche en cuestión Agatón le acompañó a una taberna de vino y fueron luego a un burdel; y puesto que Leónidas no estaba en condiciones de caminar, lo trajo de vuelta a casa. El viejo portero les dejó entrar y Agatón llevó a Leónidas a su habitación, le tumbó en la cama, se aseguró de que estuviera cómodo y se retiró.

—Eso es todo lo que sabemos —intervino Aristandro— hasta justo antes del amanecer. El viejo portero dijo que Leónidas bajó al jardín. Al ver que no regresaba, sintió curiosidad y encontró a Leónidas flotando boca abajo en un estanque cubierto de malas hierbas.

—Bien, ¿y por qué no aceptar esa teoría? —replicó Telamón—. Es bastante lógica. Leónidas estaría atontado por el vino, se levantó, decidió salir a dar un paseo y sin querer se cayó en el estanque. Nadie vio que saliera de la casa, ¿verdad?

—Oh, sí, el portero lo vio. Iba solo.

Alejandro cerró los ojos y asintió.

—Quiero que investiguéis este asunto, Telamón.

—¡Oh, no! —protestó el médico—. No hay pruebas de un asesinato. Y ya estamos lo suficientemente ocupados.

—Tiene alguna conexión con este caso —Aristandro se puso en pie y se acercó al médico mientras sostenía un trozo de pergamino que había sacado de la cartera de piel, atada a su cintura. Se lo dio a Telamón, que lo desenrolló y lo acercó a la luz de una pequeña lámpara. Se trataba del dibujo de un centauro de trazos bastante imprecisos. Telamón pudo distinguir el rostro y la barba, la cabeza con los cuernos, el torso de un hombre y el resto del cuerpo de un caballo. Alrededor de la figura revoloteaba una nube protectora de avispas.

—Lo encontramos entre los papeles de Leónidas —afirmó Aristandro—. Encontramos más dibujos y referencias a los centauros.

—¿Y dónde están? —preguntó Telamón.

—En un cofre, en mi cámara. Todos son muy parecidos: extraños borradores y dibujos de centauros. La palabra «centauro» aparece en todos ellos, o a veces sólo la

letra «C».

—Pero Leónidas era un soldado —objetó Telamón—. Le gustaba el vino, las mujeres y cantar. ¿Qué tendría él que ver con un espía persa y la política de esta ciudad?

—No lo sé —declaró Alejandro poniéndose en pie—. Todos estos misterios —afirmó gesticulando con la mano— están relacionados, son nudos de una misma cuerda. Quiero que deshagáis esos nudos, sigáis una pauta y encontréis el sentido de todo esto. Quiero saber qué pasó en el Templo de Hércules y por qué encontraron a un viejo soldado ahogado en un estanque. En fin —concluyó frotándose las manos—, Hefestión está ocupado con otros asuntos. Vos y Aristandro interrogaréis a Rabinos, luego hacia el mediodía, me informaréis en la cámara del consejo. Disfrutaremos de la compañía de nuestros amigos de Efeso, Agis y su grupo. Van a encontrarse con Meleager. Quiero saber si están involucrados en algún asesinato o alguna traición. Me gustaría acabar con ellos de un solo golpe, de modo que cuando nos marchemos de Efeso la paz reine en este lugar y se convierta en una ciudad leal, en la que se pueda confiar, y no en un hervidero que bulle a mis espaldas.

Alejandro se encaminó hacia la salida de la bodega, gritando a sus guardaespaldas reunidos al fondo del pasillo.

—Sois muy directo con el rey.

Telamón bostezó sin disimulo.

—Es peligroso —le advirtió Aristandro.

—No, en absoluto —Telamón cerró la puerta de la bodega y se inclinó sobre ella—. Alejandro es un déspota.

Aristandro se quedó boquiabierto.

—¡Oh, no os hagáis el inocente! —le reprendió Telamón—. Filippo era un déspota, Olimpia también lo es. Adora el poder como Leónidas adoraba el vino. Su hijo es igual que ella. Pero yo siempre estoy a salvo. ¿Sabéis por qué, Aristandro? —le preguntó acercando su cara a la del nigromante—. No estoy a salvo de la cólera de rey porque sea su amigo de la infancia. Estoy a salvo porque puedo decir lo que me gusta y lo que no. El peligro surge cuando uno no hace lo que Alejandro quiere... —Abrió la puerta e hizo un gesto como si mirara al frente—. Y afortunadamente todavía no he llegado hasta ese punto.

Aristandro no se movió, permaneció de pie con el labio inferior sobresaliéndole.

—¿Y se llegará a ese punto algún día, Telamón?

—¿Es qué acaso tenéis celos de mí, Aristandro? Deseáis que así sea, ¿verdad? Yo sólo me preocupo de lo que pasa hoy; mañana será otro día. Ahora, nuestro escriba persa nos espera.

Bajaron por el pasillo que serpenteaba a través de palacio y llegaron a la hilera de celdas donde guardaban a los prisioneros. Rabinos se encontraba alojado en la última de todas. Era una habitación cómoda con una rejilla en lo alto de la pared por donde se colaba el aire y la luz del sol. Tenía por único mobiliario una cama, un taburete y

una mesa. Olía a algo fuerte, a algún resto de comida aderezada con gran cantidad de especias; bandejas y platos, sobre los que revoloteaban las moscas, se amontonaban en la mesa. Rabinos estaba sentado al borde de la cama. Era un hombre de mediana edad, vestía una túnica salpicada de lamparones, sus oscuros cabellos, untados de aceite en el pasado y con tirabuzones, le caían ahora lacios sobre los hombros; llevaba la barba y el bigote desarreglados y manchados de comida. El persa estaba asustado, sus ojos no se apartaron de los recién llegados mientras entraban y se presentaban. Aristandro se sentó en el taburete y Telamón se reclinó en la pared.

—¿Queréis morir, Rabinos? —empezó Aristandro—. Nuestro rey os puede crucificar. Bueno, no os quedéis ahí sentado como un muchacho al que han pillado robando cerezas de un cuenco. Entendéis el griego perfectamente. Eráis un escriba de alto rango en la cancillería del gobernador. Tenéis muchas cosas que contarnos a mí y a mi amigo.

—Soy súbdito del Gran Rey —afirmó con voz temblorosa el preso de ojos oscuros y acuosos, pero mirada firme—. He trabajado para mis señores. Deberían dejarme en libertad —añadió pronunciando aquellas palabras detenida y lentamente.

—Sois un persa capturado en una ciudad griega —replicó Aristandro atestándole unos golpecitos en el hombro—. No tenéis derecho a permanecer en este lugar. Se os encontró oculto en la casa de una cortesana. Sois un espía y a los espías se les crucifica.

—¡Me traicionó! —exclamó como escupiendo aquellas palabras— ¡Arela no es más que una furcia!

—No, es una chica muy sensata —sonrió Aristandro—. Debería hacerle una visita. Tal vez me pueda aconsejar sobre cómo vestirme...

Rabinos le miró perplejo.

—Es una broma —añadió Aristandro—. Pero, vamos, Rabinos, no hablemos de ser crucificado en la Gran Avenida, con vuestro cuerpo desnudo y tensado sobre una cruz, con el sol secándoos la carne mientras los buitres revolotean a vuestro alrededor...

El miedo se apoderó de los ojos del persa.

—En vez de eso, hablemos de lo que sabéis, de lo que hicisteis.

—¿Y me soltaréis? —preguntó Rabinos.

—No sólo seréis libre sino que se os entregara ropa, dinero, un caballo y una escolta. Podréis cabalgar como un héroe de vuelta a Persépolis y contadles a los vuestros la historia que queráis.

Rabinos sonrió con desolación.

—Sé muy poco.

—No, no, no —afirmó Aristandro negando con la cabeza—. Sabéis mucho, nos lo dijisteis. Hemos rebuscado entre los papeles que dejó vuestro señor.

—Se llevó los más confidenciales... —se excusó Rabinos, cerrando al instante los ojos ante el error que acababa de cometer.

—¿Lo veis? —exclamó Aristandro con dulzura. Luego le abofeteó paternalmente en la cara—. ¿Cómo sabéis los que se llevó y los que quemó? ¡Porque sois un escriba que ha trabajado en la cancillería! Estamos muy ocupados, Rabinos. Si no confesáis hay guardias ahí fuera a los que les encantaría jugar con un jovencito persa tan atractivo —Aristandro se acercó a él—. Nuestros tesalienses —le susurró con tono amenazador— son como caníbales que primero sodomizan a sus víctimas. ¿Lo habéis probado alguna vez, Rabinos?

—Pensad en un pasillo —intervino Telamón— y que os encontráis en un extremo.

Rabinos le miró con expectación.

—Sólo tenéis una salida —le explicó Telamón—. Decidnos lo que sabéis. Soy el médico de confianza del rey. Tenéis mi palabra. Os daremos un caballo, una bolsa con monedas, una muda y una escolta hasta que abandonéis Efeso.

Rabinos suspiró y dejó caer los hombros.

—Tengo una esposa que me espera en Persépolis —explicó—. Y una casa con jardín donde mis dos hijos juegan.

—Entonces no deberíais visitar a mujeres como Arela, ¿no creéis? —le reprendió Aristandro.

Telamón se inclinó y clavó sus dedos sobre los hombros huesudos de Aristandro.

—Creo que nuestro amigo quiere contarnos algo —advirtió al nigromante—, ¿no es cierto, Rabinos? ¿Quién es el Centauro?

Rabinos se quedó en silencio.

—¿Quién es el Centauro? —le volvieron a preguntar—. Lo habéis mencionado antes.

—No lo sé.

Telamón pegó un bote cuando Aristandro abofeteó de nuevo al persa. Los anillos de sus dedos le cortaron las mejillas, que empezaron a sangrar.

—No sé quién es el Centauro —empezó Rabinos—. Pero sí —añadió lentamente— he oído hablar de él. Yo me encargaba de los códigos secretos.

—¿Y dónde están ahora?

—El gobernador los quemó todos.

De nuevo recibió una bofetada. Rabinos se tocó la mejilla.

—Necesitamos respuestas —suspiró Aristandro—, así que os daré otra oportunidad.

—Yo era escriba sénior en la Cámara Secreta —volvió a comenzar de nuevo Rabinos parpadeando—. Trabajé directamente para el gobernador y Mitra. Teníamos espías en Efeso y más allá de aquí. Cuando nos enteramos de nuestra gran derrota en el Gránico —levantó una mano como si quisiera evitar otro bofetón—, el gobernador ordenó de inmediato que se quemaran ciertos archivos e informes. Puedo daros nombres —añadió—, pero la mayoría de ellos han huido.

—¿La mayoría?

—Los que se quedaron —aclaró— fueron oficiales menores, que se encargaban de recoger información de poca relevancia. Todos los oficiales superiores, excepto dos, habían abandonado la ciudad; uno de ellos era el sacerdote del Templo de Hércules.

Aristandro suspiró.

—¿Os habéis enterado de lo que allí ha acontecido?

Rabinos asintió.

—Cuando me oculté en casa de Arela, me contó las noticias.

—¿Arela? ¿Ella otra vez?

—Ella era la segunda espía —añadió con rencor Rabinos—. Oh, ¿no lo sabíais? —preguntó divirtiéndose ante la mirada de consternación de Aristandro—. Solía acostarse con los más ricos y poderosos, con los más pudientes, charlaba con ellos y luego me lo contaba a mí.

—Entonces debemos hacerle una visita sin falta —declaró Aristandro.

—Creo que sí —afirmó Rabinos—. ¿Sabíais también que mientras Demades y el resto estaban refugiados en el Templo de Hércules, Arela les visitó?

—¿Era amiga de Demades?

—Tal vez compañera de cama, pero os prevengo de una cosa, a Arela no le interesaba demasiado la política de sus clientes: vendía su cuerpo tanto a los oligarcas como a los demócratas.

—Bueno, bueno —Aristandro se frotó las manos—, tengo muchas ganas de hacerle algunas preguntas.

—No debería haberme traicionado —maldijo de nuevo Rabinos, limpiándose la sangre de sus mejillas—. Ella pensó que mantendría la boca cerrada. Pero todo ha terminado, ¿verdad? Los persas se han marchado de Efeso...

—¿Os dice algo el nombre de Leónidas? —le preguntó Telamón.

Rabinos levantó la mirada rápidamente.

—Así es, ¿verdad? —insistió Telamón.

Rabinos asintió.

—Es amigo del rey, ¿verdad? Un viejo soldado. Junto a las fuerzas de Parmenio ocuparon Efeso hace dos años, Leónidas fue el último en marcharse. Él también visitó a Arela.

—¿Por qué?

Rabinos se encogió de hombros.

—¿Por qué visitan los hombres a las cortesanas? Arela es una compañera de cama muy enérgica y habilidosa.

—No —negó Telamón poniéndose de cuclillas ante Rabinos—. Leónidas habría podido dormir con una burra o una cabra. Un viejo soldado típico como Leónidas, se hubiera ido con una moza de taberna —Telamón le tiró de la barbilla—. Vamos —le instigó—, como habéis dicho, persa, todo ha terminado. Alejandro es el nuevo señor de Efeso. Debéis tomar una decisión: la vida o la muerte. Ayer por la noche

encontraron a Leónidas en la Casa de Medusa flotando bocabajo en un estanque.

—Bien —murmuró Rabinos—. Entonces es verdad lo que dicen. Que el Señor espera a que llegue el momento. Todo está relacionado —afirmó tosiendo, luego se aclaró la garganta—. Arela me habló de su familia. Su padre, Mali, era un comerciante de ostras que pertenecía a una sociedad secreta llamada los Centauros. Estaban en muchas ciudades, no sólo aquí, eran asesinos profesionales. Adoraban al dios Ahrimán...

—¿El dios persa de la oscuridad? —preguntó Telamón.

—Eran asesinos —explicó Rabinos—. Mataban por orden de esta o aquella persona. Hace unos ocho o diez años, cuando Meleager el Oligarca era magistrado jefe, las autoridades decidieron atacar. Se les tendió una trampa, y dos Centauros fueron arrestados y torturados; sus gritos se oyeron durante días. Al final confesaron algunos nombres y uno a uno todos los miembros de la sociedad fueron atrapados y encarcelados. Algunos murieron de fiebre, otros por las torturas y unos cuantos fueron crucificados a lo largo de la Avenida del Rey. Es nuestra costumbre acuchillar a la familia entera por tales crímenes. Poco antes de ser arrestado, el padre de Arela mató él mismo a su propia mujer, entregó a Arela una pequeña fortuna y la puso en manos de una de las cortesanas de mayor reputación de Efeso para que le enseñara todo sobre las casas de placer.

—¿Y qué tiene esto que ver con Leónidas?

—La Casa de Medusa fue en el pasado propiedad de Mali, el padre de Arela, que la destrozó completamente. Leónidas, como un perro sabueso, husmeó entre las ruinas y fue a visitarla para hacerle algunas preguntas.

—¿Qué preguntas?

—Arela nunca me lo dijo. Me confesó que no tendría más de diez años cuando se marchó de la casa y nunca quiso reclamarla. Decidió correr un tupido velo sobre su pasado y dijo que aquellas cosas quedarían en secreto.

—¿Era Arela una asesina? —preguntó Telamón poniéndose en pie.

—No —negó Rabinos sacudiendo la cabeza—. Amaba el poder y la riqueza. Al poco de enterarse de la batalla del Gránico me contó que un extraño la había visitado: un hombre que deseaba comprar sus favores en nombre de otra persona.

—¿Y era muy cara? —preguntó Telamón.

—Mucho. Yo era uno de sus clientes. Arela conocía trucos y juegos con los que otros hombres sólo soñarían —Rabinos sonrió, su mirada se perdió a lo lejos—. Era muy fácil encapricharse con ella. Arela era muy exigente con sus clientes. Podías ofrecerle un cofre lleno de perlas, pero si no le gustabas, ya podías aullarle a la luna —Rabinos abrió las manos—. Y eso es todo lo que sé. Arela todavía sueña con convertirse en la cortesana más importante de Efeso —Rabinos soltó una sonora carcajada—. ¡La reina de las furcias!

—Ya comprobaremos todo esto —dijo receloso Aristandro.

—Si fuera vos —los ojos del escriba adoptaron una mirada dura—, la arrestaría lo

antes posible. Arela sabe muchos secretos. Le pedí que huyera. Pero tiene una debilidad, su arrogancia. Cree que los hombres somos unos locos a los que nos puede persuadir fácilmente. Para ella no existe ninguna diferencia entre un macedonio y un persa.

Telamón escuchaba, fascinado. Durante sus viajes por Egipto, el sur de Italia, incluso en el imperio persa, había conocido a mujeres como Arela, mujeres que ejercían un considerable poder pero no por su posición o situación social, sino por sus habilidades como cortesananas.

—Volvamos al tema del Centauro —intervino Aristandro acercando su taburete.

En alguna parte del pasillo se escuchó un grito de dolor desgarrador.

—Otro prisionero —sonrió Aristandro—. Algún canalla que se pensaba que podría sacar tajada del caos de Efeso. Nuestro rey ha emitido un decreto: está prohibido guardar más comida, los mercados deben abrirse y el comercio reanudarse. ¿No querréis acabar también chillando ahí fuera preso del horror, verdad Rabinos?

—¿Me dejaréis en libertad? —preguntó el persa tocándose ansioso el corte en su mejilla.

—¿Y el Centauro? Dijisteis que habían terminado con aquella sociedad de asesinos.

—Y así fue, así fue —se apresuró a confirmar Rabinos—. Hace unos años el gobernador empezó a recibir mensajes secretos que no me permitieron ver. Iban sellados y se entregaban inmediatamente en pequeños cilindros de plata al Rey de Reyes en Persépolis.

—¿Queréis decir a Mitra, el Guardián de los Secretos de Darío? —preguntó Telamón.

—¿Habéis oído hablar de él? —preguntó sorprendido Rabinos.

—Claro que hemos oído hablar de él —se mofó Aristandro—. Ya hemos cruzado en alguna ocasión nuestras espadas y lo volveremos a hacer. ¿Quién es el Centauro?

—No lo sé —aseguró Rabinos en tono de súplica—. Quienquiera que sea ha decidido tomar ese nombre: sus mensajes llegaban aquí y el gobernador los enviaba enseguida a Persépolis.

—¿Y las respuestas? —preguntó Aristandro—, porque debían responder, ¿no es así?

Rabinos bajó la cabeza, movió nervioso los pies.

—El Templo de Hércules —susurró.

—¿Qué decís? —preguntó Aristandro levantándole la cabeza al persa.

—Vi uno de los mensajes —Rabinos, según parecía, estaba dispuesto a confesarlo todo—, antes de que lo metieran en un cilindro de plata y lo sellaran en la cámara secreta. Estaba escrito en un código que no pude entender. No —suplicó encogido de miedo mientras Aristandro levantaba la mano—. Juro por el dios de la Llama Oculta que os digo la verdad. El gobernador me ordenaba llevar esos mensajes al Templo de Hércules, normalmente al mediodía, bajo un calor aplastante. Entonces entraba en el

templo y me arrodillaba junto a la puerta interior con el cilindro de plata en la mano.

—¿Y?

—El Centauro, quienquiera que sea, se acercaba por detrás y me quitaba el mensaje de entre las manos. A veces me entregaba él también un mensaje dirigido a mi señor.

—¿Y nunca visteis a esa persona?

—Le vi unas sandalias, y una capa hecha jirones, pero eso es todo.

De nuevo el grito de terror se escuchó como un eco por todo el pasillo. Telamón tuvo que hacer un esfuerzo por mantener el aplomo.

—¿Algo más? —le preguntó amablemente Aristandro.

—¿Y mi libertad?

Aristandro le dio unas palmaditas en el hombro y se puso en pie, apartando de una patada el taburete.

—Ya veremos, ya veremos.

Aristandro y Telamón salieron de la celda y se fueron por el pasillo.

—¿A quién están torturando? —preguntó Telamón.

Aristandro se detuvo ante la puerta de una celda y la abrió de golpe. Dentro se encontraba un soldado sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared.

—¿Lo he hecho bien, señor?

Aristandro sacó una moneda y la lanzó al aire.

—Muy bien, soldado.

Luego siguió su camino agarrando a Telamón por el hombro.

—En estas circunstancias siempre ayuda un grito desgarrador. Eso persuade a gente como Rabinos de que no estamos para perder el tiempo.

Telamón se deshizo del brazo de Aristandro.

—Lo recordaré, por si alguna vez nos encontramos en circunstancias diferentes.

Aristandro soltó una risotada que más bien pareció un relincho. Luego con sarcasmo le indicó a Telamón que subiera las escaleras y que prosiguiera por el pórtico que conducía a palacio.

—Hablasteis de unos papeles que habíais encontrado en la cámara de Leónidas —comentó Telamón.

—Oh, ya los veréis más tarde.

—¿Qué haréis con Rabinos?

Aristandro se detuvo a medio camino bajo el pórtico y contempló un buen rato una estatua de afuera: un atleta preparado para lanzar un disco, el mármol blanco resplandecía bajo la luz cálida del sol. Respiró ruidosamente.

—Oled, Telamón, oled el aroma de los jazmines. Siempre me recuerda al jardín de mi madre —miró al médico por el rabillo del ojo—. Porque tuve una madre, Telamón. Vivíamos en un pequeño pueblo a unos dieciséis kilómetros al norte de Pella. La gente pensaba que era una bruja. Una noche echaron la puerta abajo, mataron a mi madre y a mi hermano mayor. Yo escapé por una ventana trasera. Tenía

una tía a la que también acusaban de bruja; era amiga de la joven Olimpia. Ella me acogió y me enseñó todo sobre las artes ocultas y también sobre la lealtad.

—Pero habéis preferido olvidar vuestro pasado, ¿me equivoco?

Aristandro le dedicó una sonrisa forzada.

—Contestando a vuestra pregunta, la verdad es que no me importa lo que le ocurra a Rabinos. Ha traicionado a su señor y nos ha traicionado a nosotros. Le haré esperar durante un día. Luego le ofreceré un caballo, una muda, algo de comida y una bolsa con monedas de plata. Cabalgará hacia Persépolis fingiendo ser un héroe. Enviaré un mensaje anónimo al gobernador de la ciudad persa más próxima. Le contaré que Rabinos se fue de la lengua, como un niño al que le ofrecen un caramelo.

—Sois perverso —replicó Telamón—. Así que cuando llegue a Persépolis, será arrestado y Mitra le preguntará cuánto nos contó. Se preocupará por su espía el Centauro, quizá le entre el pánico y haga algo.

Aristandro apuntó con su dedo huesudo el rostro de Telamón.

—Seríais un buen Señor de los Secretos, médico; no hay duda de por qué el rey quiere que le ayudéis en estos asuntos. Vamos, sentaos.

Condujo a Telamón a un banco de piedra reclinado en la pared, luego dio media vuelta y se dirigió de nuevo a las escaleras que llevaban hacia las celdas. Telamón tomó el sol. A través de los ojos medio abiertos observó como una mariposa se movía sobre una flor, dejándose llevar de un sitio a otro por la suave brisa. «En pocas semanas —pensó—, esta brisa desaparecerá. El sol del verano será más fuerte». Se preguntó en vano cuánto tiempo estarían allí, qué estaría haciendo Casandra y cómo iba a resolver aquel misterio al que se enfrentaba. Oyó pasos y miró hacia su derecha. Aristandro se acercaba trayendo consigo una bandeja con una jarra y tres copas; a sus espaldas, Rabinos venía custodiado por dos guardias.

—¡En el nombre de Apolo! —murmuró por lo bajo—. ¿En qué andaré enredada ahora esta serpiente?

Rabinos, despeinado y bastante tembloroso, obedeció de inmediato y se sentó al lado de Telamón. Los guardias, siguiendo las órdenes, se marcharon. Aristandro sirvió el vino. Llenó cada copa hasta el borde y las repartió entre sus convidados. Levantó la suya en señal de brindis.

—Por los secretos, ¿eh? Chian del más fino, bien fresco —tomó un buen sorbo—. Vamos, Rabinos, bebed. No está envenenado.

El persa obedeció. Telamón también tomó un sorbo.

—¿Sabéis qué? —preguntó Aristandro relamiéndose los labios—, he decidido soltaros.

El persa se levantó de golpe, y a punto estaba de dar brincos de alegría, pero Aristandro lo sentó de nuevo.

—Sin embargo, habéis olvidado contarnos algo, Rabinos.

Telamón se volvió hacia el persa.

—¿Qué pensáis de la luz del sol? —continuó Aristandro con tranquilidad—. Oled

las flores. ¿Oís el murmullo del agua de la fuente? ¿Cómo se siente uno con el sol en la cara y degustando un buen vino?

—Es bueno —susurró el persa.

—Volvamos a los últimos días. El gobernador entró en la Cámara Secreta con su escriba de confianza Rabinos. Los macedonios marchan sobre Efeso. Los demócratas alborotan a la multitud. Las fuerzas persas están a punto de retirarse y su gobernador con ellos. ¿Y qué hace él?

—Quema todos sus documentos secretos —replicó Rabinos.

—Os falta muy poco para ser libre —le advirtió Aristandro—. No, creo que el gobernador también os habló del Centauro, ¿no es así?

Rabinos se puso nervioso, empezó a mover los pies y se pasó la copa de una mano a otra.

—Y el gobernador os encomendó un último trabajo.

—¿Cómo lo sabéis?

Aristandro pellizcó la mejilla de Rabinos.

—Porque yo también tengo espías en Efeso. ¿Cogisteis un cinturón con dinero, me equivoco? Llevaba cosidas varias bolsas, pero ¿llenas de qué? De medio talento de daricos de oro, tal vez sólo medio.

—No sé lo que estáis...

Aristandro aplastó su copa contra el rostro del persa: la sangre empezó a salirle por la nariz.

—Os dieron una escolta: cuatro mercaderes sirios vestidos con ropas oscuras que os acompañaron a través de la ciudad cuando empezó el caos. Acudisteis al Templo de Hércules y subisteis los escalones. Por el momento no teníais nada que temer. La multitud todavía no había llegado a las calles. La matanza no había comenzado. Os arrodillasteis una vez dentro. El Centauro se os acercó por detrás, ¿cuál era la contraseña?

Rabinos empezó a toser al atragantarse con la sangre, y se limpió la cara con el dorso de la mano.

—¿Cuál era la contraseña? —repitió Aristandro.

—Mitra.

—¡Bien! —se tranquilizó el nigromante—. Ésa es la palabra que utilizabais todos los días, ¿verdad? ¿Por qué no nos lo dijisteis antes? Pero sigamos, no os volvisteis, desatasteis vuestro cinturón y el Centauro lo cogió.

—¿Cómo lo sabéis?

Aristandro extendió los dedos.

—Eran cuatro mercenarios. Dos fueron asesinados, uno huyó con el gobernador, pero al cuarto no le pagaron. Se ocultó y cuando terminó la masacre, se dirigió al campamento de Alejandro; nos ofreció su espada además de toda la información que poseía. Nunca vio al hombre con el que os encontrasteis en el templo, os esperaba fuera, en los escalones, de espaldas a la puerta. Sin embargo, cuando salisteis, el

cinturón que llevabais había desaparecido. Y bien, Rabinos, ¿verdad que soy un chico listo? Así que decidme, ¿por qué debieron huir los persas de Efeso, probablemente en un viaje sin retorno, y entregar un cinturón cargado de oro a su espía más importante?

Gotas de sudor empezaron a perlar la frente de Rabinos; la nariz se le había quedado ligeramente torcida por el golpe y todavía le resbalaba un hilillo de sangre hasta la boca.

—Sois un hombre inteligente, Rabinos. Debisteis de preguntar por qué. Los gobernadores persas no son conocidos por su generosidad.

Rabinos meció la copa y los hombros empezaron a temblarle.

—Fue como decís —afirmó sorbiendo por la nariz—, aquella fue mi última misión. Cogí el cinturón, pesaba mucho con aquel oro, y un cilindro de plata. El Centauro me esperaba.

—No, no —le interrumpió Aristandro—, ¿qué pasó antes de que salierais de palacio?

—Le pregunté al gobernador por qué. Contestó que se trataba de una buena inversión. El Centauro tal vez nos proporcionaría una valiosa información.

—¿Y? —preguntó Aristandro.

—Nos libraría de nuestros problemas de una vez por todas.

Telamón sintió de pronto un escalofrío, como si un viento frío estuviera soplando desde el pórtico. Agarró al persa por el hombro.

—¿Qué creéis que quería decir con eso? Se lo preguntasteis, ¿verdad?

Rabinos asintió.

—El Centauro llevaría a cabo una sentencia de muerte —masculló entre los dientes manchados de sangre—. La última orden que Mitra dio al gobernador —levantó la vista temeroso— fue que mataran a vuestro rey.

Telamón miró los ojos oscuros del persa. No detectó astucia alguna, ningún doble juego, aquel hombre estaba totalmente aterrorizado.

—¿Lo veis? —añadió Aristandro con un tono de voz más amable—. Puede que se quemaran los papeles, que el tesoro fuera saqueado, pero no hay nada como un buen par de ojos, ¿verdad, Rabinos? ¡Guardias! —gritó hacia el pórtico—, ¡lleaos a este hombre a la celda, pero tratadlo bien! Dadle comida, vino y ropa.

Puso a Rabinos en pie y lo empujó hacia los soldados.

—Haced lo que os digo: que sea escoltado hasta las puertas de la ciudad; dadle un caballo, una bolsa con plata y una carta que le garantice un pasaje seguro.

Telamón esperó hasta que Rabinos desapareciera tras la puerta.

—¿Pagaron al Centauro para que matara a Alejandro?

—Sí —replicó Aristandro—. Ya lo sospechaba. Después del Gránico, Alejandro estaba a salvo rodeado de sus soldados, pero aquí, en esta ciudad llena de traidores... —Echó otro trago de vino y luego se volvió a llenar la copa con lo que Rabinos se había dejado en la suya.

—Están dando caza a nuestro rey —aseveró Telamón—, por tanto nosotros

debemos cazarles también a ellos.

## Capítulo III

«Por parte paterna, Alejandro era descendiente de Hércules».

Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica*, libro 17, capítulo 20.

**E**l asesino de Arela, el Centauro, observaba el cuerpo de la cortesana, con los brazos extendidos, flotando sobre la superficie de la piscina rodeado de un círculo escarlata cada vez mayor.

—Era tan bella —murmuró.

Aunque la acababa de matar, admiró sus pechos firmes y voluptuosos, su hermoso cuerpo sinuoso. Se la imaginó en la cama, retorciéndose, la piel untada con los aceites perfumados más caros.

—¡En fin! —suspiró—. Tengo que terminar mi trabajo.

Miró con tristeza el arbusto de jazmín que crecía en la base de la estatua de Afrodita. Tras ella se elevaba un cenador cubierto de flores, una glorieta umbrosa para protegerse del sol del verano. Recordó entonces un verso de la obra de Aristófanes, *La Paz*: «Nunca daréis un paso de cangrejo en línea recta». Se había convertido en un asesino comprometido a matar, ahora ya no podía echar marcha atrás. Matar o dejarse matar. Atacar antes de ser atacado, así es como había empezado todo y así es como terminaría. Daba igual que se tratara de Alejandro de Macedonia. A pesar de las muertes y de las prisas por huir, el Centauro no se había movido de sitio esperando el momento. Había entrado en la Ciudad de los Malditos y, citando un verso de *Las Bacantes*, no tuvo otra opción que «caminar entre las ruinas que él mismo había creado».

Más allá de los muros del jardín pasaba un carro con las ruedas crujiendo sobre el sendero trillado, lo que hizo que el Centauro saliera de su ensimismamiento. Se ajustó la máscara sobre el rostro y, arrodillándose, sacó el cuerpo de la piscina. Lo arrastró hasta el vestíbulo de la casa, regresó al jardín y cargó también con los cuerpos de la doncella y del portero. Se aseguró de que la puerta de entrada estuviera cerrada con picaporte, luego levantó un poco de polvo con el pie sobre la piscina teñida ahora de sangre y donde se mecían, en una estampa macabra, los sesos de su primera víctima. Cruzó el jardín, perfumado de la dulce fragancia que desprendían las flores, y entró en la suntuosa y fría mansión de Arela. Examinó la cocina de piedra, el comedor con cojines apilados contra las paredes, los frisos de exquisitos colores representando las hazañas de Afrodita. Subió las escaleras de madera de sicómoro enceradas y registró todas las habitaciones. El suelo del piso de abajo era de piedra endurecida, pero el de arriba, de sicómoro y olmo. El Centauro sintió un gran alivio: sería fácil encontrar rincones ocultos.

Saqueó el dormitorio con colgaduras de terciopelo de Arela, un lugar hermoso y fragante. Los frescos que decoraban sus paredes representaban escenas de amor, de

banquetes y a una joven entreteniendo sobre un sofá a un hombre de avanzada edad. En cada una de las pequeñas pinturas la joven adoptaba diferentes posturas. El Centauro sonrió bajo la máscara: ¡no cabía duda de lo mucho que los hombres habían deseado el cuerpo de aquella joven! Mientras registraba la casa se dio cuenta de lo valiosa que Arela había llegado a ser: cofres y bolsas repletas de joyas, piedras preciosas, perlas, láminas de plata y pequeños lingotes de oro. Cofres y arcas con falsos fondos que escondían monedas de todos los rincones del Imperio y del continente de Grecia. Examinó los revestimientos de la base de las paredes y descubrió un compartimento secreto. La mayoría de las cartas provenían de admiradores, y éstas le revelaron más detalles sobre las flaquezas y debilidades de algunos de los líderes de Efeso. Deshizo la cama tan hermosamente arreglada, depositó el colchón de plumas en el suelo y lo rajó con su daga. Examinó asimismo los postes de la cama en busca de más compartimentos secretos o escondrijos. Satisfecho, bajó al piso inferior y continuó fríamente con su correría. Conocía la rutina de Arela. Por la tarde dormía, descansaba y la casa estaba en silencio. No encontró nada interesante, así que salió al jardín. Inspeccionó cuidadosamente las estatuas, las piedras pavimentadas, las fuentes y el pequeño cenador cubierto de flores. Regresó a la casa, sus botas de suela dura crujieron sobre la gravilla. Hacía una tarde hermosa: las mariposas revoloteaban de flor en flor, las abejas zumbaban buscando miel.

—Ya he hecho todo lo que tenía que hacer.

El Centauro cogió una bota llena de vino y sacó el pitorro. La vertió sobre los tres cuerpos, por la escalera, la galería y las habitaciones de arriba. Seguidamente, se encaminó al piso de abajo y estaba a punto de entrar en la cocina en busca de una lámpara de aceite cuando se detuvo al oír un crujido de pasos en el camino de gravilla.

El Centauro se ocultó tras la puerta entreabierta y escudriñó a través de la rendija. Se dio cuenta de que respiraba muy fuerte y el cuerpo se le había empapado de sudor. Al principio no vio nada, luego Hesíodo, el escriba de la ciudad, apareció ante él, vestido con una túnica blanca y una capa oscura en el brazo. El escriba parecía sorprendido y levantó la vista hacia la casa, secándose las gotas de sudor en el cuello con un pañuelo. Dio a continuación un paso al frente: sus ojos negros, casi ocultos bajo los pliegues de grasa de su rolliza cara, reflejaban curiosidad pero no alarma.

El Centauro desenfundó su daga. Echó una rápida ojeada hacia donde se encontraban los cuerpos. Hesíodo se habría acercado por curiosidad y acabaría por marcharse. ¿Qué estaría haciendo allí aquel gordo chiflado? Hesíodo, otro asesino, un hombre que disfrutaba con la muerte ajena, había integrado la lista de sus víctimas. Esta oportunidad era tan buena como cualquier otra.

Hesíodo depositó su capa sobre el pequeño banco de mármol a la izquierda del porche y se subió su brazalete de oro que llevaba en la muñeca izquierda.

—¡Arela! —gritó con su voz de pito—. ¡Arela, el portero no está!, ¿estáis en

casa?

El Centauro lo observó como una araña a punto de cernerse sobre una mosca revoloteando cerca de su red.

—¿Puedo entrar?

Hesíodo estaba a punto de volverse. El asesino empuñó con fuerza su daga. Si era necesario la utilizaría antes de que Hesíodo se marchara. Entonces, el escriba cambió de idea: recogió su capa y cruzó la puerta principal.

El Centauro la cerró de golpe. El escriba giró sobre sus talones. Se quedó boquiabierto, moviendo los dedos nervioso ante la figura con la que se acababa de topar: un hombre con capa, capucha y una máscara de piel de caballo sobre el rostro, amenazándole con aquella alargada y puntiaguda hoja cuyo filo rozaba ya su rolliza barbilla.

—¿Qué es esto? —balbuceó el escriba retrocediendo un paso.

Resbaló con el aceite y cayó sobre sus rechonchas nalgas, causando gran estruendo. Permaneció sentado, con la capa y la túnica empapadas de aceite. Rodó por el suelo e intentó ponerse en pie, y entonces entrevió los cuerpos hacinados junto a la pared bajo las sombras de las escaleras. Se puso a cuatro patas, chillando como un cerdo. Sólo podía tratarse de una pesadilla. Una bota le golpeó en la espalda.

—¡Levantaos, cerdo!

Hesíodo se puso en pie. Aquella terrorífica imagen seguía ahí y también aquella hoja amenazante que esta vez le rozó la ardiente mejilla. El Centauro le obligó a recular hasta ponerlo de espaldas a la pared.

—¿Qué estáis haciendo? ¿Por qué estáis aquí? —inquirió la voz tras la máscara.

—Tengo... una cita... en el palacio del gobernador.

—¿Con el asesino macedonio?

—Con... —La voz de Hesíodo se quebró. Pestañeó. No podía dejar de temblar. Las piernas parecían de mantequilla y sin darse cuenta empezó a orinarse. El Centauro lo vio y se rió por lo bajo.

—Bueno, bueno, bueno. ¡Nuestro escriba de la ciudad! Ahora no sois el héroe conquistador, ¿eh? El valiente y severo juez que contemplaba cómo arrastraban a la muerte a hombres, mujeres y niños.

Hesíodo cayó de rodillas al suelo y cerró las manos. Intentó agarrarse a los pliegues de la sucia y pesada capa de aquel desconocido, pero el Centauro le golpeó con la mano enfundada en un guantelete, dándole de pleno en la cara y reventándole los gruesos labios. Hesíodo empezó a lloriquear.

El Centauro se agachó a su lado.

—¿A cuántos creéis que habéis matado, escriba? ¿A cinco o seis? ¿O eran treinta y seis?

—No tenía elección —gimió Hesíodo—. Agis era el que más se divertía. Él, Peleo y Dión.

—¡Todos la misma mierda! —gruñó el Centauro—. Pero decidme, Hesíodo —

continuó suavizando el tono de voz—. ¿Por qué estáis aquí? ¿Sois cliente de Arela?

La afilada punta de la daga le pinchó su garganta carnosa.

—Yo... he venido... he venido a llevarla al palacio del gobernador.

—¿Por qué?

—Puede tener información.

—¿Sobre qué? ¡Vamos, Hesíodo! No sois ni filósofo ni un sofista en uno de sus diálogos de pregunta y respuesta. ¡Decídmelo u os abro la garganta!

—Arela era amiga de los persas —balbuceó Hesíodo—. Sabía mucho. También tenía contacto con esos oligarcas, ella trai...

—¿Con esos oligarcas? Estoy perdiendo la paciencia.

—Con Demades y el resto, los que se refugiaron en el Templo de Hércules.

—¿Es verdad eso? ¿Cómo lo sabéis?

—Vi como fue allí al menos en dos ocasiones. Una vez entró en el templo. Creo que llevaba vino y comida. La segunda vez se quedó de pie frente a la puerta del templo: debió de acudir allí para ver a alguien.

—¿A quién?

—No lo sé —las manos de Hesíodo empezaron a temblar—. Puede que sepa algo sobre el misterio. Desde luego sabe mucho sobre los persas.

—Ya veo —dijo el Centauro poniéndose en pie—. ¿Algo más, Hesíodo?

—¡Me conocéis! ¿De qué me conocéis?

—Todo el mundo os conoce, Hesíodo. El valiente y noble juez, el salvaje perseguidor de los oligarcas y sus familias. Vamos, levantaos.

La terrible figura le ofreció la mano envuelta en el guantelete. El escriba la agarró y, mientras se incorporaba, el Centauro le clavó la daga en el corazón, en una certera puñalada. Vio como la vida se apagaba en los ojos cada vez más abiertos del escriba, extrajo de un tirón la daga del pecho y dejó que éste se desplomara sobre el suelo.

El Centauro vertió el aceite sobre el cuerpo inerte de Hesíodo, luego se dirigió a la cocina, cogió una pequeña lámpara de noche, que todavía no se había apagado, y se encaminó hacia la puerta. Lanzó la lámpara de alabastro por encima de sus hombros, abrió la puerta y se marchó.

Durante un rato, permaneció bajo la sombra de una solitaria palmera, mirando por una de las ventanas del piso de abajo. Al principio no percibió ninguna novedad, luego entrevió hilachos de humo, y un poco después, las llamas al encenderse el aceite. Y en pocos minutos la lujosa mansión de Arela se convirtió en un horno ardiendo.

El Centauro se dirigió entonces hacia el huerto cerca del muro. A sus espaldas las llamas se hicieron cada vez más grandes, pero no se apresuró. Aquel barrio estaba prácticamente desierto, la mayoría de sus habitantes estarían descansando del calor del mediodía. Ahora, ya nadie podía hacer nada por Arela y su mansión.

El pequeño huerto de granadas desprendía un aroma fresco y dulce. Una modesta arboleda rodeaba una fuente en la que se alzaba una estatua de Poseidón con dos

ninfas del mar. El Centauro se detuvo, se sacó los guanteletes y la máscara y se refrescó con agua la cara, lamiéndose las pequeñas gotas de las palmas de las manos. Se fijó que tenía algunas manchas de sangre en los dedos, maldijo por lo bajo y empezó a frotarse las manos con algunas hierbas que arrancó. Con un poco de agua, se humedeció la nuca, dejando que las frías gotas se colaran por debajo de su pesada vestimenta. Se puso de nuevo los guanteletes y la máscara. El humo de la casa se dirigía en su dirección y lo olisqueó con satisfacción.

Estaba a punto de continuar la marcha a través de los árboles hacia los muros, cuando se detuvo y clavó el tacón en el suelo lleno de furia. Había ido muy rápido; debería haber interrogado a aquel gordo escriba con más detenimiento. Hesíodo no sólo había venido a llevar a Arela frente al gobernador, puesto que en tal caso podía haber enviado una carta, o a un criado para que los guardias de la ciudad o de la policía del mercado vinieran a arrestarla. ¿Por qué otro motivo habría llegado hasta allí aquel cerdo? ¿Para ofrecerle protección? ¿Para amenazarla o hacerle chantaje? ¿Sabría más de lo que confesó? ¿Sospecharía de algo?

El Centauro notó cómo se le secaba la garganta. Se dirigió hacia el muro y permaneció de pie, con una mano apoyada sobre un contrafuerte. Hesíodo estaba soltero, era un hombre al que le gustaban los placeres de la carne. Vivía solo, pero tendría criados en casa. Le gustaba que le mimaran, que le llevaran por la ciudad en una litera o con sus gordas piernas sobre un burro. ¿Habría venido solo? ¿O habría alguien más con él? En aquella ciudad había políticos por todas partes, como un nido de víboras retorciéndose y escupiendo veneno. No, ya había hecho suficiente por hoy. Esperaría y observaría.

El Centauro estaba a punto de trepar el muro cuando escuchó un ruido, se volvió y entrevió una figura de pie justo al lado de la puerta de entrada.

\* \* \*

Telamón se encontraba ocupado en su cámara, una pequeña habitación en el centro de palacio desde donde podía contemplar el patio bañado por la luz del sol. Permanecía junto a la ventana, contemplando el estanque. La fuente había sido destrozada cuando las tropas de Alejandro irrumpieron en el palacio y ahora el agua brotaba de unas tuberías a la vista. Los ingenieros del rey habían prometido que la arreglarían, pero Telamón sabía que estaban demasiado ocupados para eso.

—Una pena —murmuró.

—¿Qué? —preguntó Casandra sentada en la mesa y sosteniendo una mano de mortero. Estaba entretenida machando hierbas en un cuenco de arcilla.

—La fuente.

Telamón dio un respingo cuando dos avispas, como dos pequeños demonios, se colaron por la ventana.

—¡Son un estorbo!

—Tienen nidos por todo el palacio.

Telamón se acercó al pequeño escritorio que habían traído de otra cámara, con un pequeño sillón acolchado que parecía un trono.

—No han destruido demasiadas cosas —afirmó Casandra recogiendo sus cabellos pelirrojos con una pequeña cinta. Se tiró de la blusa oscura que llevaba—. Hace tanto calor.

—¿No habréis tomado vino tinto? —preguntó Telamón—. Ya habéis leído a Hipócrates. Nunca al mediodía, sobre todo cuando hace mucho calor; provoca que corra la sangre y uno sude.

Casandra soltó algún impropio contra Hipócrates.

—¿Qué habéis dicho? —preguntó Telamón.

—No tenía razón en todo —afirmó Casandra fijando sus ojos verdes en los del médico—. Dijo que había noventa y un huesos en el cuerpo humano.

—Y bien, ¿no es así?

—Si sumamos las uñas serían ciento once —replicó.

—Las uñas no son huesos —protestó Telamón.

—Yo creo que sí. Cuando trabajé como curandera en el templo de Tebas, los médicos las consideraban y trataban como tales.

—Puede que tengáis razón —cedió Telamón recogiendo unos fragmentos de pergamino sobre el escritorio.

—¿Qué hacéis? —preguntó Casandra—. Nos lo estábamos pasando bien en el jardín cuando el rey os llamó, estuvisteis fuera durante horas y luego volvéis con el feo de Aristandro y su endemoniado olor.

—No permitiré que oiga lo que decís de él. Aristandro compra los perfumes más caros.

—Podéis disimular la porquería con agua de rosas, ¡pero sigue siendo porquería! —replicó Casandra—, y bien, ¿qué está planeando nuestro mayor asesino?

Telamón se puso en pie. Comprobó que la puerta estuviera cerrada y se arrodilló junto a Casandra. Ella se volvió y le guiñó un ojo. Sosteniendo la mano de mortero como una porra, estudió el rostro moreno y solemne de aquel médico que la había rescatado de las penurias de la esclavitud.

—Siempre os pone nervioso, ¿verdad? —le susurró. Casandra se acercó. Telamón pudo oler a menta y a tomillo machacado—. Alejandro es un asesino —prosiguió con un tono de voz más bajo—. Limpió Tebas, después Gránico y no tuvo compasión de los mercenarios griegos que lucharon a favor de Persia —zarandeó la mano de mortero frente al rostro de Telamón—. Y si es necesario, vos, Telamón, o cualquiera que no haga lo que él ordene, acabará colgando de una cruz o en un patio de ejecución. Nuestro rey tiene un carácter indomable y cuando está borracho es muy peligroso.

—Sufre cambios de humor —le explicó Telamón poniéndose de pie a su lado—. O se deprime o salta de alegría, pero esto le ocurre de vez en cuando. Normalmente

es muy generoso y siempre está dispuesto a tender una mano.

—Puede que no sea hijo de Filipo —replicó Casandra—, pero Olimpia es su madre. ¿Adónde iremos ahora? ¿Cuál es la próxima ciudad que va a sufrir la brutalidad del pillaje y del saqueo?

Telamón le dio unos golpecitos en la punta de la nariz y regresó a su escritorio.

—Ese asunto del Templo de Hércules —continuó Casandra—, está en boca de toda la ciudad. Las tropas dicen que un centauro entró en el templo y asesinó a esos hombres.

—No lo creo —replicó Telamón—. Quienes se refugiaron en el Templo de Hércules fueron víctimas de un astuto asesino. Dudo si alguna vez sabremos toda la verdad.

—Pero Alejandro quiere que descubráis la verdad, ¿no es así? —preguntó Casandra tanteando el tema—. Dicen que está furioso, que dio su palabra y no la ha podido mantener. Ha sido objeto de humillaciones y burlas, el gran conquistador que ni siquiera es capaz de controlar una ciudad griega.

Telamón no quiso contestarle. Regresó a la cámara donde Casandra y él habían comido pan, queso y uvas junto a una copa de vino aguado. Uno de los escribas de Aristandro había traído los documentos de la cámara de Leónidas y una nota que le recordaba que debía visitar al rey más tarde, cuando se reuniera con algunos de los líderes de la ciudad.

—¿Qué son esos fragmentos de pergamino? —insistió Casandra—. ¿Por qué son tan interesantes?

—¿Por qué no salís a dar una vuelta por ahí? —suspiró Telamón—. ¿Por qué no vais a incordiar a algún soldado o flirteáis con algún paje?

—No flirteo con pajes.

Casandra empezó de nuevo a machacar las hierbas con la mano de mortero. Telamón cerró los ojos y apretó los dientes. «Pronto empezará a cantar», pensó, «eso o a silbar». Y como si hubiera leído su mente, Casandra empezó a entonar una canción de cuna, y cuanto más cantaba, más fuerte la entonaba.

—¡Leónidas! —exclamó Telamón.

—Ah, bien, así que me lo vais a contar —Casandra dejó la mano de mortero y se cruzó de brazos, con los ojos abiertos y una sonrisa falsa en los labios.

Telamón respiró hondo y le contó todo sobre Leónidas y la Casa de Medusa: cómo era el soldado, su amor al vino y el modo en el que aparentemente se ahogó.

—Bien —murmuró Casandra, frotándose las manos—. ¡Un asesino macedonio menos! —exclamó, pasando por alto la mirada de advertencia de Telamón—. Y decidme, amo, ¿qué son esos pergaminos que os envió esa araña venenosa?

—Aristandro no es una araña.

—Pues tiene patas de araña, por eso envidia las mías. ¿Creéis que alguna vez me invitará a una de sus cenas en las que se viste de mujer y ese atajo de degolladores que le acompañan a todas partes empiezan a cantarle canciones de amor?

—Estos pergaminos... —continuó Telamón pasando por alto la furia de Casandra.

—¿Sí, amo?

—Por favor, no me llaméis así —Telamón se puso en pie y le acercó los pergaminos—. ¿Veis? —dijo agarrando la mano de mortero y el cuenco y dejándolos sobre la mesa—. Algunos contienen la letra «C» que, imagino, significa Centauro. En algunos hay tres rectángulos conectados entre sí, otros sólo tienen dos —cogió otro pergamino—, pero en éste aparecen cuatro.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Casandra.

—No lo sé.

Telamón depositó los pergaminos de nuevo sobre la mesa. Una brisa que se coló por la ventana los levantó ligeramente. Asíó entonces una estatua de madera, obra de algún artesano persa, y la puso encima de los documentos. Representaba un ave de los pantanos.

—Es exquisita, ¿verdad? —comentó señalando la estatua—. El trabajo de un artesano persa en una ciudad griega en el pasado gobernada por los persas y ahora por los macedonios. Ahí está el meollo de toda esta cuestión. Casandra, ¡vaya cambio más drástico! Efeso es como el lodo fértil del fondo de un estanque: lo han removido y ahora toda clase de suciedad ha subido a la superficie.

—¿Habláis a menudo en tono metafórico? —espetó ella.

Telamón se encogió de hombros con aire apenado.

—Leónidas era un viejo canalla. Me topé con él en la Arboleda de Mieza. Nuestro jefe militar era Cleito el Negro, ¿lo conocéis?

—¿Ese hombre tuerto con cara de membrillo retorcido?

Telamón soltó una risotada.

—Cleito solía pasearse con aires de grandeza. De vez en cuando traía lo que él llamaba un soldado de verdad.

—¿A vuestro padre?

—En algunas ocasiones, pero eso fue antes de que mi padre tuviera su visión, se marchara del ejército y me sacara de la Arboleda de Mieza para enseñarme a ser médico. A menudo traían a Leónidas. Se quedaba de pie al lado del campo de instrucción y soltaba toda clase de obscenidades: ¡Levantad esa espada así! ¡Sostened el escudo así!

Telamón se calló al oír la señal del cuerno, que resonaba como un eco por todo el palacio, anunciando el cambio de guardia.

—A Leónidas le gustaba la guerra pero también la riqueza —continuó—. Soñaba con encontrar un tesoro perdido. Solía sentarse alrededor del fuego del campamento, por la noche, para contarnos relatos macabros sobre fabulosas riquezas ocultas bajo antiguos monumentos y tumbas —Telamón cogió el pato de madera y lo meció en las manos—. Solía pensar en Leónidas cuando estuve en Egipto y visité la Necrópolis en la orilla oeste del Nilo, donde se hallan cientos, tal vez miles de tumbas llenas de

tesoros, por no mencionar el encantado Valle de los Reyes con sus sepulcros reales escondidos. Los rumores dicen que allí se esconde un gran tesoro con oro, plata y joyas preciosas.

—¿Y creéis que Leónidas encontró algo parecido aquí?

—Sí, así es. Se apropió de la Casa de Medusa, un nombre que ya suena algo malévolo por sí sólo. Miembros de su unidad y él mismo lucharon junto a Parmenio, pero cuando los persas regresaron, Leónidas y sus compañeros tuvieron que huir a toda prisa.

—¿Creéis que hay un tesoro en esa casa?

—La casa fue en una ocasión propiedad de un Centauro, un miembro de esa comunidad secreta de esta ciudad, de Efeso —Telamón barajó los pergaminos—. Leónidas probablemente regresó en busca de ese tesoro escondido.

—Pero eso no significa que fuera asesinado.

—No. Probablemente se levantó de la cama, borracho como una cuba y decidió bajar al jardín, tropezó y se ahogó.

Telamón hizo una pausa al oír cómo alguien llamaba a la puerta.

Aristandro se coló en la habitación. Casandra se levantó de inmediato.

—A solas con vuestra pelirroja, ¿eh? —bromeó Aristandro sin pelos en la lengua, con sus ojos lascivos y rapaces como los de un ave.

Casandra no le hizo caso y se dirigió a la pequeña alcoba donde se encontraba su carriola, oculta tras unos pálidos velos que colgaban de una barra de madera. Casandra los retiró y desapareció tras ellos.

—No le gusto —ronroneó por lo bajo mientras entraba y se sentaba en un taburete, cerca del escritorio de Telamón.

—Gustáis a muy poca gente, Aristandro. ¿Cómo está el rey?

—Iba a ir de caza pero han llegado mensajeros de otras ciudades trayendo consigo muestras de sumisión. Así que no está de mal humor —Aristandro señaló los pergaminos—. ¿Habéis encontrado algo interesante?

—Nada de nada —afirmó Telamón recogiendo los documentos para devolvérselos—. Creo que Leónidas buscaba un tesoro escondido.

—Yo también —admitió Aristandro. Lo dijo tan despreocupadamente que despertó las sospechas de Telamón.

—¿Hay un tesoro, Aristandro? La avaricia brilla en vuestros ojos.

—Bueno, bueno, debe de haberlo, ¿verdad? —replicó el Señor de los Secretos—. Por ese motivo debió regresar Leónidas a la Casa de Medusa.

—¿Y habéis registrado el lugar?

Aristandro negó con la cabeza.

—Sois un mentiroso —le reprendió Telamón.

Aristandro se llevó las manos a la boca y soltó una risita entre los dedos.

—Bueno, he estado allí y he dado un vistazo, pero no encontré nada sospechoso. Y cualquier tesoro escondido que se encuentre pertenece al rey. En fin, el día

continúa.

Recogiendo los pergaminos, Aristandro se puso en pie y se encaminó hacia la puerta.

—¡Adiós Casandra! —exclamó—. Seguro que nos volveremos a ver —y se marchó sigiloso, como un gato en la noche.

Telamón suspiró y se dirigió a un pequeño sofá, cuyos brazos labrados tenían la forma de leones agazapados. Estaba forrado de un tejido muy caro y decorado con rombos plateados y soles dorados. Se tumbó y se desperezó.

—¡No puedo soportar a esa detestable criatura! —Se escuchó la voz de Casandra como un eco al otro lado de la cortina—. Siempre está tocándome el pelo y dándome pellizcos.

—Cree que seríais una buena novia para el líder de su Coro. Todos sus encantadores muchachos os adoran, Casandra.

Una sarta de improperios acogió sus palabras. Telamón levantó la vista al techo. El yeso blanco estaba agrietado y manchado. Se preguntó en vano quién habría ocupado antes aquella estancia, ¿tal vez Rabinos? Contempló la cornisa. Un artesano le había dado la forma de una ibis, lo que le recordó su viaje por Egipto. El Nilo como una culebra verde serpenteando entre las arenas ardientes del desierto, la ciudad de mármol blanco de Tebas, los refrescantes oasis, las altísimas palmeras protegiendo las charcas de agua fresca y la frondosa vegetación. Estuvo allí con Anuala, el amor de su vida, la muchacha del templo que servía a la diosa Isis. La recordó arrodillada a su lado, con una gargantilla cornalina alrededor del cuello y en las orejas, pendientes con unas resplandecientes piedras preciosas. Una peluca espesa y untada en aceite, rodeada por una diadema dorada, le enmarcaba su encantador rostro ovalado, aquellos ojos maravillosos, de un verde intenso, sus labios inclinados para besarle.

—¡Cómo te gustaba hacerme rabiar! —murmuró Telamón.

Las lágrimas asomaron en sus ojos. Recordó aquel día con total claridad, uno de los de la festividad de Isis. Lo habían pasado entre risas y charlas mientras comían y bebían, pero aquella misma víspera, cuando crecieron las sombras, Anuala había sido violada y asesinada por un oficial persa, borracho y lascivo, jugando a ser el dios todopoderoso. Telamón se encontró con él en una parada de vino. Lo mató de un solo golpe, clavándole profundamente el cuchillo en el corazón. Telamón se preguntó si aquél había sido el final de Anuala. Siempre decía que Ka, o su alma, viajaría hacia el oeste cruzando el Lejano Horizonte pero que si algo sucediera regresaría a él. Telamón se rió bruscamente. Aquí no vendría, no a este palacio lleno de intriga y asesinatos. Tal vez Anuala sólo permaneciese viva en su alma. Recordó su rostro mientras se quedaba adormecido.

Las memorias de Anuala dieron paso a otras imágenes de guerra más recientes y violentas: Alejandro y su general, con los ojos brillándoles a través de las ranuras de sus cascos, los penachos de crines de caballos pura sangre serpeaban al viento; relinchos de bestias empapadas en sudor; falanges en marcha, con fajines de

regimiento de diferentes colores y levantando enormes picas contra el cielo teñido de un rojo sangriento; el toque estridente de las trompetas en medio de nubes de polvo...

De repente Aristandro le despertó bruscamente, cuando abrió los ojos se lo encontró inclinado sobre él, acompañado de su coro entorno al sofá. Telamón se recompuso y se frotó los ojos. La luz de sol que se filtraba a través de las ventanas empezaba a desfallecer.

—Os necesitan —espetó Aristandro chasqueando los dedos.

—Tengo que ir primero al baño —respondió Telamón.

—Os esperaremos fuera.

Al cabo del rato Telamón se reunió con él en el pasillo. Aristandro dejó de comportarse como un currutaco y permaneció rodeado de sus guardaespaldas. Vestían como si marchasen a la guerra, incluso llevaban escudos y habían desenvainado las espadas. Se apiñaron alrededor de su señor, apestando a perros y establo.

Aristandro tiró del brazo de Telamón. Les ordenó a sus «adorables muchachos» que esperaran y se llevó al médico hacia el alféizar de una ventana que daba a los jardines. Telamón agradeció la dulce y fresca fragancia. Al fondo del pasillo permanecían miembros de los soldados de a pie, ataviados con la armadura de gala. También parecían tensos y no quitaban ojo a los celtas bien armados y de miradas despiadadas que en ese momento se encontraban tan cerca de las dependencias reales.

—¿Qué pasa? —preguntó Telamón—. ¿Por qué no me lo explicasteis en mi cámara?

—Vuestra pelirroja tiene muy buen oído.

—La pelirroja tiene un nombre, se llama Casandra.

—Bueno, eso es lo que ella dice —replicó Aristandro—, pero es una mujer de Tebas y seguro que se ha puesto otro nombre. ¡A saber quién es realmente!

—¡Por el amor de Apolo, Aristandro! Receláis hasta de vuestra propia sombra.

—Sí, y tengo buenos motivos. Han traído unos cadáveres.

—¿Más asesinatos?

—Sí. ¿Recordáis que el persa Rabinos mencionó a la cortesana Arela?

—Ah, sí, esa mujer con un pie en cada campo —sonrió Telamón—. Me temo que no lo podría haber dicho de mejor modo.

—Bien, pues ahora no tiene el pie en ningún sitio. A primera hora del mediodía alguien le hizo una visita. Mataron al portero, a su doncella y finalmente a ella. Debía de estar nadando. La piscina estaba llena de sangre. El asesino arrastró los tres cuerpos hacia el interior de la casa, luego les prendió fuego y también a la propiedad de la cortesana —terminó Aristandro con el rostro pálido y enfurecido.

—Ahora os arrepentís de no haberla arrestado de inmediato, ¿verdad?

—Sí, lo habría hecho, pero ese gordo escriba de Hesíodo me dijo que quería verme para hablarme de ella. Me dijo que tenía que contarme algo interesante, de hecho, muy interesante.

—No me lo dijisteis.

—No era asunto vuestro.

—Pero lo es ahora...

—No, escuchad —Aristandro trató de hablar con tacto—. Según parece, Hesíodo interrumpió al asesino. A él también lo asesinó. Da igual, es mejor que vengáis y lo veáis con vuestros propios ojos.

Aristandro prosiguió la marcha y le indicó a Telamón que le siguiera. El médico no tenía elección. El coro volvió a rodear a su señor y todos juntos marcharon por el pasillo resplandeciente de madera encerada. Los guardias al fondo se hicieron a un lado. Bajaron las escaleras y se dirigieron a los jardines. Los hombres de Alejandro se encontraban también allí: Ptolomeo, de mirada astuta, rasgos morenos, con su cara de mono y su sonrisa descarada; Seleuco, de cabellos rubios, rostro redondo y ojos azules como ágatas, pero de mirada dura; el canoso Parmenio, tuerto y el favorito de Filipo, padre de Alejandro; y finalmente Amintas y Hefestión. Todos permanecían de pie, con una copa en la mano, charlando entre sí sobre los recientes acontecimientos. Ptolomeo les llamó pero Aristandro hizo un gesto cortante con la mano. Ptolomeo gritó algo sobre el tipo de compañía que elegía Telamón, pero Aristandro ya estaba bajando las escaleras. Le condujo por un camino de guijarros hacia la zona de los establos, edificios alargados con tejas de un rojo oscuro. Era lugar tranquilo y se habían llevado a la mayoría de los caballos a los campos para que hicieran ejercicio.

Aristandro les guió hasta un cobertizo. El coro se amontonó en la puerta, bloqueando la entrada de luz, pero Aristandro les gritó que se echaran a un lado. Lámparas de aceite iluminaban una escena espeluznante. Telamón empezó a sentir náuseas cuando vio a los cuatro cadáveres carbonizados y retorcidos. Habían ardido hasta tal punto que resultaba imposible reconocerlos.

—¿Cómo sabéis que se trata de Arela y del resto?

—Bueno, no podía haber nadie más en aquella casa —replicó Aristandro—, nadie más llevaba sus joyas. Y Hesíodo llevaba un anillo con la insignia del jefe de los escribas de la ciudad.

Aristandro le entregó a Telamón una poma llena de agua de rosas. El médico ordenó que acercaran las lámparas.

—Decidme lo que veis —le ordenó con sequedad.

Telamón intentó no pensar ni imaginar, sólo observar e informar. Examinó los cuatro cuerpos.

—Dos hombres y dos mujeres —empezó—, todos carbonizados. Seguramente les arrojaron aceite por encima mientras yacían sobre el suelo —volvió uno de los cadáveres en el que se entreveían trozos de piel quemada—. El suelo protegió sus espaldas. Tres de ellos fueron golpeados hasta morir. Por lo menos eso es lo que pienso, dado que tienen el cráneo aplastado. Los cabellos, los ojos, los labios y las narices han desaparecido, las orejas se han arrugado y las lenguas se han deshecho, pero los dientes han quedado relativamente intactos. Queda un poco de piel en uno de los cadáveres. ¡Qué asco! —gruñó Telamón y se encaminó hacia la puerta. Se reclinó

sobre el dintel para respirar el aire fresco de la tarde antes de volver a examinar aquellos restos horripilantes—. Tres de las víctimas tienen los cráneos machacados. Uno o dos golpes en la sien.

—¿Como en el Templo de Hércules? —preguntó Aristandro con la voz amortiguada por la poma.

—Como en el Templo de Hércules —afirmó Telamón—, pero de nuevo os digo que he visto heridas muy parecidas en muchos campos de batalla. Esta cuarta víctima —añadió señalando a una con la cabeza retorcida y la boca abierta por el espasmo de la muerte—, tiene el cráneo completo. La apuñalaron en la garganta o en el pecho. No hay nada más. Una vez muertos, los rociaron con aceite y fueron consumidos por la avidez de las llamas. Podrían ser las personas que habéis descrito: Arela, su doncella, el portero y Hesíodo el escriba.

—Volved a echar un último vistazo —ordenó Aristandro.

Telamón estaba a punto de objetar, pero suspiró, sostuvo la poma contra su nariz y examinó los cuerpos otra vez. Los restos que pertenecían a Hesíodo eran escalofriantes: la carne había hervido y se había encogido hasta dejarlo irreconocible. Las costillas le sobresalían a través de trozos de carne carbonizada. Telamón no detectó ninguna fractura. El cuerpo de Arela, cosa extraña, todavía conservaba unos cuantos tirabuzones dorados en la nuca a los que no había llegado el fuego. La parte frontal y lateral de su cráneo estaba completamente resquebrajada y el daño que le había provocado aquel golpe parecía más terrible, si cabe, debido al fuego. La doncella había recibido un golpe limpio en la sien: le faltaba un trozo entero de cráneo y una profunda fisura se lo partía de arriba abajo.

—Fue un golpe muy violento —declaró Telamón—, otro más de este misterioso asesino. Se debió esconder tras ella, la joven se volvió ligeramente pero fue demasiado tarde: le quebró el cráneo, haciendo que le saltaran los sesos y la sangre, incluso antes de que cayera al suelo.

Ahora examinó el cadáver del portero: éste también había quedado totalmente carbonizado y arrugado. Las partes frontal y lateral del cráneo no revelaban ninguna contusión ni fracturas; el golpe mortal esta vez había sido en la nuca, que Telamón estudió cuidadosamente.

—También —añadió con la voz apagada por la poma—, le golpearon con mucha violencia, debió de ser una persona fuerte que se sirvió de una porra de guerra —de pronto el interés de Telamón se despertó—. ¿Sabéis algo acerca de las costumbres de Arela?

—¿Porqué?

Telamón dejó caer la poma y salió al patio de guijarros. Aristandro le siguió. El coro *les* rodeó como si se tratara de un grupo de colegiales. Habían visto aquellos horribles cadáveres y sabían el suficiente griego para seguir las explicaciones de Telamón. Sentían una profunda fascinación y admiración por aquel médico. Podía explicar muchas cosas sobre un cadáver y contestaba a las preguntas de su eminente

señor. Además, era amable y considerado cuando curaba sus heridas y moratones, y a veces les hacía beber algunas pociones de hierbas después de haber tomado demasiada cerveza. Telamón contempló sus rostros.

—Aristandro —afirmó—, ¿por qué parecen todos iguales? ¿Son primos o hermanos? ¡Todos tienen ojos azules, sus rostros hasta tienen la misma forma!

—Proceden de la misma tribu —explicó Aristandro zarandeando una mano—. Telamón, no me hagáis esperar más.

—Arela era una cortesana —empezó Telamón, luego sonrió—. Si lo he entendido bien, estas damas duermen hasta tarde, se levantan y se pasan el resto del día preparándose para la noche. Un poco como vos, ¿eh? —bromeó guiñándole un ojo a Aristandro.

—Ese es mi secreto.

—¡No es cierto, todo el mundo lo sabe!

—Estoy esperando, Telamón.

—Bien, las cortesanas tienden a ser mujeres solitarias, guardadoras de secretos, como vos. Satisfacen las fantasías de los hombres, les miman y les hacen sentir como príncipes poderosos. Así que acostumbran a tener unos cuantos sirvientes que suelen escuchar a escondidas o fisgar en sus asuntos. Arela tenía una doncella y un portero. Ahora bien —Telamón señaló hacia donde se encontraban los cuerpos—, quienquiera que entrara en aquella casa debería conocer la rutina de Arela.

—¿Pudo colarse en el jardín escalando el muro?

—Sí —afirmó Telamón—, pero entonces se arriesgaba a llegar en un mal momento. Arela podría haber estado entreteniendo a vuestro coro o a la mitad del ejército de Alejandro.

—Eso es bastante improbable.

—Da igual, pero tenía que asegurarse, ¿verdad? Uno no puede irrumpir así como así en una casa, asesinar a la propietaria y a su doncella. Uno debe asegurarse de que no hay nadie más.

—Entonces, debió llamar a la puerta.

—Sí, llamó a la puerta. El portero la abrió y le deja entrar, lo que significa que su asesino fue reconocido como uno de sus antiguos clientes, o al menos como alguien con el poder y la autoridad suficientes como para impresionar al portero. El asesino muy probablemente preguntó «¿Está vuestra señora en casa?», a lo que el portero contestó «Sí», «¿Está sola?», se interesó, y el portero volvió a responder, «Sí».

—Pero Hesíodo estaba allí.

—No, llegó más tarde —Telamón se limpió los labios—. El portero, según parece, dejó entrar a aquel hombre sin oponer resistencia ni dar la voz de alarma.

—¿Cómo sabéis eso?

—Bueno, eso es lo que hacen los porteros, ¿no? Estoy seguro de que el portero de Arela era un joven fuerte, capaz de defenderse o de dar la voz de alarma. Ahora, Aristandro, callad y dejadme continuar. Me apuesto a que los muros de alrededor de

la casa son altos y la puerta estaba siempre bien cerrada. La primera conversación debió tener lugar a través de la verja. El portero abrió la puerta y dejó entrar al asesino. ¿Y qué hizo después, Aristandro?

Los ojos del nigromante se arrugaron mientras sonreía.

—El portero volvió a cerrar la puerta.

—Ya os podéis imaginar la escena. «Esperad, aquí, señor, ahora os acompañaré a la casa». Entonces se dio media vuelta y corrió los cerrojos de arriba y de abajo. Se agachó y mientras lo hacía el asesino le golpeó. Un buen golpe con una porra en la nuca.

—¿Y por qué no utilizó un cuchillo?

—Para eso es necesario acercarse un poco más y se arriesgaba a que se le cayera de las manos o a cometer un error. No, una porra es la mejor arma. El portero es abatido y ahora el asesino tiene vía libre para actuar a su antojo. Sabe que en la casa sólo están las dos jóvenes y que apenas le opondrán resistencia. Camina a través del jardín. Arela está en la piscina y su doncella, no muy lejos. Se acerca a la segunda por detrás. La joven se vuelve y en ese momento le golpea en la sien. Arela estaría ocupada, tal vez nadando o secándose, o con los ojos llenos de agua. El asesino la agarra en el borde de la piscina y la mata. Luego se lleva los tres cuerpos al interior de la casa y después registra la vivienda, desde el ático hasta la bodega.

—No tenemos pruebas de eso —intervino Aristandro—. No ha quedado nada del lugar, salvo cenizas y vigas carbonizadas. Únicamente ha sobrevivido la base de piedra.

—¿Ah, sí? —replicó Telamón—. Dudo mucho que el asesino sólo viniera a matarlas y luego se marchara. Buscaría algo: manuscritos, cartas, una donación, una escritura de venta... —Telamón abrió las manos—. Es posible que encontrara lo que buscara o tal vez no, pero quería asegurarse. Luego roció la casa con aceite y estaba preparado para marcharse cuando llegó Hesíodo.

—¿Pero no cerró el asesino la puerta? —preguntó Aristandro.

—No, no lo creo. Debió de cerrarla pero no corrió los cerrojos. Si alguien venía a visitar a Arela, le convenía más al asesino que entrara a que se quedara afuera y diera la voz de alarma; eso es lo que le pasó a Hesíodo. El escriba apareció en la casa, no vino sólo a tratar algunos temas con Arela, sino por algo más —Telamón suspiró—. No tengo pruebas de esto. Sin embargo —continuó—, Hesíodo se encaminó hacia su propia muerte. El asesino le esperaba dentro de la casa, al revés que a los otros. Hesíodo no murió a causa del golpe de una porra; probablemente le clavaron un cuchillo en la garganta o en el corazón. Demasiadas muertes —se lamentó Telamón—. Sólo el asesino sabrá los verdaderos motivos.

## Capítulo IV

«En Efeso, Alejandro a menudo recreaba su mente tras las fatigas de su mandato visitando el estudio de Apeles».

Quinto Curcio Rufo, *Historia* libro 2, capítulo 6.

**L**as siguientes preguntas de Aristandro se vieron silenciadas por un alboroto que se formó en la entrada al patio del establo. Un grupo de soldados de a pie, con las espadas desenvainadas, llegó con Alejandro a sus espaldas. Éste se acercó con el brazo sobre el hombro de uno de sus hombres. Telamón no reconoció al extraño: era alto, esbelto, de cabellos oscuros y rizados y con una diadema de varios colores a la altura de la frente. Llevaba una larga túnica de color marrón oscuro, que parecía más bien el vestido de una mujer, y una capa colgándole del brazo. El rey y él conversaban como dos muchachos.

Alejandro se detuvo, retiró su brazo del hombro de aquel tipo, le cogió de la mano y miró al otro lado del patio.

—¡Aristandro, Telamón, venid aquí!

El rey estaba emocionado, con el rostro encendido y un brillo en los ojos. Vestía media armadura, como si llegara del campo de entrenamiento. Telamón recordó que había planeado ir de caza.

—¡Vamos!, ¡vamos! —exclamó Alejandro dando un paso al frente, casi arrastrando al hombre que tenía a su lado—. Aristandro, mi, eh... consejero. Telamón, mi médico, o eso dice él —presentó Alejandro y luego añadió pícaramente—. Este es Apeles.

Telamón le tendió la mano.

—He oído hablar de vos, señor, y admiro vuestra pintura.

El rostro alargado, casi como el de un caballo, esbozó una sonrisa que transformó su fealdad. Se ruborizó ligeramente al estrechar la mano de Telamón.

—Es todo un honor para mi conocer a un extranjero que ha visto y admirado mi obra —añadió Apeles con un tono de voz bajo y refinado—. Yo también he oído hablar mucho de vos. Trabajasteis en el Templo de Esculapio en Corinto extrayendo veneno de un pulmón, ¿me equivoco?

—¿No es halagador? —intervino Aristandro tendiéndole también la mano—. Todos hemos oído hablar de todos. ¡Qué listos somos!

La sonrisa de Apeles se desvaneció cuando estrechó la mano de Aristandro.

—También he oído hablar de vos, Aristandro —afirmó el artista guardando silencio por un momento mientras estudiaba el rostro del Señor de los Secretos—. Me gustaría pintar vuestros ojos, esa expresión, pero puede que no esté a la altura.

Aristandro, molesto, retrocedió. Sin embargo, Alejandro estaba muy emocionado con aquel encuentro. Abrazó a Apeles como si fuera un hermano al que había perdido

tiempo atrás.

—Apeles es un gran artista —afirmó el rey con los ojos rebosantes de vida—. Le he convencido para que me retrate sobre Bucéfalo. No estoy seguro sobre lo que debo sostener, si la lanza de Artemisa o el rayo de Zeus.

—Podrías llevar los dos —sugirió Telamón—, y tal vez algo más en la cabeza para que equilibre la cosa.

Alejandro pestañeó.

—No entiendo.

Apeles soltó una carcajada desde el fondo de su pecho mientras sacudía los hombros al mismo tiempo. Telamón le estudió con curiosidad. Aquel hombre era considerado un genio, no sólo por el uso del color sino porque a veces era capaz de captar una expresión, un movimiento. Cualquiera que contemplara sus obras durante el tiempo suficiente, acababa por formar parte de ellas. ¿Qué tipo de hombre podría realizar aquella magia? El rostro de Apeles no era ni joven ni viejo; sus astutos ojos brillaban burlones; las cejas se encontraban sobre el puente de aquella nariz larga y puntiaguda; tenía una boca generosa, una amplia barbilla y bastantes arrugas en la cara, testimonio de que en la vida no sólo se había dedicado al arte sino también a años de sufrimiento.

—Apeles no quería venir a Efeso. La última vez que estuvo aquí los persas no le trataron bien —explicó Alejandro en un susurro apresurado—. Sin embargo, es mi invitado —el rey alzó sus manos—. Apeles me pintará en el Templo de Artemisa: un amplio mural que corte la respiración, que emocione a la vista y alegre el corazón.

—Para eso deberéis pedir permiso —le advirtió Apeles—. Son las normas de Efeso —se mordió el labio—. Lo siento, mi señor: ahora vos sois el gobernador de Efeso.

—No, no —Alejandro se adelantó y dio unos golpecitos al coselete de uno de sus hombres de a pie—. No os lo habéis puesto bien —afirmó con tono enfadado—. Mirad, el espacio entre la parte delantera y posterior es demasiado amplio. En el campo de batalla eso os costaría la vida —luego volvió a la conversación—. No, Apeles, tenéis razón en todo.

De nuevo el rey tomó la mano de Apeles, como si fuera un padre con su hijo predilecto. Telamón advirtió lo largos y sensibles que eran los dedos del artista; todavía le quedaban restos de pintura roja en la muñeca y el pulgar.

—¡Capitán! —Alejandro llamó a su oficial de guardia—. Llevaos a Apeles a su cámara, procurad que no le falte de nada —el rey cogió la cara del pintor entre sus manos y le besó de pleno en los labios—. Sois amigo de Alejandro —declaró dando un paso atrás—. Sois mi huésped.

Apeles le dio las gracias, se despidió de Telamón y Aristandro con un asentimiento de cabeza y se marchó escoltado por el guardia. Alejandro observó cómo se alejaban, frunciendo el entrecejo.

—Un gran artista —añadió—, me va a retratar. Mi padre puede que tuviera su

estatua en el Templo de Artemisa, pero yo tendré mi mural.

Se volvió sobre sus talones y con la cabeza ligeramente ladeada parecía que examinara a Telamón y a Aristandro por primera vez. Chasqueó la lengua ruidosamente, una manía que había copiado de su madre Olimpia.

—He oído que tenéis noticias —señaló hacia donde se encontraba el coro, algo apartado—. No me gusta colocarme a favor del viento. Además, su griego es mucho mejor de lo que parece.

Se encaminó hacia un abrevadero para caballos, se sentó en el borde y dio unos golpecitos a ambos lados.

—Mejor será que os sentéis. Vamos a encontrarnos con los hombres más poderosos de Efeso dentro de un momento. Así que contadme todo.

Aristandro obedeció. Alejandro permaneció sentado con las piernas abiertas, las manos sobre los muslos y con la cabeza ligeramente inclinada. Nunca interrumpía, aunque de vez en cuando dejaba escapar algún suspiro. Cuando Aristandro terminó, levantó la vista hacia un cielo azul oscuro que ahora la puesta de sol había teñido de rayos dorados y rojizos.

—Vamos a tener un hermoso atardecer —murmuró—. Tengo a los cocineros de palacio listos para preparar el banquete. Estáis todos invitados.

Telamón soltó un gruñido. Conocía las fiestas de Alejandro donde se bebía abundantemente; sólo esperaba que no ocurriera ningún infortunio.

—Tenemos venado, carne de cerdo y un postre dulce con mucha miel: eso me ayudará a digerir lo que me habéis contado —afirmó mientras jugueteaba con su muñequera de piel.

Un mozo se acercó a caballo, los cascos resonando sobre los guijarros.

—¡No sostengáis el cabestro tan alto! —le gritó Alejandro—. Ya veis que ha sudado mucho, así que debéis secarlo bien. ¡No tonto, no lo traigáis a beber agua! ¡Primero dejad que se enfríe!

—¿Estáis bien, señor? —preguntó Telamón. La irritabilidad de Alejandro era evidente; tenía la cara ligeramente sonrojada y sus ojos de un color extraño parecía que lanzaran dardos por doquier.

—No, no estoy bien, médico. Acabo de llegar a Efeso. Ahora todo está tranquilo, pero se ha roto mi palabra, se han cometido asesinatos y, por lo que parece, no van a ser los últimos.

Se volvió y le propinó un manotazo a Aristandro en la rodilla.

—Deberíais haber arrestado a Arela al instante, ella era el vínculo de todo esto. ¿Y ahora qué tenemos? —les preguntó Alejandro extendiendo una mano—. El partido oligarca está prácticamente destruido, los demócratas en el poder. Tenemos esos horribles asesinatos en el Templo de Hércules. Una prostituta, que nos podría haber contado mucho sobre lo que sucedió, también asesinada. El escriba Hesíodo sospechó que Arela era una valiosa fuente de información y fue a visitarla, pero también ha muerto. Quiero que todo esto termine —añadió Alejandro con tono

amenazador—. No habrá más luchas entre partidos en mi Efeso. Y ahora hablemos del Centauro. Sin duda es un asesino y un espía. Recibe órdenes directas de Persépolis y posiblemente le han sobornado para que me mate. Pero él —añadió haciendo una pausa—, «¿debe morir en su propia casa de una enfermedad dolorosa?» —citó mientras miraba a Telamón—. Libro XI de la *Ilíada*.

—No, es el trece —replicó Telamón.

—Sólo os estaba poniendo a prueba —sonrió el rey—, para saber si voy a morir —añadió mirándose las manos—. Pues que sea en el campo de batalla, como Aquiles.

—Aquiles tenía su punto débil en el talón —replicó Telamón.

—Ya —afirmó Alejandro poniéndose en pie—, y yo tengo consejeros que me fallan.

—¡Eso no es justo! —estalló Telamón.

—No, no lo es —admitió Alejandro—, pero así son las cosas. Ojalá fueran diferentes.

Podía haber continuado, pero llegó un chambelán a toda prisa por el patio, remangándose su hermoso traje bordado y pisando, con expresión de desdén, sobre los orines y excrementos de caballo.

—Señor —anunció balbuceante—, sus invitados han llegado. Os esperan en la cámara del consejo.

—¿Sois persa? —le preguntó Alejandro.

El hombre hizo una reverencia.

—Sólo a medias, señor, mi madre era griega.

—Ahora vamos —replicó Alejandro—, y por piedad, tened cuidado con la vuelta. Los excrementos de caballo son muy resbaladizos.

Escortado por Telamón y Aristandro, el rey regresó a palacio. Primero se detuvo a lavarse las manos y la cara y envió a buscar a Hefestión. Esperaron al amigo del rey en el vestíbulo. Llegó corriendo, con una copa de vino en la mano y una figurita en la otra.

—He encontrado esto en una cámara —Hefestión tenía la cara sonrojada por el vino—. Es el dios Apolo, mi mecenas. ¿Puedo quedármelo?

Alejandro se lo sacó de las manos y lo estudió.

—Es de puro alabastro —afirmó y luego lo dejó caer al suelo. La estatua se rompió en mil pedazos.

—¿Por qué habéis hecho eso? —preguntó Hefestión perplejo.

Alejandro apartó los fragmentos con la sandalia. Cogió a Hefestión por el brazo y le empujó a proseguir la marcha pasillo abajo.

—Sois mi amigo, Hefestión, mi compañero de espada. Nunca preguntéis nada, sólo aceptadlo.

Aristandro miró a Telamón y arqueó las cejas.

—¡Vamos! —El rey dio una palmada.

Guardias aparecieron de entre las sombras, formando un círculo alrededor del grupo real a medida que avanzaban por el palacio. Cruzaron vestíbulos de mármol desiertos, bajaron por pasillos amueblados con un gusto exquisito, atravesaron puertas de madera de cedro forradas de piel hasta que finalmente llegaron a la cámara del consejo. Ésta era una estancia ovalada en la planta baja. Se habían cerrado las enormes ventanas que daban a los jardines y encendido lámparas de aceite cuya luz danzaba sobre las paredes de mármol como una miríada de luciérnagas. Telamón sonrió al escuchar el zumbido de las avispas, que habían llegado hasta allí.

Los hombres que les esperaban, agrupados detrás de un círculo de sillas de altos respaldos, se acercaron inmediatamente. Como era costumbre entre los griegos, guardaron una distancia de varios centímetros con la comitiva real y, acto seguido, hicieron una reverencia. A continuación, se acercó Alejandro para estrechar sus manos e intercambiar besos de paz, dándoles la bienvenida como amigos y aliados, y ofreciéndoles vino y refrescos. El líder, Agis, rehusó con la cabeza.

—Ya hemos comido en abundancia —afirmó con sequedad— y esperado lo suficiente.

—Entonces no esperemos más —respondió Alejandro invitándoles con la mano a que tomaran asiento—. Hefestión —dijo dando la espalda a los efesios y volviéndose hacia los suyos—. Hefestión, quedaos cerca de la puerta. Telamón, sentaos a mi lado y Aristandro tratad de no ofender con vuestras palabras, así que cuidado con vuestra lengua pero afinad bien el oído.

Todos se sentaron. Alejandro insistió en que cambiaran su silla para poder disfrutar de la compañía de sus consejeros a ambos flancos, una sutil maniobra para enfatizar su poder y autoridad entre aquellos hombres que le miraban como a un brillante general, y nada más que eso. Telamón se puso cómodo mientras se hicieron las presentaciones formales. Todos los hombres llevaban trajes blancos con ribetes rojos o azules, rebosantes de poder e importancia. Se acababan de engrasar el pelo, en sus dedos lucían anillos de gran valor y habían dejado tendidas en el suelo capas de tejidos muy caros. Taconeaban impacientes en el suelo, ansiosos como estaban por zanjar aquel asunto y marcharse. Aunque el grupo era pequeño, estaba dividido en dos. Agis, líder de los demócratas, Peleo y Dión el abogado. Los otros dos eran Meleager, líder de los oligarcas, y su hijo, un joven de cabellos revueltos y rostro sonrosado y rollizo. Parecía nervioso y se mantenía cerca de su padre, que mantenía la cabeza vuelta al otro lado, clavada la mirada en el grupo de los que eran sus inveterados enemigos.

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó Agis, rechazando la segunda invitación de vino de Alejandro.

—Si os empeñáis en comportaros de ese modo —empezó Alejandro—, entonces, proseguiremos. Estáis aquí, Agis, porque yo os lo he pedido. Mis tropas controlan Efeso. Mi ejército acampa detrás de esos muros. Soy el Conquistador, el victorioso capitán general que ha destrozado al ejército persa en la batalla de Gránico.

—Darío tiene más ejércitos.

—Ya, y un árbol también tiene muchas hojas, pero se caen cuando sopla el viento. Agis se permitió una ligera sonrisa.

—¿Vais a gobernar Efeso? —preguntó Dión con voz cansina y las manos dobladas sobre la falda—. ¿Actuaréis como un tirano en una ciudad griega?

—No, no soy tan estúpido, pero en cambio vos sois demasiado arrogante para aceptarme —declaró Alejandro—. Tendréis un gobernador.

Agis suspiró y sacudió la cabeza en señal de incredulidad.

—Las libertades se restablecerán por completo en esta ciudad —añadió Telamón divirtiéndose con la cara de sorpresa de Agis.

—Efeso se autogobernará —continuó Alejandro—. Pagaré un tributo, ¿o debería decir una ofrenda a mi tesoro?

—¿Por qué? —inquirió Peleo.

—Porque soy el capitán general de Grecia. Se restaurará al gobernador de la ciudad en su cargo: él os contestará.

—¿Pero los oficiales mayores estarán a la orden de los macedonios? —Quiso averiguar Dión.

—Yo no he dicho eso. Agis será el magistrado jefe.

Las palabras de Alejandro provocaron un estremecimiento.

—Meleager será vuestro subordinado. Dión será el tesorero y vos, Peleo, os encargaréis de los asuntos de secretariado de la ciudad.

Peleo sonrió de oreja a oreja y se frotó las manos.

—¿Estáis contento? —le preguntó con malicia Alejandro—. ¿Creéis que he venido para comportarme como un sátrapa o un tirano? Efeso será libre, una ciudad que se gobernará a sí misma. He venido a liberar a todos los ciudadanos, sean griegos o persas.

—Pero ¿cómo funcionará? —intervino Meleager.

—Funcionará porque haréis que funcione —Alejandro se volvió para mirarle de frente—. No habrá más luchas de partidos entre oligarcas y demócratas. No más feudos sangrientos, ni más saqueos, incendios o ejecuciones —su voz tronó por toda la habitación—. Por eso habéis venido, ¿no es cierto?, para obtener vuestras libertades. ¡Bien, pues tenedlas!

—¿Y las tropas macedonias patrullarán las calles? —preguntó Agis imitando el tono del rey.

—Se retirarán y quedará un pequeño ejército, nada más. Pero ahora —Alejandro se inclinó hacia delante—, hablemos de otro asunto: de los asesinatos que tuvieron lugar en el Templo de Hércules.

—¡No fue obra nuestra! —exclamó Agis.

—¡No os quedéis ahí sentado con ese aire de inocente! —protestó Meleager acusando con el dedo al líder demócrata—. ¡Habéis asesinado y masacrado en otras ocasiones!

—¡No más que vos! —se defendió Agis—. Llevo la cabeza afeitada porque nuestros familiares murieron apuñalados en el mercado, o acuchillados en los escalones de los templos por los oligarcas. Durante años, Meleager, vuestro partido y vos habéis gobernado esta ciudad. Ahora se han restablecido sus libertades y se hará justicia.

—Ya se ha hecho justicia —interrumpió Alejandro—. Se ha terminado. Pero habládme de esos asesinatos que se cometieron antes de que yo llegara a restaurar el orden —les apremió Alejandro haciendo énfasis en sus palabras.

Agis y Meleager, por turnos, le enumeraron toda la retahíla de asesinatos cometidos con veneno, cuchillo o garrote. Asesinatos que sucedieron a la luz del día y persecuciones más allá de los muros que terminaban con la muerte en mitad de la noche. Amenazas y advertencias, ataques, asaltos, violaciones y robos. Cuanto más escuchaba Telamón, más repulsión sentía. Aquellos eran hombres que realmente se odiaban y se preguntó si el carisma de Alejandro podría poner fin a una venganza tan sangrienta.

Por fin ambos líderes terminaron de gritarse y acusarse. Alejandro no les interrumpió, por el contrario les escuchó con toda su atención.

—Es un milagro —intervino el rey por fin, enderezándose en su silla—. Sí, es un milagro que alguien haya sobrevivido en Efeso. ¿Durante cuánto tiempo han tenido lugar esas muertes?

—Durante tres o cuatro años —respondió Agis.

—¿Y a cuánto asciende el total de muertes entre los demócratas, Agis? —preguntó Alejandro—. Ocho miembros líderes de vuestro partido. ¿Y entre los oligarcas, Meleager?

—Incluyendo los que fueron asesinados en el Templo de Hércules —el oligarca meneó con la cabeza—, dieciséis o diecisiete muertes en total. Y no incluyo a los que murieron en la reciente masacre.

—¿Y nadie fue puesto en manos de la justicia? —intervino Telamón.

Agis le devolvió la mirada con un rostro impasible.

—¡Eran asesinos! —exclamó Telamón—. ¡A pesar del motivo que tuvieran, siguen siendo asesinos! Tenéis sacerdotes, magistrados, informadores, espías y sin embargo ¿no se llevó a nadie a juicio?

El silencio acogió sus palabras.

—Todo ocurrió tal como os hemos contado —intervino Meleager apretando la mano de su hijo—. ¡Ojo por ojo y diente por diente! Todos hemos perdido a familiares. Y en la última masacre incluso murieron niños y mujeres.

—¿Alguno de vosotros ordenó esas muertes? —preguntó Telamón. Tan sólo recibió miradas oscuras y maldiciones por lo bajo—. Alguien debió ser el primero en hacer correr la sangre —insistió—. Hay dos partidos en Efeso. Los demócratas, creo, desean tener oficiales por elección, por voto, con un consejo y magistrados. Por otro lado, los oligarcas piensan que todo el poder debe recaer en manos de ciertas familias

y contar con el apoyo del gobernador persa y sus tropas. La situación no es muy distinta de otras muchas ciudades griegas, ya sea aquí o en el continente, excepto por esas terribles muertes.

—Responded a la pregunta —ordenó Alejandro—. ¿Hay algún hombre en esta sala culpable de condenar a muerte a otra persona?

—No puedo responder por mis colegas —afirmó Agis con la voz llena de sarcasmo—, pero estarán de acuerdo en una cosa. En algunas ocasiones Demades y yo nos reunimos para acordar una tregua, para poner fin a esas muertes. ¿No es verdad?

Peleo y Dión asintieron.

—Yo puedo hablar en nombre de Demades —continuó Meleager. Señaló a Agis—. ¿Os encontrasteis en su casa o en la vuestra? ¿Acaso no bebisteis del mismo copón y comisteis del mismo pan mientras jurabais solemnemente frente a los sacerdotes que ninguno de vosotros tenía nada que ver en esas muertes?

Agis, un poco cariacontecido, asintió.

—¿Fuisteis sincero? —preguntó Telamón.

—Sí y no —replicó el demócrata—. Cada vez que nos encontrábamos me comprometía a mantener la paz. Entonces sucedía otro asesinato y el pacto se rompía.

—Y Demades, el líder de los oligarcas, ¿también fue sincero? —intervino Telamón—, ¿también dijo la verdad?

—Lo fue —asintió Meleager—, deseaba con todas sus fuerzas que esas muertes terminaran.

—¿Le creísteis, Agis?

El demócrata levantó la vista al techo.

—¿Le creísteis?

—Sí, supongo que sí. Yo también quería lo mismo, pero los asesinatos continuaron.

Alejandro dio una patadita con el pie a Telamón para que prosiguiera con su interrogatorio.

—¿Y qué pasa con las muertes en el Templo de Hércules?

—La gente piensa que son obra de un centauro, una venganza de los dioses.

—¿Contra quién? —preguntó Alejandro con un tono de voz aterradoramente grave.

Meleager permaneció imperturbable.

—Mi señor, vos jurasteis que estarían sanos y salvos. Los miembros de mi partido todavía se sienten nerviosos: han levantado sus propias barricadas en sus mansiones, sus criados van armados...

—Y yo les he ofrecido guardias —interrumpió Alejandro—. Soldados de mis cuerpos de élite. Estáis a salvo. Ninguna bestia mitológica es responsable de esos asesinatos, pero quién los cometió, por qué y cómo, sigue siendo un misterio, al menos por ahora.

—¿Alguno de vosotros se acercó al templo los días antes de que tuviera lugar la masacre? —preguntó Telamón.

—Yo —reconoció el hijo de Meleager. Estaba todavía nervioso, no dejaba de moverse y de toquetear la capa que tenía sobre la falda.

—¿Por qué?

—Yo le envié —se apresuró a explicar Meleager—, para que entregase un mensaje secreto a Demades —se volvió con el rostro lleno de orgullo y rodeó a su hijo por los hombros—. Albiades es un jovencito muy valiente. Se ofreció voluntario. Envié algunos mensajes para calmar y tranquilizar a nuestro líder. Incluso le exhorté a que confiara en vos, mi señor, y a que abandonase cuanto antes el templo, por su propio bien.

Telamón pudo sentir cómo la furia de Alejandro iba en aumento.

—Vos os acercasteis al templo —afirmó señalando a Albiades—. ¿Ibais disfrazado?

—Iba como un plebeyo —respondió el joven—. Con una túnica sucia y sudada, sin sandalias. Fingí ser un merodeador curioso. Los soldados guardaban la puerta, pero dejaban que los familiares se acercaran a la entrada.

Alejandro asintió. Él mismo lo había permitido.

—Subí los escalones. Vi que Sócrates estaba de pie en la puerta...

—Sí, es cierto —asintió Alejandro—. Calístenes, el capitán de la Guardia, a menudo comentaba que Sócrates parecía ser el más valiente de todos. Se acercaba al pórtico y permanecía junto a la puerta interior, con la mirada puesta en la plaza.

—¿Y le entregasteis vuestro mensaje? —quiso saber Telamón.

La sala del consejo se quedó en silencio.

—Hablé con Sócrates, pero parecía distraído, como si le importunase con mi presencia. No dejaba de asentir, tamborileando los dedos contra el marco de la puerta, evitando mi mirada como si estuviera interesado en algo que sucedía a mis espaldas. Me volví para mirar —el joven sacudió la cabeza—. No pude ver nada, nada, sólo una multitud arremolinándose. Me preocupé tanto —continuó Albiades— que regresé dos días más tarde. Esta vez solicité ver a Demades. Salió a mi encuentro y le pregunté si Sócrates le había entregado el mensaje. Demades negó con la cabeza y pareció preocupado. Estaba muy nervioso, sin afeitarse y sus ropas apestaban a orines. No volví más.

—¿Por qué asesinaron al sacerdote del templo? —preguntó Alejandro.

Agis abrió las manos.

—Intentamos controlar a la multitud, pero fue imposible: el sacerdote era miembro del partido oligarca.

—Era tan estúpido —interrumpió Peleo como si escupiera las palabras— que reveló su afiliación política. Era un presuntuoso. Esperaba que, ofreciendo sus favores a los ricos y poderosos de Efeso, éstos le llenarían el templo de donaciones.

—La mayoría de los sacerdotes de templos —arguyó Meleager— hacen lo

mismo. Como sabéis, mi señor, se ha reconstruido recientemente el Templo de Artemisa y en ello hemos invertido gran parte de las riquezas de esta ciudad.

—Ah, sí —recordó Alejandro frotándose las manos—, tengo ganas de hablar del tema.

—Una cosa —interrumpió Aristandro. Su voz resonó como un latigazo—. Dijisteis que Sócrates aguardaba al lado de la puerta del templo. Todos conocéis a la furcia o cortesana que se hacía llamar Arela, ¿no? Bien, estuvo presente en el patio del templo. La vieron al menos en dos o tres ocasiones. ¿Visteis que alguna vez se acercara al templo?

—¿Qué pretendéis? —espetó Agis—. ¿Tendernos una trampa? No estuvimos allí. No podemos saberlo. Vos teníais guardias. ¿Por qué no les preguntáis a ellos?

—Ya lo he hecho —respondió Aristandro agresivo como un gato a la caza y con un tono de voz amenazador—. Calístenes recuerda a una mujer joven envuelta en una capa rojo oscuro que se acercó al templo. ¿La envió alguno de vosotros?

El silencio acogió sus palabras.

—¿Alguno de vosotros era su cliente?

De nuevo el silencio.

—¿Lo fuisteis? —insistió Aristandro.

—Eso es un asunto personal.

—Ahora no —declaró Telamón—. Ya conocéis las últimas noticias. Arela ha sido asesinada; el fuego acabó con ella, su sirvienta, el portero y su casa.

Dión se encogió de hombros.

—Así que otra furcia ha muerto.

—¿No falta alguien? —preguntó Aristandro.

Agis miró a su alrededor.

—Nuestro escriba Hesíodo, pero puede que se haya retrasado.

—¿Ante una cita con el rey? —se burló Aristandro—. A todos os hemos entregado pases para entrar a palacio, una señal de gran confianza y distinción. ¿Dónde está ahora Hesíodo? ¿O es que no habéis oído las noticias? —añadió malévolamente—. El cuerpo de Hesíodo también se encontró en la casa de Arela.

Sus palabras crearon consternación. Agis se balanceó sobre su silla. Peleo y Dión empezaron a musitar entre ellos; Meleager sonrió.

—¿Es eso cierto? —inquirió con expresión incrédula Peleo.

—Han traído su cuerpo a palacio —explicó Aristandro, dibujando en su rostro una mueca de repugnancia—. Sólo lo hemos podido reconocer por el anillo que llevaba en uno de sus dedos. Sin duda, era cliente de Arela. Por el momento debemos conformarnos con meras especulaciones sobre por qué se presentó hoy tan pronto en aquella casa. Lo que quiero saber es dónde estabais el resto. ¿Alguno de vosotros hizo alguna visita a la cortesana?

—Habláis de confianza —explotó Peleo— y ahora nos pedís cuentas de todos nuestros movimientos.

—Antes de que os marchéis esta noche —ordenó Alejandro—, necesitare una respuesta a todas estas preguntas. Según parece, la cortesana no pertenecía a ningún partido.

—¿Asaltaron su casa para robarle? —preguntó Meleager.

—No, no —negó Telamón—. La gente que roba entra en una casa por la noche. El asesino mató a cuatro personas y quemó la casa de Arela para esconder cualquier prueba incriminatoria.

—¡Vamos, saquemos algo en claro! —El rey empezó a impacientarse—. Efeso se ha liberado del dominio persa. Os he nombrado sus principales oficiales. Ya sé que todavía tenemos espías persas en la ciudad, comerciantes, viajeros, pero son sólo paja que se lleva el viento. Ahora bien, me interesa el que se hace llamar el Centauro.

El grupo entero permaneció a la espera, observando.

—¡Ya sabéis a quien me refiero! —exclamó el rey dando una patada en el suelo con enojo—. Es un espía muy importante de la corte persa; ni siquiera el gobernador conocía su verdadera identidad. ¿Y vosotros?

—Hemos oído rumores —confesó Agis muy despacio—. Siempre hemos sabido que tanto el gobernador como la corte de Persépolis estaban muy bien informados de todo —miró tímidamente a Meleager al otro lado.

—Quienquiera que sea el Centauro —añadió el oligarca—, conocía los secretos de las dos facciones.

—¿Qué? —preguntó Aristandro—, ¿me estáis diciendo que este Centauro tenía un pie en cada campo?

Meleager asintió.

—A menudo me reunía con Demades y sacó el tema de un espía en nuestro propio bando. Y me temo que Agis tenía la misma preocupación.

—Así que tenemos a un hombre que os espiaba a ambos y luego informaba a la corte de Persia —resumió Telamón—. ¿Cómo lo supisteis?

—A menudo me llamaban a palacio —empezó Agis—. El gobernador me decía que había escuchado esto o lo otro. Demades también estaba presente. Nos sorprendía que el gobernador conociera todos nuestros secretos. Cuando le preguntamos cómo lo sabía, sonrió y dijo que el Rey de Reyes podía oír hasta el canto de un pájaro en nuestros jardines y la risa de nuestros hijos.

—Pero ¿y el nombre del Centauro? —preguntó Telamón.

—Presionamos al gobernador —continuó Meleager—. Se echó a reír y nos contestó que las avispas se lo habían contado, que este palacio estaba plagado de ellas. Todos conocemos la leyenda sobre el Centauro, de ahí su nombre.

—¿Podría ese Centauro, el espía, ser también el asesino? —preguntó Telamón mirando rápidamente a Aristandro: ellos conocían la verdad, pero ¿y esos poderosos ciudadanos?, ¿la sabrían?

—No lo sé —replicó Meleager; Agis asintió en señal de acuerdo.

—Ahora sospechamos que lo es; pero sólo el Rey de Reyes conoce la verdad.

—Pero el Rey de Reyes ya no está aquí —afirmó lentamente Alejandro—, y su Centauro también desaparecerá. No habrá más partidos, ni más muertes. Y los misterios se resolverán.

Se puso en pie, en señal de que la audiencia había concluido. Los demás le siguieron, bastante a su pesar. Alejandro señaló las copas y la jarra en la mesa.

—Seréis nuestros huéspedes en el banquete de esta noche. Os pido que os quedéis y disfrutéis de nuestros jardines. Mi médico Telamón será vuestro anfitrión. ¡Caballeros! Esta noche celebraremos un banquete por la hermandad, por la unidad. Ya conocéis mis deseos al respecto. Por favor, tenedlos en cuenta.

Alejandro giró sobre sus talones y, con Hefestión y Aristandro a sus espaldas, salió de la cámara del consejo.

Durante un rato reinó un silencio algo extraño en la sala. Agis y sus dos compañeros se acercaron a una de las ventanas como si admiraran el jardín, pero se enzarzaron en una conversación en voz baja. Albiades se despidió de su padre y casi salió corriendo de la sala. Telamón acercó una silla y se sentó al lado de Meleager. Por algún motivo confiaba en aquel hombre con aire de serena confianza. Meleager miró hacia la puerta hasta que su hijo se hubo marchado.

—¿Tenéis muchos hijos? —preguntó Telamón.

Meleager sonrió.

—Cuatro, tres chicos y una chica.

—¿Y toda vuestra familia ha sobrevivido a la masacre?

—Gracias a los dioses, sí. Recibí un mensaje anónimo de advertencia, un pequeño pergamino un día antes de que empezara el derramamiento de sangre. Inmediatamente envié a mi familia fuera de Efeso. Intenté avisar a mis amigos pero era peligroso incluso vagar por las calles. Así que me escondí —Meleager se volvió, decidido a que sus oponentes en la ventana no escucharan lo que decía, luego miró a Telamón—. Vais a investigar todo esto, ¿verdad? Vos vais a descubrir quién es ese Centauro, quién es el responsable de la masacre en el templo. ¿Pero por qué vos, un médico?

—Soy amigo de la infancia del rey. Estuve con él cuando éramos jóvenes. El gran Aristóteles me enseñó a observar los síntomas, a buscar las señales.

—¿Y vais a pasaros toda vuestra vida haciendo eso?

Telamón se calló al escuchar pasos en el pasillo. Aguardó hasta que se alejaron.

—Mi padre se cansó de tantas muertes —explicó Telamón riéndose por lo bajo—. Y yo no era el mejor de los reclutas. Me envió a Atenas, a Corintio y a otras ciudades para que me formara. Viajé a Italia, a las islas, a Sicilia, a Libia y, por último, a Egipto. Di muerte allí a un oficial persa y tuve que volver a casa. Mi padre murió pero mi madre todavía vive en Pella —Telamón suspiró—. Así que me uní al rey; Alejandro me quiere a su lado. Como médico busco las señales y los síntomas, pero de traición.

—¿Y no cuidáis de su salud?

—Sobre eso le aconsejo —replicó Telamón—, pero Alejandro me utiliza más para las infecciones de las traiciones, de las conspiraciones y de los asesinatos.

—¿Resolveréis estos misterios?

—Tal vez sí o tal vez no. Decidme —Telamón acercó su silla—. ¿Podría el Centauro ser responsable de los asesinatos de las muertes en ambos partidos?

—Como he dicho antes, es posible. Agis sospecha lo mismo —Meleager abrió las manos—. A los persas les gusta eso, tenernos continuamente enfrentados para así dividir a los poderosos griegos de Efeso —Meleager enfatizó sus palabras con un movimiento de dedos acusador—. Como quiera que Agis y el resto se hagan llamar, demócratas o líderes de masas, siguen siendo poderosos comerciantes y hombres de negocios. Agis importa madera, Dión ropa y Peleo piel.

—¿Y vos?

—Los mejores vinos del imperio, de Quíos o Samos, y de los viñedos de Lidia y Frigia.

—¿Y quemaron vuestros almacenes?

Meleager se puso en guardia.

—No, no los quemaron. Lo sé —confesó—, suena sospechoso, pero no tocaron ni mi casa ni mis almacenes. Pensé que sería obra de Agis.

—¿Por qué?

—¡Ah!, ¿no lo sabéis? —Meleager succionó los labios—. Somos hermanastros. Tuvimos el mismo padre pero madres distintas. Crecimos en la misma casa para odiarnos mutuamente. Cuando nos hicimos hombres, cada uno tomó su camino. A veces creo que nuestra sangre está corrompida. Deberíamos ser como uña y carne, pero por lo que recuerdo siempre nos hemos odiado y ha habido una lucha constante entre nosotros. No, no culpo a Agis. Yo soy tan culpable como él. Cuando se es joven, Telamón, tenemos la sangre muy caliente y a veces nos ponemos violentos. Se alimentan las ofensas, los rencores se asientan y antes de que uno se dé cuenta ha levantado una pared de hierro y la defiende con escarpas y hojas cortantes.

—¿Creéis que Agis os protegería?

—Me gustaría creer, Telamón. Sin embargo, lo que él no sabe, pero yo sí, es que esa carta de advertencia decía que los demócratas me habían señalado a mí y a toda mi familia como una de sus futuras víctimas. Lo que sospecho es que Agis querría muy posiblemente que cortara con el resto de mi partido. Pero la gente ya empieza a hacerse preguntas. ¿Cómo escapé? ¿Cómo pudo mi familia salir ilesa? ¿Por qué mis almacenes no fueron asaltados ni quemados? Oh, sospecho que Agis me persiguió, pero cuando no me pudo encontrar, ordenó un cambio de táctica —suspiró—. Por un lado, me siento agradecido, pero durante años seré tratado como un paria. Algunos sospechan incluso que tuve algo que ver con esos asesinatos en el Templo de Hércules.

—¿Conocíais a la cortesana Arela?

—Por su nombre y reputación, únicamente. Soy un hombre felizmente casado,

Telamón. Las prostitutas me traen sin cuidado.

—¿Era miembro de vuestro partido?

Meleager soltó una carcajada, los ojos se le arrugaron de la risa. El grupo de la ventana se volvió, distraídos por un momento de la conversación que mantenían en secreto.

—Arela, mi buen médico, era miembro de todos los partidos. Cuando se trataba de revolcarse en la cama, todos los partidos eran buenos para Arela, demócratas, oligarcas e incluso oficiales persas.

—¿Sabéis que tenemos a Rabinos, el principal escriba del gobernador, en las mazmorras de abajo?

—Sí, ya lo he oído —replicó Meleager.

Telamón contempló un cuadro al fondo de la pared que representaba a los medos, vestidos con sus maravillosos trajes y ofreciendo presentes al Rey de Reyes. Sobre sus cabezas se encontraba su dios, el ojo que todo lo ve, alzado por unas alas de águila.

—Estábamos hablando de los asesinatos —continuó Telamón— y de que podrían ser obra del Centauro.

—Ah, sí. El Centauro probablemente espiaba a ambos partidos pero sin revelar la información a ninguno de los dos, sino a los persas. Sin embargo, ¿cómo podía un hombre conocer los secretos de ambas facciones? Y en segundo lugar, los asesinatos tenían lugar a cualquier hora del día, en una casa, en un jardín o en el mercado. He pensado sobre esto: el asesino siempre sabía dónde se encontraba la víctima.

—¿Como si conociera todos los paraderos de vuestro partido y supiera dónde os encontrabais en todo momento cada uno de vosotros?

Meleager asintió y se rascó la cabeza.

—¿Y qué me decís de los caballeros en la ventana?

—No soy vuestro espía, Telamón.

—No he dicho que lo fuerais. ¿Cuántos de ellos eran clientes de Arela?

Meleager desvió la mirada.

—Agis, no. Sólo se quiere a sí mismo y a su pequeña. Su mujer murió; tiene una hija, es la niña de sus ojos.

—¿Y los otros dos?

Meleager chasqueó la lengua.

—A Peleo le gustan los jovencitos, es un bruto. Díón, tal vez; es un abogado listo que ha reunido una considerable fortuna. Es un demagogo nato, un líder de masas. Y le gustan las mujeres, sí a Díón sí. Apostaría que era él y no Hesíodo el que visitaba a Arela. Pero ahora callad —Meleager agarró a Telamón por el brazo—. Os diré una cosa que mi hijo no mencionó. Se encontró con Demades en una ocasión cuando se encontraba refugiado en el Templo de Hércules. Demades estaba muy nervioso, según me contó mi hijo, y no dejaba de repetirlo una y otra vez. «Algo va mal, muy mal».

—¿Sabéis a qué se refería?

—No, no lo sé. Mi hijo dijo que Demades actuó como un hombre que realmente temía por su vida y no confiaba en nadie.

—¿Confiaba en vos Demades antes de que tuviera lugar la masacre?

Meleager asintió.

—¿Y los persas?

Meleager retiró la silla hacia atrás.

—Los persas controlaban Efeso. Mi partido y yo colaboramos con ellos para mantener la paz e hicimos negocios. No creo que derramaran ni una lágrima por nuestras muertes partisanas.

—¿Vuestro partido estaba en el poder cuando los Centauros, esa cofradía de asesinos, fue aplastada?

—Eso lo sabe todo el mundo —replicó Meleager—. Obtuvimos algunos nombres que otros prisioneros nos proporcionaron. Se llevaron a cabo los arrestos, las confesiones y *las ejecuciones* —se encogió de hombros—. Nuestro espía persa no tiene nada que ver con esos degolladores, excepto que se hace llamar del mismo modo.

—¿Habéis oído hablar de la Casa de Medusa?

Meleager soltó una carcajada.

—Sí, una vez fue propiedad de un Centauro que se llamaba Mali. Dicen que está encantada.

—¿Y el tesoro?

—No son más que fábulas y leyendas —se burló Meleager—, registraron la casa una vez pero no encontraron nada.

—¿Sabíais que Arela era la hija de Mali?

Meleager abrió los ojos sorprendido.

—No. Así que *eso* fue lo que le pasó a su hija. Nadie se preocupó por buscarla.

—¿De qué estáis hablando? —Agis y los otros dos abandonaron la ventana y se acercaron. Peleo trajo unas sillas y se sentaron frente a Telamón.

—Deberíais tener cuidado, médico —espetó Dión—. De otro modo pensaremos que nuestro noble rey apoya más a un partido que a otro.

—¡Vuestro noble rey no apoya a ningún partido!

Telamón se volvió. Alejandro permanecía en la puerta con una copa de vino en una mano y en la otra una estatuilla de Artemisa.

—¡Oh, no, no os levantéis! —les rogó el rey. Dejó la copa sobre una mesita, luego cruzó la sala con calma y tomó asiento. Sostuvo en alto la estatua de Artemisa, vestida de caza.

—Vuestro templo todavía está sin acabar. Me gustaría pagaros para que lo terminaseis.

—Eso no es posible —replicó Dión—. El Templo de Artemisa es propiedad de esta ciudad. Forma parte de nuestra sagrada constitución —las palabras

prorrumpieron de sus labios como si las escupiera—. Ningún extranjero será responsable del templo.

—Ya pensé que me diríais eso —contestó Alejandro intentando disimular su furia con una sonrisa falsa, aunque la tensión en su voz le delató—. Pero yo tengo una relación con ese templo: construyeron en él una estatua de mi padre.

—Los persas nos ordenaron que la echáramos abajo.

—¿Se restaurará?

—El tiempo lo dirá —Dión ardía en deseos de enfrentarse al rey.

—Me van a retratar —continuó Alejandro—, lo hará el gran artista Apeles. ¿Conocéis ya la historia? Como Artemisa abandonó su templo en Efeso para asistir a mi nacimiento, entonces éste, al quedar desprotegido, fue incendiado.

Telamón cerró los ojos. Sólo esperaba que nadie se echara a reír ante tal leyenda. Pero aquellos hombres eran políticos; incluso Dión sabía que había ido demasiado lejos.

—Me gustaría dar muestras de mi devoción por la diosa Artemisa. Quiero que cuelguen mi cuadro allí. Agis, ¿habéis traído lo que os pedí?

El demócrata abrió su cartera y sacó un papiro delgado y amarillento.

—Majestad —intervino Agis abriendo las manos—, todos hemos oído la leyenda sobre vuestro nacimiento; sin embargo el Templo de Artemisa fue incendiado la noche en la que nacisteis por un loco que luego fue crucificado contra las murallas de la ciudad. Cuando le pregunté por qué provocó el fuego, escribió esta confesión. Está escrita en un griego arcaico.

Alejandro estudió el pergamino y se lo entregó a Telamón.

—Leedlo, médico. ¿Qué dice?

Telamón lo tradujo.

—Yo quemó y soy a la vez el Principio y el Fin de todas las cosas, el Hijo de los Inmortales y el Hijo de Dios —Telamón levantó la mirada—. ¿Qué quiso decir?

—No lo sabemos —se mofó Dión—. Eso es lo que escribió ese loco. Y no veo ninguna referencia en ese mensaje a Alejandro de Macedonia —añadió con malicia.

—Me lo quedaré por un tiempo —declaró el rey enrollando el pergamino y entregándoselo a Telamón—. Ya veremos cuánta verdad contiene.

## Capítulo V

«A su llegada a Efeso, Alejandro se acordó de todos los que habían sido expulsados por haberle apoyado: quitó el poder a la pequeña camarilla regente y restauró las instituciones democráticas».

Arriano, *La campaña de Alejandro*, libro 1, capítulo 18.

**E**stoy aterrado —confesó Rabinos por lo bajo mientras rezaba una oración—. Estoy solo en este mundo rodeado de enemigos. Nadie puede ayudarme. Las lágrimas asomaron en los ojos del persa. Se levantó del catre, se dirigió hacia la puerta y miró por la rejilla. Nada, excepto paredes blancas. Abajo, en el corredor, escuchó las risas y la charla de los centinelas macedonios, el borboteo del agua y del vino al mezclarse en una copa. Olió el ganso bien rustido que sirvieron a los soldados. Rabinos se relamió los labios: tenía más hambre en la prisión que cuando había sido un escriba muy ocupado. Se volvió y se reclinó en la puerta, levantó la vista hacia una pequeña apertura en la pared del fondo que permitía que entrara un poco de aire y de luz. Estaba anocheciendo, la claridad se desvanecía. El cuerpo de Rabinos se estremeció preso del miedo. Aunque lo intentaba no podía controlar el temblor de sus manos, las piernas le flaqueaban. Una vez más, maldijo a Arela.

—¡Esa furcia traicionera! —exclamó.

Si alguna vez tenía la oportunidad, empuñaría su daga y le sacaría esos hermosos ojos perfilados de negro. Le clavaría las uñas en las mejillas sonrosadas. Rabinos se paseó arriba y abajo por la celda. Exasperado, golpeó los puños contra la pared y soltó un grito. Los macedonios sólo se burlaron de él, se acercaron y miraron a través de la rejilla. Sin embargo, no era tanto por la prisión: Rabinos estaba atrapado dondequiera que estuviera. Si le liberaban, ¿cómo podría sobrevivir en una ciudad griega donde había sido miembro del poder ocupante? ¿Y si regresaba a Persépolis? Rabinos se sentó en la cama. No confiaba en Alejandro, ese demonio de ojos maliciosos con la astucia de una mangosta y toda la compasión de una cobra a punto de atacar. Si regresaba a Persépolis, Mitra le estaría esperando junto a los Encapuchados. Le empezarán a interrogar. ¿Por qué no había huido con el gobernador? ¿Por qué se había dejado capturar? ¿Por qué le habían liberado los macedonios?

¿Y qué les respondería? Rabinos gruñó por lo bajo y se tumbó en la cama. Se enfrentaría al terror, al fuego e incluso a la tortura. Los sirvientes de Mitra le desnudarían y le azotarían el cuerpo con varas. Le llevarían a la Torre del Silencio donde los cadáveres cuelgan de jaulas de alambre, a cielo abierto y a disposición de las garras y picotazos de los buitres. Le atarían en una jaula de esas y luego se marcharían y se olvidarían de él. Rabinos recordó los tiernos ojos de su mujer, su

hermoso rostro, oculto por un velo, sus lustrosos cabellos negros como la noche, su cuerpo rollizo; su casa y jardines, el pequeño huerto detrás de la fuente, sus dos hijos corriendo hacia él. ¿Por qué no había huido? Las palabras de Arela le habían resultado tan convincentes, estaba tan seguro de que no correría peligro: Alejandro abandonaría Efeso tras el contraataque del gran ejército del Rey de Reyes y obligaría a los macedonios a regresar al mar.

—Arrogancia —susurró Rabinos—. Mi señor Ahura Mazda, fui arrogante y he tropezado con mi propio orgullo.

Rabinos había estado muy acostumbrado a deslizarse entre las calles para llevar a cabo los asuntos de su señor. Recordó el último viaje al Templo de Hércules, el cinturón cargado de dinero atado a su cintura, el sacerdote asustado de pie en las escaleras, el receso frío y oscuro, y la sombra del Centauro a sus espaldas.

El escriba se incorporó sobre la cama. ¡Sabía quién era el Centauro! Pero no había revelado aquella preciosa información. Tenía dos opciones, si lograba escapar, podía intentar encontrar al Centauro, o bien podía tratar de jugar con astucia esa última carta que, al fin y al cabo, era ya su única oportunidad de negociación con Alejandro. Tal vez los macedonios le ofrecerían que trabajara para ellos. Rabinos había oído que Alejandro estaba favoreciendo a antiguos siervos del Gran Rey. La única razón por la que él estaba en prisión era por su antiguo trabajo, sus vínculos con el Centauro y porque no se rindió inmediatamente como pedía el decreto de Alejandro. Rabinos se tranquilizó: ¡usaría esa información! Recordó la rolliza cara del gobernador rodeada de tirabuzones engrasados y de resplandecientes gemas preciosas.

—Rabinos —le había confiado en la intimidad de sus aposentos privados—. Sois mi escriba de confianza, mi confidente.

Los halagos salieron de su boca como miel de una jarra. Rabinos le había escuchado obedientemente. El gobernador le indicó que se acercara moviendo sus rollizos dedos y el escriba, oh, bueno, intentó no echarse a reír. El gobernador deseaba encontrarse con Arela, la famosa cortesana. Había oído hablar mucho de ella por boca de Basilea, reina de los Moabitas, en su tiempo también la cortesana de mayor reputación. ¿Podría Rabinos organizarle un encuentro? ¿Accedería Arela a venir a palacio? Los ojos de mirada furtiva del gobernador le sonrieron. Rabinos supo que no podía negarse: se mantuvo callado y escuchó cómo le regalaban los oídos. El gobernador tenía una esposa, pero se encontraba fuera, en Susa, visitando a unos familiares. El asunto tenía que ser confidencial, entre camaradas, colegas e incluso entre amigos, añadió el gobernador guiñándole un ojo. ¿Acaso el gobernador no le había revelado importantes secretos acerca del Gran Rey y Mitra? El gobernador se inclinó sobre la mesa.

—Hablaréis con el Centauro —le murmuró—. ¿Sabéis que tengo su nombre?

Rabinos le devolvió la mirada con los ojos abiertos como platos.

—Si pudierais conseguir que Arela viniera aquí...

Rabinos salió de la cámara del gobernador con la cabeza alta y los hombros hacia

atrás. Fue inmediatamente a ver a la cortesana; ahora le tocaba a él deshacerse en halagos. Le contó lo importante que era el gobernador, que era familia del gran Darío. Arela, aquella pequeña furcia, se había limitado a sonreír tontamente y a emitir toda clase de gorgoritos, pestañeando y haciéndose la remolona. Sin embargo, dos noches después, se coló por una de las muchas entradas secretas de palacio. El propio Rabinos condujo a la cortesana, oculta bajo una capa y una capucha que no consiguieron disimular la fragancia del exquisito perfume con el que la prostituta se había rociado el cuerpo, hasta los aposentos privados del gobernador. Allí degustaron vinos, de los más selectos, frutas exóticas y carnes magníficamente cocinadas, además de otros platos. Arela se quedó toda la noche. Luego confesó entre sollozos que el gobernador había resultado un trabajo muy duro; el hecho de que éste no abandonara sus aposentos al día siguiente fue un poderoso testimonio de las habilidades de Arela en la cama. El gobernador quedó satisfecho. Pero estaba en deuda con Rabinos. Un día le escribió en un trozo de pergamino el nombre del Centauro y se lo dejó sobre su escritorio.

Los recuerdos del escriba se vieron interrumpidos por la fuerte carcajada de uno de los guardias. Rabinos se inclinó, apartándose una avispa que revoloteaba. Se llenó un cuenco de arcilla con un poco de vino aguado y dio un sorbo. Tal vez se encontraría de nuevo con Aristandro. Sin embargo, una vez les confesara el nombre, una vez traicionara a sus señores en Persépolis, no podría regresar a casa: adiós a su esposa e hijos, se acabaron los paseos a la sombra por su jardín.

—¡Rabinos!

El escriba se sobresaltó. Saltó de la cama, se acercó a la puerta y miró a través de la rendija de hierro: el pasillo estaba vacío.

—¡Rabinos!

El escriba se volvió, alguien llamaba su nombre a través de la pequeña apertura que había en la pared. Rabinos levantó la mirada. El patio de atrás continuaba vacío, como de costumbre, no había nada más que suciedad, una zona cubierta de guijarros donde se amontonaba madera y carros.

—¿Rabinos estáis ahí?

El escriba se mordió el labio. Quienquiera que estuviera ahí afuera habría encontrado su celda con bastante facilidad, sólo tenía que ir husmeando de una apertura a otra, pues simplemente el olor delataba si había alguien dentro o no. Eso era lo que los carceleros del gobernador hacían para despertar y asustar a los prisioneros en medio de la noche.

—¡Rabinos, sé que estáis ahí! No os pongáis nervioso. ¡Acercaos!

Rabinos se aproximó y levantó la vista.

—¿Quién sois? —susurró; sabía lo que la voz le iba a contestar.

—Soy vuestro amigo, Rabinos.

—¿Sois el Centauro?

—Soy vuestro amigo —repitió la voz—, no habéis traicionado a vuestro señor,

¿verdad? Pensad en vuestra mujer e hijos en Persépolis, en los guardias del rey llegando a vuestra casa...

—No os he traicionado —espetó Rabinos.

El Centauro emitió un lento chasquido como respuesta.

—¿Aristandro os va a liberar?

—Soy un prisionero —gimió el escriba.

—¡Ahora callad! ¡Soy el Centauro!

El sudor empezó a brotar en la espalda de Rabinos.

—Rabinos, conozco este lugar como la palma de mi mano, todas sus entradas secretas y sus oscuros pasadizos. No tengáis miedo, Rabinos. No traicionéis a vuestros amigos. He venido a liberaros pero —añadió con un tono de voz más firme—, debéis manteneros fiel.

—¿Cómo podéis liberarme? —preguntó el prisionero en un susurro.

—¿Y cómo creéis que todos esos necios murieron en el Templo de Hércules? —le insinuó sarcásticamente.

—¿Qué seguridad tengo? ¿Qué garantías?

Se hizo un silencio y Rabinos pensó que el Centauro se había marchado.

—¿Seguridad? —se burló la voz con indolencia. ¿Garantías? La mujer que os traicionó, Arela la prostituta, ha muerto, su hermoso cuerpo se ha convertido en cenizas, su alma se retuerce ahora entre las llamas corrosivas del Hades. ¿Veis lo que pasa, Rabinos, con los traidores? Ahora debo regresar.

Durante un rato Rabinos permaneció boquiabierto contemplando la luz mortecina del ocaso que se colaba a través de la rendija. Luego, agarró la jarra de vino, rápidamente se llenó el cuenco hasta el borde y bebió con avidez.

\* \* \*

La sala de banquetes del gobernador rebosaba de luz: lámparas de aceite, ordenadas sobre repisas a lo largo de la pared, brillaban en jarrones de alabastro, otras de bronce colgaban de las vigas de cedro. Braseros de los que emanaban dulces fragancias de hierbas aromáticas ardían en las esquinas, desprendiendo calor. Los invitados yacían recostados en sofás, con una mesita delante de cada uno de ellos. Reinaba una atmósfera templada, embriagadora por los aceites perfumados y las guirnaldas de flores que había repartido una joven con frutas antes de que el banquete empezara.

Alejandro yacía tumbado sobre un sofá dorado y púrpura que ocupaba un lugar preferente sobre un pequeño estrado. Vestía una túnica blanca de lino con ribetes escarlata y sobre la cabeza llevaba una corona plateada. Todos los acompañantes del rey, sus generales más importantes, estaban presentes. Alejandro se encontraba entablado una profunda conversación con Apeles, su huésped de honor, mientras dibujaba con vino derramado un diagrama sobre la mesa de enfrente. A su izquierda se hallaba Hefestión, que había bebido demasiado y permanecía adormecido. Los

invitados, repartidos en sofás distribuidos con la forma de una herradura, habían bebido y comido copiosamente. Se habían servido hogazas de trigo y cebada, seguidas de sabores muy apetitosos de fruta fresca, marisco, aves rustidas, esturión salteado, caballa cocida al horno, carnes en salsas aromáticas y, finalmente, cordero asado. A continuación, se limpiaron las mesas y se sirvieron pasteles de miel y frutos secos con más vino.

Alejandro se unió a sus acompañantes, que se divertían lanzándose los unos a los otros huesos y trozos de fruta. Acróbatas y danzarines, tragafuegos y saltimbanquis, músicos con flautas y gaitas, bailarinas y bufones; todos habían sido invitados para festejar la victoria pero ninguno gozó de una buena acogida. Siguiendo el ejemplo de Ptolomeo, los generales de Alejandro se comportaban como un grupo de escolares maleducados: acribillaron a los artistas lanzándoles trozos de fruta hasta que finalmente se retiraron disgustados y dejaron que el séquito real se entregara al serio negocio de la bebida.

Telamón había comido abundantemente pero bebido poco. Ahora se encontraba reclinado contra el cabezal del triclinio. Aristandro, a su izquierda, también iba con cuidado con lo que bebía, especialmente cuando Ptolomeo andaba cerca. El Señor de los Secretos del Rey se había engalanado para la ocasión con un vestido vaporoso de varios colores que habría encontrado en el armario del gobernador persa. Se había calzado sandalias del mismo color y pintado las uñas de pies y manos con alheña de un tono oscuro. También se había maquillado sus escuálidas mejillas y unas ojeras bastante pronunciadas hacían que su rostro pareciera todavía más tenebroso. Llevaba untados con aceite sus finos cabellos que había peinado hacia arriba y que parecían las púas de un puerco espín, tal y como bromeó Ptolomeo. Para colmo, cada vez que Aristandro hacía un movimiento, las pesadas joyas que llevaba encima tintineaban al chocar entre sí.

Ahora frunció los labios componiendo un malicioso mohín y miró a los ciudadanos líderes de Efeso, la mayoría de los cuales disfrutaba a más no poder del banquete.

—¡Miradlos! —se mofó Aristandro—. Cómo se divierten sintiéndose importantes con sus nuevos cargos. ¡No me fiaría de ellos ni un pelo!

—Tampoco se fía Alejandro —replicó Telamón.

El médico estiró las piernas para aliviar una rampa y miró a su alrededor. A pesar de las guirnaldas, el vino en abundancia, el aire embriagador y la sabrosa comida, Alejandro no había dejado ningún cabo suelto. Los guardias reales, vestidos con su armadura de guerra y sosteniendo los escudos y las espadas desenvainadas, permanecían en las sombras, preparados para intervenir. Estaban allí no sólo para proteger al rey sino para controlar a sus acompañantes. Cuando el vino empezase a correr, éstos podrían arremeter los unos contra los otros por alguna ofensa o agravio olvidado sólo a medias. Dos hombres del coro de Aristandro se encontraban detrás de su señor, observando cada uno de sus movimientos. Telamón nunca pudo comprender

aquella adoración inquebrantable por aquel hombre tan siniestro: Aristandro ni siquiera podía ver el acero desenvainado e incluso se desmayaba con una sola gota de sangre.

—Pero miradlos —repitió Aristandro mientras movía los dedos imitando los gestos de una dama de la corte y adoptando un tono de voz más agudo.

Telamón los observó. Meleager se encontraba solo, bebiendo malhumorado. A su lado, Dión buscaba a una de las bailarinas a la que había echado el ojo. Agis, de rostro oscuro, mantenía una seria conversación con Peleo. De vez en cuando los demócratas volvían la cabeza y miraban a Telamón.

—Mis espías han estado muy ocupados —susurró Aristandro—. Arela era una querida muy popular. Ojalá la hubiera conocido, algo podría haberme enseñado —se lamentó golpeando con fuerza el brazo del sofá—. Fue culpa mía. Debería haber arrestado a ese encanto inmediatamente.

—Dijisteis que vuestros espías han estado muy ocupados.

—Bueno, bueno, Telamón no seáis malicioso con vuestro amigo. He intentado averiguar dónde se encontraban todos cuando murió Arela —continuó Aristandro—. El incendio de la casa se descubrió después del mediodía.

—¿Y?

—Bueno, sabemos que Peleo estaba muy ocupado en el mercado regateando con algún jovencito. Meleager se encontraba en casa. Y según nuestro espía, el oligarca no salió, pero —se interrumpió el propio Aristandro— podría estar equivocado.

—¿Y Agis?

—Ah, aquí es donde la cosa se pone interesante. Agis, según parece, visitó a Dión pero Dión no estaba en casa. No hemos podido descubrir dónde se encontraba el abogado. ¿No es extraño?

Aristandro hizo una pausa al ver cómo un chambelán entraba en la sala del banquete andando con la arrogancia de un pavo real. El tipo esquivó limpiamente una pera que le lanzó Ptolomeo, se arrodilló delante del estrado del rey y le susurró algo por lo bajo. Alejandro, que estaba muy entretenido acariciando el hombro de Apeles, permaneció sentado con aire de preocupación.

—¿Qué pasa? —preguntó Telamón.

—La viuda de Demades, el líder oligarca asesinado en el Templo de Hércules, desea expresar su afecto a nuestro rey y darle las gracias.

—¡Pero si fue asesinado!

—La mujer desea decirle a Alejandro que no lo cree responsable. Creo que Meleager tiene algo que ver con todo esto.

El chambelán se retiró. Alejandro aplaudió con fuerza y se puso en pie.

—¡Caballeros! —gritó—. Una noble mujer de esta ciudad, una viuda honorable, desea mostrarme sus respetos. Que sea tratada con toda la amabilidad que se merece. Ptolomeo, por el amor de Apolo, despierta a Seleuco, y aseguraos de que el muy borracho no vomite.

El banquete se quedó en silencio. Al otro lado de las puertas dobles se escuchó un gong. Precedida por fornidos guardias, la viuda del oligarca asesinado, vestida de luto, con los cabellos grises ocultos bajo un velo púrpura oscuro, hizo su entrada lentamente en el salón. Detrás de ella, iban dos niños y otros miembros de su familia. La joven que caminaba a su lado sostenía abierto un cofre de madera de cedro. Sobre el cojín escarlata yacía una preciosa copa que brillaba con la luz, atrayendo las miradas de envidia de los acompañantes de Alejandro.

La viuda era alta, elegante y llevaba el rostro apenado casi oculto bajo una capucha. Caminó despacio al lado de los sofás. Alejandro chasqueó los dedos. Un oficial de la guardia se apresuró a acercar las pequeñas mesas al estrado. La viuda se iba a arrodillar, pero Alejandro sacudió la cabeza y dio un paso al frente para recibirla. Telamón contuvo la respiración.

La viuda cogió el cofre de las manos de su sirvienta; por el modo en el que frunció los labios y miró a la muchacha, su rostro no parecía apenado en aquel instante sino enfadado más bien, o tal vez resentido. Telamón balanceó las piernas fuera del sofá. La mujer le entregaba ahora el presente al rey.

—Mi señor —declaró con una voz poderosa y fuerte—, Alejandro rey de Macedonia, capitán general de Grecia, os entrego esta ofrenda, esta valiosa copa como muestra de mi aprecio.

Volvió a poner el cofre en manos de su sirvienta, cogió la copa del cojín y se la entregó al rey. Alejandro la aceptó. Amante de las cosas hermosas, la sostuvo en alto para que atrapara la luz.

—¡Es de oro puro! —susurró Aristandro—. Estoy seguro de que por dentro es de plata y tiene incrustaciones de gemas.

Telamón observó los rápidos movimientos de la viuda: con una mano retiró el cojín escarlata y rebuscó en el fondo del cofre. Alejandro, que nunca bebía tanto como decía, se adelantó a su repentino movimiento y dio un paso atrás cuando la mujer ya había extraído del cofre un cuchillo escondido y con un destellante movimiento en forma de arco lo quiso clavar en el cuello desprotegido del rey.

Alejandro, un espadachín nato, acostumbrado a embestir y esquivar golpes en las batallas, fue más ágil. Utilizó la copa para defenderse de la puñalada traicionera y la mujer perdió el equilibrio, entonces la agarró por la mano que le quedaba libre. Hefestión se abalanzó sobre la mesa, arrollando a la viuda y enviándola al suelo, mientras le arrancaba la daga del puño. El resto de los invitados se puso en pie. La escolta personal del rey irrumpió en escena. Se volcaron mesas, los platos rodaron en un terrible estruendo y empezaron los gritos de pánico. Los niños alrededor de la viuda gimoteaban. Meleager también empezó a chillar. Intentó acercarse pero un fornido capitán de la guardia le obligó a recular. Alejandro permanecía sobre el estrado examinando fríamente la copa: sus guardias vestidos de negro levantaron a la mujer del suelo y le obligaron a arrodillarse ante el rey.

Alejandro, pálido, la observó distraído.

—Mi señora, os he dicho que no os arrodillarais.

Los guardias la pusieron de pie.

—Ni tampoco les he dicho a mis guardias que os sujetaran tan fuertemente.

La viuda permaneció sola, cabizbaja y temblorosa.

—Os doy las gracias por este regalo —profirió con firmeza el rey—. Entiendo vuestra rabia. Di mi palabra pero no se cumplió. Ahora sólo pienso en la paz y os deseo lo mejor. Acepto vuestra ofrenda.

Alejandro bajó del estrado. Le arrebató la daga a Hefestión y la lanzó por encima de sus hombros; poco después ésta caía estrepitosamente sobre el suelo de mármol. Alejandro cogió bruscamente a la mujer por los hombros y le dio un beso de paz en cada mejilla, luego dirigiéndose a una de las mesas que no se había volcado, cogió un plato de pasteles de miel y se arrodilló frente a los niños, que seguían lloriqueando.

—Coged un poco de pastel —invitó a uno de los niños acariciándole el pelo—, y quedaos también con el plato. Capitán de la Guardia —llamó Alejandro poniéndose en pie—, escoltad a esta mujer de regreso a su casa. Y haced saber a todo el mundo que Alejandro de Macedonia no hace la guerra con viudas ni huérfanos.

—Tan magnánimo como siempre —susurró Aristandro—. Nunca sé por dónde va a salir.

Telamón estaba a punto de contestar cuando se escuchó el toque de un cuerno dando la alarma. Aquel sonido parecido al de un lamento hizo que la sala quedara inmediatamente en silencio. Los dignatarios efesios se arremolinaron en torno a su rey. Dos de los hombres de Alejandro seguían todavía adormecidos, pero los más rápidos se agruparon a su alrededor. Más guardias aparecieron de las sombras. Los «encantadores muchachos» de Aristandro rodearon el sofá, apartando una mesa de un golpe. Alejandro se volvió y los miró. Un chambelán se precipitó en la sala, resbalando y deslizándose por el suelo; finalmente se paró ante las mesas del banquete, retorciéndose las manos.

—¡Mi señor, han dado la alarma!

—¡De eso ya me doy cuenta!

Alejandro se acercó, indicándoles a Aristandro y Telamón que le siguieran. Abandonaran la estancia. El chambelán, batiendo los brazos como si de una mariposa de vivos colores se tratara, balbuceó:

—¡Por aquí, por aquí!

Les condujo por una puerta abierta donde los soldados se encontraban reunidos bajo las antorchas. El patio estaba rodeado en tres de sus lados por pórticos sombríos. Un oficial se acercó.

—Majestad, han matado a uno de nuestros hombres.

Les acompañó a través de la galería de columnas. Unas vallas de madera, que se utilizaban en días de tormenta para cerrar el pórtico, se habían amontonado al fondo. Tras ellas yacía oculto el cuerpo del soldado muerto; un charco de sangre se esparcía sobre el pavimento.

—¡Sacadlo! —ordenó Alejandro.

Aristandro gritó que trajeran más antorchas. Extrajeron el cuerpo. El soldado muerto vestía un coselete y una falda; de la nariz y de la boca le brotaba la sangre que le cubría el rostro, joven y pálido.

Telamón se inclinó, volvió el cuerpo y examinó el golpe mortal.

—Muy parecido al del Templo de Hércules —observó—. Un golpe salvaje. Mirad, señor, el hombre no llevaba cinturón, ni escudo, ni lanza.

Telamón escudriñó por detrás de las vallas de madera.

—Tampoco hay rastro de su casco —afirmó. Tiró de la faja negra que rodeaba la cintura del cadáver—. Es miembro del Escuadrón del Cuervo, este es su color, ¿no es cierto? ¿Por qué querría alguien matarlo? —Le palpó el rostro y rozó ligeramente la sangre coagulada con la punta de los dedos—. Hace tiempo que ha muerto —continuó Telamón—. La sangre está casi seca, la carne fría y dura como una piedra, los miembros se han endurecido —miró por encima de su hombro al oficial—. ¿Le conocéis?

—No es de mi regimiento, señor. Este es un lugar muy solitario —continuó el oficial—. Estaría por ahí vagabundeando, alguien lo vio y le desafió.

—¿Pero por qué no lleva puesto el talabarte? —preguntó intrigado Alejandro—. Las unidades del Cuervo están acostumbradas a defender las puertas.

Telamón se enderezó y vagó con aire pensativo por el pórtico. Se detuvo al llegar al asiento de mármol construido contra la pared.

—¡Traed las antorchas! —gritó.

El médico se agachó y rascó una mancha que acababa de descubrir en uno de los bordes del banco. Luego lo registró por debajo y encontró una jarra de arcilla; olía a vino barato. Telamón la lanzó a las manos del oficial y, sentándose, levantó la vista hacia el cielo estrellado.

—¿Por qué estáis tan misterioso, Telamón? —le preguntó el rey impaciente.

Telamón se desplazó por el banco.

—Pensad en cuando anochece y se pone el sol —empezó—. Este pórtico queda oculto por las sombras y se convierte en un lugar agradable y fresco para descansar —señaló frente a él—. Aquel banco casi está oculto por los pilares. Lo que tenemos aquí es a un soldado que ha terminado su guardia. Se va a las barracas donde deja su casco y su espada —Telamón señaló con la mano—. Hay otro patio más abajo, ¿verdad? Y ese lleva a las cocinas, ¿me equivoco?

El capitán de la guardia siguió la dirección de su gesto y asintió.

—¿Qué es lo que hace cualquier soldado que ha terminado de hacer su guardia a pleno sol del día? —preguntó Telamón—. Se va a las cocinas, se llena una jarra de vino barato, que no desea compartir con nadie y viene a un lugar como éste, lejos de la mirada vigilante de un oficial, y se oculta en las sombras detrás de un pilar —Telamón recuperó la jarra y la sopesó en la mano—. Tres o cuatro tragos de esto...

—Y se quedaría completamente dormido —terminó Alejandro. El rey gritó a los

soldados, que se agolpaban alrededor, que se mantuvieran alejados.

—Luego ataca el asesino —explicó Telamón—. El soldado medio borracho no opone resistencia. Lo mata de un solo golpe y seguidamente lo oculta detrás de esas vallas.

Telamón se puso en pie y se encaminó despacio hacia ellas. Se volvió y abrió las manos.

—Lo haría en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Pero por qué? —preguntó Aristandro.

—Y lo más importante, ¿quién? —añadió Alejandro.

—El Centauro, tuvo que ser él —el médico señaló el cadáver—. Podría examinarlo con más detalle, pero vista la fractura parece que le dieron un fuerte golpe en la sien, como una coz.

—¿Y por qué?

—¡Por el terror, Aristandro! —explicó Telamón—. El Centauro está mostrándonos su poder. Que puede pasearse por palacio y hacer lo que le venga en gana. Ya habéis visto qué tipo de pasiones arden en Efeso, como la tentativa de la viuda de Demades de atentar contra el rey.

—¡Furcia desagradecida! —exclamó Alejandro—. Estuve a punto de cortarle la cabeza.

—Al Centauro le hubiera encantado —afirmó Telamón cogiendo al rey por el brazo y tirando de él; le llegó su aliento a vino—. No actuéis como un déspota —le advirtió—. En este asunto no debéis tomar represalias.

—De todos modos debemos investigar este intento de asesinato —replicó Aristandro.

—No hay necesidad —contestó Telamón con una sonrisa apagada—. La viuda trajo consigo un cofre en el interior del cual se hallaba una copa de gran valor sobre un cojín púrpura. El capitán de la guardia lo examinó. La viuda cogió la copa y levantó el cojín. El capitán examinó su interior pero no vio nada, sólo un cofre de madera de cedro vacío.

—Pero ¿y la daga? —preguntó Alejandro.

—Se encontraba bajo el cojín —aseguró Telamón—. Es un truco muy ingenioso. Luego volvió a colocar el cojín en el cofre y puso la copa encima. Después de entregar el presente al rey, levantó el cojín y agarró la daga.

—Sin duda Artemisa estuvo a mi lado esta noche —se dijo Alejandro para sus adentros—, pero ¿cómo entró el Centauro? —exclamó clavándole la mirada a Aristandro.

—Majestad, no me hagáis sentir responsable por ello. Muchos mercaderes vienen y van trayendo vino y comida. En palacio tenéis a los ciudadanos más importantes de Efeso y a sus criados. Mirad a la viuda de Demades. Los muros se pueden escalar, y hay algo más...

Aristandro se llevó un dedo sobre sus labios pintados.

—¿Sí? —Alejandro dio un violento taconazo contra el suelo, en señal de impaciencia.

—Este palacio está atravesado por infinidad de pasadizos secretos. Conocemos algunos de ellos, pero otros no.

—Como el palacio de madre en Pella —sonrió Alejandro—. Y, por supuesto, le resultaría fácil obtener un pase real. Los he enviado a la mayoría de los ciudadanos y oficiales más importantes de Efeso. ¡Recoged ese cuerpo!

Estaba a punto de regresar a sus aposentos cuando unos gritos desgarradores inundaron el aire de la noche.

—¡En nombre de Apolo! —murmuró Telamón.

Inmediatamente el rey fue rodeado por sus guardias. Aristandro, resultando bastante cómico, empezó a dar palmadas mientras llamaba a gritos a su coro, que se acercó corriendo desde la oscuridad para protegerle. El Señor de los Secretos del Rey, dando traspiés como una mujer, sosteniendo en alto con una mano su capa de tafetán mientras se agarraba con la otra al brazo de uno de sus guardaespaldas, se apresuró a abandonar el patio. Telamón les siguió. Caminaron por el lateral de un edificio que daba a los jardines de palacio y se dirigieron hacia el siguiente patio que conducía a las enormes cocinas.

Telamón observó la escena sin poder dar crédito a lo que veían sus ojos. Cocineros y ayudantes, mozos de los asadores y doncellas, incluso los soldados que guardaban la entrada, salían despavoridos emitiendo toda clase de chillidos: algunos de los soldados habían dejado caer los escudos y las espadas, zarandeando las manos y despeinándose.

—¡Pero qué...!

Telamón oyó el zumbido. Sintió cómo un insecto le rozaba la mejilla y lo ahuyentó de un manotazo. Bajo la luz que se colaba a través de la puerta de la cocina, se apiñaban todavía más insectos, como una horda de mosquitos sobre un pantano. Un mozo se acercó corriendo, con los ojos hinchados. Telamón le agarró por los hombros.

—¿Qué pasa, chico?

El chico se resistía, gimiendo y llevándose las manos a la cara. Telamón lo apartó amablemente de más avispa que se acercaban zumbando.

—Estábamos en las cocinas —balbuceó el muchacho— y aparecieron las avispas, había cientos.

Otros corrían a través del patio, pidiendo agua a gritos. Alejandro y el Señor de los Secretos, conscientes del peligro, se dirigieron con presteza hacia el prado. Algunos guardias de la escolta real se habían hecho con algunas antorchas para protegerse. Un par de ellos, que sufrió picaduras, maldijo a los insectos. El aire de la noche se llenó de zumbidos inquietantes, como si ocultaran la presencia de un demonio que lanzaba miles de dardos.

Regresaron al primer patio real, Alejandro entró en palacio como un huracán.

Telamón convocó a los soldados y oficiales: aquellos que habían recibido picaduras fueron reunidos en los pórticos. Casandra llegó, con una maleta repleta de medicinas en una mano y con una pequeña arca con pomadas y pociones en la otra. Se les unieron otros médicos, así como curanderos y boticarios encargados de la salud de los soldados. La mayoría de las víctimas había sufrido diversas picaduras y sus rostros y cuerpos mostraban rojos y rabiosos verdugones. Telamón dio instrucciones.

—¡Utilizad pinzas! —ordenó—. Intentad sacar el aguijón. No toquéis los de los ojos, dejadlos. El ojo puede curarse por sí solo.

Perdicles estaba a punto de objetar pero Telamón le hizo callar. Algunos habían resultado gravemente malheridos por el ataque de las avispas, con por lo menos una docena de picaduras. La fiebre se apoderó de uno de los cocineros. Telamón no pudo determinar si era por la angustia o por los aguijones. Utilizando pinzas y pequeñas agujas, trabajando bajo la luz de las antorchas y lámparas de aceite, la fila de heridos fue poco a poco disminuyendo. La mayor parte regresó a palacio. Telamón iba de arriba a abajo ayudando en lo que podía, estudiando de cerca a las víctimas. Los aguijones de abejas o avispas no eran normalmente dolorosos ni graves. Sin embargo, Telamón sabía que determinadas personas, debido a su tipo de humores, no lograban recuperarse, y éste era el caso. Una joven muchacha, de entrada ya algo lánguida, empezó a quejarse de una fuerte somnolencia y luego sufrió varias convulsiones. Los ayudantes intentaron tumbarla. Telamón intervino y le forzó a mantener la boca abierta, preguntándose si se habría tragado algo; la chica se estaba atragantando y le clavó los dientes en los dedos. A pesar de todo su esfuerzo y el de Perdicles, siguió atragantándose. La joven finalmente sufrió un colapso y se desplomó sobre el suelo, empezó a sacudir brazos y piernas y a darse golpes con la nuca contra el suelo pavimentado. Telamón no pudo hacer nada más que quedarse a ver cómo moría. Se apresuró a visitar al resto de supervivientes en busca de síntomas parecidos antes de regresar al patio de la cocina. Ahora se encontraba desértico. Todavía se podía oír el zumbido de las avispas en el aire, la luz de la puerta de la cocina dejaba entrever a dos cuerpos que yacían tumbados en el interior.

—Será mejor que no entréis, señor —le advirtió un soldado que se le acercó por detrás.

—¿Cómo pasó? —le preguntó Telamón conduciéndole hacia el prado.

—No lo sé, señor, pero tengo a uno de los cocineros que se encontraba limpiando la ceniza detrás de un asador cuando empezó todo.

El soldado gritó un nombre y un hombre de mediana edad se acercó con paso aletargado, todavía frotándose una de sus mejillas, inflamada por los picotazos, y con el ojo derecho casi cerrado.

—Parece el más tranquilo de todos, señor, y habla griego.

Telamón abrió la bolsita que llevaba en su cinturón, sacó una moneda de plata y la mantuvo en alto.

—Por vuestros dolores —y la lanzó a la mano sudorosa del tipo—. Ahora

contadme lo que pasó.

El cocinero atrapó la moneda pero siguió gimiendo por lo bajo: rollizo, de cabellos finos, vestía una túnica hecha jirones con un improvisado delantal.

—Haced lo que os dice el caballero —le susurró el soldado con tono amenazador. El cocinero se sacó las sandalias—. Me han picado en los pies —añadió mirando al soldado con su ojo bueno—. Le contaré al caballero lo que pasó. Hablo griego pero ¡es porque soy griego! Soy cocinero del ejército. Hago por el capitán general lo que hice por su padre. Mis pasteles son muy famosos. Ya veríais lo que soy capaz de hacer con un pollo, por no hablar de la espalda de un cerdo y mis pasteles dulces de vino, o mis anguilas en salsa de mora...

—Sí, sí —le interrumpió Telamón—. Ya he oído hablar al rey en varias ocasiones de vuestros platos.

El hombre olvidó su dolor, sonrió ante su halago y miró detenidamente a Telamón.

—Vos sois el médico, ¿verdad? Ah, bien. Lo que pasó fue lo siguiente. Estábamos todos en las cocinas limpiando. Ya sabéis, limpiando las mesas, apagando los fuegos y luego nos pusimos a comer las sobras.

—¿Y las avispas?

—Las lámparas estaban bajas. Las avispas nos habían estado molestando toda la noche.

El cocinero se volvió y señaló los aleros de palacio.

—Esas bestias tienen construidos los nidos allí y por todas partes. En la cocina, donde el suelo se encuentra con la pared, hay un hueco. Muy inteligente, probablemente obra de un ingeniero griego. Permite que todo lo que vertemos corra hacia los conductos de madera de olmo y se desagüe. Sólo los dioses saben a dónde conducen. He visto a las víctimas, una se ha atragantado.

—Así que las bodegas están detrás de las cocinas.

—Sí, claro, ahí es donde se construyen, ¿no?

—¿Y las avispas también tienen nidos ahí?

—No lo sé —replicó el cocinero—. Es posible. Sé tanto de avispas como de ser soldado.

Telamón intentó recordar las enseñanzas de Aristóteles. El filósofo lo había llevado de excursión para enseñarle un nido de avispas en un cementerio no muy lejos de la academia. Los insectos habían construido los nidos a la sombra de una gran tumba. Aristóteles se había explayado explicándole cómo las avispas eran ciudadanas de su propia ciudad. Incluso juntos habían levantado un nido con cuidado, protegiéndose las manos y los brazos con unos recios guanteletes militares y con un velo de gasa, la cabeza y la cara.

—¿En qué estáis pensando, señor? —le preguntó el cocinero.

Telamón se encogió de hombros.

—Que lo más fácil del mundo es hacer que una avispa se enfade. ¿Cuántas diríais

que había?

—¡Oh, vamos, señor! —Se echó a reír el cocinero—. ¡No me quedé para contarlas!

Telamón sintió como el aire frío de la noche helaba el sudor en su espalda.

—No, pero más o menos, ¿cuántas diríais?

—Oh, miles de esos bichos. Yo pude escapar porque estaba cerca del fuego. Agarré uno de esos trapos que utilizamos para levantar sartenes ardiendo. Me embocé en él, cubriéndome la cabeza y el rostro, envolví mi brazo con otro y salí disparado como una flecha por la puerta.

Telamón intentó imaginarse la escena en la cocina. Cocineros, mozos y sirvientes, cansados, con los ojos pesados, y esos huecos entre el suelo y la pared. El Centauro en la bodega, planeando maliciosamente su ataque, levantando un nido, lanzándolo por uno de los huecos y luego zarandeándolo con una daga. Aunque sólo hubiera sacudido los nidos sin llegar a destrozarlos, habría conseguido levantar toda una horda de avispas furiosas.

—No fue un accidente, ¿verdad, señor?

—No, no lo creo —Telamón le dio unas palmaditas en el hombro—. ¿Oísteis o visteis algo sospechoso?

El cocinero sacudió la cabeza.

—Pronto sabremos lo que ha pasado —le tranquilizó Telamón—. El rey enviará más soldados; he visto cuerpos tendidos en el interior. Tendremos que averiguar si están vivos o muertos.

—¿Pero por qué? —preguntó insistente el cocinero—. ¿Por qué enviarnos esas avispas? ¿Es un castigo de los dioses?

—No —replicó Telamón—, sólo se trata de la maldad de un hombre.

Le dio las gracias al cocinero y al soldado y se encaminó hacia donde se encontraba Casandra guardando ampollas y estuches en la pequeña arca. Según le contó, estaba durmiendo cuando empezó todo el alboroto, así que se puso una pequeña túnica y se echó por encima un viejo abrigo militar. En aquel momento se le resbaló, dejando entrever unos hombros musculosos y unos pechos voluminosos. Casandra se lo ajustó y sonrió tímidamente a Telamón.

—Bueno, gracias a los dioses que no te picaron —suspiró ella, luego hizo señas a dos mozos de los asaderos que todavía permanecían junto a un pilar—. Ya os podéis marchar, muchachos.

Los chicos se alejaron. El patio quedó en silencio, excepto por los soldados de la entrada de palacio que se mantenían alerta ante el temor de un nuevo ataque por parte de alguno de los insectos agraviados.

—¿Están en peligro? —preguntó Telamón—. ¿Podrían las avispas atacar de nuevo en masa?

—No —replicó Casandra—. Seguramente con sólo echar un vistazo a Alejandro y a su Señor de los Secretos decidieron retirarse. No —añadió atando fuertemente la

bolsa de medicamentos—, el aire de la noche pronto enfriará su rabia. Una vez en Tebas, vi cómo un nido caía de uno de los aleros del templo. Fue por culpa de un loco que se encaramó a uno de los plintos para suicidarse y lo descolocó. En resumen, las avispas causaron algunos daños, pero afortunadamente todo sucedió al aire libre. Pronto se juntaron de nuevo en un enjambre y buscaron un lugar fresco para descansar. No deberíamos entrar en las cocinas de palacio hasta mañana al mediodía.

—Podrían quedar supervivientes.

—Si están vivos saldrán arrastrándose, amo.

—Telamón —le corrigió el médico—. Me llamo Telamón. Estoy un poco borracho, bastante cansado y no estoy de humor para sarcasmos.

—Ha sido obra de algún malintencionado —añadió Casandra pasando por alto sus palabras—. He oído hablar de panales de avispas lanzados en aulas de colegios o incluso por las ventanas de alguna casa. ¿Quién lo hizo, los griegos o los persas?

Telamón negó con la cabeza.

—Ojalá lo supiera. Esos políticos, pudo ser uno, dos, tres o de hecho, todos. ¿Habéis oído lo que pasó en el banquete?

—Oh, sí —respondió Casandra—. Todos los mozos y cocineros hablaban de lo mismo. Nuestro noble conquistador casi a punto de morir de un modo tan innoble.

—¡Bajad la voz!

—¿Qué queréis decir con lo de pudo ser uno, dos o tres o todos? —insistió Casandra.

—Creemos que el Centauro es un espía —le explicó Telamón—. Un asesino. Sin embargo, podría tratarse de un grupo.

—¿Creéis que fue obra de él?

—Es probable, la avispa es el símbolo de los centauros —suspiró Telamón—. Efeso está lleno de rencores contra Alejandro: persas todavía ocultos, familias que han perdido a sus seres queridos en la reciente masacre, incluso miembros del ejército de Alejandro que una vez han probado los placeres de Efeso no quieren marcharse.

—¿Y qué pasa con lo que sucedió en el Templo de Hércules?

—No he avanzado mucho —se sentó al lado de Casandra y se apoyó en la pared—. Pero hay que detener a ese asesino. Quienquiera que sea él, ella o ellos, seguirá causando desgracias hasta que no acabemos con él.

—¡Y qué mejor lugar para sus malvados planes! —replicó Casandra—. Me he paseado por este palacio, Telamón. Es un laberinto de bodegas, pasadizos y puertas ocultas. ¡Oh, sí —añadió—, sin duda es un lugar perfecto para cometer asesinatos!

## Capítulo VI

«La noche en que Olimpia dio a luz a Alejandro, el Templo de Artemisa en Efeso... fue destruido por el fuego: aquella conflagración fue obra de un incendiario libertino».

Quinto Curcio Rufo, *Historia*, libro 1, capítulo I.

**R**abinos el escriba despertó de un ligero sueño, sobresaltado por unos gritos y el estrépito de pasos corriendo atropelladamente. Al principio se preocupó, pero cuanto más escuchaba, más se reavivaban sus esperanzas desvanecidas. ¿Iban a liberarlo? ¿Habría el Centauro armado algún alboroto? Aporreó la puerta. Tal vez los guardias habrían abandonado sus puestos.

—¿Qué pasa? —gritó—. ¿Qué pasa?

—¡Callad! —rugió una voz como respuesta.

Rabinos se tragó su decepción. Eran guardias veteranos, sólo abandonarían sus puestos si se lo ordenaban. Dio un paso atrás y se puso a jugar distraídamente con un trozo de carbón que había encontrado en una esquina.

Al otro lado del palacio los gritos y lamentos iban en aumento. Se oían voces fuera. Rabinos se aproximó a la puerta. Un oficial había llegado para visitar a los guardias. Rabinos escuchó con atención. Se enteró de lo que había pasado y se quedó un poco confundido, hasta que recordó los numerosos nidos de avispas construidos bajos los aleros de palacio. Tal vez se trataba de un accidente. Volvió a sentarse en el borde de la cama.

—¡Rabinos, Rabinos! ¿Estáis ahí?

El escriba se puso en pie de un bote. La rendija estaba a oscuras; se había hecho de noche. Reconoció la voz. Permaneció junto a la cama y levantó la vista intentado vislumbrar la figura.

—Estoy aquí —susurró Rabinos con voz ronca—. ¿Habéis venido a liberarme?

—Rabinos, he cumplido con mi promesa. He venido a liberaros.

—¿Qué pasa? —quiso saber Rabinos—. ¿Un ataque de avispas?

Un chasqueo ronco acogió sus palabras.

—Los macedonios están sufriendo algunas molestias. El supuesto conquistador alejado de su palacio por una multitud de avispas. ¿Me habéis traicionado, Rabinos? —continuó la voz— ¿o me habéis sido fiel?

—Yo no os traicionaría —Rabinos aguzó el oído. No escuchó ruido alguno en el pasillo de afuera—. ¿Cómo murió Arela?

—Murió a manos de la espada y el fuego.

—¿Y qué va a pasar conmigo?

—Ahora escuchadme bien —siseó la voz—. Soy el Centauro. Conozco este palacio muy bien, sus galerías secretas y sus puertas ocultas. Haréis exactamente lo

que yo os diga. Acercaos a la puerta y permaneced de cara a la rejilla.

—¿Por qué? —preguntó Rabinos.

—¡Haced lo que os digo! —repitió la voz—. Puedo ver desde aquí si me obedecéis o no. Tenéis que ponerlos ahí, de lo contrario no os podré liberar. ¡Si no os acercáis, yo me voy!

Rabinos se quedó pensativo, frotando el trozo de carbón entre sus dedos.

—¿Queréis que me vaya? —susurró la voz.

Rabinos caminó hacia la puerta y miró a través de la rejilla, con el cuerpo tenso y aguzando el oído. Miró a su alrededor: la celda estaba todavía oscura como la boca del lobo. Tenía una lámpara, pero había estado ahorrando su valioso aceite. Cerró los ojos y escuchó atentamente. El tiempo pasó despacio. Esperaba escuchar algún ruido, tal vez alguna señal de alarma que hiciera que los guardias se levantaran, pero nada.

Rabinos, impaciente, se volvió. Algo estaba goteando, como agua vertiéndose de una jarra. Se acercó a la pared de la celda. ¿Qué era aquello? ¿Y aquel olor? ¿Procedía de las cocinas?

Subiéndose a la cama, Rabinos palpó la pared y sintió una humedad pegajosa. El escriba retiró la mano, la husmeó y se quedó horrorizado sin poder reaccionar cuando un paño encendido fue lanzado a través de la rejilla. Soltó un grito y se bajó de la cama de un salto.

Otros trozos flameantes fueron arrojados en el interior a través del respiradero. La pared empapada en aceite se encendió y el fuego se extendió con gran celeridad por la cama, alcanzando las ropas viejas y la paja. Rabinos gritó y pataleó: el dobladillo de su túnica hecha jirones se había prendido. Se precipitó hacia la puerta, pero con sus prisas lo único que consiguió fue avivar la llama; la túnica ardía ahora completamente.

Rabinos intentó sacársela pero la ropa se había pegado a su piel, el dolor abrasador en su pierna sólo hizo que incrementara su pánico. Los soldados al fondo del pasillo no hicieron caso de los chillidos y gritos histéricos del prisionero.

La esquina de su celda se había convertido en un infierno. El escriba intentó de nuevo desprenderse de su túnica y apagar la llama. Maldijo al Centauro que había venido a liberarlo, pero no del encierro sino de su propia vida. Aferrándose al trozo de carbón que aún conservaba en su puño, Rabinos se arrojó desesperadamente contra la pared cercana a la puerta y logró escribir, antes de que se le consumiera la vida por completo, la letra inicial del nombre de su asesino.

\* \* \*

A primera hora de la mañana, Alejandro, Hefestión, Aristandro y Telamón se reunieron con los líderes de Efeso en la cámara del consejo. El rey estaba empapado en sudor. Se negó a sentarse y empezó a pasearse de un lado a otro como una pantera enjaulada. Agis y el resto se habían agrupado, Meleager junto a su consumado rival,

había olvidado por un momento su antigua enemistad, frente a tal alboroto. Aristandro permanecía oculto en las sombras cerca de la puerta. Todavía un poco borracho, Hefestión dormitaba, arrellanado en una silla. Telamón se encontraba a su lado, observando al rey, en especial la espada que había traído consigo.

Alejandro se detuvo y se apoyó en el respaldo de una silla, levantando y bajando la espada como si de un trozo de leña se tratara y con los labios salpicados de una saliva blanquecina. La espada resbaló; el rey la lanzó al suelo, se sacó los anillos y se los arrojó a Aristandro. A continuación recogió la espada.

—¡Majestad!

Con los ojos inyectados de sangre, Alejandro sostuvo la espada sobre su cabeza, clavando la mirada en la silla como si en realidad tuviera ante sí al propio rey Darío en persona.

—¡Majestad!

Alejandro levantó la cabeza con la espada en alto, se volvió y miró a Telamón.

—Majestad, eso no arreglará las cosas.

—¡Claro que sí! —exclamó Alejandro—. Soy un hazmerreír, un estúpido en mi propio palacio. El banquete fue interrumpido, casi me matan y mis soldados y sirvientes han sido víctimas del ataque de una multitud de avispas. Al anoecer las noticias se habrán extendido por todo Efeso, mañana lo sabrán en Susa y al día siguiente en Persépolis: ¡Alejandro de Macedonia, el gran conquistador, el vencedor del Gránico, no puede mantener el orden en su propio palacio!

—Esa es una posible versión —replicó Telamón con calma.

Alejandro bajó la espada, pero se detuvo a medio camino. Le dirigió una mirada encolerizada a Telamón.

—¡Una versión, médico! ¡Una versión! —se mofó imitándole—. ¿Quién sois? ¿La diosa Pythian? ¿O tal vez Aristófanes escribiendo una de sus obras? ¡Una versión! —repitió elevando su tono de voz.

—¡Alejandro, Alejandro! —exclamó Telamón poniéndose en pie y agarrando el brazo del rey; tenía los músculos rígidos, duros como una cuerda tensada.

—¡Dejadme, médico! No empleéis ninguno de vuestros trucos conmigo. Me estalla la cabeza, la sangre me hierve, tengo el estómago revuelto y mi espada busca acabar con mi vida.

—Recordad quién sois —susurró Telamón—, y quién os mira —se volvió hacia los ciudadanos—. ¡Atrás! El rey sufre un ataque de furia. Artemisa le ha visitado.

La mirada cínica en el rostro de Peleo demostró claramente lo convincente que sonaba el ardid de Telamón.

—¡Atrás! —repitió éste. A los ciudadanos no les quedó otro remedio que retirarse—. ¡Os aconsejo que os mantengáis alejados! —prosiguió, ahora ya voceando—. ¿Sabíais que nuestro rey es descendiente de Aquiles? ¡A veces sufre un ataque de locura divina, la rabia de Hércules, la fiera sabiduría de Artemisa!

—¿Qué tontería es ésta? —le susurró Alejandro.

—¿Hay alguna estatua por aquí? —preguntó Telamón por lo bajo—, ¿una estatua de Artemisa?

—En la esquina del fondo, detrás de nosotros.

—Volveos y dirigíos hacia allí.

Alejandro obedeció de mala gana. Sin dilación, Telamón se hizo con una lámpara de aceite. La estatua de Artemisa se alzaba sobre un pedestal. Colocó la lámpara en la hornacina sobre el *podium*. La antigua estatua se iluminó llena de vida: Artemisa, Diosa de la Luna, la Cazadora vestida con ropas holgadas y un casco hoplita.

—Arrodillaos.

El rey obedeció.

—¿Qué es esto? —preguntó Hefestión medio encogiéndose de hombros y a punto de levantarse; Aristandro logró detenerlo a tiempo, dándose cuenta de lo que estaba pasando, y le obligó a permanecer sentado. Telamón se arrodilló junto al rey.

—Siempre habéis sabido contar historias —bisbiseó Alejandro contemplando la estatua—. ¿Os acordáis en Mieza, Telamón? Una vez convencisteis a Seleuco de que la estatua de Apolo se había movido —se rió el rey por lo bajo.

—Eso es lo que diréis —murmuró Telamón—. Ahora pensad, Alejandro. Estáis haciendo justamente lo que vuestro enemigo quiere que hagáis. Vuestra rabia, vuestro pánico, serán sólo la brisa que reavive las llamas.

—No siento pánico —declaró Alejandro.

—Muy bien, entonces sólo se trata de vuestro temperamento violento —musitó Telamón—. ¡Por el amor de la diosa, callad y escuchad!

—¡Podría cortaros la cabeza!

—En ese caso yo me quedaría sin cabeza, el rey sin médico y Alejandro sin un amigo.

—Empezáis a pareceros a mi madre. ¡Gracias a los dioses que no está aquí!

—Ahora pensad.

Arrodillados ambos a los pies de la diosa en actitud de contemplación, diríase que estuvieran absortos en su oración. Bajó la voz hasta convertirla en un susurro, asegurándose de que nadie más le oiría.

—Una viuda casi os mata, confundida por el dolor, puede ser, pero tal vez animada por alguien más —Telamón agarró súbitamente la muñeca de Alejandro—. ¡No os mováis! Pero vos, el gran rey, fuisteis advertido, ¿verdad?, y aceptasteis recibir a la mujer. Entonces Artemisa intervino y misteriosamente hizo que la daga se le cayera de la mano.

—Esos políticos no lo creerán.

Alejandro parecía tan desconcertado que una vaga sospecha se cruzó por la mente del médico. «¿Quién», se preguntó, «quién habría advertido al rey?».

—¿Y qué importan ellos? —replicó—. El pueblo sí lo creará.

Alejandro sonrió por lo bajo.

—Muy bien. ¿Y las avispas?

—Sabemos cómo se provocó —declaró Telamón—. ¡Utilizad el juicio! El Centauro conoce este palacio y lo aprovechó para descolgar un nido de avispas y molestaros. Pero la verdad es que eran mensajeros sagrados enviados por los dioses.

—¿Y qué venían a decirme? —inquirió Alejandro con un tono de voz tenso y estridente.

—Sólo los dioses lo saben.

Alejandro se giró, entrecerró los ojos.

—Estoy intentando pensar —susurró Telamón—. ¿Ante qué problemas os enfrentáis?

—Las muertes en el Templo de Hércules y la muerte de Leónidas.

—¡Olvidaos de eso! ¿Qué más?

—El manuscrito —replicó Alejandro—. Ese maldito loco que quemó el templo de Artemisa... Estoy casi convencido de que contenía algún mensaje secreto para mí de parte de la diosa.

—Ahora me estáis siguiendo.

—Y hay algo más —continuó Alejandro—. Debemos partir hacia Mileto: su gobernador persa ha prometido abrirme las puertas.

—¿Y?

—¡Es un mentiroso! Mileto es un poderoso fuerte, rodeado por tres murallas y con salida al mar. La flota persa no se encuentra muy lejos. Mis generales dicen que no podremos hacernos con él.

—¿Y podéis?

—¡No! —se lamentó Alejandro—. Mi flota no es lo suficientemente grande.

—Pero lo lograréis —insistió Telamón.

—¿Por qué? —preguntó Alejandro.

—Por que la diosa os protege. Recordad —persistió Telamón—, según cómo os comportéis hoy, así hablarán de vos mañana.

Alejandro bajó la cabeza, sacudiendo los hombros mientras se tronchaba de risa. Se llevó las manos a la cara, hizo tres veces una reverencia a la estatua y extendió una mano como si estuviera suplicando. Sin esperar a Telamón, suspiró, se puso en pie y se volvió. Recogió la espada, la colocó sobre la mesa y se acercó al círculo de sillas.

—¡Caballeros, sentaos, sentaos!

Los efesios obedecieron. Todos habían comido y bebido abundantemente, pero los sucesos de la noche y el viento frío les habían despejado por completo. Agis y Meleager ocultaron sus sentimientos. A Dión y Peleo, sin embargo, les resultó más difícil disimularlos, a juzgar por el cinismo que se apreciaba en sus miradas y sonrisas. «Pronto haré que bailéis a mi son», pensó Telamón.

—¿Qué sucede, majestad? —preguntó Dión fingiendo ser de lo más solícito e inclinándose hacia delante. Su expresión, postura y el sarcasmo de su voz fueron claros indicadores de la arrogancia, no sólo de aquellos hombres, sino de su ciudad y muchas otras de aquel imperio. «Sois despreciables», se dijo Telamón para sus

adentros, «no sois ni persas ni griegos, sólo efesios al fin y al cabo. No os importa si Alejandro derrota a Darío o si son los persas quienes resultan vencedores».

—¿Nos creéis insolentes? —Las palabras salieron de la boca de Telamón antes de que el médico pudiera pensar lo que decía.

Dión levantó las cejas, perplejo ante tal reacción.

—¿Nos creéis insolentes?

Aristandro se sentó al lado del médico. Ahora la rabia del rey se había desvanecido y el nigromante estaba dispuesto a interpretar cualquier personaje que se le asignara.

—¿Creéis que nos marcharemos mañana? —preguntó con insolencia Aristandro, haciendo eco de las palabras de Telamón.

—¿De qué estáis hablando? —se alarmó Meleager.

—¿Creías que nos quedaríamos aquí durante un mes y un día —añadió Aristandro con desprecio— y que luego cruzaríamos de nuevo el Helesponto? Nuestro rey marchará hasta el fin del mundo.

—Pero antes de que lo haga —interrumpió Telamón secamente—, queremos haceros unas cuantas preguntas. Cuando el banquete terminó, ¿salisteis en alguna ocasión de la sala?

—Naturalmente —afirmó el oligarca—. Salimos antes y después de que apareciera la viuda de Demades. No somos cubas de vino, médico, la naturaleza nos llama después de comer y de beber.

Telamón sonrió.

—¿Nos estáis acusando, a uno de nosotros, o tal vez a todos, de ser responsables del ataque de esas avispa? —continuó indignado Meleager—. Había otras personas en palacio, griegos o persas, que también podrían ser responsables de tal desgracia.

Telamón ya se esperaba una respuesta como aquella. Meleager tenía razón. La gente había salido de la sala para ir a los servicios. Al traidor le habría resultado fácil (dado su conocimiento del palacio) colarse en las bodegas, apoderarse de aquellos nidos y lanzarlos por la cocina. Enfurecidas, las avispa habían iniciado su ataque sin más dilación. Todos aquellos hombres habían tenido el tiempo suficiente, tanto durante el banquete como después, para preparar aquella diablura.

—Entonces, todos abandonasteis la sala —concluyó Telamón intentando no ofender a nadie—, incluso después de que llamaran al rey.

—Por supuesto —espetó Agis—. Nos preguntábamos qué pasaría.

—Sabíamos que el rey estaba alarmado —añadió Peleo con desdén—. Algunos de nosotros aguardamos en la sala, pero luego también salimos a ver qué pasaba.

—¿Conocéis este palacio? —interrogó el médico.

—Intentamos mantenernos alejados de él —añadió Dión con voz cansina.

Telamón pasó por alto la ofensa; más preguntas sólo lograrían que se volviera más irascible y susceptible. Alejandro permanecía hierático como una estatua, reflexionando sobre los últimos acontecimientos, como bien sospechaba su fiel

amigo. Ahora había superado aquel acceso de cólera y su mente estaría retorciéndose como una mangosta a la caza.

—¿Y la viuda de Demades? —siguió indagando Telamón.

—Eso es culpa mía —interrumpió Meleager extendiendo las manos—. Me pidió una audiencia con el rey. Me contó lo que quería decirle y la creí. ¿Será interrogada?

—Tal vez —sonrió Telamón, aunque era consciente de que no serviría de nada. La viuda había tenido suerte de escapar con tanta benevolencia. Y seguro que ella justificaría sus actos como una locura pasajera en vez de una conspiración bien organizada. ¿Y qué pruebas había de que ella hubiera tenido parte en ello?

—¿Y Hesíodo? —Telamón no estaba dispuesto a cejar en sus pesquisas—. ¿Alguien de vosotros ha visitado su casa?

—Espero que no —masculló Aristandro, su voz apenas era un susurro—. Mis agentes ya han estado allí. Han confiscado todos sus documentos y libros.

—¿Descubristeis algo? —intervino Dión.

—Nada —reconoció abiertamente Aristandro. Luego se rió a carcajada limpia—. Sólo lo mucho que os odiaba, Meleager, a vos y a vuestro partido. Encontramos una lista llena de nombres de casas, hombres y mujeres a los que planeaba matar.

—Oh, Hesíodo disfrutaba con ello —estalló Meleager—. Siempre juraba venganza y se había manchado las manos de sangre en numerosas ocasiones. Ahora en el Infierno pagará por todo lo que hizo. Dejemos que las Furias le devoren.

—Que los griegos maten a los persas, bueno —añadió Telamón, pasando por alto la mirada de odio en los ojos de Agis—. ¿Pero que maten a sus propios paisanos?

—Muchos murieron en la batalla de Gránico —se burló Peleo.

—Rabinos el escriba ha muerto —informó Telamón estirando las piernas mientras estudiaba a aquellos hombres.

—¿Rabinos? —preguntó Agis con los ojos muy abiertos—. Le conocemos, nos vimos en una ocasión. Era el escriba más importante del gobernador y lo encontraron revolcándose en la cama con Arela.

—Ha sido consumido por el fuego en su propia celda —les informó Telamón—. Alguien descubrió dónde se encontraba. Vertieron aceite por una grieta que da al patio y luego prendieron fuego. Rabinos fue quemado vivo. Los guardias oyeron sus gritos pero al principio no le prestaron demasiada atención. El fuego y el humo despertaron la alarma.

—¿Y no pudo ser un accidente?

—No, señor —negó Telamón sonriendo con falsedad a Peleo—. El muro había sido rociado con aceite. Y también encontramos varios paños empapados en aceite fuera de la celda. El patio estaba desierto, cualquiera lo podría haber hecho.

—Nosotros no conocemos este lugar —se defendió Meleager.

—Pero os dejamos a todos campar a vuestro aire —replicó Aristandro—. Y si fuerais interrogados, ¿qué es lo que oiríamos, eh? ¿Qué uno se fue por aquí y otro por allá?

—Responderíamos los unos por los otros —afirmó Agis con tranquilidad—. Excepto por Meleager, él se encontraba solo.

El oligarca pestañeó y sonrió.

—Por supuesto podríamos examinar vuestras manos y vuestras ropas —continuó Telamón—, ¿pero de qué serviría? Un par de guanteletes de caza, una vieja túnica cogida de algún lugar oculto. Afortunadamente, la celda está construida de piedra, a excepción de las puertas, así que el fuego no se extendió: los guardias lo apagaron pero no pudieron salvar a Rabinos.

—Entendemos la rabia del rey —afirmó Dión con tono burlón.

—No os confundáis —quiso aclarar Alejandro levantándose; luego se cruzó de brazos y se acercó a aquellos ciudadanos tan poderosos—. Sufrí un ataque de locura divina.

—Alejandro el actor —susurró Aristandro. Telamón le propinó una patadita con el pie.

—Artemisa estuvo presente en mi nacimiento —anunció Alejandro, su voz resonando por toda la sala—. Ella salvó mi vida de la daga de esa asesina esta noche y las avispas eran sus mensajeras. Decidles a los ciudadanos de Efeso cómo escapé de la muerte. Decidles lo que los mensajeros me han contado, que el loco que quemó su templo escribió una confesión, la cual me habéis entregado y que contiene un secreto que en su momento proclamaré por toda la ciudad.

Los efesios parecían confundidos. Alejandro estaba tramando algo, pero no lo podían entender.

—He sido víctima de la locura divina —reiteró—. He rezado ante la estatua de la diosa Artemisa. Mañana emitiré una proclamación describiendo cómo fui salvado. Y pronto publicaré el mensaje que me han transmitido. ¡Como muestra de que todo esto es cierto, la diosa me ha revelado que la poderosa ciudad persa del puerto de Mileto caerá en mis manos! ¡Y es más —continuó elevando la voz—, el asesino responsable del sacrilegio y de los asesinatos cometidos en el Templo de Hércules será apresado y su vida será mi ofrenda a la diosa!

El rey giró sobre sus talones y se encaminó hacia la puerta. Telamón le siguió. Una vez fuera, y cerrada la puerta, Alejandro agarró al médico por el hombro.

—¡En el nombre de Apolo, Telamón, vos me habéis metido en esto! ¡Aseguraos ahora de que también me sacaréis!

\* \* \*

—¿Habéis visto eso?

Telamón permanecía fuera de la Casa de Medusa y contemplaba el camino: una avenida árida e inhóspita bajo los altos muros de la casa, donde de vez en cuando sólo se alcanzaba a ver un pino cubierto de polvo o una palmera.

—No veo nada —replicó Casandra—. Incluso los perros de los parias tienen más

juicio; por lo menos ellos no se quedarían aquí fuera a pleno calor del mediodía. Hipócrates dijo...

—Ya sé lo que Hipócrates dijo sobre el riesgo de permanecer al sol a determinadas horas del día y sobre cómo eso alteraba los humores, pero estoy tan cansado que no notaría la diferencia —Telamón entrecerró los ojos—. Estoy seguro de que he visto a alguien vestido a guisa de mendigo, vigilando la casa abajo en el camino. En fin...

Contempló la pintura desconchada de la puerta. El artista que había recreado el rostro de Medusa, con los ojos desorbitados, la boca empapada en sangre y los cabellos como serpientes retorciéndose, no era muy habilidoso, pero lo había compensado al infundirle un vigor tosco: el rostro era de expresión cruel, depredadora, parecía el fantasma de una pesadilla.

—No esperemos más —Casandra, impaciente, pasó rozando al médico, levantó la lengua de metal de Medusa y la zarandeó ruidosamente.

—¿Quién anda ahí? —prorrumpió una voz chillona y estridente.

—Soy portador del sello del rey —contestó Telamón—, el médico de Alejandro.

La puerta se abrió. Unos ojos acuosos en un rostro fatigado miraron por encima de la cadenita todavía sujeta a su cierre.

—¿Qué queréis?

—¡Abrid la puerta! —le advirtió Casandra—. ¡Podemos llamar a los guardias o a la policía del mercado!

La cadena se soltó y el portero les hizo entrar apresuradamente.

—Nos estabais esperando —declaró Telamón—. Un mensajero vino esta mañana. ¿Se encuentran los dos oficiales, Agatón y Salus...?

—Están dentro —contestó el portero de vuelta a su caseta, una choza de piedra cubierta de musgo.

El médico echó un vistazo a su alrededor. En Grecia, la mayoría de las ciudades estaban construidas con las casas tocándose las unas a las otras, pero esto era Efeso. Las mujeres como Arela podían permitirse el lujo de disfrutar de su propio terreno, como los nobles de Egipto, y rodearse de todo tipo de caprichos: jardines paradisíacos, explanadas de hierba, arbustos y huertos. La Casa de Medusa era muy similar. Sin embargo, sus jardines estaban descuidados, invadidos por varias clases de árboles: palmeras, higueras, terebintos y sicómoros. En el pasado debió de ser un lugar muy agradable, verde y fragante, pero ahora la naturaleza crecía a sus anchas. Los arbustos ocultaban la mansión. Las malas hierbas crecían en el patio de guijarros frente a la casa.

Telamón se desplazó en derredor para obtener un mejor ángulo de visión. La residencia le recordó a aquellas mansiones egipcias a las afueras de Tebas, construidas con ladrillo y madera sobre una sólida base de piedra. Enfrente se erguía un pórtico al que se llegaba siguiendo un camino con piedras pavimentadas y unas escaleras medio destartadas; la pintura de la puerta principal, de un verde claro, se

estaba desconchando. Los postigos de las ventanas permanecían cerrados; uno de ellos, quebrado tal vez por un fuerte golpe de viento, crujía ruidosamente. Era un lugar desolador e inhóspito: no se oía ni el canto de un pájaro, tan sólo a los grillos en los prados. En el aire se percibía un olor a rancio, bastante agrio.

—¿A qué habéis venido? —les preguntó el portero de pie al lado de la puerta de su caseta y mirándoles.

—Eso es asunto nuestro.

—¿Quién sois —preguntó el portero a Casandra— con esos ojos verdes y ese pelo endiablado? Aquí vivía un hombre que tenía un gato como vos, rojo como una llamarada de fuego y con unos ojos verdes crueles.

Casandra, simulando una reacción gatuna, levantó la mano como si fuera una zarpa. Telamón se sentó en el banco de madera al lado de la puerta principal.

—¿Sois el portero?

—Lo he sido durante muchos años.

—¿Tenéis algo de vino? Por favor —suplicó Telamón—, sed amable; no llamaremos a los oficiales.

El portero trajo una jarra y tres copas de arcilla, agrietadas por el uso. El vino que les sirvió, sin embargo, estaba delicioso.

—Es de Naxos —explicó—. Uno de los oficiales que están ahí dentro me lo dio —chasqueó los labios mostrando una hilera de encías inflamadas y dientes amarillentos.

—¿Cuánto hace que estáis aquí?

—No lo recuerdo —replicó el portero.

—Ya.

Telamón dejó la copa en el suelo y se puso en pie. Casandra, aburrida, paseaba entre la alta hierba, contemplando la casa.

—Yo sé y vos también —empezó Telamón—, que esta casa fue propiedad de un asesino. Pertenece a una sociedad sagrada llamada los Centauros.

El portero casi se atraganta con el vino. Telamón le cogió por el hombro.

—Quiero la verdad —le amenazó—. Si no obedecéis, os llevaré a las mazmorras del rey y sus torturadores os colgarán de los ganchos del techo.

—Está bien, está bien —balbuceó el portero—. Hace unos años era propiedad de un hombre llamado Mali. No era de Efeso, venía del lejano oriente.

—Pero acabaron con los Centauros, ¿cierto?

El portero asintió vigorosamente. Había juzgado mal a aquel visitante de rasgos marcados y ojos oscuros y vigilantes. El portero decidió que le confesaría la verdad o, en cualquier caso, todo lo que él sabía.

Telamón apreció el cambio de expresión. Abrió su monedero y sacó dos monedas de oro, que depositó cerca de la copa en el suelo.

—Si me contáis la verdad, os pagaré bien, sin causaros ningún problema.

—¿Está encantada la casa? —insinuó Casandra acercándose mientras se echaba el

pelo hacia atrás—. Parece que esté encantada.

—Eso es lo que la gente dice —explicó el portero—. Hay unas bodegas en los sótanos. Dicen que los asesinos se reunían ahí para adorar a un dios demoníaco, pero los Centauros fueron aniquilados y la casa pasó de amo en amo. A la gente no le gusta.

—¿Excepto a vos?

—La considero un viejo amigo.

—¿Conocíais a Mali?

El portero sonrió pícaramente.

—Era un comerciante de ostras. Le conocí pero desconozco sus secretos...

—¿Y a su hija?

—Desapareció.

—¿Eso es todo?

—Señor —se excusó el tipo encogiéndose de hombros—, soy portero. —Y, abriendo las manos, añadió—: son cosas de la vida.

—Ahora hablemos de Leónidas —sonrió Telamón—. Era un oficial macedonio que pertenecía al Escuadrón del Falcón, una unidad de caballería de élite. Residió aquí durante un tiempo hace dos años cuando Parmenio ocupó Efeso. Vamos —le instó Telamón—, me estáis contando parte de la verdad, así que también podríais contarme toda la historia.

—¿Qué sabéis de Leónidas? —accedió el portero.

—Leónidas era un viejo granuja, el típico soldado. Sus grandes pasiones en la vida eran el vino y el dinero. Se quedó en esta casa porque nadie la quería: está sucia, no es muy agradable que digamos. Sin embargo, el veterano guerrero descubrió algo interesante acerca de este lugar. No pudo ser el vino, tampoco se trataba de una mujer, y eso significa que tuvo que ser un tesoro escondido. Leónidas siempre quiso encontrar uno. Y sospecho —continuó Telamón asiendo la copa de vino— que escuchó alguna historia sobre los Centauros y sobre sus riquezas, ocultas entre estas paredes. ¿Estoy en lo cierto?

—Oh, sí, señor, pero estuvo aquí por poco tiempo. Encontró unos manuscritos, un mapa, o una inscripción. No sé el qué, pero empezó a preguntarme sobre un tesoro escondido en la casa o en los alrededores. Por aquel entonces había seis hombres con él, oficiales del mismo escuadrón. Llevaron sus caballos a los establos, fue la única vez que se cortó la hierba.

—¿Y?

Cassandra se sentó en el banco al costado de Telamón. El portero observó a aquella extraña mujer de rostro musculoso y pómulos bien marcados. Su boca era carnosa pero sus ojos le recordaban a los de un gato salvaje que solía perseguir entre la frondosa hierba de por aquí.

—No pude ayudarle —murmuró el portero—. No quería problemas, pero Leónidas y sus amigos empezaron a registrarlo todo, luego volvieron los persas y yo

huí. Seis días después regresé a la casa. Leónidas y sus compañeros se habían marchado. Dejaron algo de comida, algunas piezas de armadura y unas pocas prendas de vestir. Los persas habían echado abajo una puerta y arrancado algunas de las contraventanas. Hice las reparaciones más urgentes y seguí con mi vida de siempre. Ah, pensé, esta es la última vez que veré a Leónidas. Así que la casa y yo volvimos a la tranquilidad, a dormir bajo el sol. Más tarde un comerciante compró la casa, pero su mujer era muy nerviosa, no le gustaba este lugar y se marcharon pasadas algunas semanas. Entonces empezó de nuevo la guerra, los persas huyeron y Leónidas regresó. Esta vez vino con dos compañeros. Le pregunté cómo le habían ido las cosas pero se limitó a mirarme por el rabillo del ojo, como siempre hacía. Leónidas tenía un temperamento muy fuerte, sobre todo cuando había estado bebiendo. Oh, oh, pensé entre mí, cuanto menos le diga, mejor.

—¿Volvió a hablaros de nuevo sobre el tesoro?

—No, nunca más. Regresó como si este sitio hubiera sido su casa desde el día que nació. Estaba muy ocupado.

—¿Qué queréis decir?

—A veces regresaban al campamento, sus compañeros y él tenían que cumplir con sus deberes como soldados. Sin embargo, siempre que podían, estaban afuera en el jardín. Bueno, por lo menos Leónidas. A los otros dos, los podía oír trajinando en la casa.

—¿Ahora están solos?

—Oh, no, tienen a una doncella, una cantinera. ¿Cómo se llama? Ah, sí, Harna. Les cuida, les lava y les prepara la comida, no es mala cocinera.

—Así que Leónidas no encontró el tesoro en la primera ocasión.

El portero desvió la mirada hacia su copa de vino.

—No estoy seguro. Veréis, señor, a veces escucho algunas conversaciones. Uno de sus compañeros, un oficial de Samos, parecía tener cierta influencia sobre él. Sospecho que era familiar de uno de los hombres que estuvieron aquí con Leónidas la última vez.

—¿Sabéis que todos fueron asesinados? —preguntó Telamón—. O por lo menos han desaparecido.

—Sí, eso es lo que dijo Leónidas.

—¿Decíais algo de unas conversaciones? —Casandra procuró retomar el hilo.

—Oh, escuché muy poco. El samio le preguntó a Leónidas algo como «¿Y no os ayudaron los otros en vuestra búsqueda?». Leónidas sacudió la cabeza. No pude oír lo que le contestó.

—¿Así que esos dos oficiales actuaban como si supieran algo del tesoro y de la última visita de Leónidas a este lugar? —inquirió Telamón bajando un poco el tono de voz.

—Sí, esa es mi impresión —el portero se rascó la cabeza—, pero debéis recordar, señor —añadió señalando hacia la casa—, que ésta es mi casa. Como, bebo y duermo

aquí. Y no sé nada más. A veces voy al mercado —afirmó guiñando un ojo—, puede que sea viejo —sonrió—, no tengo mujer, pero conozco a una furcia rolliza muy complaciente.

—¿Habéis pensado alguna vez en buscar vos mismo ese tesoro? —Casandra volvió a encarrilar el tema.

—No es más que dinero, ¿no? —replicó el portero echando atrás su taburete—. ¿Para qué lo necesito?

Telamón cogió su cartera de piel y sacó un trozo de pergamino que había pedido prestado a Aristandro.

—No sé leer —le advirtió el portero—. No conozco las letras. Trabajo como portero, sólo sé contar con los dedos.

—Ésta es la letra C —le explicó Telamón señalando el pergamino—. Probablemente se refiere al Centauro, pero ¿os dicen algo estos dibujos? ¡Mirad! —Telamón se los extendió sobre la falda—. En éste aparecen cuatro rectángulos o unas figuras estrechas conectadas, en éste otro hay dos y en éste, tres.

El portero los estudió con detalle mientras un hilo de baba le resbalaba por la barbilla puntiaguda.

—Podrían ser habitaciones de esta casa —murmuró—, pero no, señor, no me dicen nada. ¿Creéis que es un mapa del tesoro?

—Sí —afirmó Telamón, luego recogió los pergaminos y se los entregó a Casandra—. Por cierto, ¿están los oficiales ahora en casa?

—Es mediodía, así que probablemente habrán tomado algo de vino y se habrán acostado. Puede que Harna les esté ofreciendo sus favores.

—¿Sabían que veníamos?

—Son oficiales macedonios —sonrió el portero con malicia—. Nada les preocupa.

—¿Y qué ha pasado desde la muerte de Leónidas?

—Oh, han estado muy tranquilos.

—¿Han seguido registrando el lugar o cavando?

El portero negó con la cabeza.

Telamón se rascó la barbilla y miró hacia la casa sombría.

—Cuando vivía Leónidas, ¿os dijeron alguna vez que os marcharais a dar una vuelta?

—Oh, sí, justo después de que llegaran. Leónidas me entregó una moneda, me envió a la ciudad, dijo que me fuera a beber vino y cerveza y que pasara un buen rato con mi gordita.

Telamón se apoyó en la pared de sólidos ladrillos. Empezaba a notar el efecto del vino. Había dormido hasta tarde aquella mañana pero todavía le pesaban los párpados y se sentía adormecido. Apenas había tenido tiempo para reflexionar sobre los violentos sucesos de la noche anterior: cuando los oficiales del rey finalmente habían entrado en las cocinas de palacio encontraron tres cadáveres más. Alejandro ya había

emitido su proclamación y había ordenado que la colgaran por toda la ciudad, dando su propia versión de los acontecimientos sobre la noche anterior. Telamón cerró los ojos. Sólo esperaba poder cumplir con lo que le había prometido a Alejandro. Sin embargo —Telamón abrió bruscamente los ojos—, por el momento aquello tendría que esperar.

—¿Habéis terminado conmigo?

—No, todavía no. Casandra quedaos cerca de la puerta. ¡Por favor! —le rogó Telamón.

Su ayudante se levantó y se reclinó en la puerta.

—Ahora escuchad —continuó Telamón—. ¿Qué pasó la noche en la que Leónidas murió?

—Ah, sí, Agatón y él se fueron a una taberna de vino en la ciudad, el otro se quedó aquí. Volvieron a primera hora de la mañana, los dos borrachos como cubas. Leónidas apenas podía caminar —el portero señaló el camino pavimentado—. Podían haber entrado por la puerta principal, pero, en lugar de eso, dieron un rodeo y entraron por la puerta trasera. Dentro están los almacenes, las cocinas, en fin, también hay unas escaleras construidas en el lateral de la casa.

—¿Y qué pasó?

—Volví a mi caseta a echar una cabezadita. De pronto oí cómo se abría la puerta de atrás. Sentí curiosidad, me levanté y caminé jardín abajo. Leónidas, envuelto en su capa, se adentró en la oscuridad.

—¿Cómo sabéis que era Leónidas?

—Bueno, debía de ser él. Se marchó pero nunca regresó, luego descubrí su cuerpo en el estanque.

—¿Pero le reconocisteis entonces?

—Llevaba puesta su capa y alrededor del cuello una piel de la que le colgaban unos medallones.

—¿Y cuándo encontrasteis su cuerpo?

—Crucé la puerta de postigo. Harna estaba durmiendo, abajo, en la cocina. Tenía un colchón bajo la mesa. Se despertó de un salto como un perrito. Cuando le conté lo que había visto, alarmada, se precipitó escaleras arriba. Bajaron los dos oficiales —se encogió de hombros—. El resto ya lo sabéis. Sacaron el cuerpo y lo llevaron a la casa. Vinieron algunos oficiales, hombres de expresión solemne, la registraron habitación por habitación, hablaron con los dos oficiales y se llevaron el cadáver.

—Ah, sí, los hombres de Aristandro.

—¿Quién? —preguntó el portero.

—No importa, no importa —Telamón se puso en pie—. Vamos, enseñadme el estanque.

—¿Me he de quedar aquí, amo? —interrumpió Casandra.

—¡No seáis sarcástica! —le reprendió Telamón—, ¡quedaos aquí, aguzad la vista y el oído!

El portero le condujo por el jardín: no había caminos, sólo senderos batidos por entre la hierba y los tojos. Dejaron atrás la casa con sus ladrillos picados y la cantería medio derrumbada, los aleros de madera en muy mal estado y podridos. Un camino agrietado, que bordeaba la residencia por uno de sus costados, llevaba a una puerta de postigo pintada de un verde muy sucio. Telamón soltó una maldición al arañarse la pierna con una zarza. Pasaron de largo una pequeña arboleda, restos de un huerto de perales. Ya comenzaba a percibirse un penetrante olor a humedad; el portero se detuvo y apartó con la mano la alta hierba.

Detrás se extendía el estanque, cubierto de una espuma verde, las moscas y los mosquitos revoloteaban sobre su superficie; tendría unos tres metros de largo y dos de ancho; los ladrillos del bordillo hacía tiempo que se habían desprendido.

—¿Lo veis, señor? Es fácil tropezarse, especialmente si iba de vino hasta las orejas.

—Sí, ¿pero qué estaba haciendo en este lugar?

Telamón cogió una rama caída y la usó para apartar las malas hierbas mientras caminaba alrededor del estanque. Llegó al otro lado, donde la hierba y los matojos estaban aplastados: Telamón dedujo que aquello marcó el final del paseo de Leónidas. Se agachó en el borde del estanque y sumergió la rama; casi desapareció antes de que alcanzase a tocar la vegetación del fondo.

—De un metro de profundidad, aproximadamente —murmuró.

Se puso en pie y, en un intento de reconstruir los hechos, siguió la ruta que Leónidas habría tomado desde la puerta de postigo: toda una hazaña, pues el terreno no estaba nivelado y la vegetación era espesa y espinosa. Los matorrales también ocultaban mucha porquería, trozos de cerámica, mampostería hecha añicos y algún que otro agujero ocasional. Por fin Telamón llegó al camino que se extendía tras la puerta de postigo. El sol brillaba con su máximo esplendor. Hizo caso omiso del portero que se acercó a él con paso cansino, jadeando y maldiciendo por lo bajo, y contempló de nuevo aquel jardín descuidado. Desde allí no se veía el estanque y se preguntó de nuevo qué andaría buscando Leónidas. Telamón podía entender cómo había muerto aquel viejo veterano: caminando a través del jardín en busca de algo. Tal vez se olvidó del estanque y simplemente cayó al agua, bebido y con aquel abrigo tan pesado. Casos similares habían llegado a sus oídos, hombres que se habían ahogado en pocos segundos.

—¿Estáis satisfecho, señor?

—No mucho —sonrió Telamón—. Veamos la parte posterior de la casa.

Siguieron el camino. El jardín estaba tan descuidado en aquella parte como en el resto. Ventanas protegidas con postigo en paredes medio derrumbadas daban a un pequeño patio de gujarros, cercado en su extremo más alejado por una hilera de arbustos donde habían colgado algunas capas y otras prendas de vestir para que se secaran al sol. Telamón se quedó de pie contemplando aquello. Olisqueó el aire, olía a rancio, y mezclado con el hedor de los lavabos y del agua sucia. Telamón se acordó

de Casandra, que esperaba junto a la puerta principal de la casa. Caminó en dirección a la parte frontal de la vivienda, subió unos escalones y se dirigió por el camino de piedras pavimentadas que llegaban hasta la zona de gujarros cercana a la puerta. Casandra todavía se encontraba allí reclinada, con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados. Al oírle llegar, se llevó un dedo a los labios en señal de silencio.

—Hay alguien ahí —susurró ella.

Telamón descorrió despacio el cerrojo y le indicó a su ayudante que se echara a un lado. Abrió la puerta y rápidamente se adentró en la calle. Un mendigo tuerto, agazapado cerca del muro a unos cuantos metros, se puso en pie de un bote y echó a correr como un rayo camino abajo, con la capa hecha jirones al viento y las viejas sandalias resonando por la calle. Telamón lo observó hasta que desapareció y luego volvió a entrar.

—¿Un mendigo? —preguntó al portero.

—¡Ah!, ¿queréis decir el Cíclope, el tuerto? Ha estado merodeando por aquí desde que Leónidas llegó.

## Capítulo VII

«¡Ay de mí en Grecia! ¡Cuántos infortunios!».

Cita de Eurípides, *Andrómaca* citado por Plutarco, *Vidas*, «Alejandro».

— **S**iento haberos despertado de vuestro sueño. Telamón permanecía sentado en la sala principal de la Casa de Medusa. En el pasado debió de ser una residencia opulenta, incluso elegante, con sus columnas de madera y sus altos techos, pero ahora el yeso y el maderamen se habían agrietado, de las esquinas colgaban telarañas y el polvo se había apoderado de cada repisa. Se respiraba una atmósfera húmeda y enrarecida. Construida al estilo egipcio, con un estrado elevado en uno de sus extremos y un fuego sobre una chimenea, en el centro, ahora sin duda se había convertido en una sala desalmada y sórdida. Los dos oficiales sentados frente a Telamón hacían juego con aquel ambiente. Los dos llevaban las túnicas sucias e iban sin afeitar. El más alto, Agatón, con los ojos entrecerrados y las mejillas cacarañadas, se limitaba a sonreír maliciosamente, pasando por alto el sarcasmo de Telamón mientras tamborileaba con sus dedos sobre la mesa.

—Las órdenes del ejército ya han sido colgadas —afirmó Agatón rascándose sus pelirrojos cabellos—. Luchamos en la batalla de Gránico y luego marchamos hacia Efeso. Ahora tenemos un mes para disfrutar de los frutos de nuestra victoria. No es así, ¿Salus?

Su compañero era un tipo rechoncho, de rostro rubicundo bajo una mata de pelo negro que parecía que no se había lavado desde que salió de Macedonia.

—Así es —contestó Salus mientras mordía con fuerza una manzana y la masticaba ruidosamente, lanzando una mirada lasciva a Casandra. Ella le devolvió una mirada iracunda. Salus se echó a reír dejando entrever los trozos de manzana en la boca medio masticados, y a continuación volvió a dar otro mordisco.

—La verdad es que no mantenéis muy ordenado este lugar.

—Somos soldados, miembros del Escuadrón del Cuervo, no es nuestro trabajo limpiar la casa de otros.

—¿Pensaba lo mismo Leónidas? —preguntó Telamón.

—No, pobre viejo borracho. La mayor parte del tiempo estaba como una cuba. Ni siquiera podía caminar en línea recta, por no hablar de cuando tenía que descabalgar.

—Era un buen jinete —declaró Telamón—. Le conocí cuando era niño.

El que mordía la manzana se detuvo con expresión calculadora en su mirada.

—¿Quién decís que sois?

—Telamón, el médico de confianza de Alejandro, miembro del círculo real. Estoy aquí para investigar la muerte de Leónidas.

Salus hizo una mueca de desprecio. Agatón se puso en pie, se desperezó, tomó

una manzana de uno de los cuencos y se acercó. La frotó en su túnica, guiñó un ojo a Casandra y luego mordió la fruta con fuerza.

—¿Y por qué estáis aquí? —preguntó Agatón con un acento todavía más cerrado por los pedazos de manzana que masticaba—. ¿Para investigar la muerte de Leónidas? ¿Y qué? Estaba borracho, salió de la cama, bajó las escaleras, se fue al jardín y allí se ahogó en ese estanque lleno de porquería.

—¿Por qué se levantó?

—No lo sé. Ni tampoco Salus. Tal vez era sonámbulo o tuvo una pesadilla. O quizá pensó que encontraría por ahí una bota de vino.

—¿Era vuestro comandante?

—Sí, y muy bueno. Cuando el ejército llegó a Efeso se hizo con la casa y obtuvo la aprobación del intendente para quedarse. Ahora nos han liberado de nuestros deberes y no debemos informar hasta la próxima luna llena. Comemos, bebemos y damos alguna que otra vuelta por la ciudad.

—¿Dónde están vuestros caballos?

—Oh, no seáis necio —se mofó Agatón—. Ya conocéis las órdenes. Están con el ejército, son demasiado preciados como para dejarlos aquí sin darles ninguna utilidad. De todos modos no tenemos suficiente forraje para una estancia tan larga.

Telamón se puso en pie. Abrió una ventana de par en par para que entrara la luz del sol. Se volvió rápidamente: Salus le había sacado la lengua a Casandra con un gesto obsceno.

—¡Podría arrestaros por eso!

Agatón casi se atraganta. Salus lanzó el corazón de la manzana al suelo.

—Os juro que os arrestaré si me amenazáis a mí o a mi acompañante —les advirtió Telamón volviéndose a sentar.

—Soy macedonio —se defendió Agatón—. Soy libre de nacimiento y tengo mi propia granja. Luché al lado de Filipo, ahora lucharé al lado de su hijo. Tres veces he recibido un lingote de oro por mi valentía en el campo de batalla. Salus es de Samos, pero su madre era macedonia. Él también conoce sus derechos. Estábamos con el rey cuando cruzó el Gránico. ¡Defendimos su espalda y ahora venís aquí con aires de grandeza diciendo que nos arrestaréis!

—Puede que seáis soldados de caballería excelentes —afirmó Telamón pasando por alto las risitas de autosatisfacción—, pero también sois unos charlatanes mentirosos, así que no me hagáis perder el tiempo. Leónidas acudió a este lugar la última vez que el ejército macedonio ocupó Efeso. Esta casa perteneció en una ocasión a un asesino.

La sonrisa se desvaneció del rostro de Agatón.

—De un modo u otro, Leónidas se enteró de que aquí había un tesoro escondido. No sé lo que ocurrió la última vez, pero cuando los macedonios se retiraron, vuestro comandante huyó con ellos. Sólo los dioses saben cuál fue el destino de sus compañeros. Después del Gránico, Leónidas probablemente fuera el primero en

llegar a Efeso. Así que regresó a este lugar fantasmal, la Casa de Medusa, arrastrando con él sus malvados recuerdos y sus perversos fantasmas. Él quería venir solo, pero dos de sus jóvenes oficiales, es decir vosotros, sentíais curiosidad por saber lo que sucedió en aquella ocasión, antes de la retirada macedonia, ¡sobre todo Salus! ¿No se encontraba uno de vuestros parientes entre los oficiales desaparecidos? En todo caso, solicitasteis autorización para acompañar a Leónidas.

Los dos oficiales le dedicaron una dura mirada.

—Bien —continuó Telamón—, parece que ahora tengo vuestra atención. Lo que quiero saber son dos cosas. Primera, ¿habéis encontrado ese tesoro? Según las órdenes del ejército, por lo menos la mitad pertenecería al rey. Segunda, ¿tropezó Leónidas? ¿Fue un accidente o un asesinato? ¿Tal vez irrumpieron ladrones en la casa? ¡Sentaos! —Casandra dio un respingo por el modo en el que Telamón gritó a Salus—. Sentaos y escuchad lo que estoy diciendo. Y ahora podéis contestar a mis preguntas o, de lo contrario, me encargaré personalmente de que se os juzgue en un consejo de guerra. Pensad en vuestras respuestas. Mientras tanto me gustaría hablar con vuestra doncella.

Telamón atravesó el umbral de la puerta del fondo. La cocina estaba tan sucia como el resto de la casa. Las paredes, en el pasado enyesadas y pintadas de blanco, estaban ahora grises, cubiertas de mugre y hollín. Justo en la entrada había un cubo con agua estancada, junto a un lado de la pared, una pequeña chimenea llena de cenizas y pegado al otro lado, un hornillo. Harna estaba agachada en el suelo, cortando unas verduras sobre un trozo de madera. Se echó atrás su morena melena y levantó la vista hacia Telamón: tenía ojos oscuros y un rostro delgado y bronceado. Telamón le acarició el morado de su mejilla izquierda.

—¿Cuántos años tenéis? ¿Habláis griego?

—Tan bien como cualquiera —la voz de Harna era dura. Paseó sus dedos alrededor del cuello de la túnica, antes blanca y ahora sucia y llena de manchas de sudor. Telamón se agachó. La chica le estudió y luego miró a Casandra.

—¿Es celta? Tenemos algunas mujeres celtas en el campamento. La mayoría de ellas putas. Grandes son y tienen los brazos tan gruesos como los soldados. ¿Es vuestra mujer?

—¿Quién os pegó? —preguntó Telamón.

—¿Y quién no lo hace? —replicó Harna.

—¿Leónidas?

—No, él tan sólo era un viejo borracho. Soy de Agatón, o por lo menos él piensa que lo soy. Cocino, limpio y caliente su cama.

—¿Y os gusta?

La chica escupió sobre el mugriento suelo de piedra.

—Estoy terriblemente enamorada de él.

Telamón abrió su cartera y sacó una moneda de plata. La chica se la quiso arrebatar pero Telamón le retiró la mano.

—¿Dónde dormís?

—Debajo de las escaleras. Se está más calentito. Además, si hay un incendio, estoy cerca de la puerta de postigo por donde podría escapar sana y salva.

—¿Qué queréis decir?

—Los soldados beben, se vuelven algo torpes y a veces golpean sin querer las lámparas de aceite.

—¿Como la noche en la que murió Leónidas?

—Agatón lo trajo de la ciudad. Estaban los dos igual de borrachos. Apenas pudieron entrar por la puerta —señaló las escaleras más allá de la cocina—. Entraron soltando toda clase de barbaridades. Agatón se llevó a Leónidas arriba y eso fue todo.

—¿Os llamó Agatón? ¿No os necesitaba? ¿No quería vuestra compañía?

—No cuando está borracho. No puede y yo desconfío de su arma.

—¿Y Leónidas volvió a bajar?

—Oh, sí. Llevaba el abrigo puesto, el de la piel con medallones de plata.

—¡Enseñádmelo!

La chica balanceó el cuchillo en las manos.

—Enseñádmelo —repitió Telamón— enseñadme cómo bajó Leónidas las escaleras.

La muchacha les condujo fuera de la cocina y subió por las escaleras de madera construidas contra el muro de la casa. Telamón se quedó abajo y levantó la vista. Los escalones parecían sólidos y seguros, por un lado protegidos por la pared de yeso y por el otro, por una larga cuerda fijada en un poste arriba y atada al pilar de la base de las escaleras.

—Yo me encontraba debajo de las escaleras.

Los escalones estaban hechos con tablillas de madera de unos pocos centímetros cada uno.

—¡Vamos! —ordenó Telamón.

Harna se agarró a la cuerda y empezó a subir, contoneando las caderas y con el dobladillo del vestido golpeándole las piernas largas y morenas. Llegó hasta arriba y se volvió.

—¿Qué pasa aquí?

Telamón se giró sobre sus hombros. El hueco de la escalera se encontraba entre la cocina y la entrada principal de la casa. Agatón le observaba, reclinado contra la jamba de la puerta. Al médico no le gustó la expresión de sus ojos.

—Si os necesito ya os llamaré —le sonrió—. ¡Ahora marchaos!

Sostuvo en alto la moneda de plata para que Harna la pudiera ver.

—Ahora bajad como lo hizo Leónidas.

La joven, con una sonrisa descarada en el rostro, obedeció. Bajó despacio, con los pies desnudos resonando contra la madera. Una vez abajo y, respirando con fuerza por la nariz, se dirigió hacia la puerta.

—¿Estáis segura? —le preguntó Telamón.

—Así es cómo lo hizo, bajó las escaleras, abrió la puerta y se marchó.

Harna le tendió la mano y, con la moneda ya en su poder, desapareció por la cocina.

Telamón y Casandra subieron la escalera. Apoyada sobre unos pilares, el enmaderado de la galería estaba rasguñado, astillado y la pintura de la pared desconchada. Había cinco habitaciones en total, todas iguales: húmedas, llenas de moho y con el yeso cayéndose a pedazos. En el suelo se echaban de menos tablas de madera por doquier. Las camas eran estrechos catres cubiertos con abrigos muy gruesos, y podían verse algunas vasijas y trozos de mobiliario esparcidos por el piso.

—Esto es una pocilga —masculló Casandra—. ¡Uff, qué peste!

Al fondo del pasillo se elevaban otras escaleras, estrechas e improvisadas, que llevaban a un desván; les faltaban algunos escalones. Telamón le pidió a su ayudante que trajera una lámpara de aceite. Ella no tardó en regresar, iluminada por una llama débil parpadeando.

—¡Tened cuidado!

Telamón asió el candil y remontó los escalones. La pieza carecía de trampilla, así que asomó la cabeza por el hueco, sosteniendo en alto el foco de luz: todo lo que pudo ver fue una cámara alargada y oscura, el contorno de las vigas, montones de porquería y un charco brillando bajo una grieta del techo. Sólo se oía el ruido de ratas correteando o emitiendo chillidos. Con la mano que le quedaba libre, calibró la resistencia del suelo del desván: estaba construido con placas de madera, no muy sólidas y seguramente demasiado endebles como para soportar el peso de un hombre. Telamón descendió al segundo piso, donde le aguardaba Casandra, y le devolvió la lámpara.

—¿No deberíamos registrar sus habitaciones? —le susurró ésta.

—¿Y de qué serviría? —replicó él—. Los agentes de Aristandro han barrido la casa y esos encantadores soldados de ahí abajo sabían que veníamos. No encontraremos nada sospechoso.

—Es un lugar horrible —se quejó Casandra y con la yema de los dedos apagó la llama del candil, que dejó con cuidado sobre el suelo—. Afuera hace calor pero aquí, frío. ¡Nunca había estado en un lugar tan apestoso! Parece uno de esos antiguos templos en Tesalia con sus altares encendidos sobre los que sacrificaban a los niños.

Telamón le dio un suave golpecito en la sien.

—No dejéis que vuestra imaginación os asuste. En esta casa se han cometido asesinatos y tanto si descubro la verdad como si no, le pediré al rey que la derrumbe hasta sus cimientos.

Bajaron nuevamente a la cocina. Harna había retomado sus quehaceres y se la encontraron cortando verduras; al verles entrar, les señaló con el cuchillo.

—Agatón me preguntó qué queríais. Yo le dije que no sabía nada.

Telamón advirtió un nuevo morado en su brazo derecho.

—Cruzaré algunas palabras con él antes de marcharme. ¿Está en la bodega?

La doncella señaló hacia una puerta de trampilla que había en el suelo.

—Levantadla, unas escaleras os conducirán al sótano. Necesitaréis una lámpara de aceite. ¡Esperad!

Se levantó y les proporcionó una; luego, sirviéndose de una yesca, encendió la mecha. Casandra sostuvo la lámpara mientras Telamón levantaba la trampilla, luego los dos se adentraron con suma cautela en la oscuridad. La bodega estaba negra como boca de lobo. Sorprendido por un hedor agridulce, el médico se apretó instintivamente la nariz; apenas se podía respirar. Casandra se hurgó en los bolsillos y encendió una antorcha que estaba fija en un alféizar de la pared. Él agradeció la luz y el calor. El techo era bajo, casi lo rozaban con sus cabezas, las paredes, de piedra dura y el suelo, de tierra batida. Telamón alargó el brazo con la lumbre y dejó escapar una exclamación de sorpresa. Esperaba encontrarse con una estancia grande y cavernosa, pero no hasta tal punto. Bajo la luz de la antorcha, las bodegas se extendían bajo toda la superficie de la casa. Telamón avanzó con cuidado.

—Hay cuatro cámaras en total —murmuró, recordando los esbozos de Leónidas. Todas estaban vacías. Había algunos escombros y trozos de madera podrida desparramados. Cuanto más se adentraban en su interior, más intranquilo se sentía. Ya se había esperado que aquel lugar oliera a rayos pero el hedor era cada vez más insoportable, recordándole al de una capilla ardiente o al de un campo de batalla con los cadáveres desenterrados. Casandra murmuraba por lo bajo alguna oración celta. Telamón se volvió.

—Tenía entendido que no creíais en los dioses.

—¡En ocasiones como éstas sí, desde luego! —replicó ella—. ¡Qué peste! —exclamó con expresión de repugnancia—. ¿Sabéis lo que pienso?

—Lo puedo adivinar —Telamón entró en la última sala y miró a su alrededor—. ¡Ya he visto demasiado!

Regresaron a las escaleras y a continuación subieron a la cocina. Harna seguía sentada en el suelo.

—¿Bajáis alguna vez ahí?

Negó con la cabeza.

—¿Y bajaron los oficiales de palacio cuando Leónidas murió?

—No me preguntaron, así que yo no les enseñé nada.

—¿Y no os molesta ese olor?

—¡Vivo en un pozo de mierda y me preguntáis si ese olor me molesta! —respondió sonriente.

Telamón se dirigió hacia la sala principal. Agatón y Salus todavía seguían recostados en un banco, con los rostros tensos y alerta.

—¿Habéis bajado a la bodega? —preguntó Telamón.

Salus hizo una mueca y Agatón sacudió la cabeza.

—No tenemos necesidad.

Telamón jugueteó con el anillo en el dedo, moviéndolo hacia delante y hacia

atrás.

—Bueno —prosiguió—, ¿me lo vais a contar?

—¿Y qué podemos deciros? —preguntó Agatón con tono lastimero—. Vivimos y dormimos aquí. Leónidas murió en este lugar. Era un borracho, debería haber andado con más cuidado.

—Muy bien.

Telamón abrió su cartera, sacó el sello real y lo lanzó a la cara de Agatón. El soldado reaccionó al instante, poniéndose en pie. Cogió el cartucho, lo besó y luego lo devolvió. Salus hizo otro tanto.

—Ahora tengo vuestra atención —sonrió Telamón—. Sabed que, desde este momento, habéis vuelto al trabajo. Quiero que salgáis a las calles más allá de los muros de esta casa. Si sois lo suficientemente rápidos, lo suficientemente listos y no queréis pasaros el resto de vuestras vidas cavando letrinas, cogereis a ese mendigo...

—¡Oh, él! —se rió Agatón—. Ha estado merodeando por aquí, el portero le llama el Cíclope.

—Bien, ambos sois soldados valientes —continuó Telamón—. Tenéis buenos pies y buena vista como miembros del Escuadrón del Cuervo que sois. Quiero que cojáis a ese mendigo y lo traigáis de vuelta aquí sin hacerle daño.

—¿Por qué?

—Porque llevo el sello del rey y os he emitido una orden en su nombre. Y no quiero que volváis sin ese mendigo.

Agatón miró a Salus, que se encogió de hombros y abrió las manos.

—Y hacedlo con mi tiempo y no con el vuestro —les advirtió Telamón.

Los dos hombres se apresuraron entonces a salir por la puerta.

—¡Oh, Agatón!

El oficial se volvió con una mirada de odio en los ojos.

—¿Qué pasa ahora?

—Golpead a esa joven otra vez y pasaréis el resto de vuestros días no sólo cavando letrinas sino también limpiándolas.

Los oficiales se marcharon; abrieron la puerta principal de la casa y la cerraron de golpe.

—¡Bueno, bueno! —añadió Casandra de pie frotándose el brazo derecho—. Deberíais haber sido soldado, Telamón.

—No me gustan ni los mentirosos ni los asesinos. Os diré lo que creo que pasó, Casandra —el médico se sentó sobre un banco bajo la ventana—. Leónidas llegó a este horrible lugar acompañado de seis soldados. Sospecho que encontraron el tesoro. Nuestro codicioso comandante los mató y enterró sus cuerpos en la bodega, eso explicaría ese terrible hedor. Él pretendía huir con su preciado botín, pero regresaron los persas antes de lo que él se pensaba. Entonces, enterró apresuradamente el tesoro y se marchó. Y ese par de encantos... no —se interrumpió el propio Telamón—. Leónidas puede que no los matara a todos. El Cíclope sabe lo que ocurrió.

—¿Entonces fueron esos dos primos los culpables de la muerte de Leónidas?

—¿Qué os choca de este lugar? —preguntó Telamón.

—Que huele fatal.

—¿Y sobre nuestros encantadores soldados?

—Que seguro que hasta los cerdos son más limpios que ellos. Incluso desde donde estoy sentada puedo olerlos.

—Y eso me da que pensar —replicó Telamón—. Estén donde estén siguen siendo miembros de la caballería, por lo que deberían esmerarse un poco más en cuidar su aspecto físico. Sin embargo, éstos llevan las túnicas sucias, llenas de lamparones, y sus habitaciones son auténticas pocilgas.

—¿Queréis decir que lo hacen a propósito?

—Sí, para dar la impresión de que viven en medio de la mugre. No quieren levantar sospechas; sin embargo, fuera, en la parte de atrás, tienen ropa, túnicas y abrigos limpios secándose al sol. ¡Harna!

La chica llegó tropezándose por la puerta.

—Las ropas de afuera, ¿las lavasteis vos?

La joven sacudió la cabeza.

—Lo hizo el señor —contestó—, llenó un barreño de agua.

—¿Agatón?

—Sí, con la ayuda de Salus.

Telamón le dio las gracias y la despidió.

—Y bien, ¿no es extraño? Leónidas murió anteayer por la noche y ¿qué es lo que hace ese par de encantos? Mantienen la casa sucia como siempre pero lavan sus ropas.

—Tal vez estaban sucias tras una de sus refriegas nocturnas.

—No, no —replicó sin dilación Telamón, mostrándose en desacuerdo—. Están encubriendo un asesinato.

—Entonces, ¿no os cabe duda de que Leónidas fue asesinado?

—No, y Agatón y Salus tienen las manos manchadas con su sangre, pero probarlo va a resultar difícil. En esta casa se halla un tesoro escondido. Ambos obligaron a Leónidas a compartirlo pero luego le mataron. La cuestión está en dónde lo han guardado. Registramos la bodega, no creo que esté ahí. El desván está que se cae. Si hubieran cavado en el jardín, eso resultaría sospechoso —Telamón se rascó la sien—. Y sabemos que Leónidas le dijo al portero que se fuera a dar una vuelta. ¡Vamos, venid conmigo!

—¡Son peligrosos! —gritó Casandra.

Telamón se volvió.

—Salus y Agatón son peligrosos —le recordó su ayudante—, son soldados veteranos, pero nosotros no, ni siquiera llevamos armas.

Telamón asintió en señal de acuerdo. Se adentró en el sombrío vestíbulo y abrió de par en par la puerta principal. El calor del mediodía le cortó la respiración: ya no

corría la suave brisa y el jardín que olía a humedad permanecía en silencio bajo el sol. Telamón bajó los escalones y anduvo por el camino de piedras pavimentadas. Casandra, corriendo a sus espaldas, se tropezó con una de ellas. Llegaron a la caseta del portero: en el interior, el viejo guardia permanecía sentado en su taburete. A Telamón le recordó a un viejo sátiro cansado, con sus dedos alargados como garras y la espalda encorvada.

—¿Qué pasa? —gruñó el hombre mientras se ponía en pie—, los otros dos han salido escopeteados como si fueran embestidos por las mismísimas Furias.

—Podría ser —Telamón permaneció en la entrada de la caseta y volvió la vista hacia la casa sombría en ruinas—. Me pregunto si...

Telamón estudió la fachada principal del edificio, subió de nuevo por el camino, pero nada, no vio nada extraño alrededor de las escaleras ni tampoco en el pórtico. Los pilares de madera se habían fijado con arcilla cocida. Telamón recordó la advertencia de Casandra sobre aquellos dos hombres. Abrió su cartera, volvió a la caseta y agarró al portero por el hombro.

—Tomad esta moneda, corred hacia el Templo de Hércules y buscad a un soldado llamado Calístenes.

El anciano quiso resistirse pero luego contempló la moneda de plata resplandeciendo sobre la palma de la mano de Telamón.

—¡Vamos, id hacia allí! —le ordenó éste—. Os daré otra moneda a la vuelta. También me aseguraré de que esta caseta y el jardín sean para vos. Debéis decirle al oficial que traiga soldados sin más dilación.

Telamón empujó al hombre hacia la puerta. Casandra descorrió los cerrojos y la abrió.

—¿Quién debo decir que me envía? —preguntó el hombre volviéndose, mirando con pena a su caseta como si le estuvieran quitando la vida.

—Telamón, el médico real.

Luego le hizo repetir al portero el mensaje y a continuación cerró la puerta de golpe tras él. Telamón permaneció con la espalda contra la pared y levantó la vista hacia la casa. Casandra tenía razón, parecía un lugar fantasmagórico, malévolo. Sin embargo, ¿dónde estaría escondido el tesoro? Probablemente se trataría de algunas monedas, piedras preciosas, brazaletes, gargantillas o anillos, pero no pesaría demasiado. Telamón observó con detenimiento los pisos de arriba, las ventanas de abajo, la puerta hecha trizas, el pórtico con sus cuatro columnas de imitación, los escalones que llevaban a él. Ahora desvió la mirada hacia el camino de piedras pavimentadas: en el pasado parecía haber sido más ancho y liso, con todas las piedras en su sitio, pero ahora, en el último trecho de camino, sólo quedaban cuatro, colocadas como los cuatro rectángulos en el dibujo de Leónidas.

Telamón corrió hacia ellas y las estudió. Pudo comprobar que las piedras se habían cambiado de lugar, ya que los bordes no tenían ni moho ni barro.

—Creéis que es aquí, ¿verdad? —le preguntó Casandra, que le había seguido—.

Por eso me he tropezado antes, esas piedras han sido levantadas. Se parecen a los dibujos de Leónidas.

—Sí —afirmó Telamón—, sí se parecen. Cuatro en total. Leónidas no estaba dibujando un mapa, sólo garabatos. Encontró efectivamente el tesoro, pero no lo iba a dejar en la bodega. Y ya sabemos por qué: tarde o temprano alguien habría empezado a cavar y habría descubierto esos horribles cuerpos. Las paredes están que se caen, así que ¿por qué no aquí? Levantó las piedras, enterró su tesoro conseguido de modo tan ruin y huyó. Pasaron los años y el camino se volvió a llenar de malas hierbas de nuevo hasta que Leónidas regresó.

Telamón hizo una pausa al escuchar ruidos, gritos y maldiciones. Subió a toda prisa por el camino hasta llegar al pórtico. La puerta se abrió de par en par. Agatón y Salus, sujetando al mendigo entre los dos, se acercaban apresurados por el jardín.

Telamón se dirigió a ellos y se sentó en el escalón de abajo. Los dos soldados obligaron al mendigo a arrodillarse. A primera vista parecía un anciano, con su mata de pelo canoso y enredado, pero aquel rostro bronceado, a pesar de las arrugas y las ojeras, rezumaba de vitalidad juvenil; sólo tenía un ojo sano que le brillaba lleno de vida pero el otro lo llevaba oculto tras un parche que le colgaba de una cuerdecita atada alrededor de la cabeza. Vestía una túnica marrón hecha jirones, con una cuerda como cinturón; las sandalias, a pesar de estar desgastadas y harapientas, eran como las que llevaban los soldados griegos de infantería.

—No temáis, no corréis peligro.

El único ojo del Cíclope estudió a Telamón.

—No corréis peligro —repitió el médico.

El hombre negó con un movimiento de cabeza como si no entendiera.

—No hemos entendido nada de lo que ha dicho —replicó Agatón—. Lo hemos cogido en la avenida. Puede que sea un mendigo pero sabe luchar.

Salus se palpó con un dedo un corte que se había hecho en el labio y el mendigo tenía algunos moratones recientes en el antebrazo derecho. El tipo también se toqueteaba la muñeca dolorida. Telamón se la cogió con cuidado y comprobó los huesos, moviendo la mano hacia delante y hacia atrás.

—Una pequeña torcedura —le diagnosticó—. Una compresa fría pronto os aliviará. Os voy a llevar adentro.

El hombre miró temeroso hacia la casa. Telamón estaba resuelto a no hacerle preguntas delante de aquel par de asesinos.

—¿Y qué hacemos nosotros? —se quejó Agatón—. Y por cierto, ¿dónde está el portero?

—Se excusó diciendo que eran demasiadas emociones para un hombre de su edad —improvisó Casandra—. Creo que se ha marchado.

Telamón señaló con un dedo por encima de sus hombros hacia la casa.

—Os podéis quedar ahí. Ahora quiero hacerle unas preguntas al Cíclope.

Maldiciendo por lo bajo, los dos hombres subieron los escalones y cerraron la

puerta de un portazo tras ellos. Agatón llamó a gritos a Harna.

—No intentéis escapar —le advirtió Telamón inclinándose—. Queréis haceros pasar por un idiota, un loco o incluso un persa que no entiende griego, pero no lo sois, ¿verdad? Sois griego, probablemente macedonio. No sois infante de caballería, vuestras piernas os delatan. Por el modo en el que andáis creo que sois un hoplita, un soldado de a pie.

El Cíclope chasqueó los labios mientras intentaba esconder una sonrisa.

—No corréis peligro —continuó el médico—. Me llamo Telamón, soy consejero y confidente del rey Alejandro. Si no queréis hablar conmigo, seré yo quien hable. Fuisteis soldado de a pie del ejército macedonio. De un modo u otro, hace dos años, cuando Parmenio se hizo con Efeso, os relacionasteis con el viejo canalla de Leónidas. Él, vos y otros cinco os alojasteis en esta casa. Sólo los dioses saben cómo llegasteis a involucraros en este asunto. Al principio sólo se trataba de un común alojamiento para soldados, en bastante mal estado, un poco misterioso y encantado. Pero Leónidas descubrió algo de sumo interés: que en el pasado, esta residencia había pertenecido a un asesino miembro de una sociedad secreta llamada los Centauros; y él siempre soñó con encontrar un tesoro. Registró la vivienda de arriba a abajo, desde el ático hasta las bodegas, y lo encontró. Sin embargo, Leónidas era muy avaricioso —el médico hizo una pausa. La mirada del Cíclope se mantuvo firme—. Oh, sí, ya lo creo, el viejo comandante se volvió muy avaricioso: mató a los otros cinco pero vos escapasteis.

El hombre sostuvo una mano en alto y se inclinó hacia delante.

—Llamadme el Cíclope. En este momento mi verdadero nombre es lo que menos importa. Soy macedonio de nacimiento, un soldado de a pie, oficial júnior del regimiento de los Portadores de Escudo —se humedeció los labios—. Aquí no hablaré.

Telamón y Casandra le siguieron hacia la caseta del portero. El mendigo se ocultó en la parte posterior de modo que no pudieran ser vistos desde la casa. Se sentó, se reclinó en la pared y levantó la vista hacia Telamón.

—Qué bien poder hablar griego con total fluidez —dijo con una sonrisa y rascándose la punta de la barbilla—. Todavía me afeito cuando tengo una moneda y puedo ir al barbero. Incluso pensé en acudir al campamento y lanzarme a los pies del general Ptolomeo.

—¿Qué pasó? —preguntó Telamón.

—Oh, no es un gran misterio. Fue como habéis dicho —añadió el Cíclope secándose el sudor del cuello—. ¿Tenéis algo de vino para ofrecerme?

Cassandra se adentró en la caseta y trajo consigo una jarra de vino junto con una copa agrietada. La llenó hasta arriba y se la colocó entre las manos. El tipo casi la apuró de un solo trago; luego chasqueó los labios.

—¡Ah! —suspiró—. El buen vino sabe como el néctar. Me encanta con un poco de queso, a poder ser de cabra, espeso y cremoso, con pan recién hecho.

—Tendréis todo eso —le prometió Telamón agachándose frente a él—. Soy médico real, tengo influencias...

—¡Aunque os acostarais con la mismísima reina Olimpia me traería sin cuidado! —replicó el Cíclope—. Me gusta vuestra cara —añadió haciendo un gesto a Casandra—. ¡Haría lo que fuera por pasar una noche con vos!

—¡Os comería vivo! —espetó Casandra—. ¡He lanzado cosas más grandes por una palangana!

El Cíclope soltó una carcajada.

—¿Por qué no corristeis? —preguntó Telamón—. Antes lo hicisteis.

El Cíclope señaló hacia la casa.

—Esos dos que enviasteis a por mí son unos brutos, pero mientras me traían hacia aquí pensé, bueno, no puedo seguir escondiéndome en las sombras durante el resto de mi vida —se terminó el vino y cambió la copa de mano—. Es cierto, estaba aquí cuando Parmenio tomó Efeso hace dos años. Todo era un caos, ya sabéis cómo es eso. Una vez se entra por las puertas se nos prohíbe el pillaje, pero siempre nos quedan las mujeres y las tabernas de vino —hizo una pausa—. Solía beber con Leónidas. Sabía que tenía a cinco hombres con él y cuando llamé a su puerta, me acogieron como a un hermano al que habían perdido años atrás —sacudió la cabeza—. No me gusta esta maldita casa. Nunca me gustó. Deberíais quedaros una noche y entenderíais lo que os digo. El viejo portero dice que no, pero yo os digo que en ella habita una presencia, una tristeza: algo horrible pasó en este lugar. No nos gustaban los dibujos en las paredes de esos centauros infligiendo terribles torturas. Había un altar en la sala principal, Leónidas lo echó abajo. Parecía que estuviera manchado de sangre, como si se hubieran realizado sacrificios en él. Y las habitaciones de arriba no eran mejores. He luchado en muchas batallas pero la Casa de Medusa es como entrar en un valle estrecho y polvoriento lleno de demonios donde no crece nada verde ni fresco y los buitres revolotean alrededor. Yo aquí solía tener pesadillas. Al principio Leónidas se reía. Ya sabéis como era, ¿no? Cuando no estaba montando a caballo estaba bebiendo o tocándole las tetas a alguna mujer. La casa le cambió. Se interesó por su historia, empezó a hacer preguntas. Encontró algunos documentos en un hueco de la pared y visitó a una cortesana, a una prostituta —el Cíclope se humedeció los labios.

—¿Arela?

—Sí, algo así —el Cíclope se rascó la mejilla—. Estaba relacionada con un antiguo propietario de esta casa pero no quería saber nada de este lugar, decía que estaba lleno de vampiros y demonios. Leónidas me contó que este sitio le había embrujado, se había apoderado de él, y también que en él se encontraba un tesoro escondido y que se haría con él.

—¿Y le creísteis? —le preguntó Casandra sentada sobre un canto de piedra cubierto de musgo.

—Sí, pelirroja, le creímos. Registramos toda la casa, hasta el último agujero.

Leónidas cambió, se volvió huraño y reservado. Borró los dibujos de la pared y el yeso empezó a caerse a pedazos. Nos retuvo aquí, no quería que habláramos con nadie —el Cíclope abrió las manos—. Y finalmente lo encontramos, se hallaba en una pared al fondo de la bodega. Era un cofre grande de un metro de largo —dejó caer las manos—. Tenía unos veinte centímetros de alto, estaba envuelto y cerrado con llave. Nunca había visto un cofre como aquel. Rompimos la tapa y nos volvimos locos de alegría: bolsas con monedas, daricos de oro, dracmas de Grecia y Persia, pequeños sacos de piel llenos de perlas blancas como la nieve, lingotes, piedras preciosas, amatistas, rubís y esmeraldas. Estábamos a punto de celebrar nuestro hallazgo cuando uno de los mariscales se presentó corriendo colina abajo. El ejército persa estaba entrando en Efeso, Parmenio no podía sostener la situación durante más tiempo, teníamos que dejarlo todo y retirarnos, marcharnos de la ciudad al amanecer.

—¿Y entonces tuvieron lugar esas muertes?

—Sí, en efecto —confesó el Cíclope—. Leónidas bajó botas de vino a la bodega. Oh, estaba tan feliz y contento, colgó antorchas en las paredes para volver la estancia tan luminosa como el día. Pero sólo luego —continuó con amargura—, descubrí por qué. Nos sentamos en el suelo y brindamos con el tesoro en el centro. Lo adoramos como si fuera un dios. Nos emborrachamos. Leónidas se marchó, supuestamente en busca de más vino. Discutimos sobre cómo dividirnoslo. Nosotros seis, sentados a la luz de las antorchas, nos convertimos en blancos perfectos para Leónidas. Los dos primeros murieron antes de que me diera cuenta.

—¡Un hombre contra tantos! —exclamó Telamón.

—Leónidas no trajo el vino, sino un arco con flechas. Ya habéis visto la bodega, sólo tiene una entrada. Nos tenía atrapados contra la pared, no podíamos escapar. ¡Dos flechas directas al corazón y cayeron muertos! —añadió el Cíclope chasqueando los dedos—. Otro de los nuestros se puso en pie pero Leónidas cogió otra flecha que también disparó al corazón. Se movió muy rápido, se arrodilló y continuó disparando a sus objetivos, uno tras otro —el Cíclope hizo una pausa—. Telamón se imaginó aquella bodega oscura y fría con las antorchas resplandeciendo, el cofre abierto, las flechas cortando el aire hasta alcanzar a sus víctimas, el ruido sordo de sus impactos, los cuerpos esparcidos...

—Una flecha me alcanzó en un ojo —continuó el Cíclope—. Caí de espaldas, rodando preso del dolor y de aquel sobresalto. Cuando recuperé la conciencia miré a mi alrededor. Leónidas se había ocupado de todos. Les abrió la garganta a los que estaban heridos y ahora se alejaba, arrastrando el tesoro por el pasillo. También había empezado a beber de nuevo. El dolor en mi ojo y en la sien derecha de mi cabeza era espantoso, me ardía toda la cara —se tocó el parche—. Sois médico, sabéis que la flecha debería haberme matado.

—He oído hablar de casos como éste —afirmó Telamón tocándose la parte superior de su propio ojo—. Una flecha aquí puede atravesar el ojo y clavarse con profundidad en el hueso. Si la herida se trata adecuadamente, es posible la

recuperación. En fin, ¿cómo lograsteis escapar?

—Leónidas estaba empujando el tesoro fuera de la bodega y se encontraba de espaldas a mí, maldiciendo por lo bajo y resoplando. Me puse en pie, nunca me oyó. Sólo tenía una cosa en mente, pasar rápidamente por su lado, y así lo hice. Entonces, empezó a maldecirme, pero ni siquiera sé cómo, sólo los dioses lo saben, yo ya me encontraba en lo alto de los escalones, y me colé por la trampilla. Coloqué una mesa encima y salí corriendo de allí, la cara empapada en sangre, el cuerpo lleno de espinas. En la ciudad todo era confusión. El ejército griego se estaba retirando y yo no sabía qué hacer. Leónidas era muy conocido, habría sido su versión contra la mía, eso si me permitía vivir lo suficiente para contarla. Conseguí arrancarme la flecha pero todavía tenía incrustada la punta —explicó tocándose la ceja—. Bien, como cualquier soldado, sentía devoción por Hércules.

—¿Así que fuisteis al templo?

El Cíclope asintió.

—Solicité refugio.

—¿Y el sacerdote no os entregó a los persas?

—Pensé que lo haría, pero me dijo que ante todo era griego. Le pedí ayuda a Hércules. El sacerdote era un buen hombre —las lágrimas asomaron por el único ojo bueno del mendigo—. Me protegió, no era médico pero sí curandero. Me sacó la punta de la flecha y me curó lo que me quedó del ojo. Me trató y me limpió la herida con un vino muy fuerte. Permanecí tumbado durante días, con vendas sobre mi ojo. La herida se infectó. Tuve fiebre pero el sacerdote limpió el pus, yo era un hombre fuerte y me recuperé.

—¿Y por qué no os quedasteis en el templo?

El Cíclope negó con la cabeza.

—Era lo que el sacerdote quería, pero si me cogían, los persas me habrían sacrificado, así que decidí abandonar aquel lugar. Me dio comida y algunas monedas. Le dije que era suficiente. Le pregunté por qué me había ayudado —el Cíclope les guiñó su único ojo—. Me dijo que un día los macedonios regresarían. Me marché y me convertí en un mendigo. Me mantuve alejado de la Casa de Medusa y no le conté a nadie lo que allí había acontecido, ni siquiera al sacerdote. Tan sólo esperé. La fortuna me sonrió y los macedonios volvieron a Efeso: sabía que si todavía estaba vivo, Leónidas regresaría a esta casa.

Telamón arrancó una hierba del suelo y se la enrolló entre los dedos. Escuchó un grito procedente de la casa pero no hizo caso.

—¿Sabéis lo de los asesinatos en el Templo de Hércules?

El mendigo asintió.

—Un suceso extraño.

—¿Hay entradas secretas en el templo? —le preguntó Telamón—. ¿Podría alguien haberse colado por alguna de ellas?

El Cíclope negó con la cabeza.

—Ayudé al viejo sacerdote. Tenía otros ayudantes pero no eran muy buenos. En fin, le gustaba tener el templo para él solo, estaba construido con piedra muy sólida. Una vez que comenzó el pillaje —el mendigo hizo una mueca—, regresé, pero fue demasiado tarde. El cuerpo del sacerdote yacía sobre las escaleras, le habían machacado con una porra, apenas le reconocí el rostro. Intenté llevarme el cadáver para ofrecerle un entierro honorable pero la multitud pensó que quería robarle así que lo dejé tal y como estaba y me escabullí —negó de nuevo con la cabeza—. Desconozco qué es lo que allí ocurrió; pero puedo aseguraros que el viejo sacerdote ocupaba un alto puesto en los consejos de los oligarcas. Y tenía muy clara una cosa —dijo levantando la cabeza y con una sonrisa maliciosa que le transfiguró el rostro—. Yo estaba dispuesto a utilizar lo que había descubierto si me rendía ante los mariscales del campamento. La reliquia no era más que una vasija de plata protegida por un círculo de brasas. En una ocasión le pregunté al sacerdote qué contenía y él me contestó: «nada».

—¿Qué? —exclamó Telamón.

—No lo creí, pero el sacerdote solía servirse de una escalera muy rara, construida con madera y alambre. Colocaba un extremo al pie del círculo donde ardían las brasas y el otro extremo lo apoyaba en el plinto —Telamón recordó las dos repisas a medio camino que sobresalían por encima del plinto—. Solía cruzar la escalera para sacarle brillo a la vasija. Siempre lo hacía cuando el templo estaba cerrado. Una vez yo me encontraba con él y me dijo que me acercara. Eché un vistazo en el interior: no había nada.

—¿Entonces no contenía ningún veneno ni ninguna sustancia sagrada? ¿Ninguna reliquia del semidiós Hércules?

—Nada más que polvo.

Telamón se alejó pensativo, pero no tardó en regresar.

—Así que durante dos años fingisteis ser un mendigo de Efeso.

—Sí, uno entre muchos.

—¿Y no sabéis nada sobre la lucha sangrienta entre demócratas y oligarcas?

—Me enteré de los asesinatos, pero de nada más. Una vez me recuperé, me mantuve alejado del Templo de Hércules.

—¿Sabéis algo acerca del Centauro?

El Cíclope compuso una mueca.

—También me mantengo alejado de otros mendigos. Los persas habrían pagado una buena cantidad de daricos por mi cabeza. Pero os diré una cosa —añadió el Cíclope levantando un dedo—. En una de las pocas ocasiones que regresé al Templo de Hércules, los oligarcas se habían reunido allí. ¿Habéis visto alguna de las pinturas de los centauros? —preguntó señalando hacia la Casa de Medusa—, las que Leónidas no borró.

—No, ¿por qué?

—Según la leyenda, los centauros siempre estaban rodeados de avispas —el

Cíclope sonrió—. Sí, ya he oído lo que pasó en el palacio del gobernador ayer por la noche. En fin, un día me encontraba pidiendo en una calle cerca del templo. Uno de los oligarcas llegó a toda prisa, vestido con una túnica y encapuchado. Se detuvo en mitad de la avenida y le seguí, fingiendo pedir limosna. Después de haberse echado la capucha hacia atrás, se sacó una cadena de alrededor del cuello y se colgó en su lugar un cordón de cuero.

—¿Y? —preguntó Telamón.

—Le estuve observando. Cuando aquel hombre se dio media vuelta, pude ver, estoy seguro, cómo una avispa de plata le pendía del cordón. Si contempláis las pinturas de los centauros, veréis que esas bestias mitológicas llevaban el mismo emblema. Extraño, ¿verdad?

—¿Reconoceríais al hombre?

—No, la calle estaba medio oculta en las sombras. Agarró una buena piedra y me la lanzó, así que salí corriendo.

—¡Médico!

Telamón salió de detrás de la caseta. Agatón estaba en los escalones de la casa con las manos en las caderas.

—¿Queréis algo más de nosotros? —gritó.

—Oh, sí —contestó—. Tenemos algunos asuntos de los que hablar —regresó a donde se encontraba el mendigo y se agazapó frente a él—. Y vos —continuó—, vais a ayudarme.

—¿A qué?

—Bueno, a atrapar a dos asesinos y a desenterrar el tesoro de Leónidas.

Telamón hizo una pausa y permaneció por un momento con la mirada puesta en el mendigo.

—Me pregunto por qué el sacerdote no os traicionó: era amigo de los persas.

—Oh, yo no era nadie —añadió el Cíclope con tono de burla—, tal vez le habría resultado difícil explicarle al gobernador por qué acudí a él.

—¿Le contasteis algo de la casa?

El Cíclope negó con la cabeza.

Telamón estudió al mendigo y recordó las pinturas del centauro en el Templo de Hércules. ¿Acaso los centauros no se caracterizaban por tener un único ojo? ¿Habría considerado aquel viejo sacerdote, llevado por la superstición más que por la compasión, a aquel macedonio herido y tuerto como un misterioso emisario de los dioses?

Telamón se puso en pie.

—¡Es la hora! —declaró.

## Capítulo VIII

«Después de someter a la mayor parte de Europa, las Amazonas que poseían varias ciudades en Asia fundaron la de Efeso».

Marco Juniano Justino, *Historia del Mundo*, Libro 2, capítulo 4.

**L**a pintura del Centauro en la esquina más alejada de la pared, junto a la ventana, estaba descolorida, aunque los rayos tornadizos del sol le habían devuelto la vida. El Centauro se asemejaba más a un demonio que a un animal mitológico con sus cuernos curvados, un ojo sanguinolento y una enorme boca abierta. Sus garras eran como los talones de un águila. Agazapado y con su repugnante cabeza vuelta hacia atrás, el Centauro parecía aullarle al cielo mientras atrapa entre sus pezuñas el cuerpo de una joven doncella. Una nube de avispas revoloteaba sobre la cabeza del monstruo y en el medallón que llevaba alrededor del cuello también lucía un emblema con el mismo insecto. Una criatura espantosa.

Telamón desvió la mirada. Agatón y Salus se encontraban sentados sobre un banco justo debajo de la ventana: yacían recostados como si no tuvieran nada de qué preocuparse. Salus era el más débil de carácter: se limitaba a pestañear, chasqueando los labios y dando pataditas sobre el polvoriento suelo con su sandalia. Casandra permanecía de pie detrás de Telamón, con el Cíclope al lado de la puerta. Casandra había buscado a Harna pero no había ni rastro de ella.

—¿Qué vais a hacer, médico? —preguntó con tono de burla Agatón.

—¿Hacer un discurso, cantar o bailar para nosotros? El día está llegando a su fin y tenemos todavía otros muchos asuntos que atender.

—¿Como vuestra ropa? —preguntó Telamón—, me refiero a la que se seca en los arbustos de atrás.

—Entre otras cosas —replicó Agatón.

—¿Por qué la habéis lavado?

Telamón se volvió sobre el taburete. Le habría gustado haberse esperado un poco más, pero no había señales del portero. Telamón temía que aquellos dos pájaros de la noche volaran.

—Bueno, siempre lavamos nuestra ropa.

—No, no es cierto —Telamón cogió su mochila de piel y la colocó sobre su falda—. Lavasteis esa ropa porque intentáis encubrir un asesinato.

—¡Qué!

Salus se habría puesto en pie de un brinco, pero Agatón le retuvo en su sitio. Telamón miró hacia donde se hallaban sus capas, amontonadas en el suelo. ¿Se estarían preparando para huir en vez de presentarse en el campamento?

—No parecéis de los que lavan su propia ropa —prosiguió Telamón—, así que os diré lo que pasó en esta casa. Leónidas fue un asesino y un ladrón. Hace dos años

encontró el tesoro de los Centauros escondido en la bodega de esta casa. Quería quedárselo sólo para él. Sin embargo, los persas regresaron repentinamente. Leónidas acabó con la vida de casi todos sus compañeros, escondió el tesoro y huyó.

Agatón y Salus prestaban ahora toda su atención.

—Vosotros dos, soldados valientes, sois miembros de su escuadrón. Salus era familiar de una de las víctimas de Leónidas. Desde el principio debisteis tener sospechas acerca de cuál fue realmente el destino de vuestros camaradas. Llegasteis a la conclusión, como cualquiera que tuviera un mínimo de inteligencia, de que algo horrible había sucedido en la Casa de Medusa. No os creísteis que sus compañeros fueran atrapados y asesinados por los persas.

—Nos pareció sospechoso —protestó Agatón—, pero bueno, Leónidas y sus camaradas se habían separado de los demás.

—Y nadie dudaría de Leónidas —añadió Salus—. Era conocido por su valentía como guerrero.

—Entonces, ¿por qué vinisteis aquí con él? —preguntó Casandra.

—¡No tenemos por qué contestar a vuestras preguntas, zorra pelirroja! —se burló Agatón—. ¿Qué sois? ¿Una jodida esclava? ¿Una furcia?

—Ella os ha hecho una pregunta —afirmó Telamón pasando por alto los insultos—, que yo ahora os repito.

Agatón se encogió de hombros.

—¡Circunstancias de la vida! Leónidas nos invitó y...

—¿Y la noche en que murió? Vos, Agatón, fuisteis a la ciudad con él, ¿no es cierto?

—Sí, nos llenamos la panza de vino. Leónidas estaba borracho perdido. Le traje de vuelta.

—¿Y no le desvestisteis?

Agatón sonrió con malicia.

—Mirad —Salus intentó apaciguar las aguas—. Leónidas estaba como una cuba. Probablemente era sonámbulo. Ya habéis visto el jardín. Se cayó en el estanque y se ahogó. Nosotros mismos le sacamos.

—¡Oh, no! —negó Telamón sacudiendo la cabeza—. Esto es lo que realmente sucedió. Vos, Agatón, trajisteis de vuelta a Leónidas y entrasteis por la puerta principal, le llevasteis por el lateral de la casa, a través del jardín y lo empujasteis al estanque.

—¡Qué!

—Leónidas estaba borracho —continuó Telamón cogiendo la correa de su mochila de piel—. Probablemente alguna poción somnífica que le echasteis contribuyó a potenciar su estado de embriaguez. Ambos lo lanzasteis al estanque, le hundisteis la cabeza en el agua y lo ahogasteis.

—Pero Harna vio como yo regresaba con Leónidas —protestó Agatón.

—No, ella os vio trayendo a Salus, que había salido de la casa por una de las

ventanas traseras del piso de arriba para esperaros en la oscuridad. Salus se hizo con el abrigo de Leónidas, antes de que los dos le ahogaraís, luego se lo puso fingiendo ser él y finalmente con vuestra ayuda subió al cuarto de arriba. Pasó la noche y al amanecer, vos, Agatón, bajasteis al jardín envuelto con el abrigo de Leónidas, os dirigisteis al estanque y se lo pusisteis al cadáver. Después, os colasteis por la parte de atrás de la casa y trepasteis hasta su dormitorio.

—¡Qué tontería! —se rió Salus—. ¡No se puede escalar una pared escarpada!

—En una casa como ésta sí es posible, gracias a los ladrillos que se han desprendido. He subido por escaleras peores. Y al final, el portero encontró el cuerpo. Hubierais preferido que sucediera entrada la mañana. En fin, a continuación enviasteis un mensaje a palacio y regresasteis al estanque para aseguraros de que no habíais dejado huellas de vuestra presencia en aquel lugar —Telamón abrió las manos—. Incluso si las hubiera habido, habríais dicho que se debía a que tuvisteis que sacar el cuerpo de Leónidas del agua.

—Claro —asintió fríamente Agatón—, y es por eso que hemos lavado nuestra ropa, ¿no es cierto?

—No, no lo creo —sonrió Telamón—. Cuando ahogasteis a Leónidas probablemente llevabais alguna túnica, una capa o un abrigo encima que, por supuesto, no os pusisteis por la mañana siguiente cuando recuperasteis el cuerpo. Tal vez, alguien podría sospechar del barro y el lodo del estanque; os tuvisteis que enfangar toda la ropa. Pero estoy de acuerdo —afirmó Telamón dejando la mochila de piel en el suelo—. Lavárosla ha sido un error, no era necesario. Si hubierais sido más listos, habríais dejado que lo hiciera Harna. Pero, claro, como no confiáis en ella, os teníais que asegurar. A veces la perfección puede llevarnos a cometer un error fatal.

—¿Es esa la única prueba que tenéis? —se burló Salus.

—Bueno, la cuestión es que tenemos a un viejo soldado, tan borracho que casi no podía tenerse en pie, por lo que tuvisteis que ayudarlo a subir las escaleras y meterlo en la cama. Debería haberse quedado ahí hasta última hora de la mañana, pero por alguna razón desconocida Leónidas se levantó de la cama, bajó al jardín, se cayó forzosamente en el estanque y se ahogó.

Agatón le devolvió la mirada.

—Le pregunté a Harna —añadió Telamón inclinándose hacia delante—. Me describió el modo en que Leónidas bajó esas escaleras. Oh, sus pasos eran muy pesados y respiraba ruidosamente, pero nunca se tropezó ni dio un traspié. Llegó al rellano, abrió la puerta y se marchó —Telamón hizo una pausa—. Y es aquí donde la historia se pone muy interesante. Leónidas se las arregló para cruzar el jardín que, por cierto, está muy descuidado, lleno de escaramujos, arbustos con ramas retorcidas, hierba sin cortar, terreno desnivelado, suciedad y escombros. Sin embargo, el viejo soldado que iba tan bebido, en medio de la noche, se las apañó para atravesar todos estos obstáculos del camino e ir a parar de cabeza al estanque. De verdad, puedo

entender que se cayera al agua, pero no hay pruebas de que intentara salir, ni siquiera se oyeron gritos, ningún jaleo que diera la alarma.

Agatón bajó la cabeza.

—He estudiado el cuerpo —continuó Telamón—. ¡Y no he hallado ni una sola marca en él! Sólo viejas heridas de guerra, pero nada que delate lo que debió haber sido un tropiezo tras otro mientras avanzaba hacia el estanque. No se hizo ni un solo arañazo mientras cruzaba ese jardín lleno de maleza.

—¿Y?

Telamón sonrió.

—Hasta el momento nadie me ha ofrecido una explicación convincente de por qué el viejo soldado se encontraba allí; esto en primer lugar. Esperabais que la gente lamentara la muerte de Leónidas, pero que no le diera demasiada importancia. Total, un final ebrio para una vida ebria.

Agatón se puso en pie de un bote, haciéndole señas a Salus de que le siguiera.

—¡Arrestadnos! ¡Llevadnos a juicio! ¡Responderemos ante cualquier tribunal de la ley marcial! ¡Vuestras pruebas no valen nada!

—Tal vez —reconoció Telamón poniéndose también en pie—, pero después de todo os quedaréis sin el tesoro.

Agatón hizo caso omiso de sus palabras y se acercó a coger su capa.

—No tenemos ningún tesoro —replicó por encima del hombro.

—¡Oh claro que sí! —chilló Casandra—. ¡Está escondido ahí fuera bajo esas piedras, ante la puerta principal!

Agatón se movió con rapidez. Cogió la capa y se la lanzó a Telamón. Él y Salus desenvainaron las dagas que portaban en sus talabartes. Telamón retrocedió. Miró rápidamente al Cíclope, que permanecía de pie en su sitio, inmóvil como una estatua. Agatón estaba rojo de ira.

—¡Tenéis razón! —exclamó, cortando el aire con su daga mientras Salus, dispuesto a atacar a Casandra, se echaba a un lado rodeando a Telamón—. Matamos a Leónidas igual que él mató a nuestros camaradas. Cuando regresó a Efeso, juramos que si conseguíamos alojarnos con él, nos guardaríamos de revelar a nadie nuestras sospechas.

—Por supuesto —añadió Telamón—, le hicisteis chantaje. Debisteis descubrir que esos cuerpos estaban todavía enterrados en la Casa de Medusa.

—Íbamos a compartir el tesoro cuando lo desenterráramos —continuó Agatón cambiándose la daga de mano—, pero no confiábamos en Leónidas. Da igual, está muerto. ¡Vos y vuestra furcia podéis hacerle compañía en el Infierno!

Se abalanzó sobre él. El médico utilizó la mochila de cuero para esquivar el golpe y logró detener a tiempo la mortal puñalada, agarrando la muñeca de su atacante. Agatón intentó liberarse. Telamón dejó caer la mochila, le propinó un recio empujón e intentó sujetar su otra muñeca sin perder de vista la daga que en estos momentos le amenazaba el rostro. Se percató entonces del alboroto y de los gritos a su alrededor.

Salus había arremetido contra Casandra y ella lidiaba también su propia batalla en un forcejeo a vida o muerte, aunque a su agresor, más inseguro, se le había caído el cuchillo. Telamón miró desesperadamente hacia la puerta, pero el Cíclope había desaparecido.

El médico llegó a percibir el hedor que desprendía el cuerpo de Agatón, cómo las venas estaban a punto de reventársele en el cuello y el sudor de su pecho. Se empujaron y forcejearon como guerreros, hacia delante y hacia atrás. La pierna de Telamón se enredó en una de las capas y, en un fatídico intento por liberarla, tropezó cayendo de bruces al suelo. Agatón, sobre él, con los ojos brillándole de furia, levantó la daga en dirección al cuello de su presa.

Mientras los labios de Agatón esbozaban una sonrisa, Telamón entrevió una sombra. De pronto el rostro de su rival se tensó, empezó a toser y a agitarse espasmódicamente, perdió la mirada en sus ojos y las primeras gotas de sangre le brotaron por la nariz y la comisura de la boca.

Telamón sintió como el cuerpo se quedaba rígido y lo apartó de su lado. Agatón cayó rodando, con la mano hacia arriba intentando agarrar la daga que Harna le acababa de clavar profundamente justo debajo del cuello.

La doncella dio un paso atrás, cruzó los brazos y se quedó impasible. Lanzó una rápida mirada a Telamón, pero parecía más interesada en la agonía de la muerte de su antiguo amo. El médico se dio la vuelta. Casandra y Salus estaban enredados como dos amantes. El soldado oprimía sus vigorosas manos alrededor del cuello de ella y ésta intentaba pasar las suyas entre las muñecas de él para liberarse. Lo consiguió y de un golpe seco apartó a Salus. Éste, desconcertado, buscó a su compañero con la mirada y al verlo tendido en el suelo, corrió en dirección a la ventana del fondo.

La puerta se abrió. Una flecha silbando por el aire alcanzó de pleno la espalda de Salus; con los brazos en alto, el soldado se estrelló contra la pared, pero luego, como una pelota, rebotó y se desplomó. El Cíclope estaba de pie en la puerta, con un arco de cuerno en una mano y con una aljaba de flechas a sus pies.

—¡Gracias! —balbuceó Telamón. A tropezones se dirigió hacia Casandra que permanecía en el suelo aturdida—. ¿Estáis bien?

La piel de su rostro, pálida como la nieve, contrastaba con unos ojos enrojecidos y llenos de lágrimas. Casandra se llevó las manos a la garganta, intentando respirar.

—¡Gracias a los dioses! —suspiró.

Telamón escuchó un ruido y alzó la vista. El Cíclope había lanzado otra flecha y, antes de que el médico pudiera darse cuenta, se había clavado en el cuello de Harna. La joven avanzó a trompicones, con los músculos de la cara paralizados en una expresión de sorpresa; después cayó de rodillas sobre el cuerpo de Agatón, que yacía retorcido sobre un charco de sangre cada vez mayor. El Cíclope se inclinó para coger otra flecha.

Telamón empujó a su ayudante a un lado y corrió hacia él. El mendigo tuerto ya había sacado la flecha de la aljaba y la mantenía en alto, un astil largo y oscuro

adornado con plumas de buitre. La inesperada avalancha de Telamón entorpeció la maniobra de su agresor y le permitió ganar algo de tiempo. Mientras el Cíclope levantaba el arco, colocaba la flecha y tensaba la cuerda, Telamón se le echó encima, golpeándolo en el hombro y haciendo que el arco y la flecha se le escaparan de las manos.

El mendigo retrocedió. Extrajo de alguno de los pliegues de su túnica una daga, afilada y a primera vista muy peligrosa, con un hueso feísimo como mango. Como cualquier bravucón callejero, el Cíclope se agachó, se cambió la daga de mano y clavó su único ojo sano en Telamón.

—No seáis loco —susurró Telamón—. Habéis hecho un buen trabajo.

—Es mi tesoro —replicó el Cíclope—. Me hirieron, he vagado como un mendigo durante años por las calles de Efeso. ¿Y ahora qué? ¿Que me arresten como a un desertor?

—Puedo interferir por vos —se ofreció Telamón, retrocediendo un poco, con la mirada atenta a todo cuanto allí sucedía.

—¿De verdad lo haríais? —preguntó el Cíclope suplicante. Bajó la daga pero a continuación, de repente, se abalanzó sobre el médico. Éste se enfrentó a él. El Cíclope no era hombre de cuchillos, intentó golpearle de lleno en el pecho pero el médico le agarró por la muñeca y le propinó un puñetazo con la otra mano sobre el ojo del parche. Enzarzados en aquella lucha, atrapado uno en los brazos del otro, Telamón y el mendigo iban de un lado para otro como dos amantes borrachos.

—¡Casandra! —gritó Telamón, pero su ayudante yacía tumbada en el suelo con los cabellos pelirrojos cubriéndole el rostro. Telamón colocó la mano debajo la barbilla de su atacante. El mendigo intentaba liberarse mientras levantaba el cuchillo.

Se escuchó un ruido afuera seguido de unos gritos y entonces la puerta se abrió de par en par. El Cíclope se volvió. Unas fornidas manos le agarraron por el pelo y lo apartaron. Telamón cayó de rodillas, vio a los soldados vestidos con armadura, sus espadas y escudos, y oyó el sonido metálico de sus pasos. Enfrente de él se erguía un oficial con un penacho de plumas lilas en el casco.

—¡Vamos, señor! —le dijo amablemente una voz—. Vos sois médico no deberíais estar en el suelo.

Le ayudaron a incorporarse. El médico dirigió la mirada al Cíclope y se quedó horrorizado. El mendigo estaba arrodillado en el suelo, con las manos atadas hacia atrás. Había un soldado a sus espaldas y, aunque Telamón gritó, la espada atravesó su cuello, cortándole la cabeza de un solo tajo. La sangre empezó a salir a borbotones del tronco decapitado mientras rodaba por el suelo hasta ir a parar a una esquina. Un soldado maldijo el desastre que allí se había organizado, mientras el verdugo tumbaba de una patada el cadáver que todavía se encontraba erguido.

Telamón se giró y se llevó las manos a la boca, intentando no vomitar. Calístenes le cogió amablemente por el hombro, lo sentó en un taburete y se agachó a su lado, con el casco en una mano y un paño húmedo en la otra que utilizó para enjugar el

sudor de la cara de Telamón.

—¿Estáis bien, señor?

Telamón miró hacia atrás sin comprender nada.

—¡Por todos los dioses! —exclamó Calístenes mirando alrededor de la sala—. ¿Cuántos cadáveres tenemos? —añadió chasqueando la lengua como lo haría una madre con sus hijos traviesos.

—¿Está bien la chica? —preguntó Telamón.

Echó una ojeada y vio a Casandra sentada en un taburete, con la espalda apoyada en uno de los pilares.

—¡Cuidad de ella, muchachos! —les gritó Calístenes—. ¡Traedle una bota de vino, pero cuidado con donde ponéis las manos; dejadle las tetas y el culo quietos! ¡Es la ayudante del buen médico!

Telamón señaló hacia el cuerpo decapitado, con la sangre derramándose por todo el suelo polvoriento, como el agua de un arroyo intentando encontrar su curso.

—¿Por qué lo habéis hecho? —increpó desalentado.

—Órdenes, señor —replicó con sequedad Calístenes—. La Ley Marcial todavía tiene vigencia. Un griego que ataque a un persa se merece la muerte inmediata, y viceversa, un persa que ataque a un griego, también. Y cualquiera que levante un cuchillo contra las autoridades legítimas...

—Muerte inmediata —afirmó Telamón terminando la frase por él.

—Eso es, señor, habéis captado la idea —continuó Calístenes poniéndose en pie—. Nos encontrábamos con nuestros cuatro notables.

Meleager, Agis, Peleo y Dión permanecían petrificados en la puerta, mirando a su alrededor con aire de descrédito. Calístenes tendió una mano al médico, éste la aceptó y el capitán le puso en pie.

—Esto es peor que una carnicería, señor, salgamos de aquí.

El capitán guió a Telamón hacia la puerta lateral. El médico se excusó un momento y se acercó a Casandra. Parecía encontrarse mejor, el color había vuelto a sus mejillas y mantenía la mirada firme a pesar de que temblaba mientras agarraba la copa de vino entre las manos. Dos guardias de Calístenes se habían arrodillado a ambos flancos de la joven como si la estuvieran adorando en un templo: uno de ellos alargó la mano para tocarle sus pelirrojos cabellos.

—¡Yo no lo haría, soldado! —le advirtió Telamón—. Los dedos son su manjar más exquisito. Limitaos a cuidar de ella y estará bien.

Dio a Casandra unas palmaditas en el hombro y siguió a Calístenes en dirección al jardín. El capitán se había hecho con algo de vino.

—Es un regalo de parte del portero —dijo colocando una copa en la mano de Telamón—. Ahora, señor, ¿podéis decirme qué pasó? Estoy seguro de que tenéis una buena explicación.

Telamón le contó lo ocurrido. Calístenes se agachó y sentó en el suelo con las piernas cruzadas como un escolar delante de su profesor. Cuando Telamón hubo

terminado, Calístenes sacudió la cabeza, silbando por lo bajo.

—Pensé que el Cíclope era uno de los nuestros —se quejó Telamón—, pero no podéis culpar al pobre bastardo, su avaricia le venció.

Calístenes se encontraba contemplando la casa.

—Sacaremos los cadáveres. Las órdenes del rey fueron bastante explícitas: se expondrán en el mercado, les colgarán de las horcas como advertencia al resto.

—A la chica, no —interrumpió Telamón—, ella era inocente —abrió su bolsa de monedas y le lanzó una al capitán, que atrapó hábilmente—, ¡que tenga un entierro decente!

Calístenes estuvo de acuerdo, se puso en pie y se sacudió la suciedad de manos y piernas.

—¡Prenderé fuego a este lugar empapado de sangre, pero antes...!

\* \* \*

Al cabo del rato, Telamón y Casandra junto a los cuatro dignatarios efesios y el portero, subido a un taburete mirando por encima de las cabezas, observaban cómo los hombres de Calístenes se disponían a levantar las piedras pavimentadas enfrente de la casa. Bajo las dos primeras no encontraron nada, sólo grava y suciedad, pero al alzar la tercera y la cuarta, descubrieron claras evidencias de que aquel suelo había sido cavado recientemente. Mientras extraían dos enormes sacos llenos de barro, se oyó un tintineo. Sin más dilación, cortaron las cuerdas y finalmente vaciaron el contenido en el suelo.

Los efesios soltaron exclamaciones de sorpresa. El sol se reflejó en el oro y la plata, en las joyas preciosas, en los brazaletes y en los collares: todo un tesoro, amontonado ahora ante sus pies, rielaba a la luz del día.

Calístenes presintió el peligro y ordenó inmediatamente que volvieran a llenar los sacos.

—¡Apartad vuestros ojos de él, muchachos! —señaló en dirección a los cuerpos ordenados en fila ante la puerta principal—. ¡Es un tesoro maldito!

Los hombres contemplaron los cadáveres y movieron los pies inquietos. Harna ofrecía una imagen grotesca con la flecha todavía clavada en el cuerpo. Los cadáveres de Agatón y de Salus estaban empapados de sangre. Y en cuanto a los restos del mendigo, lo habían sacado a rastras por los talones, dejando un río de sangre a su paso. Como si de una broma macabra se tratara, alguien le había acomodado la cabeza decapitada sobre el pecho.

—¡Llevaos el tesoro a palacio! —ordenó Telamón—. ¡Pero el botín es para los vencedores! —Cogió una bolsa de monedas y la pesó en las manos—. Ésta es para el portero —dijo lanzándosela a Calístenes.

—¡Estábamos buscándoos!

El médico se volvió. Agis y sus compañeros se acercaban.

—Nos hallábamos en el templo cuando llegó el mensaje —explicó Agis, con el rostro pálido y empapado de sudor por las terribles escenas que había presenciado—. ¿Expondrá el rey los cuerpos ante el pueblo? —preguntó con voz apagada.

—Antes del anochecer —anunció Telamón contemplando el cielo—, se instalará una horca en la plaza principal. Los cuerpos se exhibirán públicamente para que sirva de advertencia. Y ahora decidme, ¿por qué me buscabais?

—El Templo de Hércules tiene que ser purificado —intervino Dión—. Hay que apagar las brasas y reemplazar la vasija de plata. El Rey quiere que lo inspeccionéis de nuevo.

—Alejandro es capaz de leerle la mente a uno —sonrió Telamón.

—No puedo quedarme por más tiempo —añadió Peleo con altivez—. Tengo otros asuntos que atender.

Y se marchó con paso jactancioso. Un hombre joven agachado cerca de la puerta se puso en pie para saludarlo. Peleo le rodeó los hombros con el brazo y los dos se alejaron con andares remilgados.

—Cómo le gustan a Peleo los jovencitos —suspiró Agis—, ¡vamos!

Salieron del jardín, descendieron por la calle y se dirigieron hacia la vía principal, llamada la Avenida de la Diosa, que se perdía ciudad abajo. La ancha vía pavimentada estaba bordeada por sicómoros y palmeras, y de vez en cuando se alzaba una estatua blanca y altísima de la diosa Artemisa en diferentes poses. Delante de cada estatua los ciudadanos depositaban como ofrenda cestas de flores y de fruta, que ahora habían caído en manos de los mendigos. Agis intentó sonsacarle información al médico sobre lo que había sucedido en la Casa de Medusa, pero éste no se encontraba en condiciones de contestar a ninguna de sus preguntas. Débil y con el estómago revuelto, estaba más preocupado por Casandra, que seguía pálida y sin soltar palabra.

Mientras caminaban, Telamón advirtió la presencia de los macedonios: los soldados paseaban por las calles o descansaban en los pequeños parques. Un escuadrón de caballería se les cruzó al trote, los cascos con penachos resplandeciendo bajo el sol del mediodía. Los compañeros de Telamón atrajeron miradas de sorpresa: el espectáculo de aquellos enemigos inveterados caminando juntos y además acompañados de un macedonio, era todo un acontecimiento.

La ciudad parecía estar en calma. Los comerciantes y los campesinos habían regresado. Los carros y las carretillas de mano llenaban la avenida. Gentes de diversas nacionalidades andaban atareadas en sus negocios. Nubios, con sus capas de llamativos colores, se cruzaban con escitas ataviados con pieles de animales salvajes. Egipcios y libios, canaanitas, griegos y fenicios, incluso un grupo de comerciantes de Cartago. Todos se paseaban con ropas de lo más variopintas luciendo sus joyas resplandecientes e impregnando el aire de extraños perfumes y olores.

Salieron de la avenida y se adentraron en el centro de Efeso propiamente dicho, en dirección a una de las enormes casas de los guardas de la ciudad ahora bajo las órdenes de arqueros y escuderos macedonios. El bullicio golpeó a Telamón como una

ola de calor. Se sintió mareado, con náuseas. Las casas estaban apiñadas las unas a las otras, cortadas por estrechos callejones o anchas avenidas de basalto negro. Los mendigos gimoteaban pidiendo limosna. Un grupo de bailarines libios se retorció y daba vueltas al son de una música extraña mientras un niño pequeño pedía una moneda a los espectadores. Tragafuegos y saltimbanquis, curanderos, acróbatas y cuentistas, todos intentaban captar clientes. Los estafadores, los hombres Escorpión y los brujos vendían piedras preciosas del Monte de Sinaí o amuletos de la suerte de allende la Tercera Catarata del Nilo. Borearon pequeños templos dedicados a unos dioses con nombres muy raros, alrededor de los cuales se habían agolpado diferentes procesiones: hombres y mujeres con trajes color azafrán, las mejillas de un rojo muy intenso, tocando panderetas y sistros, bailando como sonámbulos en trance, con los ojos entornados y las bocas entreabiertas. Telamón intentó hacer algunas preguntas, pero el estruendo era ensordecedor. Tuvieron que echarse a un lado ya que otra procesión salía del mercado, en el medio iba una joven sentada en un palanquín portado por cuatro nubios sudorosos. Iba envuelta en un velo casi transparente de gasa blanca y en la cabeza llevaba puesta una máscara de toro, con los cuernos apuntando al cielo. Otras chicas más jóvenes corrían delante de ella con cuencos de incienso humeante mientras otras esparcían pétalos de rosas. El hedor a carne en descomposición que desprendía el palanquín era tan fuerte que Telamón se detuvo y se llevó una mano a la boca.

—Amo, necesitamos encontrar una sombra —susurró Casandra—. Estoy cansada.

—Venid por aquí.

Agis agarró a Telamón por el brazo y los condujo hacia arriba por una calle lateral. Se toparon con un cuentista que relataba a voz en cuello cómo había viajado más allá de la frontera occidental del mundo. En sus numerosas aventuras había sido perseguido por hombres que podían adoptar la forma de hienas, grifos con cabezas humanas y panteras negras con alas. Proclamaba también a los cuatro vientos que había visto templos de oro y plata. El tipo intentó echarle la zarpa a Casandra pero Telamón lo apartó de un golpe.

Agis giró de repente hacia la derecha y les llevó a comer a una posada. Telamón, aliviado al sentirse lejos de aquel alboroto, miró alrededor del patio. Era una plaza amplia, con paseos cubiertos de pórticos a ambos lados y un estanque resplandeciente en el centro. En la parte más alejada se alzaban árboles de diversas especies: sicómoros, acacias, terebintos, dátiles y palmeras, que proporcionaban sombra y cobijo a los clientes cansados.

—Conozco un sitio incluso más tranquilo.

Agis les condujo a la cocina, una sala invadida por toda clase de olores, donde los gansos, pollos y patos recién sacrificados colgaban de unos ganchos, bajo los cuales se habían dispuesto platos para recoger su sangre. Justo a la salida de la cocina se desplegaba una zanja cubierta de enredaderas y, tocando a ésta, toda una fila de hornos de loza alimentados con abundante leña y carbón. Sobre sus parrillas se

asaban tan ricamente trozos de codorniz, antílope, ternera, pato, perdiz y pollo. Dos niñas pequeñas, completamente desnudas, corrían arriba y abajo, con un cubo en una mano y en la otra un cucharón para untar la carne en gran variedad de salsas de hierbas. Nubes de humo trajeron consigo exquisitos olores. Entonces Telamón se dio cuenta de lo hambriento que estaba.

Aquella parte de la posada se solía reservar para invitados especiales. Detrás de la zona para comer se hallaba un pequeño jardín, regado por un canal para mantener la hierba, las flores y los arbustos frescos y fragantes.

El dueño reconoció enseguida a Agis y les condujo a un lugar sombrío bajo unas palmeras, amueblado sobriamente con unas mesas de caballete, unos bancos y unos taburetes. Les sirvieron agua y vino. Telamón le dijo a Agis lo que le apetecería comer y se volvió hacia Casandra.

—¿Estáis bien? —le susurró.

—Me siento un poco desfallecida —pestañeó y se llevó los dedos a la comisura de la boca—, ¡cuánta sangre! ¡La muerte nos asaltó por sorpresa! —añadió con un chasquido de dedos—. ¿Por qué el Cíclope se volvió contra nosotros?

—Fue decisión de un momento —replicó Telamón—, de un deseo inminente —tendió la mano y tomó la copa de vino de Casandra, la cató y luego se la devolvió con un gesto admirativo—, Chian del mejor —le dijo—. Limpia la boca, llena de alegría el corazón y tranquiliza el estómago: no os producirá resaca.

Cassandra pegó un sorbo mientras Telamón cogía su propia copa y paseaba la mirada a su alrededor. Se sintió algo cohibido ante la mirada fría y dura de aquellos dignatarios efesios.

—¿Os resulta difícil estar juntos? —les preguntó.

Meleager arqueó las cejas.

—Quiero decir, hace unos días os queríais matar unos a otros.

—Como se ha demostrado en la Casa de Medusa —replicó Meleager—, es una condición humana muy común en Efeso.

—¿Qué pasó allí? —preguntó Agis—. Después de todo, Meleager y yo somos ahora los principales magistrados de la ciudad.

Telamón suspiró, tomó un sorbo de vino y les relató brevemente lo que había sucedido. Agis y Meleager le dejaron terminar de hablar. Telamón sólo les contó lo que quiso, no más.

—Es una antigua historia —afirmó Meleager—. Los Centauros eran una secta religiosa que adoraba a una diosa espantosa, la Destructora —sacudió la cabeza maravillado—. Nunca pensé que la Casa de Medusa fuera tan importante.

—Pero Leónidas sí —replicó Casandra.

—Es porque andaba detrás del tesoro —comentó Agis.

Se callaron mientras servían la comida: besugo con queso y aceite, presentado en fuentes de madera, trozos de queso con ajo y pedazos de liebre asada sobre hojas frescas y cubiertas con pimienta negra y aceite de oliva. Mientras comían entablaron

sin ganas una conversación. Casandra se sintió más animada y a mitad de la comida se levantó un momento para, en sus propias palabras, «ponerse un poco más presentable». El estómago de Telamón por fin se tranquilizó y sintió cómo ganaba fuerzas. También se percató de la tensión que existía entre Meleager y Agis, con Dión avivando las llamas. Permanecieron prácticamente en silencio aunque de vez en cuando soltaron algún comentario, alguna respuesta que hacía referencia al pasado y que sólo ellos podían entender.

—Arela —empezó Telamón apartando sus restos de comida y cogiendo la copa de vino—, era una mujer joven con mucha influencia, ¿verdad?

—Era muy buena en la cama —declaró Dión— y se rodeaba de un halo de misterio que aumentaba todavía más sus encantos.

—¿Confiaba en alguien?

—Tal vez en su doncella.

—Había una persona —intervino Dión—, la mujer que le enseñó todo lo que sabe, cierta cortesana retirada que se hace llamar Basilea, Reina de los Moabitas. Todavía conserva una casa cerca del Barrio del Perfume. Por lo que sé, Arela la visitaba a menudo.

—Quiero hablar con ella —dijo el médico.

—Ella no recibe a extraños.

—No recibirá a un extraño —replicó Telamón—, sino al enviado personal del rey. Vayamos al Templo de Hércules —anunció, y señalando a los mozos alrededor de los hornos, añadió—: pagadle a uno de ellos una moneda para que lleve este mensaje a la Reina de los Moabitas: «El representante del rey de Macedonia desea encontrarse con Basilea en el Templo de Hércules. Si no se presenta, será arrestada».

Agis quiso objetar.

—Sois el magistrado más importante de la ciudad —le recordó el médico—. Se han cometido varios asesinatos, incluso el propio rey fue amenazado. Arela es un eslabón más de la cadena.

—Queréis decir *era* —le corrigió Agis—. Ahora no es más que un pez muerto flotando en su piscina.

El líder de los demócratas, tras hacer esta puntualización, miró a éste como si estuviera a punto de emitir una orden. Meleager le devolvió una mirada fría y siguió recogiendo algunas migajas de su plato. Agis suspiró y se levantó de su asiento. Se fue a hablar con el propietario y a continuación dos de los mozos se calzaban las sandalias y partían. Agis se acercó a paso lento cruzando el jardín.

—La Reina de los Moabitas —afirmó tomando asiento— no podrá resolver el misterio del Centauro o de los asesinatos en el templo.

—Cuando era un muchacho —replicó Telamón—, Aristóteles me puso a prueba. Me desafió a coger los dos extremos de una cuerda con ambas manos y sin soltarlos debía hacer un nudo en el medio.

—¿Y lograsteis hacerlo?

Telamón asintió.

—¿Cómo? —preguntó Meleager.

—Eso lo deberéis descubrir vos mismo —le retó Telamón—. ¡Yo lo hice! Lo mismo ocurre con este asunto tan misterioso. Hay un modo de resolverlo. Todos los asesinos cometen un error y estoy seguro de que el Centauro también lo ha cometido. Me gustaría que me aclaraseis una serie de preguntas, y preferiría hacerlo aquí, sin testigos. ¿Alguno de vosotros se acercó al templo mientras Demades y sus compañeros se encontraban allí refugiados?

Su pregunta fue acogida con una negativa rotunda.

—¿Y Arela?

—Yo la visitaba —confesó Dión, el abogado de los demócratas—. No mentiré, aunque preferiría que mi mujer no se enterara.

—¿Y Arela os contó algo?

—Tenía una regla de oro: nunca hablaba de religión o de política.

—¿Era Hesíodo uno de sus clientes?

—No —replicó con sequedad el abogado—. Hesíodo era como Peleo —dijo dándole unos golpecitos a su copa de vino—, tenía sus propios gustos.

—¿Y el sacerdote del templo? —les preguntó sin desvelarles lo que había descubierto por boca del Cíclope.

—El sacerdote fue asesinado por la multitud —remarcó Agis—. Es imposible seguir la pista de su asesino.

—En ese caso, caballeros —anunció Telamón poniéndose en pie—, el Templo de Hércules nos espera.

Para cuando llegaron a la pequeña plaza que estaba frente al templo, Calístenes y sus guardias ya habían regresado. Las grandes puertas de madera de cedro libanesa se abrieron y también las de detrás de la caseta del portero. Una vez más, Telamón se adentró en la oscuridad, en aquel santuario saturado de humedad. Se quedó durante un rato contemplando la gigantesca estatua de Hércules y los lúgubres pasillos debajo de los pilares. El suelo del templo seguía manchado de sangre. El médico advirtió que el fuego se estaba extinguiendo entre las cenizas blanquecinas.

—¡Calístenes! —le llamó.

El capitán de la guardia entró diligente.

—El tesoro de la Casa de Medusa ya se ha transportado a Palacio —les informó Calístenes escuetamente—. El propio Aristandro lo ha recibido. Parecía bastante enojado por no haberlo descubierto él mismo.

Ya, pensó Telamón, y seguro que para apaciguar su rabia se quedará con algún capricho.

—Le he entregado al portero las monedas —continuó Calístenes—. El rey ha ordenado que se derribe la Casa de Medusa hasta sus cimientos en cuanto anochezca y que el terreno se cubra con sal.

Telamón señaló hacia el foso.

—Quiero que recojan esas cenizas, que las envuelvan en cuero y las lleven a palacio.

—¿Por qué? —preguntó Agis.

—Las quiero examinar cuidadosamente. Yo mismo lo haré. De momento —dijo haciéndole señas a Casandra—, vamos a dar otra vuelta por este templo.

Mientras los efesios permanecían junto a la puerta hablando entre si, Telamón y Casandra caminaron alrededor de las brasas.

—Estoy cansada de lugares como éste —se quejó la joven pelirroja—. Primero, la Casa de Medusa, ahora este templo frío y sombrío que huele a matadero.

Telamón se detuvo y le tiró de la barbilla.

—¿Estáis bien?

Sus ojos resplandecían en un rostro que ya había recuperado la serenidad.

—¿Queréis examinarme, médico? —le preguntó con malicia—. Oh, por cierto, ¿cómo resolvisteis la prueba de la cuerda que os puso Aristóteles?

—Ah —sonrió Telamón—. Crucé los brazos y cogí cada uno de los extremos. Cuando desplegué los brazos se formó un nudo. Pero no se lo digáis a nadie.

—¿Cuánto tiempo os llevó? —quiso saber.

—La modestia me prohíbe daros una respuesta —y recobrando la gravedad en su voz, añadió—: esto va a resultar más difícil. Mirad a vuestro alrededor, Casandra —señaló hacia una mancha oscura y aceitosa—. Aquí encontré el cuerpo totalmente carbonizado. Sólo los dioses saben cómo murió. Y en torno a este lugar —continuó apuntando con su índice hacia los pilares—, Demades y el resto, junto con el guardia macedonio, fueron aporreados. Dos golpes: uno en la sien y otro en la frente.

Casandra se estremeció y se frotó los brazos.

—La única excepción fue Sócrates, el criado de Denudes. Se le encontró cerca de la puerta detrás de la estatua, en la parte trasera del templo. Tenía el rostro y los brazos llenos de arañazos como si le hubiera atacado un gato enorme.

—¿O un centauro con sus pezuñas?

—Sí, o un centauro con sus pezuñas —admitió Telamón—. Quedaron restos de vino y comida pero éstos estaban intactos. No se encontraron armas —continuó—. Nada sospechoso. Según tengo entendido Demades parecía muy nervioso, algo se temía y se mostraba receloso. Su criado permaneció durante mucho tiempo cerca de las puertas del templo, mirando al exterior como si esperara ver a alguien. Tal vez siguiera órdenes de su amo, aunque por lo poco que sé, el propio Sócrates estaba también algo inquieto —Telamón sin moverse de donde estaba, levantó la vista hacia el enorme rostro de piedra de Hércules—. Las ventanas son demasiado altas y estrechas para que llegara a colarse un intruso.

—¿Y esta puerta trasera? —preguntó Casandra señalando detrás de la estatua.

—Tenía los cerrojos echados y el sello real: no se había abierto desde hacía tiempo, aunque habían engrasado los cerrojos recientemente. Las puertas principales también estaban cerradas con llave. La tiene Aristandro. Y sin embargo, todos estos

hombres murieron en silencio. Nadie dio la voz de alarma ni tampoco se escucharon gritos.

—¿Dónde se encontró el cuerpo de Sócrates?

Telamón la condujo alrededor de la estatua y señaló el suelo pavimentado cerca de la puerta trasera.

—Justo aquí.

El médico retrocedió y se quedó observando la vasija de plata, de nuevo sobre el plinto. Telamón pensó que debería de tener unos cien años de antigüedad y que los sucesivos sacerdotes la habrían ido barnizando.

—Y eso —murmuró por lo bajo—, me recuerda algo.

Salió al pórtico y llamó a Calístenes.

—¿Y la casa del sacerdote?

—Está completamente entablada, fue saqueada —contestó el capitán—. Venid, os la enseñaré.

Les condujo escaleras abajo en dirección a un estrecho callejón. La vivienda del sacerdote se encontraba ubicada al fondo, protegida por una pared alta de ladrillos. La puerta delantera colgaba medio torcida. En el interior, el patio de guijarros estaba sembrado de trozos de madera y cerámica rota. También habían destrozado las fuentes, de donde el agua seguía brotando pero obturada por la suciedad. En la fachada de la casa, en el pasado un lugar agradable, se podían apreciar las manchas negruzcas dejadas por el fuego. Las plantas que crecían por los muros habían sido arrancadas o quemadas. Se había reparado la puerta principal de la casa pero estaba tapiada con tablas de madera apuntaladas al través. Calístenes desenvainó la espada y con ella hizo palanca hasta que las tablas cedieron. Telamón y Casandra entraron. De nuevo se encontraron ante una escena de destrucción: el suelo de baldosas, levantado y las paredes, chamuscadas.

—Arramblaron con todo —afirmó Calístenes—. Los saqueadores cogieron cuanto quisieron.

Telamón entró en la cocina. Los botes y las jarras que no robaron se habían hecho pedazos, el pequeño horno desplazable había quedado patas arriba. Y en la habitación principal la situación era muy parecida. Telamón se fijó en un dibujo en la pared del fondo y se acercó: aunque estaba estropeado por el fuego, todavía se conservaban los dibujos.

—Es un mapa del interior del templo —remarcó—. Mirad, estos son los pilares, este el plinto de piedra, el círculo de brasas y la vasija de plata.

—¿Y qué es esto? —preguntó Casandra señalando hacia una escena que representaba los aleros bajo las sombras del templo. Telamón la estudió de cerca y finalmente pudo distinguir la forma oscura entre dos pilares de una criatura mitad hombre mitad caballo.

—¡Un centauro! —exclamó—. Me pregunto qué significa, qué representará.

Estaba a punto de proseguir cuando el quejido de un cuerno de concha rompió el

silencio.

## Capítulo IX

«Apeles *realizó* un retrato ecuestre de Alejandro, pero el rey no quedó satisfecho con cómo pintó al caballo».

Quinto Curco Rufo, *Historia*, Libro 2, capítulo 6.

**L**a escena que presencié al salir de la casa le cortó la respiración. Telamón ya no sabía si quedarse pasmado o estallar en una carcajada.

Una mujer subía calle arriba con andares de pato, toda ella un montón de carne enjabonada y perfumada. A Telamón le recordó a un sapo hinchado. El perfume que desprendía su vestido de volantes, y el tintineo de sus joyas alrededor del cuello, muñecas y tobillos, la proclamaban como Basilea, Reina de los Moabitas. El vestido era de un maravilloso lino de multitud de colores. Un chal azul oscuro almidonado le cubría los hombros y una brillante gargantilla cornalina, su rollizo cuello. Sobre el pecho le rebotaban numerosas barbillas y sus ojos estaban prácticamente ocultos bajo los pliegues de grasa. Apretaba la boca como si se hubiera llenado los rechonchos carrillos de vinagre y estuviera a punto de escupir. Caminaba torpemente sobre zapatos de tacón alto, con un matamoscas en una mano y un pequeño parasol en la otra. Su escolta era igual de extravagante: bañados en pintura plateada de pies a cabeza (que por cierto llevaban afeitada), incluso los taparrabos y las sandalias; sólo llevaban sin pintar los ojos y los labios. Dos hombres iban armados con porras y espadas, otros sostenían plumas de avestruz de color rosa con las que abanicaban a su señora, esparciendo en todas direcciones ráfagas de aire perfumado. Un enano caminaba al frente haciendo sonar una campanita. Vestía una armadura que imitaba a la de un hoplita griego, a pesar de que su coselete y su falda eran rosas, así como la cresta de crines del casco que llevaba bajo el brazo.

—¡Abrid paso a Basilea, Reina de los Moabitas! —gritaba.

Calístenes intentó contenerse, pero no pudo y entró de nuevo en la casa desternillándose de risa. Casandra fingió haberse olvidado algo y también se metió dentro. Telamón se mordió la comisura de los labios. Aquella extraña procesión se detuvo frente a él. El enano le pinchó en la rodilla.

—¿Sois vos el que envió a buscar a mi señora?

Telamón se agachó y lo aupó: el enano perdió el casco y empezó a dar chillidos y propinar pataditas.

—Sí, soy yo —contestó Telamón depositándolo de nuevo en el suelo y haciendo una reverencia a Basilea: sus ojos perspicaces, como dos botones negros, se entrecerraron al sonreír; sus labios, ya no tan apretados, se abrieron y dejaron entrever dientes con empastes de oro.

—Soy Basilea —anunció con un tono de voz suave—. Vos debéis de ser Telamón, enviado de Alejandro de Macedonia. Yo no estoy acostumbrada a...

—Señora, ya sé a lo que no estáis acostumbrada —le interrumpió el médico quedándose a un lado y señalando hacia la casa—, pero necesito hablar con vos sobre una conocida que tenemos en común.

Los cuatro guardaespaldas clavaron su mirada en él, con el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante, como si estuvieran dispuestos a saltar en defensa de su señora. Basilea se volvió y empezó a hablar en una lengua que Telamón no pudo entender. Uno de los guardaespaldas se marchó corriendo colina abajo y regresó con una enorme silla acolchada. Miró con el ceño fruncido a aquel representante macedonio mientras pasaba por su lado y luego se dirigió hacia la casa. Entonces Basilea también se dispuso a entrar con toda la dignidad de una princesa.

El sirviente colocó la silla en la sala principal. Calístenes ya había conseguido recuperar la compostura y permanecía de pie cerca de Casandra. Basilea se limitó a dedicarles una mirada de desprecio. Telamón encontró un taburete bastante destartalado, lo acercó y se sentó frente a ella.

—Me alegro mucho de que hayáis venido, señora —empezó—. Según tengo entendido, sois una mujer muy importante y por consiguiente tendréis innumerables asuntos que atender, supongo.

—Estoy acostumbrada a los halagos, médico. Acabo de pasar mi cincuentavo verano.

Basilea sacudió la cabeza provocando el tintineo de sus joyas y el balanceo de sus pendientes de amatistas en sus lóbulos rollizos. Cada vez que se movía, Telamón podía oler su fragancia, una mezcla de casia, mirra e incienso combinados con el dulce aroma de los pétalos de rosas y azucenas machacados.

—En mi época, macedonio —prosiguió, haciendo señas a su enano enojado y a su guardaespaldas para que se mantuvieran alejados (mientras movía aquellos rechonchos dedos Telamón se preguntó si alguna vez se quitaría los anillos)—, en mi época, esta mano fue besada por príncipes y generales. Los hombres solían matarse entre sí cuando yo les retiraba mis favores.

—La auténtica belleza siempre perdura —añadió Telamón con discreción.

Basilea alargó la mano y le tocó la mejilla.

—Parecéis triste, macedonio, pero, claro, en un lugar como éste quién no lo parecería. Lo saquearon en los recientes altercados ¿verdad? Ésta debió de ser la casa del sacerdote. ¡Ah, sí! —exclamó levantando un dedo—. He oído que fue asesinado. Me encontré con él en una ocasión.

—¿Y erais intocable? —Telamón comenzó con su interrogatorio.

—Tengo una escolta de dieciséis mercenarios —ceceó Basilea—. Degolladores escitas. Ningún saqueador se atrevería a acercarse a las puertas de mi casa.

—¿Y a Arela? —preguntó Telamón—. ¿La conocíais?

Basilea se columpió sobre sus anchas posaderas y ladeó ligeramente la cabeza.

—No sé qué deciros —contestó con voz temblorosa.

—Sí lo sabéis, señora. Deseo ser vuestro amigo, trataros con la mayor dignidad y

quiero también que seáis amiga del rey.

Basilea movió la cabeza y relajó los hombros.

—Arela está muerta —continuó Telamón—, otros también han muerto.

—Por todo Efeso hay multitud de cadáveres.

—Esto es diferente —insistió Telamón—. Es el deseo del rey.

Basilea bajó la cabeza.

—¡Dejadnos solos! —gritó—, ¡dejadnos solos!

Telamón se volvió sobre sus hombros y asintió mirando a Calístenes y Casandra que, llevándose de nuevo las manos a la boca, se apresuraron a desalojar la sala junto con los sirvientes de Basilea.

—Nací en Moab, reino de Canaán —empezó la gruesa dama—. Cuando tenía catorce años me vendieron a los esauítas que me trajeron a Efeso. Me educaron para ser flautista y bailarina. Los hombres me miraban con lascivia, manoseaban mis pechos y me pellizcaban el culo. Tuve suerte. Me acogió una cortesana profesional como su doncella. Fui educada en todas las artes —añadió sonriendo a Telamón—. Todo lo que un hombre desea, se lo puedo dar. Incluso aquellos que ya han pasado la flor de la vida, de repente sienten cómo se regenera su potencial sexual. Asumí el título de Reina de los Moabitas. En aquella época Efeso era una ciudad sin ley. Los ciudadanos luchaban entre sí y las bandas callejeras sembraban el terror en la vida pública...

—¿Os referís a los Centauros? —preguntó Telamón.

—Existían varias bandas de asesinos que competían unas contra otras, pero los Centauros eran más rápidos, más listos y más implacables. No tenían piedad ni compasión. Os seré honesta: les utilicé. El templo era uno de sus lugares sagrados preferidos y servía como punto de encuentro.

—¿Os referís al Templo de Hércules?

—En efecto, macedonio. El sacerdote asesinado había sido un centauro en el pasado. Luego no fue más que un acólito, un sacerdote de capilla para esos criminales.

—¡Es por eso! —exclamó Telamón.

—¿El qué?

Telamón le contó lo que había sucedido en la Casa de Medusa.

—El Cíclope tuvo mucha suerte —añadió Basilea con un chasquido que provocó el temblor de sus numerosas barbillas—. Pudo haber venido a parar aquí por accidente, pero de haberlo sabido, el sacerdote habría estado muy interesado en aquel tesoro.

—¿Sabíais algo del tesoro? —inquirió Telamón.

—Oh, sí, ese viejo rufián de Leónidas vino a visitarme. Había encontrado algunos documentos en la Casa de Medusa que me relacionaban con los Centauros. Por supuesto le dije que no podía ayudarle pero, claro, estamos en lo mismo, era un oficial macedonio. No me gustó cómo acariciaba sin parar la empuñadura de su

espada, así que lo envíe a Arela —Basilea se pasó un dedo sobre el labio de carmín—. Cuando los Centauros fueron aplastados, el padre de Arela, Mali, me entregó a su hija para que la cuidara. Yo eduqué a aquella niña —añadió con orgullo— para que se convirtiera en la prostituta más fina de todo Efeso —los ojos se le llenaron de lágrimas—. Y ahora está muerta —añadió con voz temblorosa—. ¡Toda la belleza se ha marchado!

—¿Ayudó Arela a Leónidas? —preguntó Telamón.

—¡Claro que sí! Le conté a Leónidas el pasado de su familia: que los asesinos solían encontrarse en la Casa de Medusa.

—¿Y no estabais ninguna de las dos interesadas en el tesoro?

—¿En el tesoro? —preguntó Basilea con tono de burla—. No es el tesoro lo que ansiamos, macedonio, sino el poder sobre los hombres.

—¿Y tenía Arela ese poder?

—Era cortesana de los grandes y de los buenos, de los de alto rango y de los poderosos —los ojos de Basilea observaban sigilosos en derredor—. No pertenecía a ningún partido. Decía que cuando se envuelve a un hombre con las piernas, es tan sólo un hombre, ya sea persa, griego, aristócrata o plebeyo.

—¿Por qué fue asesinada? ¡Vamos, contestad! —le ordenó secamente Telamón—. Y en segundo lugar, durante el tiempo que Demades y sus compañeros estuvieron refugiados en el templo, ¿por qué fue vista Arela en los alrededores?

—Puede que sintiera curiosidad.

—Yo sí que siento curiosidad, señora, y también me estoy enfadando. Erais la confidente de Arela. Podéis responderme aquí o en presencia de Aristandro, Guardián de los Secretos del rey.

—Estaba preocupada —balbuceó Basilea—. Las cortesanas, como los macedonios, adoramos el poder. Un extraño había visitado a Arela. Llegó en mitad de la noche y se metió en su dormitorio. Llevaba puesta una horrible máscara, se sentó en la cama y la amenazó. Arela estaba aterrorizada. Pero las amenazas se convirtieron en promesas de poder y de riquezas más allá de lo imaginable, con una condición: Arela debía prestar sus favores a una persona que él escogiera.

—¿A quién?

Basilea levantó las manos como si rezara.

—De verdad que no lo sé, macedonio. Os juro que ésta es la verdad. Arela nunca me reveló su nombre.

—¿Por qué aceptó?

—El intruso dijo que se llamaba el Centauro, que me entregaría a mí medio talento de oro como garantía, como prueba de que cumpliría su palabra.

—¿Y os llegó ese oro?

—Sí, llegó a mi casa de forma misteriosa. El hombre que lo trajo simplemente entregó el paquete a mis guardias y se marchó. No tengo ninguna descripción de él.

—¿Cuándo sucedió todo esto?

Basilea se llevó los dedos a los labios; sus ojos negros desaparecieron tras sus carnosos párpados.

—Al poco de la victoria de Alejandro en el Gránico —continuó—, cundió rápidamente el pánico.

—¿Y os contó Arela algo más?

—Estaba preocupada, había un hombre que no la dejaba en paz, pero —añadió Basilea levantando un hombro con elegancia—, es parte de nuestra vida, siempre hay hombres que no nos gustan y nos fastidian —zarandeó tus gruesos dedos enfrente de su boca—. ¡Oh vaya! —murmuró—, no había hablado tanto desde hacía días. Tendré que aclararme la garganta con miel. ¿Qué me recomendáis, médico?

—Miel —contestó Telamón y le hubiera gustado añadir «y ayuno durante cuarenta días», pero se mordió la lengua.

—Ah, es lo que ella decía —afirmó Basilea levantando las manos—. Le pregunté a Arela sobre el hombre al que se suponía debía ofrecer sus favores y me contestó que antes de tomar una copa con él preferiría beberse una copa de cicuta.

—¿Qué quiso decir?

Basilea compuso un mohín.

—Nada, sólo que a ella no le gustó el hombre que aquel extraño había elegido.

—¿Era alguien del grupo de Demades? ¿Tal vez él mismo?

Basilea bajó la cabeza. Telamón le cogió la mano, se la llevó a la boca y se la besó.

—Me podéis contar más, ¿verdad?

Basilea le miró con coquetería bajo sus cejas espesamente pintadas.

—A Arela no le gustaba Demades. No la dejaba en paz. ¡Oh! Hacía ya muchos meses que quería que le ofreciera sus favores, pero ella siempre lo rechazó. Demades la perseguía como un perro, le hacía regalos, la visitaba, pero Arela no quería saber nada de él.

—¿Y con el gordo escriba de Hesíodo?

—Sí, me pregunto que estaba haciendo él con mi chica preferida —Basilea chasqueó los labios—. Hesíodo no era un hombre para andar con señoras, pero tal vez...

—¿Pudo ser él quien visitó a Arela por la noche?

—Pudo ser —afirmó la Reina de los Moabitas, quien con su propio estilo cogió el matamoscas y lo zarandeó delante de su cara—. Yo soy tan sólo una cortesana retirada —añadió con una sonrisa bobalicona en los labios—, antes que los macedonios entrarais valientemente a Efeso, pensé que los viejos días habían vuelto, con esas súbitas muertes...

—¿Y el Centauro? —preguntó Telamón.

—¡Ah, sí, el Centauro! Arela me lo contó. Desconocía su nombre pero uno de sus clientes, el persa Rabinos, al que quemaron vivo en su celda, solía insinuarle que sí lo sabía.

—Cuando llegasteis aquí —siguió indagando Telamón— conocisteis a Agis, Meleager y al resto, ¿sabéis si había alguna relación entre ellos y Arela?

Basilea se humedeció los labios.

—Habéis sido tan amable —prosiguió Telamón con dulzura—, que espero poder presentaros al rey.

—El abogado Dión —las palabras le brotaron rápidamente de los labios, Basilea parecía nerviosa—. Veréis, el día que Arela murió, envié un mensajero a la casa de Dión, pero no sé encontraba allí.

—¿Por qué enviasteis un mensajero?

—Dión está casado, pero le gustan mucho las mujeres. Tengo algunas bellezas bajo mi ala a las que protejo como si fueran las niñas de mis ojos y que sólo ofrezco a clientes muy selectos. Dión no se encontraba en casa. Agis acababa de marcharse de la vivienda del abogado. Mi mensajero, un hombre de confianza, se acercó hasta la casa de Arela pero cuando llegó —los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas—, la residencia de mi pequeña ya ardía en llamas. En fin, mi criado vio a un hombre corriendo a través del pequeño jardín: está seguro de que era Dión.

Telamón levantó la cabeza ante los ruidos que se escucharon afuera: enseguida reconoció los gritos agudos de Aristandro. El Guardián de los Secretos del rey se coló en la casa.

Basilea sabía quién era e inmediatamente empezó a temblar: una gota de sudor le resbaló por la cara pintada y sus uñas empezaron a revolotear. Le dedicó una sonrisa halagadora a Aristandro mientras éste permanecía de pie a su lado, estudiándola de arriba a abajo como si se tratara de una monstruosidad de algún grupo ambulante.

—Ah, Basilea, Reina de los Moabitas —Aristandro le tomó su rolliza mano y la sostuvo en alto—. Este esmalte de uñas es rojo como la sangre.

—Es una mezcla mía —sonrió.

Aristandro le dejó caer la mano, le cogió el chal tan finamente bordado y dio un golpecito a uno de sus pendientes. Basilea no protestó.

—Debéis visitarme —añadió la Reina de los Moabitas haciendo gorgoritos—. Os podría enseñar mi armario repleto de vestidos, sandalias y collares.

Aristandro posó su mano sobre la peluca empapada en aceite de Basilea.

—¡Por favor! —le suplicó ella.

—¡Ya está bien! —gritó Telamón poniéndose en pie. Agarró a Aristandro por la muñeca mientras aquellos ojos crueles y fríos le devolvían la mirada—. ¡No la humilléis!

—Es con vos con quien quiero hablar —contestó Aristandro olisqueando el aire—. Aquí huele a podrido. Acerquémonos a la ventana.

Condujo a Telamón hasta el sitio.

—Me he enterado de lo sucedido en la Casa de Medusa —empezó Aristandro sacando y metiendo la lengua como un lagarto tomando el sol—. ¡Cuánta sangre y cuántos cuerpos! Los he dispuesto para que los trasladen al cadalso afuera con un

letrero colgado. Alejandro está muy contento con el tesoro: supone una paga mensual para todo el ejército. Ha advertido a esos ladrones del secretariado de que no quiere echar en falta ni una sola moneda —Aristandro miró por encima de sus hombros hacia donde se encontraba la Reina de los Moabitas sentada en su silla mirándolos nerviosa—. ¿Qué asunto os traéis entre manos con ese montón de grasa? Enseñarme su armario, dijo ¡Y qué más! Si ni siquiera tengo su talla, aunque me gustaría echarle mano a ese collar coralino.

—¿Habéis venido con vuestros encantadores muchachos?

—Sí, están fuera molestando a los soldados y echando una ojeada a los cuerpos. Bien, tengo algo interesante que contaros. Primero, esta mañana he visitado la celda donde murió Rabinos. Sí, los dioses saben que no quedó nada de aquel pobre hombre. Sólo un trozo de carne, todo chamuscado y arrugado. Sin embargo escribió algo en la pared antes de morir. Algo así —Aristandro se humedeció el dedo y dibujó un triángulo en la pared.

—¿Qué significa?

—No lo sé —replicó Aristandro—. Vos sois el que estudiasteis con Aristóteles. ¿No significa el triángulo un símbolo de la Divinidad?, uno de esos signos tan misteriosos. Bueno, parecía un triángulo o... —añadió con malicia—, podría tratarse de la letra D en mayúscula.

—¿Dión?

—Sí, Dión. Ahora bien, en segundo lugar —continuó Aristandro—, Dión visitó a Arela el día que murió y también he visitado a la viuda de Demades para preguntarle sobre el asalto de ayer por la noche al rey. Estaba muy arrepentida, hecha un mar de lágrimas. Pensó que había venido a llevarme su cabeza. Bien, admitió que Meleager lo había arreglado todo para que pudiera entrar en palacio. Sin embargo, anteayer por la noche entró un intruso misteriosamente en su dormitorio y le informó de que el propio Alejandro había ordenado la muerte de Demades y el resto.

—¡Eso es mentira!

—Sí, ya lo sé, pero nuestro visitante nocturno sembró la semilla de la venganza en su mente y le contó cómo llevarla a cabo.

—¿Y en tercer lugar? —preguntó Telamón—, ¿hay algo más que queráis contarme?

—El rey ha emitido una proclamación sobre los últimos sucesos, sobre la muerte del guarda y el ataque de esas avispa. Me he paseado arriba y abajo por todo el palacio. Alejandro tiene razón; Olimpia habría podido vivir aquí con todas esas entradas secretas, galerías, bodegas y esos pórticos sumidos en las sombras. Cualquiera pudo entrar. Durante la confusión, nuestros amigos debieron de llevar a cabo ahí fuera el malévolo plan.

—¡Habéis estado muy ocupado!

—¡Oh, sí! —replicó Aristandro—. Por cierto, el rey desea veros. Quiere saber cómo puede tomar Mileto según la profecía de la diosa Artemisa. También quiere

descubrir si ese mensaje escrito por el loco que quemó el Templo de Artemisa contiene alguna información que nos pueda ser de utilidad.

—¿Puedo ir yo? —preguntó Basilea alzando la voz.

—Quedaos donde estáis, furcia vaca, hasta que mi amigo y yo hayamos terminado —replicó Aristandro.

—¿Arrestaréis a Dión? —le preguntó Telamón.

Aristandro negó con la cabeza.

—Todavía no tenemos suficientes pruebas por el momento pero con el tiempo... ¿quién sabe? Ah, y para postre Alejandro ha sufrido uno de sus ataques de ansiedad esta mañana.

—Le he dicho que no bebiera tanto vino.

—Tiene miedo de que lo asesinen —musitó Aristandro—. Soñó con su padre ayer por la noche, vio cómo se dirigía al anfiteatro y el asesino avanzaba. Ahora se pregunta qué va a hacer a continuación...

Telamón cerró los ojos. Alejandro se estaba aburriendo en Efeso: al permanecer encerrado prefería holgazanear antes que lanzarse a realizar una actividad frenética.

—También quiere que el Centauro sea capturado y crucificado —continuó Aristandro alegremente y dándole unas palmaditas a Telamón en el hombro—. ¡Y gracias a los dioses, para eso os considera a vos responsable y no a mí!

Aristandro meneó los dedos en señal de despedida y cruzó la habitación para retirarse con aires de grandeza. Al pasar junto a la Reina de los Moabitas le dio una palmadita en su rollizo hombro, luego salió por la puerta y llamó a sus hombres.

—Cuánto temo a ese hombre —afirmó Basilea acariciándose el hombro dolorido.

—No tenéis nada que temer.

Telamón se acercó a la puerta destartalada y la cerró. Un dibujo en la pared de pronto llamó su atención.

—Tengo que contaros algo —susurró Basilea—, en agradecimiento a lo que habéis hecho por mí.

Telamón se sentó en el taburete. Basilea miró temerosa por encima de su hombro.

—Los políticos de esta ciudad son como un estanque profundo y lleno de porquería —prosiguió—, y toda clase de detestables criaturas nadan bajo su superficie. Agis y Meleager son hermanastros que se odian entre sí. Dión no es mejor, es un hombre con un corazón salvaje y un alma oscura. Peleo —añadió haciendo un mohín con la boca— es un hombre vicioso y malvado. Les encanta la lucha de poderes. Dión era cliente de Arela.

—¿Y Agis?

—Tiene un corazón tan frío como el hielo. Os diré algo —se inclinó hacia delante acompañada por el tintineo de sus joyas y la embriaguez de su perfume—. ¿Sabíais que Agis es el espía de vuestro rey?

—¡Qué! —exclamó Telamón.

—Claro —sonrió Basilea—, ¡un perro vigilando a otro! ¿Cómo pensáis que

Parmenio entró en Efeso hace dos años? ¿Quién hizo correr la noticia de la victoria de Alejandro en el Gránico? ¿Quién creó diferencias entre los persas? Agis es el que tiene la sartén por el mango. ¿Sabíais que los persas desconfiaban de él? Cuando Alejandro llegó al Helesponto y marchó sobre Troya, las noticias llegaron hasta aquí, a Efeso. Agis se escondió. Mitra... —añadió mientras se reía por lo bajo ante la sorpresa de Telamón—. Sé un poco más de lo que pensáis. Mitra envió a los Encapuchados, unos asesinos profesionales del Rey de Reyes, a Efeso, para darle caza. Agis confió su hija a sus familiares y se perdió en tierras baldías. Sólo apareció después de la victoria de Alejandro en el Gránico.

Telamón silbó por lo bajo y se quedó mirando el dibujo en la pared.

—No debéis revelar vuestra fuente, pero podría seros de utilidad hacer especulaciones.

Basilea acarició con los dedos la muñeca de Telamón: el médico estaba tan sorprendido ante las noticias que no la había retirado.

—Debo irme.

Telamón ensimismado se puso en pie y besó la mano de la Reina de los Moabitas. Ella se marchó incluso antes de que él se diera cuenta, ocupado como estaba en desmenuzar la información que le acababan de revelar.

—¿Estáis enamorado?

Telamón levantó la mirada. Casandra se reclinó contra la jamba de la puerta.

—He visto a esa montaña andante. Ya se aleja con toda su extravagante corte.

—¡Entrad!, ¡entrad! —Telamón la condujo a través de la habitación hacia la esquina del fondo por si alguno de los hombres de Aristandro estaba escuchando a escondidas cerca de la puerta—. Me contó algo muy interesante. Alejandro tiene un espía en Efeso.

—Eso no me sorprende demasiado.

—No, es Agis. Me gustaría hablar con él en privado. Decidle que entre.

Al cabo de poco rato Casandra le pidió al efesiano que entrara.

—Nos habéis tenido esperando durante mucho rato —protestó Agis olisqueando la habitación—. Es fácil adivinar dónde ha estado esa gorda furcia, debe bañarse toda entera en perfume. Lo necesita, por eso, suda como un camello.

—Quiero haceros una pregunta —comenzó Telamón—. ¿Tenéis el mismo padre que Meleager?

—Pensé que ya os lo había dicho él —el efesiano se acercó y dio una patada a un tiesto de cerámica.

—Sin embargo estáis en partidos opuestos.

—El destino, la suerte —replicó Agis.

—Pero a vos os pagaba un macedonio.

Agis sonrió tontamente y se frotó la sien.

—A Meleager le pagaban los persas. Yo recibí subvenciones de Grecia, me daba igual que fueran atenienses o macedonias.

—Pero los persas os odiaban.

—¡Bueno, claro! Lideraba a un partido opuesto a su mandato, pero me toleraron. Siempre y cuando no pudieran culparme de traición, estaba a salvo.

—Pero les hubiera gustado quedarse con vuestra cabeza, ¿no es cierto?

—Sí y colgarla de un poste junto a la de Hesíodo, Dión, Peleo y el resto de miembros de mi partido. Los persas eran unos gobernantes muy extraños, eran déspotas benevolentes, por llamarlos de algún modo. Siempre y cuando no le pillaran a uno haciendo algo malo, no había nada que temer. El truco estaba en no ser cogido con las manos en la masa.

—Pero pudisteis haber sufrido un accidente.

Agis señaló al techo.

—¿Un accidente decís, médico? ¡Oh sí, por supuesto!, fui víctima de numerosos accidentes. Una vez decidí inspeccionar las obras de construcción en el Templo de Artemisa: un tejado se vino abajo, o más bien una viga recubierta de yeso. Me libré por los pelos. En otra ocasión uno de mis almacenes se incendió misteriosamente mientras yo me encontraba en su interior. De nuevo logré escapar.

—¿Y los asesinatos?

—Oh, nosotros los demócratas matamos oligarcas y los oligarcas matan demócratas. Preguntad a Dión. He sobrevivido a tres intentos de asesinato. El primero fue una botella con vino envenenado —Agis empezó a contar los casos con los dedos, más bien como si estuviera contando dinero que explicando lo cerca que había estado de una muerte violenta—. Luego me asaltaron en el mercado, fue un asesino encapuchado y enmascarado, pero se equivocó de persona. Y el tercero y último fue un mendigo que llevaba el platillo en una mano pero una daga en la otra.

—¿Y qué pasó?

—Yo regresaba de una cacería, cerca de las Puertas Lilas. Desenvainé mi espada y le maté.

—¿Y no vinieron los persas a daros caza?

—Sí, fue entonces cuando decidí abandonar Efeso por un tiempo. Los macedonios estaban a punto de llegar. Alejandro marchaba hacia el Gránico. Los persas se dieron cuenta de que yo podía armar tanto alboroto como quisiera —el rostro oscuro de Agis esbozó una sonrisa—. Y no les decepcioné.

—Y ahora viviréis pacíficamente con Meleager y su partido.

—El partido de Meleager no existe —se burló Agis—. Y Meleager, bueno, es sólo una sombra de lo que era. El verdadero poder en Efeso está en manos de los macedonios.

—Y cuando abandonen la ciudad, ¿será de Agis? Agis se limitó a sonreír y a encogerse de hombros.

\* \* \*

El paraíso fértil y verde, la joya del jardín del palacio del Gobernador, estaba a rebosar de gente. Los compañeros de Alejandro, Ptolomeo, Seleuco, Hefestión y Amintas, yacían recostados bajo las espaciosas ramas de un sicómoro. Los hermosos prados de hierba, regados por fuentes, se encontraban rodeados de miembros de la Guardia Real. Los soldados sudaban profusamente bajo sus coseletes lilas y grises, las faldas de guerra del mismo color, las grebas, botas de marchar blancas, y los cascos corintios de plumas sobre las cabezas. Los chambelanes y cortesanos se paseaban arriba y abajo. Los cocineros traían comida, jarras y copas de vino. Alejandro permanecía sentado con toda su armadura sobre su caballo negro Bucéfalo, empuñando la espada y sosteniendo con su otra mano un escudo de oro que representaba supuestamente el rayo de Zeus. Se había bañado, lavado y afeitado y llevaba sus cabellos pelirrojos recogidos cuidadosamente. El rey contemplaba el alboroto que había levantado con una mirada perdida a lo lejos. Parecía totalmente ajeno al ruido, al graznido de los pavos reales, al ladrido de los perros de caza de un establo de los alrededores. Incluso cuando Telamón se acercó, echando a un lado a un chambelán que intentaba bloquear su camino, Alejandro ni siquiera se inmutó.

—¡Yo no le interrumpiría! —le gritó Ptolomeo.

El médico alargó la mano y la arrió al hocico de Bucéfalo. Apeles el pintor había erguido una enorme lámina de madera, con la superficie especialmente preparada, sobre la que dibujaba un esbozo a carboncillo de Alejandro. Estaba cubierto de pintura de los pies a la cabeza. A su alrededor, yacían diseminados trozos de pergamino rotos, pinceles y botes vacíos, y sobre la enorme mesa de caballete instalada junto a él, esperaban su turno las innumerables herramientas del artista: paletas, cuchillos, cepillos, carboncillos, plumas y botes de tinta. Apeles no dejaba de pasearse de un lado para otro, examinando detenidamente al monarca.

—¡Lleva así horas! —rugió Ptolomeo.

Apeles parecía preocupado y se alegró de la llegada del médico. El pintor le hizo señas de que se acercara y Telamón se dirigió a su encuentro.

—No puedo decidirme —le susurró el pintor—, no sé si debería pintar al rey montado a caballo, sentado en un trono o de pie como un general. Y por si fuera poco, no puedo captar la mirada en su rostro, cambia continuamente.

—Siempre ha sido así —replicó Telamón—. Sufre cambios de humor en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Lo he oído!

Alejandro dejó caer el escudo y la espada y desmontó de Bucéfalo: el caballo de guerra negro se giró inmediatamente olisqueando a su amo. Alejandro cogió las riendas y le habló con dulzura, acariciándole la mancha blanca en la frente; luego le quitó la manta de montar de leopardo y le secó el sudor con la palma de las manos mientras seguía susurrándole palabras de cariño.

—Es un buen caballo —murmuró Apeles—, el problema es Alejandro.

El rey llamó a los mozos y observó cómo se llevaban a su caballo preferido. Luego se deshizo de su armadura lila y de su capa escarlata y las lanzó al suelo; se desató la falda y las grebas alrededor de las piernas.

—¿Por qué no intentáis captarme en medio del fragor de la batalla? —preguntó Alejandro levantando una mano—. En lugar de inmortalizarme en un gran retrato, tal vez podríais representarme luchando contra los persas en el Gránico, justo después de cruzar el río. Me encontraba yo solo frente a ellos.

Telamón tosió y Alejandro le sonrió tímidamente.

—Bueno, no exactamente solo, unos pocos me acompañaban. Apeles quiero que vuestro cuadro tenga ese efecto de congelación. Quiero que capturéis la vida, el poder que está dentro de mí, pero no como si fuera una estatua cualquiera o un jarrón. La persona que lo vea debe sentir que si alarga la mano puede coger la espada de mi empuñadura, aunque por supuesto —añadió con acritud—, no podría, como tampoco lo conseguiría en la vida real.

—Es vuestra expresión, majestad —declaró Apeles—. No dejáis de mover la cabeza y cuando volvéis a mirar vuestra expresión ha cambiado.

—Bueno, ese es vuestro problema —replicó Alejandro—. Apeles sois el mejor. Quiero que vuestro cuadro adorne el Templo de Artemisa. Quiero que aquellos que todavía ni siquiera han nacido lo contemplen con admiración. Sé que no me decepcionaréis. ¡Bien!

Alejandro se despojó de la túnica empapada en sudor y, vestido tan sólo con una banda de tela que le cubría el bajo vientre y unas sandalias, empezó a pasearse arriba y abajo.

—¡Limpiad este desastre! Tomad algo de vino, Apeles, os acompañaré a vuestra casa. Por el camino discutiremos sobre cuáles son las pinturas más apropiadas. Tengo algunas ideas. Tal vez no utilicemos a Bucéfalo ¿qué os parece? —y dirigiendo su mirada hacia los botes de pintura, añadió—: algunos de esos colores son demasiado vivos. He pensado en apagarlos ligeramente y hacer de este modo que parezcan más reales —señaló al ancho lienzo—. No estoy demasiado seguro de si debéis pintar dentro o al aire libre. La luz puede distorsionar las pinturas.

Telamón contempló a Apeles, que le devolvió una sonrisa. El médico se alegraba de que Casandra no estuviera presente. Se habría tronchado de risa al ver a Alejandro, como siempre, dando órdenes al pintor más prestigioso de toda Grecia.

—Ahora no os enfadéis.

Apeles le miró confundido.

—No os enfadéis —repitió Alejandro— y no os marchéis sin mí. Telamón, quiero hablar con vos un momento.

Agarró al médico por el brazo y le condujo por el césped en dirección al resplandeciente estanque de aguas limpias. A aquella hora las flores de loto estaban abiertas, desprendiendo su fragancia mientras capturaban el calor. Alejandro se sacó el taparrabos y las sandalias y se zambulló en el agua. Nadó dos largos y salió

temblando como un perrillo. Los pajes se acercaron corriendo con una túnica. Alejandro se vistió y metió los pies en sandalias nuevas.

—Bebamos algo de vino.

Entraron en palacio y Alejandro gritó a sus compañeros que no molestaran a Apeles. Los guardias les siguieron a una distancia prudencial. El monarca condujo a Telamón hasta los aposentos reales y cerró la puerta de golpe tras él. Luego señaló el gran mapa, desplegado sobre el suelo.

—Encontré esto en los archivos del Gobernador.

Alejandro se acercó a la mesa y llenó dos copas y aguardó a que su convidado diera el primer sorbo.

—¿Es que soy ahora el catador real?

Alejandro sonrió y señaló el trapo que cubría la jarra y las copas.

—La puerta de mis cámaras siempre está vigilada: a veces incluso ni siquiera puede uno percatarse de la presencia de mis guardas. Pero lo más importante es que yo mismo llené esa jarra de vino y dejé el trapo con el trozo de hilo rojo mirando hacia arriba. No lo han tocado.

—¿Teméis que os asesinen?

—Los reyes siempre vivimos con ese temor. ¡Esa maldita mujer y su daga! Un poco más y le hace el trabajo a Darío.

—¿Os avisaron?

Alejandro ladeó ligeramente la cabeza, uno de sus gestos preferidos cuando cavilaba.

—Os avisaron, ¿verdad? ¿Vuestros espías? Estabais muy tranquilo y os comportasteis de un modo demasiado razonable.

—¿Qué espías? —le preguntó el rey en tono retador.

—¿Agis, Dión o Peleo?

—Oh, sí, todos son espías —añadió Alejandro bebiéndose de un trago el vino—. Mi padre les pagó para que sembraran la intranquilidad en esta ciudad y yo hice otro tanto. Agis me advirtió de que tuviera cuidado con la viuda de Demades.

—¿Confiáis en todos?

—Yo no confío en nadie —replicó Alejandro—. Excepto en vos, en Hefestión y en mi madre —añadió suspirando ruidosamente—. Y acabo de recibir una carta de ella. No le gusta el general Antípatro que dejé en Macedonia para que la vigilara. Se queja de él y él de ella.

—Pero por supuesto, vuestra madre siempre se sale con la suya ¿no es cierto?

—Siempre —sonrió el rey—. Una lágrima de Olimpia vale más que mil cartas del general Antípatro.

Con la copa entre los dedos, Alejandro caminó hacia el mapa, haciendo señas a Telamón para que le siguiera. Era un rectángulo de lienzo de unos tres metros de largo y dos de ancho, un retrato fiel del imperio de Darío. Estaban marcados los ríos fronterizos, así como las ciudades más importantes y las carreteras reales que

conectaban Efeso con Persépolis en el este y los puertos costeros en el oeste. Alejandro se arrodilló.

—Me gustaría que el cartógrafo que hizo este mapa trabajara para mí. Mirad, Telamón, ahí está el río Gránico, la carretera real, Troya, Abidos —señaló hacia abajo la costa occidental del imperio persa—. Y aquí está Mileto, un puerto principal. Ahora bien, el gobernador acordó entregármelo, pero ese hombre es un mentiroso nato. ¡Como todos los milesios, hablan mucho pero no tienen huevos! Me cerrará las puertas. Mileto está bien fortificado, mirad cómo lo representa el cartógrafo, rodeado de tres murallas. Detrás se encuentra la ciudad y el Puerto del León, cuya entrada está protegida por esta isleta —explicó Alejandro dando un golpecito sobre el mapa— y sobre la que se ha construido una fortaleza inexpugnable. Necesito Mileto por si quiero traer nuevas tropas o por si tengo que salir a toda prisa. Además, si controlo este puerto, domino la mayor parte de la costa —tomó otro sorbo de vino y le dio unas palmaditas a Telamón en el hombro—. Oh, por cierto, he oído vuestra hazaña en la Casa de Medusa. Deberíais andar con más ojo, os podrían haber matado y entonces, ¿qué pasaría conmigo, eh? Bien, por lo menos le he arrebatado algo a ese Centauro. He enviado algunas de las perlas a mi madre. También encontré un broche muy bonito y un anillo: los he enviado a vuestra mujer pelirroja.

—No es mi mujer, pero os estoy agradecido.

—Ya lo creo que debéis estarlo —añadió propinándole un amistoso codazo en el pecho—. Sólo os ruego que vayáis con cuidado, eso es todo —y le miró de cerca, con aquellos ojos extraños que bailaban tramando alguna diablura—. No moriréis antes que yo, Telamón. También he emitido esa proclamación. Pero ¿seré capaz de capturar a la persona responsable de la masacre en el Templo de Hércules? ¿Cómo puedo probar que Artemisa desea mi pintura en su templo? Y lo más importante, ¿cómo voy a hacerme con Mileto? ¿Tenéis algunas ideas, médico?

Telamón bajó la vista y contempló el mapa. Había estado en Mileto en dos ocasiones. Había visto sus defensas: las altas y poderosas murallas, las formidables puertas defendidas por los guardas de las torres.

—Tengo maquinaria para cercar la ciudad —explicó Alejandro— pero ¿sabéis cual es el verdadero problema, Telamón? Sólo tengo ciento sesenta trirremes, gobernados por atenienses en los que no confío en absoluto. Además se encuentran mar adentro. Los persas, sin embargo, poseen una flota de quinientos barcos de guerra de primera clase.

—¿Quién está al mando de la guarnición en Mileto?

—Nuestro viejo amigo Memnón, el mercenario rodio. Por eso sé que el gobernador no nos dejará entrar.

Telamón cerró los ojos y resopló. Memnón odiaba a Alejandro con una pasión consumada. Ahora que era el consejero militar de Darío, Memnón se afanaba en disuadir al rey persa de sus pretensiones por alcanzar una tregua con Alejandro en la batalla, al tiempo que le instaba a sitiario mediante la estrategia de quemar la tierra. Y

ahora parecía que el mercenario iba a salirse con la suya.

—No saldrá a luchar, ¿verdad? —preguntó Telamón—. Memnón cerrará las puertas y pondrá hombres en las murallas. Si os hacéis con una muralla, recurrirá a la segunda, y luego a la tercera. Si entráis en la ciudad, tendréis que tomar cada calle, cada casa, cada habitación. Memnón, si lo desea, puede huir por mar con la flota persa.

—Su almirante ha sofocado una revuelta en Egipto —explicó Alejandro—. Según nuestros espías, está aprovechándose del buen tiempo para navegar y sus barcos de guerra estarán pronto fuera de Mileto.

—Entonces la flota persa podrá atracar allí.

—No, no, el puerto es demasiado pequeño —le interrumpió Alejandro con impaciencia—, pero podrán suministrar a Memnón armas, comida, lo que necesite, así como refuerzos. Lo que quiero saber es ¿cómo nos vamos a enfrentar a la flota persa?

Alejandro se sentó con las piernas cruzadas sobre el mapa contemplando Mileto.

—¿Cómo se debilita a una flota, Telamón?

—Enviad vuestros barcos de guerra.

—No confío en ellos y tampoco tenemos suficientes.

—Siempre podéis rezar para que haya tormenta.

—¿Qué es lo que dijo Eurípides? —Intentó recordar Alejandro, frunciendo los labios—. ¡Ah, sí! «Antes hablasteis como quien no está en sus cabales, pero ahora habláis como un auténtico loco de atar». ¿Cómo puedo hacerme con Mileto? —repitió Alejandro—. ¡Pensad, Telamón! Rezaría para que hubiera tormenta pero los dioses puede que no contesten. Tengo una flota que no es ni lo suficientemente numerosa ni tampoco de confianza.

—Tal vez no podáis hacerlos con Mileto, tal vez debáis conformaros con sitiarla, dejar que se mustie como las uvas con el vino.

—Eso no sería digno de mí —declaró Alejandro—. «Soy el nuevo Aquiles» —añadió recitando un fragmento de la *Ilíada*— «para ser siempre el mejor en la batalla y destacar por encima de todos». He dicho que me haré con Mileto y me haré con ella. Mi padre tomó Efeso pero la perdió. Yo debo mantenerla, así como cada una de las ciudades de Darío.

—«Para que algún día —continuó Telamón, trayendo él también a colación una cita de la *Ilíada*— digan de él que es mucho mejor que su padre».

Alejandro levantó la cabeza.

—Pensáis que esa es la clave de todo, ¿verdad? Demostrar que soy mejor hombre que mi padre. Si Filipo tenía una estatua en el Templo de Artemisa, entonces, ¿por qué no puede tener Alejandro un retrato? Pero no soy Filipo —continuó el rey como si hablara solo—. No soy Parmenio. Soy el hijo de Zeus. Soy hijo de un dios. Mantendré Efeso y me haré con Mileto, ¿pero cómo?

Le pellizcó en las costillas maliciosamente a Telamón. El médico se volvió y

apartó el brazo del rey.

—Soy vuestro hombre de confianza en la paz y en la guerra —y le advirtió a continuación—: pero no soy vuestro esclavo.

—No, no lo sois —respondió Alejandro dándole unas palmaditas en el hombro y poniéndose en pie—. Pero os voy a confiar, Telamón, algunas piezas de un rompecabezas, y estoy seguro de que las haréis encajar. Ahora esperad ahí. Me voy a vestir y luego acompañaremos a Apeles a su casa.

## Capítulo X

«Alejandro, sin embargo, consciente de que el pueblo efesiano, ante la menor oportunidad de dar caza a los culpables... lleno de odio, daría también muerte a inocentes... detuvo la situación».

Arriano, *La Campaña de Alejandro*, libro 1, capítulo 2.

**T**elamón esperó en la sala principal mientras Alejandro se dirigía pasillo abajo hacia sus aposentos privados. Afuera podía oír el ruido de los pasos en marcha, el golpear de los címbalos y las notas líquidas de las flautas, mientras los músicos y bailarines ensayaban para el banquete de la noche. Se acercó a la ventana y miró al exterior. Hefestión se encontraba de pie detrás de una higuera contemplando los aposentos reales; cuando se dio cuenta de que Telamón le había visto, se ocultó todavía más entre las sombras.

—Siempre vigilando —murmuró Telamón.

Hefestión, el amigo larguirucho de Alejandro, como lo fuera Patroclo de Aquiles, vigilaba a su señor del modo en que lo haría una madre con su hijo, especialmente después de que cobraran fuerza los rumores sobre asesinos. Telamón caminó por la estancia y casi se tropieza con un arco hecho de cuerno y una aljaba de flechas que se habían caído de un hueco de la pared. Los recogió, los puso en su sitio y volvió al mapa. Allí arrodillado, se quedó mirando el puerto de Mileto, el río Maeander que desembocaba en el golfo de Micale y la isleta de Lade. Estudió el mapa, lo resiguió con los dedos. Desde el dormitorio se escuchó el canto de Alejandro, un himno de batalla macedonio al dios de la guerra Enyalios. Telamón se hizo con un trozo de pergamino y una pluma. Realizó el esbozo de un mapa de Mileto y de los alrededores. Dio un respingo cuando Alejandro, sigiloso como un gato, le tocó en el hombro.

—Tiene un gran parecido —afirmó el rey—. ¿Qué sugerís, general?

—Médico —rectificó Telamón sin apartar la vista del mapa—. La flota persa está de camino. Cuentan con cientos de trirremes, barcos de guerra y una horda de soldados —Telamón recordó sus viajes por mar alrededor de islas en medio de violentas tormentas, mareos y enfermedades—. Y nosotros contamos con ciento sesenta barcos de guerra, ¿no es cierto?

—Eso es. He ordenado a mi almirante que tome posiciones en la isla de Lade, que no se enfrente a los persas sino que selle la entrada en el Puerto. Pronto estará en posición —anunció Alejandro con voz cortante. Telamón sospechó que el rey no le estaba contando todo.

—¿Y no intentarán los persas abrirse paso por la fuerza? —preguntó el médico.

—No, no, es demasiado peligroso.

—¿Y el golfo de Micale?, es una cadena de montañas que rodea la costa.

—Es muy montañoso, excepto el estuario de Maeander —Alejandro dio unas palmaditas con su dedo achaparrado sobre el mapa que Telamón acababa de improvisar.

—¿No resulta curioso? —murmuró éste—. En Cartago conocí a un médico, un fenicio. Defendía esa extraña teoría médica según la cual el corazón bombea sangre mientras el cerebro envía mensajes a diferentes partes del cuerpo: no lo podía demostrar pero era un gran orador. Solíamos bajar a los acantilados desde los que se divisaba el mar y nos sentábamos allí; contemplábamos el cielo y el agua de Cartago, sobre todo la salida y la puesta de sol, de un tono violeta muy intenso, inolvidable.

—Sí, he oído hablar de ello —comentó Alejandro.

—Bien —continuó Telamón—, en una ocasión, vimos cómo dos barcos de guerra fenicios traían a remolque un barco de mercaderes que encontraron hundiéndose en el mar. La tripulación había muerto de sed y de hambre. Debieron de perderse o sufrir las consecuencias del tiempo. En fin, majestad, lo que os quería decir —prosiguió— es que podéis sitiar una ciudad, pero ¿qué me decís de cien barcos?

Alejandro echó a un lado a su médico y contempló el mapa. Se arrodilló, con los puños apretados, como un apostador esperando la última tirada de dados que le podría conceder la victoria.

—¡Telamón! ¡Vos y vuestras historias! ¡Vos y vuestras historias!

Con la cara sonrojada por la emoción, Alejandro se puso en pie. Se escuchó acto seguido cómo alguien llamaba a la puerta y Aristandro se coló en la sala como una sombra.

—Justo cuando estoy contento —exclamó Alejandro—. ¿No habréis traído más cartas de mi madre?

Aristandro miró malintencionadamente a Telamón; siempre le había molestado la confianza que el rey depositaba en el médico.

—He estado muy ocupado con vuestros asuntos, majestad, haciéndoos un hombre rico. Hay determinadas propiedades que ahora serán vuestras.

—¿De qué estáis hablando? —le preguntó Alejandro enojado, recogiendo el manto.

—De la propiedad confiscada a Hesíodo, Arela y al resto —explicó Aristandro—. Y lo más sorprendente de todo es que el criado de Demades, Sócrates, murió siendo un hombre muy muy rico. He seguido la pista de sus depósitos de oro y plata hasta los mercantes cerca de la Puerta del Pavo Real. En los últimos años reunió una pequeña fortuna.

—Su amo, Demades, era también un hombre muy rico —replicó el monarca—. Su criado debió de compartir con él su prosperidad. Me alegro por la riqueza más que por la noticia. ¿Eso es todo?

Aristandro, cariacontecido, dio un paso atrás.

—¡Bien! —dijo Alejandro—. No es momento de enfados, Aristandro, nos acompañaréis, vamos a pasar.

El rey casi salió a embestidas por la puerta. Afuera, miembros del regimiento de los Guardas estaban mezclados con los del coro. Alejandro se abrió camino dando palmadas. Aristandro levantó la vista al cielo y tendió una mano a Telamón como lo haría una mujer con su marido.

—¿Caminamos juntos, Telamón?

El médico no le hizo caso incluso cuando Alejandro, al darse cuenta de que no le habían seguido, regresó echó una furia.

—¡Vamos, vamos!

Ambos se apresuraron a obedecer. Afuera, los compañeros reales, Hefestión, Ptolomeo y Amintas, conversaban con Agis y Apeles. El pintor se había cambiado e intentaba limpiarse la pintura de las manos y de la cara. Alejandro les interrumpió. Pasó sus brazos entre los de Apeles y Agis como si fueran grandes amigos.

—Imita a su padre —susurró Aristandro—, Filipo siempre tenía el detalle de escoltar a casa a sus honorables huéspedes.

—¡Lo he oído! —gritó Alejandro—. ¡Ahora, vamos!

Ptolomeo, caminando tras Telamón, imitó al rey al tomar a Seleuco y a Amintas también por el brazo. Pasaron por el jardín del gobernador.

—Quiero enseñaros algo —anunció Alejandro.

Cruzaron el prado hacia un pabellón situado en el jardín, una estancia pequeña de columnas decorada con manojos de uvas negras, hojas verdes y tallos rojos. Alrededor del techo habían pintado con acuarela una guirnalda de pétalos azules y blancos. Las alargadas columnas eran alternativamente de color rojo y azul, el marco de la puerta, blanco, pero resaltado en azul, y el suelo era de madera encerada.

—Me gusta —exclamó Alejandro contemplando el edificio—. Apeles, haced un dibujo y enviádselo a mi madre —y sin esperar respuesta avanzó por el camino que llevaba a la puerta principal.

»No tenéis muy buen aspecto, Apeles —afirmó Alejandro en voz alta para que todos lo oyeran—. Esos arañazos en la cara y en las manos... Sois demasiado torpe con el cuchillo. Telamón os aconsejará que siempre os limpiéis las heridas con una mezcla de mirra. ¿Por qué os aguantáis el estómago? ¿Tenéis problemas con la vejiga?

El pobre Apeles tartamudeó algo como respuesta. Telamón escuchó la risa reprimida de Ptolomeo.

—Y me he dado cuenta de que vuestra muñeca está más rígida de lo normal. ¿Qué recomendáis, Telamón? —gritó por encima del hombro.

—Árnica —respondió el médico.

—Me alegra que hayáis venido —prosiguió Alejandro volviéndose a Agis—. Deberíais haber traído a vuestra pequeña, ¿cómo se llama?

—Rhoda, majestad —Agis parecía claramente incómodo al encontrarse tan cerca del rey.

—¡Ah, sí, Rhoda, un nombre precioso! Ahora mirad, Agis, cuando me marche de

Efeso os convertiréis en magistrado jefe. No quiero más luchas. La democracia debe reinar en esta ciudad y en todas las que libere del yugo persa. Quiero oficiales elegidos por votación, tribunales de justicia honestos y no más derramamiento de sangre. Podéis comunicar a los efesios que les he dispensado de los impuestos que solían pagar a los persas, pero advertidles también de que impondré uno para el Templo de Artemisa y una contribución para mi arca de guerra.

En aquel momento, atravesaban las puertas de la ciudad. Más guardias se les unieron, escoltando al grupo del rey por ambos flancos.

—Ptolomeo, sé que os estáis riendo de mí —gritó Alejandro—. Siempre os ha gustado burlaros. ¿Tenéis alguna idea de cómo enfrentaros a la flota persa en Mileto?

Al no escuchar respuesta alguna por parte de Ptolomeo, Alejandro se volvió hacia Apeles para insistirle en que utilizara el marrón claro a la hora de pintar la forma del cuerpo humano. Telamón levantó la vista al cielo; el azul empezaba a mezclarse con tonos rosáceos mientras el sol se ponía. Las sombras de los cipreses y de los plataneros a ambos lados se alargaban cada vez más, la brisa se tornó más fría y refrescante. Alejandro todavía estaba hablando cuando la primera flecha zumbó por encima de su cabeza.

La segunda le dio de pleno en el pecho y le envió tambaleándose a los brazos de Telamón. Agis intentó sostenerlo mientras se desplomaba. Telamón tendió al rey en el suelo y, como el resto, se lo quedó mirando horrorizado en silencio.

El rey tenía los ojos cerrados, pero luego los abrió. Estaba un poco pálido y se había mordido la comisura del labio. Telamón lo contemplaba sin poder dar crédito a sus ojos mientras los guardias habían recuperado el juicio y corrían hacia los árboles.

—Os ha alcanzado una flecha —afirmó Telamón.

Distinguió la marca de ésta en la túnica verde oscuro del rey y a su lado la flecha, que yacía sobre el camino con la fea y mordaz punta caída a un lado.

Los compañeros de Alejandro salieron de su ensimismamiento y empezaron a emitir órdenes: los guardias rodearon al grupo protegiéndolos con sus escudos redondos. Un cuerno tocaba ya la señal de alarma. Telamón palpó el pecho de Alejandro, pero éste le apartó la mano. El médico recogió entonces la flecha: era larga y oscura, hecha con madera finísima de corno y con plumas de buitre para volar mejor. La punta rota tenía una barba muy afilada, como un arpón, para hacer que resultara imposible arrancarla de la carne humana. Telamón se la entregó a Alejandro que la tomó entre el índice y el pulgar; mientras le daba la vuelta, el metal limado resplandeció bajo la luz del sol.

Los guardias que habían estado buscando al asesino oculto regresaron sacudiendo las cabezas. Se sacaron los cascos con plumas y casi sin aliento anunciaron que no habían encontrado a nadie, que el asesino había desaparecido. La presión alrededor de Alejandro creció, hubieron empujones y gritos. Agis se había apartado del grupo y permanecía sentado a la sombra de un árbol recomponiéndose. Aristandro, gritando a sus hombres para que mantuvieran sus escudos en alto, ordenó una retirada general

hacia palacio. Otro soldado se acercó corriendo trayendo consigo la flecha que había sobrevolado sus cabezas y que era del mismo tipo que la que había alcanzado al rey. Telamón las examinó y distinguió la letra «C», la señal del Centauro, labrada en ambos laterales. Alejandro las cogió y ordenó a todos que se echaran hacia atrás. Luego, levantando las manos en dirección al sol que se ponía, exclamó:

—¡Zeus Todopoderoso! ¡Creador del Mundo! ¡Escuchad a vuestro hijo! ¡Os doy las gracias y os muestro mis respetos por haberme enviado a vuestra hija Artemisa con su sagrado escudo para que me protegiera de la maldad de mi enemigos!

Alejandro se volvió hacia la multitud agrupada. El color le había vuelto a las mejillas y los ojos le resplandecían.

—Iba caminando —declaró arrastrando las palabras— cuando... ¡que los dioses sean mi testigo!, vislumbré una flecha que venía en mi dirección. Entonces olí la fragancia de un perfume y entreví, bajo la apariencia de una lluvia de oro, a la divina Artemisa que se interpuso entre mi cuerpo y esa flecha mortal. La vi alzar su escudo y fui testigo de cómo la maldad de mis enemigos quedaba truncada. Que la noticia corra por todo Efeso: ¡Artemisa ha salvado a Alejandro! Artemisa, que estuvo presente en mi nacimiento, ha mostrado una señal de favor al rey. ¡Que todos aclamen a Artemisa, Diosa de los Efesios!

Sus palabras fueron acogidas por un clamor de aprobación. Los soldados martillaron sus espadas contra los escudos. Telamón, sin acertar a pronunciar palabra, sólo podía mirar al rey, que sostenía las flechas como si fueran los rayos de Zeus. Ptolomeo contemplaba la escena boquiabierto. El gordo de Seleuco, de cabellos rubios, se limitaba a rascarse la cabeza y a mirar hacia el cielo. Aristandro, muy nervioso, gritaba que el rey debería regresar a palacio. Sin embargo, Alejandro, pasando su brazo por el de Apeles y llamando a gritos a Agis, declaró con orgullo que con Artemisa a su lado, ¿a quién podía temer?

\* \* \*

—¿Lo habéis hecho vos?

Telamón y Casandra cenaban en su cámara. Procedente de palacio, se oía el guirigay del banquete de celebración de Alejandro: la melodía de la flauta y del arpa, la risa y los gritos de los invitados del rey. El olor a comida se esparció por todo el edificio. Aristandro insistió en que registraran el palacio y se hiciera guardia en las bodegas y los pasillos. Telamón se excusó diciendo que se encontraba fatigado. Alejandro lo había aceptado de mala gana. Casandra, debido a las recientes muertes en las cocinas, había decidido cocinar su propia comida y los criados del rey se sintieron muy agradecidos por su ayuda.

—Sois realmente una mujer con muchos recursos —dijo Telamón—. ¿Cómo encontrasteis vino de Rodas y de Lesbos?

—Intento que os sintáis como en casa —replicó Casandra—, ¿acaso no decía

Aristóteles que «el vino de Rodas tiene mucho cuerpo y es muy bueno pero que el de Lesbos es más dulce»?

—¿Quién os ha dicho eso?

—Ptolomeo, está más amable.

—Sed prudente —le advirtió Telamón—. Ptolomeo actúa como un cínico, pero realmente tiene muchas ansias de poder. Nunca olvidéis que se considera hermanastro de Alejandro. No quiero que os involucre en sus maquinaciones.

—¿Y tienen ambos el mismo padre?

—Ptolomeo cree que sí. Filipo era sin duda muy libertino. Da igual, ¿dónde habéis aprendido a cocinar? Pensé que erais curandera del templo de Tebas.

—Y lo era —replicó Casandra—, pero creedme, la cocina era horrible, todo sabía a comida de gato. Un día trajeron a un paciente, un caso muy curioso: presumía de ser un gran luchador, pero había bebido demasiado y se dislocó la cadera en un combate. ¿Cómo le habríais tratado, amo? —le preguntó con dulzura.

—No soy vuestro amo —le corrigió Telamón—. Le habría vendado los brazos a un lado y después le habría enrollado una venda alrededor de las piernas justo por encima de las rodillas, no demasiado prieta, separándole las piernas unos tres dedos. Luego le habría colocado vendas similares en los tobillos y finalmente le habría colgado con cuidado bocabajo a unos seis pies del suelo.

Casandra asintió.

—¿Y por qué eso?

—En esa posición el peso del cuerpo tiende a reducir la dislocación. Acto seguido hay que pasar el antebrazo entre los muslos del paciente y a continuación muy rápidamente apoyar todo el peso sobre el cuerpo suspendido. Se trata de un giro del antebrazo muy habilidoso —añadió Telamón imitando el movimiento—. Y ya está, eso es todo. El hueso dislocado vuelve a colocarse en su sitio con un crujido como si fuera un latigazo. Se aplican los vendajes, se levanta con cuidado al paciente y se le coloca en la cama.

Casandra aplaudió.

—¿Lo habéis hecho alguna vez?

Telamón asintió.

—Tenéis que ser rápida y el paciente no debe ser de edad avanzada.

—El mío era bastante joven —continuó Casandra con una mirada soñadora—. Fui la única en conseguir colocarle el hueso dislocado en su sitio. Se quedó en el templo durante un tiempo. Era cocinero y me enseñó todo lo que sabía —señaló los platos ahora vacíos—, calamares cristalizados con miel, filete de atún, pasteles de miel y semillas de sésamo.

Telamón se dio unas palmaditas en el estómago.

—Me alegra cenar aquí contigo y no abajo. Seguro que será una de esas fiestas de Alejandro donde no paran de empinar el codo. Estarán bebiendo vino como si fuera agua y se despertarán con terribles dolores de cabeza. Así que, mirándolo por el lado

positivo —suspiró—, mañana será un día tranquilo.

—¿Cuándo nos marcharemos? —preguntó Casandra.

—No lo sé. Alejandro está muy ocupado celebrando una fiesta tras otra. Ahora quiere demostrar a los efesios como Artemisa le ha ayudado.

—¿Se encuentra Aristandro en la fiesta? Cuando le vi antes estaba todo tembloroso después del ataque al rey.

Telamón negó con la cabeza.

—Aristandro está cenando con su coro. Seguro que lleva puesta su peluca rubia preferida y se ha maquillado como una cortesana ateniense. Entonces pedirá a sus «encantadores muchachos» que reciten un discurso de una de las obras de Eurípides y, cuando esté realmente borracho, se unirá a ellos entonando a todo pulmón himnos en una lengua que nadie entiende.

Casandra, que había bebido bastante, se echó a reír y casi se cae rodando del sofá, separado del de Telamón por dos mesitas de madera de acacia. Para aquella ocasión se había puesto su mejor vestido, de lino, con volantes y vivos colores a juego con unas sandalias plateadas. Llevaba el broche y el anillo que el rey le había enviado. Telamón la estudió con curiosidad, fascinado por aquellos cambios de humor.

—¿Atendisteis a las víctimas del ataque de las avispas? —le preguntó con timidez.

—Oh, sí, pronto se curarán.

—¿Por qué estuvisteis hablando con Ptolomeo?

—No estaréis celoso, ¿verdad, amo?

—¡No, no lo estoy! Ptolomeo es peligroso. ¿Qué es lo que quiere?

—Siente curiosidad por saber si nos quedamos con una parte del tesoro para nosotros. Ya sabéis como es.

—Es un cínico.

—No después de que Artemisa haya salvado a nuestra noble majestad —dijo Casandra asiendo la jarra de vino y volviendo a llenar las copas—. Todo el mundo se sorprendió de cómo pudo el rey escapar de tal ataque. Hefestión, cuando se enteró, sufrió una crisis de pánico. Nunca he visto a un hombre tan afligido. ¿Son amantes él y Alejandro?

—No —contestó Telamón bebiendo de su copa de vino; luego, cogió una uva de uno de los cuencos que a continuación volvió a dejar en su sitio tras pensárselo mejor—. Mantienen tan sólo una amistad de almas.

—En otras palabras —apuntó Casandra—, si Alejandro afirma que el cielo es negro Hefestión también, ¿no? Sin embargo —añadió con un suspiro—, realmente fue un milagro que pudiera escapar.

Del piso de abajo se escuchó el ruido metálico de las armas. Casandra se sobresaltó, pero Telamón le indicó que se sentara.

—Alejandro y sus acompañantes están celebrando un baile de armas. Esperad un rato y oiréis el himno de batalla.

—No dejo de pensar en esa flecha —contestó Casandra—, ¿creéis que pudo romperse o astillarse antes de que la lanzaran?

—Es posible —añadió Telamón sacudiendo la cabeza—, pero la flecha alcanzó al rey directamente en el pecho, por lo que debería haberle hecho sangrar. Lanzada con un arco de cuerno, una flecha como esa puede hacer muchísimo daño. No creo en los milagros.

—¿Apresará Alejandro a su asaltante?

—Los agentes de Aristandro ya están investigando. Agis se encontraba con nosotros, pero Meleager, Dión, Peleo, incluso Basilea, la reina de los Moabitas, tendrán que decirnos dónde se encontraban en ese momento.

—¿Pudo ser un asesino a sueldo?

—No —negó Telamón sentado sobre el sofá. Posó la copa de vino sobre la mesa—. Un asesino a sueldo es demasiado peligroso. Puede huir con el dinero y luego traicionar a la persona que le contrató y pedirle al rey una suma todavía mayor. Además, si le hubieran cogido, el guardaespaldas de Alejandro le habría despellejado vivo, y eso antes de crucificarle.

—Quiquiera que fuera, ¿sabría que el rey acababa de salir de palacio?

—Hablé de ello con Aristandro. Durante los últimos días el rey ha escoltado a Apeles de camino a su casa, rodeado de guardas y nada ha pasado. Todo lo que nuestro asesino tuvo que hacer fue descubrir que Apeles había visitado el palacio y concluir que, en algún momento de la tarde, Alejandro le acompañaría como siempre a casa. ¿Sabéis qué, Casandra? No —le interrumpió levantando una mano—, no vais a compartir mi sofá. Habéis bebido demasiado y yo también, mañana nos arrepentiríamos. Tengo el presentimiento de que vamos a solucionar este rompecabezas, no con pruebas sino con lógica.

—Oh, no seáis tan enigmático —protestó Casandra regresando a su sitio—. Por cierto —añadió con picardía—, ¿habéis solucionado aquel misterio, la confesión del hombre que quemó el templo?

—Todavía no —contestó Telamón meciendo la copa de vino—, pero ahora sólo me interesa un único cadáver. Creo que empezaré con él —concluyó guiñándole un ojo a Casandra—. Sócrates, el criado de Demades.

\* \* \*

Nectara, la mujer de Dión el abogado, se despertó súbitamente. No sabía si el ruido metálico procedía de su sueño o de alguna otra parte. Alrededor de su dormitorio atisbo dos luces de noche y varias lámparas de aceite brillando en los nichos de la pared. Los grabados de plata en las dos grandes arcas atraparon el resplandor de las llamas. Sus pupilas se dilataron al acostumbrarse a la oscuridad. Retiró las sábanas de lino y el pesado chal de lana que yacía sobre ella ya que, a veces, por la noche, hacía más frío. ¿Había oído un ruido en el interior de la casa o en la calle de afuera?

El dormitorio de la mujer se encontraba en el segundo piso, desde donde se podía ver el patio con la fuente. Se mantuvo agazapada un rato aguzando el oído: todas las preocupaciones del día anterior habían vuelto. Su marido Dión, que se enorgullecía tanto de su propia sensatez como de su sutileza, de sus ingeniosas estratagemas y de la influencia que podía ejercer, estaba profundamente consternado. Nectara había esperado que las cosas fueran bien diferentes. Durante la época de los oligarcas, ella y su marido habían vivido en las sombras, incluso temían morir en mitad de la noche con la llegada de los soldados persas, bajo la daga de un asesino o a causa de una botella de vino envenenada. Ahora los macedonios habían tomado la ciudad y Dión le había asegurado que las cosas cambiarían.

La atemorizada esposa se levantó de la cuja plegable y retiró el velo protector contra moscas y polillas. Abrió la ventana. Estaba amaneciendo, las estrellas ya no brillaban tanto y unos rayos rojizos anunciaban que la salida del sol era inminente.

Dión había bebido mucho aquella noche; enterrado entre pergaminos, permanecía sentado en su escritorio, moviendo los labios en silencio como si hablara con una presencia invisible. Nectara se preguntó qué secretos guardaría su marido. Dión había intimado mucho últimamente con Hesíodo, aquel escriba omnipresente de idas y venidas secretas y susurros detrás de puertas cerradas. Contuvo la respiración. Hesíodo había sido asesinado brutalmente en la elegante mansión de aquella furcia. La mujer se echó hacia atrás sus oscuros cabellos y, ensimismada en sus pensamientos, cogió uno de sus broches y lo puso en su sitio. Siempre había odiado a Arela, le dolía aquel profundo afecto que sentía Dión por una vulgar furcia como aquella. Ahora, raras eran las veces en las que Nectara permitía que su marido entrara en sus aposentos, y cuando finalmente accedía a sus requerimientos, en ocasiones éste se descomedía y susurraba el nombre de la prostituta. ¡Ah, bien!, aquella furcia había muerto; Nectara se había regocijado con la noticia cuando se encontró con otras mujeres para hablar sobre los asuntos de la ciudad.

La brisa fría de la mañana le heló la piel. Cerró las ventanas y mientras lo hacía, entrevió, a través del patio de la fuente, un hilo de luz procedente de la oficina de su marido. ¿Estaría Dión todavía allí?

Nectara cogió del colgador un manto de lana gruesa con el que se abrigó. No era supersticiosa, pero tenía miedo; sólo temía a los horrores de la noche y le invadía el presentimiento de que iba a encontrarse ante un peligro inminente. Debería bajar e interrogar a Dión; le animaría a hablar sobre sus planes de futuro, como solía hacerlo años atrás. Tal vez Dión se habría olvidado ya de esos malditos políticos de la ciudad. Era un abogado muy hábil, un orador brillante. ¿Qué querría de tipos como Agis y Meleager?

Nectara se puso las sandalias y, provista de una lámpara de aceite, salió del dormitorio, bajó las escaleras y se dirigió al patio. A primera hora de la mañana el aire, frío, soplaba con bastante fuerza. Agradeció el murmullo de la fuente, el olor a rosas y azucenas de las macetas, la sabrosa fragancia del jardín de hierbas aromáticas.

Entró en el pórtico. La puerta que daba a los aposentos de los hombres no había sido cerrada con llave. La abrió y bajó por un pasillo, un túnel estrecho y lúgubre que llevaba hacia el dormitorio de su marido. El propio Dión había supervisado la construcción de su oficina en la primera planta con un pequeño dormitorio arriba; también se jactaba del tejado plano que había construido ya que durante los meses de primavera, podía disfrutar de la vista de la ciudad o contemplar la salida del sol. ¿Volvería a hacerlo? ¿O estaría demasiado ocupado con sus reuniones misteriosas y planes secretos?

—¡Dión!

Nectara no quería sobresaltar a su marido. Se acercó y llamó a la puerta.

—¡Dión!, ¡soy yo, Nectara! ¡Quiero hablar contigo!

No hubo respuesta, nada excepto un leve crujido. Probó a empujarla, pero el cerrojo estaba echado. La mujer se mordisqueó el labio: cuando su marido no quería que le molestaran, solía ahuyentar las visitas con un grito; ese silencio opresivo no era normal.

Nectara regresó por el pasillo en dirección al patio. La oficina disponía de una ventana en una pared lateral y de otra en la pared que daba al jardín, pero ambas estaban con las contraventanas cerradas.

Intentó atisbar a través de una rendija. Pudo ver el escritorio de su marido, las lámparas de aceite estaban todavía encendidas.

—¡Dión! —Nectara comenzaba a sentir pánico—, ¡Dión! ¿Qué pasa? ¡Dión! —repitió—, ¡oh, Dión, por favor, abre la puerta!

Gotas de sudor empezaron a resbalarle por la frente, se le cerró el estómago y apenas podía respirar. Miedos inexplicables y horrores inenarrables se adueñaron de su mente. Decidió no esperar más: cruzó el patio a toda prisa, se aferró al cuerno y lo tocó hasta desgañitarse, haciendo sonar así la alarma. Estaba tan asustada que sopló de nuevo y levantó la vista hacia las ventanas. Por todas partes se encendían las luces; los chambelanes y criados se habían levantado. Nectara apartó el cuerno de sus labios, pero le resultó difícil mantener la serenidad; su cuerpo temblaba como si un brote de fiebre se hubiera apoderado de ella.

—Señora, señora, ¿qué pasa? —gritó un chambelán saliendo por una de las puertas del patio con una manta sobre los hombros.

—Mi marido —gimió Nectara señalando hacia las contraventanas cerradas—. No puedo despertarle, tampoco contesta a la puerta.

—Tal vez esté dormido —intentó tranquilizarla el chambelán.

—¡Compradlo vos mismo! —le suplicó.

Al chambelán se le había unido ahora un grupo de criados despeinados y con los ojos entrecerrados por el sueño. Ellos también se pusieron a golpear las puertas y las contraventanas, generando todavía más alarma al no recibirse ninguna señal de respuesta. Nectara se sentó en un banco del jardín al que llegaba la fragancia de las rosas y de las flores de loto cerca del estanque con la fuente. ¿Estaría soñando? ¿Sería

aquello una pesadilla?

—Señora —se le acercó un chambelán que había vuelto a su habitación para cambiarse y ponerse una capa y unas sandalias—. Vuestro marido debe de estar en la habitación. Las lámparas de aceite arden todavía. Tendremos que forzar la entrada. Las contraventanas son más fáciles de...

Nectara asintió. Permaneció sentada, con las manos entrelazadas, los ojos cerrados, escuchando el estallido de la madera al romperse, seguido de gritos y exclamaciones. Los criados se encontraban ahora dentro de la habitación. El corazón le dio un vuelco, sintió náuseas. Algo andaba mal, sin embargo era incapaz de moverse. Oyó cómo descorrieron los cerrojos de la oficina de su marido, el ruido de las sandalias resonando por todo el pasillo y cruzando el patio.

—Señora —empezó el chambelán arrodillándose ante ella, con el rostro sombrío y nervioso; sus ojos lo decían todo—. Señora, vuestro marido está muerto.

Ella abrió la boca para hablar, pero lo único que acertó a pronunciar fue un extraño gorgorito.

—Será mejor que vengáis.

Nectara hizo ademán de negarse. Aparecieron dos doncellas, ella alargó la mano y las otras con cuidado le ayudaron a ponerse en pie. La señora de la casa bajó por el pasillo. Le pareció que aquello duraba una eternidad.

La puerta estaba medio abierta y la luz se colaba por el resquicio. Nectara entró en la oficina de su marido. No quiso mirar hacia la izquierda y desvió la mirada hacia el escritorio; allí estaban los cofres, los taburetes y la silla de respaldo alto detrás de la mesa. Las doncellas intentaban sofocar sus sollozos. Cuando Nectara volvió la cabeza, todo su ser se desgarró en un grito de pánico ante la espeluznante escena que presenciaba. Su marido Dión, vestido con una túnica y con sólo una sandalia puesta, se balanceaba despacio con el cuello retorcido por la soga. Uno de sus extremos se había atado a un gancho del techo que en otro tiempo había servido para colgar lámparas de aceite.

Nectara no podía dar crédito a lo que veían sus ojos, incapaz de apartar la mirada del rostro de su marido, agonizante, ligeramente azulado, con los ojos salidos y la lengua fuera. Tenía el cuello retorcido, las manos y los pies le colgaban y el taburete yacía en el suelo seguramente a causa de la patada que le habría dado para apartarlo momentos antes de morir. Quiso gritar pero el cuerpo de su marido empezó a moverse, de pronto toda la sala se movía: la viuda cerró los ojos y se desplomó.

\* \* \*

Telamón y Casandra, acompañados por Aristandro, llegaron a la casa de Dión poco después del amanecer y comprobaron que el duelo ya se había iniciado. Al pie de la puerta se habían depositado platos de comida para el mensajero del Hades. Paños oscuros colgaban de las ventanas, abiertas de par en par, al igual que las puertas, para

permitir el paso libre del alma del muerto hacia el otro mundo. Los criados permanecían sentados en el patio, vestidos con ropa que habían alquilado pero con la cara y el cabello cubiertos de polvo y cenizas. El llanto agudo y sobrecogedor de una mujer se escuchaba por todo el patio. El agua ya no brotaba de las fuentes, se habían retirado las macetas de flores y colocado botes con agua en las puertas para que los visitantes se pudieran purificar al entrar y salir.

—¿Suicidio o asesinato? —preguntó sin tacto alguno Aristandro mientras eran conducidos al interior de la casa por el vestíbulo. Era un lugar lujoso, de columnas pintadas con vivos colores, escenas de caza representadas en las paredes, mobiliario muy caro dispuesto con gusto alrededor de las pequeñas mesas barnizadas para los banquetes.

—¡Por respeto al muerto! —musitó Telamón—, bajad la voz y guardaos para vos vuestras especulaciones.

Fueron recibidos por un chambelán, que les explicó que la señora Nectara se había retirado a su dormitorio, sobrecogida por el horror de la situación. Telamón le expresó sus condolencias y pidió ver el cuerpo.

—¿Se han llevado el cuerpo abajo? —le espetó Aristandro con brusquedad.

El chambelán, un libio de rostro oscuro, desvió la mirada ante tal ruptura de protocolo.

—Creo que es mejor que nos presentemos como es debido —intervino Telamón.

Le informó de que habían sido enviados por orden expresa del rey. El chambelán se tranquilizó, sobre todo cuando Telamón le entregó una generosa donación para que los criados pudieran celebrar un majestuoso funeral para su señor y que se esperaba acompañara un grupo de plañideras.

—¿Se han llevado el cuerpo? —preguntó de nuevo el médico.

El chambelán negó con la cabeza.

—La señora Nectara se desmayó. Iba a descolgar el cuerpo del señor pero luego pensé, pensé... —explicó rompiéndosele la voz.

—Os acordasteis de lo que dice la ley, ¿verdad? —Le ayudó Telamón—, que una víctima de muerte inesperada debe dejarse en el lugar donde se encontró.

—Sí, sí, eso es —aseveró el chambelán rehusando encontrarse con la mirada de Telamón.

—Recibimos vuestro mensaje —continuó el médico— de que vuestro señor se había colgado. ¿Pensáis que se suicidó?

—No creo que mi señor... veréis, yo era su administrador —empezó con tono vacilante.

—¿Queréis decir que vuestro señor no era un hombre capaz de quitarse la vida? —preguntó Telamón.

—Era tan sólo un hombre en muchos sentidos —confesó el chambelán—. Era muy duro en ocasiones, pero ¿por qué iba a quitarse la vida? Era rico y poderoso.

—¿Hubo visitas ayer por la noche?

—No que yo sepa.

—¿Ocurrió algo fuera de lo normal?

—Mi señor se mostró reservado. Él y su esposa cenaron solos, una cena ligera y después regresó a su oficina. Bebió más vino, se fue a la cama, pero...

—¿Bajó otra vez? —inquirió el médico.

—Sí, sí, debió de hacerlo.

Explicando lo que había pasado, el chambelán les condujo hasta la oficina. Telamón paseó la vista por el interior de la estancia. Era grande, había sido enyesada recientemente y no contenía ningún cuadro; sólo unos cuantos paños de colores a modo de colgaduras decoraban las paredes. Se trataba de una habitación austera: un escritorio cubierto de manuscritos, tinteros y plumas, detrás de éste una silla empujada ligeramente hacia atrás. Bajo la ventana podían verse también un banco, taburetes, cofres y arcas. Telamón intentó concentrarse en su trabajo habitual. Entrevió el cuerpo de Dión por el rabillo del ojo, colgando tristemente del extremo de una larga soga: aquello tendría que esperar.

—¿Apreciasteis alguna señal de violencia?, ¿algo que indique que alguien pudo irrumpir en la sala? ¿Se han tocado sus documentos y cofres?

—Ya los he registrado —replicó el chambelán—, ¡nada!

Telamón permanecía en la puerta. Tenía el escritorio frente a él, con la silla detrás. Miró hacia las ventanas, una situada al fondo de la pared y la otra en la pared a su derecha. Ambas estaban abiertas y guardadas en el exterior por criados, como dijo el chambelán, para mantener alejados a los curiosos.

—¿Quién ha quitado las contraventanas? —preguntó Aristandro.

—Tuvimos que hacerlo, ya veis lo que pesa la puerta.

—Este lugar apesta a muerte —murmuró Casandra.

Telamón no dijo nada y se limitó a observar el rostro grotesco y retorcido del cadáver, el rictus de la muerte que había transformado los rasgos saturninos de Dión.

—He visto muchos cadáveres —susurró—, pero no por ello es menor el horror de la muerte.

Estudió la soga, estaba atada con fuerza y el nudo, justo debajo de la oreja derecha de Dión, provocó que éste ladeara la cabeza. La cuerda soportaba una fuerte tensión a la altura del gancho. Telamón volvió a observar la boca entreabierta, la lengua hacia afuera y los labios sobresaliéndole, la mandíbula entera hacia delante, los ojos medio abiertos ahora sin vista mirando hacia abajo. El médico tocó la mano del hombre: fría como el hielo, con los dedos enroscados.

—Hace rato que está muerto. La carne ha perdido la temperatura y los músculos se han endurecido.

Se agachó sin importarle la orina que había manchado los tobillos desnudos del ahorcado y parte del suelo. Se le había resbalado una de las sandalias, que ahora le colgaba del pie, volviendo la escena todavía más macabra.

—¿Por qué esa orina? —preguntó Aristandro.

—Había bebido mucho vino —explicó Telamón señalando la mesa—, tendría la vejiga llena y ésta se vació debido a la muerte violenta.

Pidió al chambelán que trajera agua fresca y toallas; el hombre obedeció de inmediato. Telamón recogió el taburete de patas largas. Casandra lo aguantó mientras él se subía encima.

—Tengo más o menos la misma altura que Dión —afirmó Telamón alargando las manos hacia la viga del techo—. Sí, y puedo hacer un nudo en el gancho, pasarme la soga alrededor del cuello, apretarla y apartar el taburete de una patada —observó los dedos—. Aristandro, ¿podéis traerme un cuchillo?

El Guardián de los Secretos trajo un cuchillo de hoja muy fina que entregó a Telamón, mientras éste agarraba la cuerda.

—¡Bien!, voy a cortarla. Casandra, Aristandro —ordenó—, aguantad el cuerpo y depositadlo a continuación en el suelo.

Aristandro se mostró reticente, Casandra lo apartó de un codazo y agarró el cuerpo justo por debajo de las rodillas. Telamón cortó la cuerda y Casandra bajó el cadáver hasta el suelo. El nudo alrededor del cuello estaba muy prieto, era un nudo doble justo debajo de la oreja derecha. Telamón arrugó la nariz ante aquel hedor a muerte, a corrupción. Aflojó el nudo y el cuerpo soltó una bocanada de aire a través de la boca medio abierta. Aristandro dio un salto atrás.

—No es más que aire atrapado —le tranquilizó Telamón.

El médico examinó el rostro de Dión, el color amoratado de las mejillas, los ojos saliéndosele de las órbitas, la mandíbula prieta, la lengua inflamada aprisionada con fuerza entre los dientes. Telamón se fijó en la mancha de saliva seca de su barbilla.

—Vomitó algo, seguramente a causa de la sacudida.

—¿Se suicidó? —preguntó Casandra.

Telamón arremangó la túnica de Dión, examinó sus muslos y piernas antes de prestar atención a sus muñecas y dedos.

—No veo señal de que fuera atado o inmovilizado.

Telamón dio la vuelta al cuerpo, indiferente ante el hedor provocado por los gases que abandonaron repentinamente el estómago del muerto. Examinó la espalda pero, excepción hecha de pequeños rasguños y cortes, granos y espinillas, no encontró nada extraño. Telamón sintió cómo los músculos se endurecían ante el rigor propio de la muerte. Ladeó el cuerpo de nuevo, le bajó la túnica y estudió las sandalias: una le colgaba suelta a causa de la rotura de una de las correas. Telamón no pudo determinar si esto era debido a algo que había sucedido antes de la muerte o simplemente a un accidente. De nuevo examinó la cabellera y la masajeó.

—No hay señales de golpes ni contusiones —anunció—. Casandra, examinad el vino con cuidado.

Se acercó al escritorio; Aristandro ya se encontraba husmeando entre los papeles acumulados allí. Telamón se subió de nuevo al taburete para hacer un simulacro del suicidio de aquel ingenioso abogado.

—Le habrá resultado fácil —afirmó—. Este gancho es de hierro, está profundamente clavado en la viga y es lo suficientemente seguro para sostener su peso —fingió pasarse una soga alrededor del cuello y luego hizo como si se la apretara, se quedó sobre el taburete durante un rato y finalmente saltó al suelo.

El chambelán regresó con una jarra de agua, una palangana y una toalla. Telamón examinó de nuevo el cuerpo, prestando especial atención a las uñas. Se fijó en los callos y en las manchas de tinta en la mano derecha del hombre.

—¿Vuestro amo estaba muy ocupado escribiendo ayer por la noche?

—Oh, sí señor. Estaba echando un vistazo a las cuentas. Las había dejado de lado debido a los recientes alborotos.

—Aquí no veo nada —declaró Aristandro un tanto enojado y sin hacer caso del silbido de desaprobación del chambelán mientras él reunía en un montón los manuscritos sobre el escritorio. Casandra estaba junto a la ventana olisqueando la copa y la jarra.

—Es un vino muy suave —anunció—. No veo nada extraño —sonrió tímidamente a Aristandro—. Tal vez lo podríais probar por nosotros.

—Yo lo haré señor —se ofreció el chambelán—. Yo mismo traje esa copa y ese vino.

Cruzó la estancia, llenó la copa y la levantó en dirección al cuerpo como si quisiera hacer un brindis.

—No tenéis por qué hacerlo —le advirtió Telamón—. Deberían examinarla.

—Todos estamos bajo sospecha —replicó el chambelán, su cara llena de polvo y empapada en lágrimas sonrió lánguidamente—. Cuando un señor muere, sus criados son siempre sospechosos, sean cuales sean las circunstancias.

Y antes de que Telamón pudiera objetar, levantó la copa y la vació de un trago. El chambelán tosió, escupió y luego sonrió.

—Siempre pruebo el vino que mi señor bebe. No he detectado nada extraño.

—En caso de que no os encontréis bien, decídmelo —le rogó Telamón.

—¿Es necesario que haga eso? —preguntó el chambelán señalando a Aristandro que ahora había abierto un cofre y estaba examinando los documentos.

—Es portador del sello real.

—¡Y también tengo a mi guardaespaldas fuera! —espetó Aristandro sin levantar la cabeza—. Haré lo que quiera e iré donde quiera en esta casa. Oh, por cierto, médico —dijo el Guardián de los Secretos señalando al cuerpo—, ¿fue un asesinato o un suicidio?

—Debió de ser un suicidio —declaró el chambelán.

Telamón dio unas pataditas con su sandalia sobre el suelo de piedra.

—¿Hay alguna entrada secreta?

—No —respondió el chambelán—, sólo la puerta y las ventanas.

Telamón se acercó y abrió la puerta, examinó el dintel y las gruesas bisagras, cuatro en total, que aguantaban la pesada puerta de cedro en su lugar. A continuación

estudió la intrincada cerradura y los cerrojos del interior, tanto los de arriba como los de abajo.

—Todo en orden —dijo—. Quisiera ver el exterior.

El chambelán le condujo hacia afuera.

—Todavía no siento ningún efecto —le confesó—, ¿es que sospecháis algo, señor?

Telamón se detuvo a medio camino en el pasillo.

—¿Estáis seguro de que las puertas y las contraventanas estaban firmemente cerradas?

—Se había echado la llave y corrido los cerrojos —le confirmó el chambelán.

—Venid, os lo enseñaré.

Cuando entraron en el patio Agis y Peleo se encontraban allí, manteniendo una profunda conversación con algunos de los criados pero la interrumpieron cuando vieron salir a Telamón.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Agis.

Peleo se quedó rezagado, dedicando una mirada oscura al médico como si lo juzgara responsable de la súbita muerte de su colega.

—Conocíais a la víctima mejor que yo —replicó Telamón—, ¿es posible que Dión decidiera quitarse la vida?

—¡Cualquier otro sí, pero Dión no! —protestó Agis—. Dión amaba el poder, el latido y el pulso de la ciudad, la intriga, las conspiraciones. Él se sentía feliz cuando conspiraba.

—¿Os dijo algo que os hiciera pensar que había sido amenazado o que fuera víctima de un chantaje?

—Era un poco reservado —intervino Peleo—, algo taciturno, bastante cortante con sus maneras y su actitud. Pensé que estaba afligido por Hesíodo —añadió bajando la voz—, o incluso por Arela.

—El rey nos hizo llegar la noticia —confió Agis.

—¿Cuándo visteis a Dión por última vez? —preguntó Telamón.

Agis soltó el aire de sus carrillos.

—Ayer por la mañana, después del banquete.

—¿Y por la tarde? —preguntó el médico.

—Estaba en casa con mi hija Rhoda. Mis criados atestiguarán que trabajé hasta tarde, y antes de que preguntéis a Peleo —sonrió Agis—, él se encontraba en compañía de sus guapos muchachotes —explicó volviéndose ligeramente hacia él—, ¿no es cierto, Peleo?

—Mis cosas son asunto mío —replicó su compañero—. Dión era de nuestro partido, le consideraba un amigo. Ahora me gustaría presentar mis condolencias.

Telamón les dejó marchar. Atravesó el patio y examinó las contraventanas que yacían en el suelo. Cada una estaba formada por dos tablas de madera con un cierre en la parte interior que mantenía una barra atravesada; y ambas barras se encontraban

todavía en su sitio. Telamón examinó luego las bisagras, colocadas en su lugar por unos cierres de bronce.

—¿Creéis que son seguras?

—Oh, sí, señor —afirmó el chambelán—. Cogimos las dos contraventanas y las desencajamos, las dejamos ahí y entramos en la habitación de mi señor.

Telamón examinó las bisagras y contraventanas así como los dinteles de ambas ventanas. Los marcos eran recios, a pesar de que la madera había saltado en el lugar en el que se habían arrancado los cierres de bronce.

—¿Qué sospecháis? —le preguntó Casandra.

—Nada.

Telamón se dirigió al jardín de hierbas, se agachó y olió las fragantes plantas.

—Nadie pudo atravesar esa puerta —declaró Casandra—. Los criados dicen que las contraventanas eran seguras, que estaban cerradas y con la barra echada.

—¿Por qué bajó la señora Nectara? —le preguntó Telamón a voces al chambelán.

—No lo sabe, señor. Creyó haber oído un ruido, pudo ser una puerta al cerrarse o un zorro que vagabundeaba por ahí —el chambelán se encogió de hombros—. Señor, ¿podemos llevarnos ya el cuerpo? Parece que hoy va a hacer calor, deberíamos vestirlo.

Telamón estuvo de acuerdo, se puso en pie y regresó al patio. Agis y Peleo habían desaparecido. Aristandro se encontraba allí aferrándose a un manojo de manuscritos. Se acercó apresurado, con los ojos brillándole de emoción.

—¡He descubierto algo! —susurró—, ¡algo realmente interesante!

## Capítulo XI

«Mientras estuvo en Efeso, Alejandro ofreció sacrificio a Artemisa y celebró un desfile ceremonial de sus tropas totalmente equipadas y en formación de batalla».

Arriano, *Las campañas de Alejandro*, libro 2, capítulo 18.

**L**os jardines paradisíacos del Rey de Reyes en Persépolis eran un lugar fresco y de belleza frondosa. Abarcaban parques, huertos y reservas de caza así como cenadores cubiertos de parras donde Darío y sus cortesanos podían refugiarse del calor del sol. Se habían construido grutas especiales y plantado arboledas a las que habían dado diferentes nombres: el Jardín del Renacimiento con sus mandrágoras, amapolas y acianos que crecían alrededor de los bordes de los estanques transparentes; el Jardín de los Sueños donde los nenúfares y las flores de las granadas habían florecido; el Jardín de los Remedios, lugar en el que crecían sobre un suelo especialmente importado plantas y arbustos muy apreciados por los médicos reales; el Jardín del Deleite, que producía toda clase de verduras para la cocina de palacio: pepinos, lechugas, calabacines, cebollas, melones, lentejas y ajo. En primavera, cuando el sol no era muy fuerte, el pasatiempo preferido de Darío consistía en reunir a sus halcones e ir a cazar por la ribera de los pantanos que se extendían más allá de aquellos jardines paradisíacos.

Aquel día en particular Darío se hallaba acompañado por Mitra. El rey vestía un traje de caza bajo una túnica resplandeciente y llevaba sus suaves manos protegidas por unos guanteletes enjoyados. En su muñeca se posaba su halcón preferido, un ave de exquisita belleza de plumaje oscuro como el vino, pico cruel y garras poderosas. Darío se encontraba junto a una pequeña mesa para pájaros sobre la que había carne desmenuzada. Su mirada se había perdido más allá del agua del pantano y tenía la cabeza ligeramente ladeada, como si escuchara algún ruido. El peregrino, amaestrado para obedecer a su amo, seguía posado sobre su muñeca, balanceándose delicadamente, sacudiendo sus pihuelas con guarniciones de llamativos colores y provocando el peculiar tintineo de sus diminutas campanitas. Mitra vestía una túnica blanca ribeteada, con un chal bordado sobre el hombro. Con la cabeza afeitada le recordaba a Darío a un sacerdote egipcio.

El Rey de Reyes susurró unas palabras de cariño a su halcón peregrino mientras estudiaba al Guardián de los Secretos Reales. En muchos sentidos Mitra también le recordaba a un halcón con aquellos ojos hundidos, pómulos sobresalientes, nariz puntiaguda y, sobre todo, aquella mirada oscura, como si su cuerpo estuviera en un lugar pero su alma en otro. Detrás del rey y su consejero de confianza, a la sombra de las palmeras, aguardaban, siempre alertas, los Encapuchados, ataviados con sus oscuras vestimentas, armados con escudos, cimitarras y garrotes. Eran los

guardaespaldas de Mitra. El rey confiaba en aquellos hombres más que en los Inmortales, su propio regimiento de élite. Desde los espesos juncos en la ribera del pantano se escuchó como un eco el graznido de un ave; el peregrino se movió inquieto.

—No, tranquilo, precioso —le susurró Darío, cogió un jugoso pedacito de carne y lo sostuvo en la palma de la mano. El peregrino hizo un rápido movimiento con el pico y la carne desapareció.

—¿Algún mensaje de Efeso?

—He recibido algunos, mi señor —admitió Mitra.

—¿Tan pronto? ¿Tan rápido?

Mitra soltó una risita.

—El pez puede que se haya marchado, pero mi anzuelo sigue ahí donde estaba. Nuestro espía el Centauro deja mensajes en la taberna de vino al otro lado de la Puerta Púrpura.

Darío asintió. Una vez el mensaje era entregado y recogido en secreto, finalmente llegaba a manos del servicio de correos persa. Los jinetes mejor entrenados, con los mejores caballos del imperio, atravesaban al galope la gran carretera trayendo consigo noticias sobre el bárbaro macedonio en su ciudad de Efeso.

Darío apretó los dientes con rabia. ¡Su ciudad de Efeso!, que le había sido arrebatada tan rápidamente como había engullido el peregrino aquel trozo de carne.

—No os angustiéis, mi señor. Efeso es una red, sedosa y pegajosa pero todavía se sostiene con fuerza —aseguró Mitra y a continuación dio un paso al frente y aplastó una plantita con la punta de la sandalia—. Alejandro y sus bárbaros no están acostumbrados a tanta opulencia, a la carne fresca, a las frutas sabrosas y al vino tinto y fuerte de Quíos. Pasan el tiempo celebrando fiestas, abandonados a sus juergas, mientras Mileto recibe refuerzos y nuestra flota apunta como una flecha hacia el Puerto del León.

—¿Qué pasará? —quiso saber Darío—. Nuestro espía es lacónico. Mencionó que el macedonio ha sufrido dos asaltos, pero que ambos fallaron.

—Ahrimán realmente protege al macedonio —suspiró Darío.

—Lo que se gana hoy —replicó Mitra— se puede perder mañana. Alejandro está demasiado ocupado con su pintor Apeles. Intenta convencer a los ciudadanos de que realmente es hijo de un dios. Ha emitido proclamaciones de que su protectora, la diosa Artemisa, le ha salvado de una muerte repentina. Ha ordenado recepciones civiles, banquetes, marchas y desfiles. Seguirá entreteniéndose durante bastante tiempo mientras Mileto se refuerza y nuestra flota toma posiciones.

—¿Y qué más? —preguntó Darío.

—El macedonio ha hecho el ridículo. Ofreció protección a aquellos que se refugiaron en el Templo de Hércules y su palabra resultó no servir de nada. Fue atacado en su propio palacio, tuvo que salir huyendo para salvar su vida, sus criados han sido asesinados, de modo que parece que no es tan invencible como se dice.

—Sin embargo cogió a Rabinos.

—Y Rabinos está muerto, mi señor, como su mujer y sus hijos.

Darío asintió. Las muertes de los inocentes no eran asunto suyo. Rabinos era un escriba de alto rango. Podía haber huido o, si no le fue posible, haberse quitado la vida. El castigo por tal traición era rápido y terrible. El hombre había muerto y también su familia, una advertencia para cualquier otro que se atreviera a contemplar la sola idea de fallar al Rey de Reyes.

—¿Y qué pasará ahora?

—Si no me equivoco —Mitra se acercó y estudió al peregrino—, Alejandro seguirá divirtiéndose en Efeso. El Centauro le acosará. Mileto se hará más fuerte día a día y nuestra flota atracará en su puerto. Alejandro se dará cuenta de su error pero será demasiado tarde. Marchará hacia Mileto y cercará la ciudad pero ésta, con provisiones que le llegarán desde el mar, podrá resistir. La flota de Alejandro, con no más de ciento sesenta barcos de guerra, será dispersada. El bárbaro perderá un puerto importante y aquellas ciudades por las que ha pasado, Efeso incluida, se rebelarán...

Un ave salió disparada de entre los juncos y como un rayo se elevó hacia el cielo. Darío soltó al peregrino; el depredador remontó el vuelo por encima de su presa y el Rey de Reyes observó cómo se precipitaba sobre ésta para darle muerte. En su imaginación se vio a sí mismo como un rayo cayendo desde el cielo sobre el invasor macedonio.

\* \* \*

Telamón, empapado en sudor y cubierto de polvo, se hallaba en un establo desierto y contemplaba desesperado aquel montón de cenizas grisáceas que Calístenes y sus hombres habían traído del Templo de Hércules. Las cenizas habían perdido todo el calor y no eran más que una pila de deshechos.

—Como un cuerpo sin alma —murmuró Telamón.

Miró a Casandra. Ella también masculló algo, con los ojos brillándole enfurecidos sobre una especie de mascarilla que le cubría la nariz y la boca. Levantó su mano enfundada en un guante y se bajó el paño húmedo para poder hablar.

—¿Es esto necesario? —protestó.

—No tenemos otra opción.

Telamón observó detenidamente el montón de ceniza. Había dedicado la mayor parte del día a reflexionar sobre la muerte de Dión. Ahora el calor del mediodía no era tan fuerte y se había recogido en aquel lugar para examinar aquellas brasas que en su momento habían rodeado la reliquia del Templo de Hércules. Tanto él como Casandra vestían como mendigos, con las ropas más sucias que encontraron y unas robustas botas de marcha. Habían pedido prestados azadones, azadas y rastrillos a los jardineros. Calístenes, que parecía un sombrío fantasma envuelto en aquella nube de polvo, había anunciado alegremente que les regalaba el carro y se marchó dando

grandes zancadas a enjugarse la boca y aclararse la garganta con vino.

Cassandra se inclinó sobre el rastrillo y desvió la vista hacia el patio.

—¡Ahora lo único que nos falta es recibir la visita de nuestro héroe conquistador!

—¡Callad!

Cassandra negó con la cabeza.

—No me callaré. Telamón, ¿se comportaba así cuando era un muchacho? ¡Realmente se cree que Artemisa le ha salvado! ¡Hay celebraciones por toda la ciudad! ¡Prisioneros perdonados! ¡Se han organizado incluso competiciones atléticas! ¡Obras de teatro! Hoy sin ir más lejos el ejército desfilará por la Avenida de Artemisa y marchará de una de las puertas de la ciudad a otra.

Telamón balanceó el rastrillo en su mano y se retiró también la mascarilla. Con parsimonia, abrió una bota llena de agua y se echó un chorro en la boca. A continuación se la ofreció a Cassandra.

—Siempre fue así —reconoció—, variable. Es un rasgo que heredó de su madre. Puede hacerse pasar por el gran general, el gran pintor o el príncipe arrogante, pero también por el amigo humilde y risueño.

El médico recuperó la bota.

—Recordad siempre esto, Cassandra. Alejandro es en primer y en último lugar un actor, un brillante actor que, yo creo, puede ser un brillante soldado y general, pero también —añadió amargamente— un bastardo muy inteligente. No llego a entenderle. Mileto ha cerrado sus puertas contra nosotros. La flota persa está en camino pero él se queda en Efeso, bebiendo, comiendo y jugando a los soldaditos. En fin, empecemos con esto.

—¿Ya habéis descifrado ese mensaje? —preguntó Cassandra—, ese que aquel chiflado escribió después de incendiar el Templo de Artemisa.

—¡Ni me lo mencionéis! —espetó Telamón.

Se volvió a embozar bajo la mascarilla y avanzó con paso firme sobre el montón de cenizas. Nubes de polvo se levantaron haciéndoles llorar y cubriéndoles de gris el cuerpo entero.

—Parecemos fantasmas —tosió Cassandra, bajándose de nuevo la mascarilla de la cara y alejándose. El polvo salió ondeando al patio.

—No, no —murmuró Telamón recogiendo la bota con agua—. Estas cenizas contienen fantasmas. Puede que nos proporcionen alguna pista sobre los asesinatos.

—¿Dónde está la vasija de plata?

—Alejandro quiere examinarla.

—¡Querréis decir quedársela!

Telamón le selló los labios con un dedo.

—Cassandra, procedéis de Tebas. Alejandro incendió vuestra ciudad y masacró a miles de personas. Yo lo sé y él también lo sabe. Os permite vuestras bromitas de vez en cuando, pero recordad que su humor es imprevisible. Se enorgullece de su caballerosidad con las mujeres pero, tratándose de Alejandro, siempre puede hacer

una excepción a esta regla —Telamón señaló el manto de cenizas que se había esparcido por el suelo del patio—. Haré una marca. Vos iréis a través de las cenizas por el lado izquierdo y yo registraré el resto.

—¿Qué estamos buscando?

—Cualquier cosa que no debiera estar ahí.

—¡Pero si son cenizas!

Telamón se detuvo. Escuchó el aullido de un perro en un patio de las proximidades, seguido de los gritos de sus adiestradores.

—Se supone que hoy Alejandro tenía que ir de caza, pero no me sorprendería que viniera a este lugar. Buscad, Casandra, cualquier cosa que os parezca extraña —Telamón señaló hacia un arca de madera que había cerca de la pared—; depositad lo que encontréis ahí.

Y empezaron su búsqueda. De vez en cuando Casandra descansaba para respirar aire fresco, lavarse la cara y aclararse la boca con agua; Telamón hacía otro tanto. Las protestas de Casandra pronto se convirtieron en exclamaciones de sorpresa cuando de repente encontró algo y lo puso en el cofre. Intentó enzarzar a Telamón en una discusión pero él le indicó con un gesto de mano que le dejara en paz. La mayor parte de la ceniza no era más que carbonilla. Calístenes le había asegurado que la habían traído toda.

—Dejamos el foso como un cuenco vacío —le informó el capitán—. No dejamos ni un guijarro, ni rastro de ceniza.

Bruscamente, algo captó la atención del médico. Parecía un trozo de piel arrugado y endurecido, la parte superior de un saco con una cuerda que, debido a su grosor, no había sido consumida por las llamas. Encontraron otras cosas: trozos de metal y un fragmento arrugado y carbonizado de madera; éste no mediría más de cinco centímetros de largo. Telamón lo recogió y lo examinó con curiosidad.

—La mayor parte se ha consumido por el fuego —afirmó—. Debió ser madera de roble.

Apartó con la mano la suciedad y recordó la escena en el jardín. Alejandro sentado sobre Bucéfalo, Apeles caminando alrededor, el rey desmontando y los mozos llevándose a Bucéfalo. Telamón se había fijado en las huellas que habían dejado los cascos del caballo preferido de Alejandro: en cuanto a la forma y a la simetría, eran muy parecidas a las heridas que sufrieron las víctimas en el Templo de Hércules.

—No fue un caballo —concluyó Telamón—, ni tampoco un maldito centauro de un solo ojo.

Atesoró en el interior del cofre todo lo encontrado hasta el momento y prosiguió con su búsqueda. Por fin terminaron. Casandra no dejaba de maldecir por lo bajo y de sacudirse las cenizas como un perro. Abrieron una bota de vino fresco, se quitaron las mascarillas y, tras lavarse cara y manos, se enjuagaron la boca. Telamón le enseñó cómo tragar agua y sacarla por la nariz.

—Luego iremos a nadar —decidió Telamón.

—¿Desnudos? —le desafió Casandra—. ¿Juntos? ¡Oh, amo! ¿Qué dirá la gente?

—¡Pues, qué par de sucios! Ahora vamos a ver qué hemos encontrado.

Telamón vació el contenido del cofre sobre los guijarros. Casandra también había encontrado trozos de cuero, endurecidos y carbonizados.

—¿A qué estáis jugando?

El médico se volvió de inmediato. Alejandro, ataviado con una túnica y unas botas de caza hasta las rodillas, portando un látigo en una mano y una manzana en la otra, se acercó a paso lento a través del patio.

—Siempre tan cauteloso —susurró Telamón—. Sabía que vendría. Algo le ronda por la cabeza. Casandra, cuidado con vuestra lengua, sed amable.

Alejandro se detuvo ante la alfombra de cenizas, luego miró a su médico.

—Parecéis sombras del Infierno. Calístenes me lo contó. ¿Qué estáis haciendo, Telamón?

Se acercó, dio un bocado a la manzana pero acto seguido escupió y lanzó bien lejos la fruta ya mordida.

—¡Por todos los dioses, pero si sabe a ceniza! —exclamó guiñándole un ojo a Casandra—. Ah, aquí esta la fierecilla pelirroja, de boca grande y lengua afilada —se inclinó sobre ella, le cogió un mechón de sus cabellos y lo frotó entre los dedos—. Madre también es pelirroja. Decían que tenía sangre celta. No siempre se llamó Olimpia, su verdadero nombre era Mirtale. Adoptó su segundo nombre después de una de las grandes victorias de Filipo. ¿Estáis bien, Casandra?

—Ahora que me encuentro ante vuestra presencia, por supuesto, señor —contestó haciendo una reverencia.

Alejandro dio un paso atrás, con la cabeza ligeramente ladeada, como si decidiera si Casandra se estaba comportando de forma sumisa o insolente.

—Le gustáis a Ptolomeo.

—No señor, a Ptolomeo le gustaría montarme, eso fue lo que dijo.

Alejandro se echó a reír. Se acercó a Telamón, le besó en ambas mejillas y se limpió el polvo con el dorso de la mano. Ahora se podía apreciar con claridad la gran variedad de colores en los ojos del rey, que no dejaba de hacer chasquidos con la lengua.

—Mi señor, ¿estáis nervioso?

—Mi señor no está nervioso —respondió Alejandro pasándose el látigo de una mano a otra—. Mi señor está tramando algo. He venido a buscaros, Telamón. Esta noche vamos a celebrar un desfile.

—Seguido de un banquete.

Alejandro sonrió.

—Ése es el plan. Ahora considerad lo que os voy a decir como un buen consejo que no revelaréis a nadie. Empaquetad todas vuestras medicinas y tened preparadas vuestras pertenencias.

—¿Por qué?

—Ya lo veréis.

—¿Habéis examinado la vasija? —preguntó Casandra—, la del Templo de Hércules.

Alejandro dio un paso al frente. Telamón recibió una bocanada de aquel extraño perfume que siempre desprendía el cuerpo de Alejandro. El médico contuvo la respiración; el rey estaba hoy de un humor de lo más peculiar.

—La he examinado —afirmó Alejandro en un susurro como si fuera un conspirador—, y la he pesado —miró a Telamón por el rabillo del ojo—. También he hecho que la estudien los plateros. La voy a abrir —anunció abriendo las manos—. Creo que la vasija contiene otra dentro, una muy antigua, probablemente de la época de Hércules. Para preservarla de las vicisitudes del tiempo, la cubrieron con una gruesa capa de plata. El artesano que he contratado dice que pueden descubrir si esto es así —les sonrió—. Ingenioso, ¿verdad? ¡Por eso la vasija estaba vacía! Por un lado, es cierto que no contenía nada, pero por otro, sí que guardaba algo, aunque en secreto. Esto explica la razón de ser de aquel círculo de fuego —añadió señalando la alfombra de cenizas.

Se acercó a ellos y se arrodilló ante los restos que habían rescatado de entre las cenizas. Las cogió, las examinó con curiosidad y las olisqueó.

—¿Tenéis alguna explicación, Telamón?

Se levantó, cogió a Casandra por el brazo y colocó la otra mano sobre el hombro de Telamón.

—Vamos a dar una vuelta.

Salieron del patio y a continuación entraron en un pequeño huerto, donde crecían cuadros de hierbas protegidos por zanjas. Avistaron un banco en el que sentarse, Alejandro en el medio, con Telamón y Casandra a cada costado.

—¿Y bien? —preguntó.

—¡Bucéfalo! —contestó Telamón.

—¿Habéis estado hablando con mi caballo?

—No, señor, he examinado las huellas de sus cascos.

—Ah, sí, la pisada sobre la hierba. Son muy parecidas a las heridas de las víctimas del Templo de Hércules. ¿No querréis acusar a un caballo de asesinato?

—No, ni tampoco a un centauro —suspiró Telamón—. Esto es lo que sospecho que pasó. Nadie entró en aquel templo. No existe ningún pasadizo secreto. La puerta de atrás estaba cerrada con llave y los cerrojos estaban echados. Y no me creo que acudieran los fantasmas para vengarse ni que ningún demonio persa del Infierno se presentara en ese maldito lugar sagrado. Demades se encontraba allí con seis de sus hombres y un soldado macedonio. La gente podía entrar y salir del templo, los familiares les visitaron, los curiosos...

—Pero les registraban por si llevaban armas.

—Por supuesto que sí. Calístenes es un buen soldado. Seguro que se cercioró de

que no portasen dagas, espadas, arcos o flechas, pero en lo que no reparó fue en un pesado trozo de bronce con la forma de una herradura.

—¿Qué? —exclamó Alejandro.

—Es fácil de llevar en una cartera —explicó Telamón—, y seguro que tampoco pensó que un pequeño palo de roble, incluso un bastón, pudiera resultar peligroso. Lo que sospecho es que ambas cosas fueron introducidas en el templo y entregadas al asesino.

—¿Y quién fue? —preguntó Alejandro emocionado.

—No estoy seguro.

Alejandro observó cómo revoloteaba una golondrina sobre las macetas.

—Dejad que termine mi historia. El trozo de roble, probablemente de no más de un pie de largo, así como la herradura de bronce, fueron entregados al asesino.

—Ya veo —le interrumpió Alejandro—. Y el bronce lo sujetaron de alguna manera al palo.

—Exacto —confirmó Telamón—, fabricando así una poderosa arma de guerra. El bronce es muy pesado y el roble es una madera muy fuerte. Ajustaron la herradura a la madera con algún tipo de cierre y el asesino lo ocultó en la oscuridad del templo.

—Es posible.

—Es la verdad —intervino Casandra, con los ojos brillándole de orgullo—. Telamón tiene muy buen ojo.

—Y por eso me gusta —contestó Alejandro—. Sin embargo —prosiguió—, el hecho de que estuviera en posesión de un arma semejante no explica que ocho robustos hombres murieran sin más. ¿Recordáis lo que dijo Calístenes?

—Que llevaron comida y vino al templo —continuó Telamón—. Una vez provisto con el arma, el asesino necesita otras cuatro cosas: una bota de vino, otra llena de aceite, algunos polvos somníferos en un pequeño frasco y un cuarto objeto que os desvelaré más adelante.

—Pero ya había aceite en el templo —declaró Alejandro—, estaba almacenado en jarras cerca de la puerta.

—Sí, las pudo utilizar. No podemos culpar a Calístenes por lo que sucedió. Necesitaban vino para beber y aceite para encender algo de lumbre, calentar la comida o incluso para aliviar posibles rampas de los músculos. Da igual, al final, lo único que tuvo que esconder el asesino fue el arma, un pequeño frasco con polvos somníferos, y tal vez algunas crines, necesarias para esparcir un terrible hedor que nos sugiriese la idea de un maldito centauro profanando el templo. El asesino quería crear un halo de misterio. Sabía que el templo estaba bien cerrado y vigilado por los guardias. Y la noche anterior, Aristandro se había hecho con las llaves, entonces fue cuando decidió atacar.

—¿Por qué? —interrumpió Casandra—. ¿Por qué no mató antes a las víctimas?

—No estoy seguro, tal vez estaba esperando algo, un mensaje quizás. Me temo que todavía faltan algunas piezas por encajar —sonrió tímidamente Telamón.

El médico hizo una pausa. Poco a poco empezaba a entender cómo habían sucedido aquellos horribles acontecimientos en aquel templo sombrío durante la oscuridad de la noche.

—Imaginaos dentro —prosiguió—. Las puertas están selladas. La claridad colándose a través de las ventanas a estas horas es cada vez más débil: se encienden las lámparas de aceite para que den un poco de luz y calor, algo, que por cierto, también les proporcionaba el círculo de brasas alrededor de la vasija. Demades y sus hombres están inquietos. A la mañana siguiente iban a abandonar el templo, pero tenían todavía sus dudas. Probablemente algunos de ellos perdieron a seres queridos en la reciente masacre, pero ellos —afirmó dando un ligero codazo a Alejandro—, todavía no habían experimentado el poder del Macedonio...

—¡No pero su asesino experimentará su venganza!

—Estaban tensos, nerviosos, preguntándose lo que sucedería a la mañana siguiente —explicó Telamón—. Me imagino que el soldado macedonio que se encontraba entre ellos les proporcionaría algo de seguridad, pero probablemente éste se mostró reservado. En todo caso, sirvieron el vino.

—¿Quién? —preguntó Alejandro.

—Bueno, pues el criado, por supuesto, Sócrates.

—Entonces, ¿él es el asesino?

—Sí, creo que sí. Llenó ocho copas y mezcló los polvos. Muy solícito, Sócrates sirvió el vino y la comida, luego se sentó y esperó. El vino sólo les habría provocado sueño pero el efecto de los polvos hizo que se quedaran inconscientes. El silencio reinó en el templo. No quedaba ya nadie despierto; los cuerpos yacían desparramados por la estancia, sumidos en un profundo sueño. Entonces Sócrates decidió actuar...

—¿Pero por qué él? —le interrumpió Alejandro, irritado.

—No lo sé. Ya llegaremos a ese punto. Sócrates desenfundó su arma y golpeó a una víctima tras otra, primero en la sien y luego en la cara. Aquellos pobres hombres murieron mientras dormían, su destino demuestra la clarividencia de aquel que en una ocasión dijo que «el Sueño es el hermano de la Muerte». El templo se había convertido en una carnicería. Sin embargo, Sócrates tenía que descubrir qué había en la vasija de plata. Tenía que hacerse con ella, pero ¿cómo iba a cruzar el fuego?

—Cogió uno de los cuerpos, ¿verdad? —intervino Casandra.

—Eso es. A Sócrates le traía sin cuidado la decencia. Arrastró un cuerpo y lo echó sobre las brasas, creando así un puente humano. Entonces cruzó rápidamente y se llevó la vasija. Se quedó tan sorprendido como todos al descubrir que estaba vacía. En aquel momento el santuario apestaba al olor agrio de la sangre y al de la carne carbonizada, pero Sócrates todavía no había terminado. Apartó el cuerpo carbonizado de las brasas. La atmósfera se llenó del hedor agrídulce y rancio característico de la grasa humana. El criado cogió algo de aceite, roció el cuerpo y lo encendió: aquello crearía todavía más misterio. Y cuando se abrieran de nuevo las puertas del templo, nadie podría adivinar cómo habían podido llegar hasta la vasija y por qué aquel

cuerpo había sido carbonizado.

—Pero Sócrates estaría aterrorizado. No podía hacerse pasar por el único superviviente —apuntó Alejandro.

—No, pero podía haberse inventado una mentira y lo habría hecho. Casandra encontró un trozo de metal quemado, probablemente no más grande que el molde de una zarpa de gato.

—Les resultaría fácil ocultarlo —añadió Casandra—, envolverlo en una tela y pasarlo a escondidas.

—¡Ah! —exclamó Alejandro—, ¿la zarpa es el cuarto elemento?

—Sólo es una conjetura —prosiguió Telamón—, pero sospecho que Sócrates iba a actuar de la siguiente manera. Se arañó los brazos y la cara para dar la impresión de que unos intrusos, unos dos o tres, todos disfrazados, habían entrado a robar en el templo. Los demás fueron asesinados mientras dormían; pero Sócrates luchó contra ellos. Los otros recibieron golpes mortales, pero a él sólo le habían hecho algunos arañazos y dejado algunas pequeñas marcas. Recordad que su cuerpo fue encontrado cerca de la puerta trasera detrás de la estatua.

—Y Sócrates iba a abrirla, ¿verdad? —preguntó Alejandro.

—Sí —confirmó Telamón—. Ya os podéis imaginar la escena en mitad de la noche o a primera hora de la mañana. Las paredes del templo son gruesas, las puertas principales están cerradas con llave y atrancadas. Sócrates estaba a punto de descorrer los cerrojos de la pequeña puerta de postigo y salir despavorido. Los guardias de afuera se habrían quedado sorprendidos: dado el grosor de las paredes, no habrían oído ni olido nada extraño. Las ventanas son altas y estrechas. Sócrates podría haberse hecho pasar por un criado aterrorizado y confundido, que había hecho todo lo posible para proteger a su señor. Les habría enseñado las heridas y contado alguna terrible historia que probablemente se habrían creído. Oh, sí —afirmó Telamón—, Sócrates era muy listo, pudo esconder la zarpa en el fondo de la cesta de la comida o puede que alguien se la entregara disimuladamente. Pero al astuto criado todavía le quedaban algunas cosillas por hacer —prosiguió el médico señalando los restos carbonizados—. Echó la zarpa, la bota con aceite, la herradura de bronce y el palo de madera a las brasas...

—Y limpió las copas de vino, ¿no es cierto? —preguntó Casandra.

—Sí, las limpió y las llenó de nuevo, borrando así cualquier huella de la jarra de vino. Sin embargo, Sócrates cometió un terrible error: confió en la persona fuera del templo para la que trabajaba —Telamón levantó la mano—. No, no me preguntéis quién. ¡Todavía no! Esta persona le hizo llegar junto al vino y el aceite, la zarpa, el palo y la herradura de bronce y la poción somnífica. Sócrates no se dio cuenta de que la zarpa había sido rociada con un veneno mortal. Él mismo se tendió su propia trampa. El verdadero asesino no tenía intenciones de dejarle con vida. Habría extraído el veneno probablemente de alguna hierba o de alguna serpiente. Sí —Telamón se frotó los ojos—, aquello resultaba obvio, pero ¿quién sospecharía que

Sócrates se hubiera envenenado a sí mismo? Su muerte sólo hizo que se acrecentara el halo de misterio para dar la impresión de que algo demoníaco había sucedido en aquel templo —Telamón hizo una pausa—. Al principio el veneno no mostró efecto alguno, pero no mucho después empezaría los punzantes dolores como un fuego abrasador. Sócrates se encaminó hacia la puerta pero era demasiado tarde: se desplomó en el suelo y murió.

—¿Y por qué la gente le habría creído? —preguntó Casandra.

—Yo lo habría hecho —reconoció Alejandro—. Una poción somnífica no deja rastro.

—Pero se da una terrible paradoja en esos horribles asesinatos —explicó Telamón—. Yo lo consideré el crimen perfecto, imposible de resolver. Sin embargo, la paradoja surge del mismo hecho de que no se le permitiese a nuestro buen amigo terminar lo que había planeado. Si no hubiera sido traicionado por su colega de fuera, habría sido capaz de explicarse con lógica y convicción —Telamón se frotó las manos—. Recordad que la puerta trasera estaba cerrada por dentro con cerrojos. Sócrates, de haber tenido tiempo, los habría descorrido, ya que habían sido recientemente aceitados, probablemente por él mismo. Habría alegado que aquella puerta a pesar de parecer robusta había sido derrocada por el atacante, o los atacantes, que simplemente la empujaron y pudieron entrar. O de hecho, que una de las víctimas reconoció a los atacantes pero luego la mataron para cerrarle la boca. Da igual, Sócrates habría salido tambaleándose, gritando y dando la voz de alarma. ¿Y quién no le habría creído? Se había deshecho de toda arma. Sólo los dioses saben lo que habría dicho, pero nadie habría sospechado de un criado leal y desarmado. Sócrates habría culpado a los demócratas...

—O a los macedonios —interrumpió Alejandro aplaudiendo—. Diría que irrumpimos en el templo y que los matamos, y que Calístenes era nuestro espía.

—Es posible —aceptó Telamón.

—Pero eso sería peligroso —apuntó Casandra.

—¡Oh, sí! El criado asumió un gran riesgo, aunque sospecho que la sola idea de una apetecible recompensa ahuyentaba cualquier temor —sonrió Telamón—. Recordad que nunca sabremos lo que Sócrates había planeado explicar, pero estoy seguro de que habría sido muy convincente.

—¿Y la vasija? —preguntó Alejandro.

—Es posible que hubiera algo dentro, pero lo dudo. La vasija es irrelevante: el verdadero asesino debió de quedar muy satisfecho con el resultado. Un soldado macedonio, junto a líderes efesios, son asesinados, demostrando así que la palabra de Alejandro, el conquistador invencible, no tiene ningún valor y que tal vez sea más vulnerable de lo que se pensaba, como si los propios dioses hubieran decidido intervenir en su contra —sonrió Telamón—, y eso incluye a Hércules vuestro antepasado. Con un solo y certero golpe, el Centauro cuestionó quién era el verdadero amo y señor de Efeso.

—¿Pero por qué? —preguntó el rey poniéndose en pie—. ¿Por qué Sócrates? ¿Por qué se volvió contra su amo? ¿Por qué mató a miembros de un partido al que había pertenecido? ¿Qué iba a sacar de todo eso?

—Mucho —respondió Telamón levantándose. Se dirigió a un pequeño estanque y pasó los dedos sobre el agua fría, apartando las flores de loto que flotaban en la superficie. El sol ahora resultaba muy agradable. Telamón observó la fuente, esculpida bajo la forma de una sátira con una jarra sobre el hombro.

—Aristandro sospecha de Dión —declaró Alejandro acercándose y sentándose en el borde de la fuente—. Ha descubierto unas cartas de amor entre el abogado y la prostituta, y también unos dibujos muy concretos sobre el Templo de Hércules.

—Los pudo dibujar cualquiera —replicó Telamón—. En cuanto a las cartas de amor, no prueban que Dión fuera el Centauro.

—Pero hay más —insistió el rey—. Dión fue visto en la casa de la cortesana el día en que ésta fue asesinada y se incendió su propiedad. Y no olvidemos la marca que dejó Rabinos en la celda de la prisión: la letra griega «D» en mayúscula. Tuvo que ser Dión —concluyó Alejandro arrancando un trozo de hierba—. Tendría miedo de que le capturaran y se suicidó.

—¿Eso creéis? —preguntó Telamón—. Lo dudo —el médico cogió una flor de loto y respiró su fragancia—. Me preguntabais qué podría sacar Sócrates de todo esto —observó cómo un gorrión se posaba en el brazo de la estatua—. Sócrates, como cualquier hombre, tenía sus debilidades. Sabemos que fue sobornado, le debieron de ofrecer una sustanciosa cantidad de oro y plata. Pero lo más importante es que Sócrates estaba enamorado. Peor todavía, estaba obsesionado con Arela. Basilea me contó cómo Demades perseguía a la cortesana, intentando ganarse sus favores. Para conseguirlo, utilizó a su criado Sócrates; éste le hacía llegar los valiosos obsequios del acaudalado oligarca: diamantes, perfumes, bolsas de oro y plata, todos los lujos que tanto le gustaban a Arela. Aun así, ella le rechazó.

—¿Entonces Sócrates se enamoró de Arela? —preguntó Casandra acuclillándose sobre la hierba cerca del médico. Absorta por aquel relato, se olvidó por un momento de la presencia de Alejandro.

—Sí, Sócrates también se obsesionó, pero —dijo haciendo una pausa—, y aquí es donde la historia se pone interesante, antes de que llegáramos a Efeso, un espía, un asesino llamado el Centauro, vigilaba la ciudad ¿verdad?

Alejandro asintió.

—Pero un Centauro son dos criaturas: mitad hombre y mitad caballo.

—¿Estáis diciendo que el Centauro son dos individuos?

—Eran dos. Sócrates era sin duda uno de ellos. Sólo Apolo sabe el nombre de la persona que le controlaba. Podía ser Dión, Peleo, Agis o Meleager, pero no tengo pruebas, es una simple conjetura.

Telamón se calló ante el bramido de una trompeta que cortó el cálido aire de la tarde, seguido a continuación de toques más estridentes.

—Oh, no hagáis caso —dijo Alejandro—. Estamos preparándonos para el desfile por todo Efeso: las tropas se están reuniendo afuera en los campos. —El rey frotó un trozo de hierba entre los dedos—. Esto me interesa más. Entonces, quien fuera que controlaba a Sócrates me disparó esas flechas, persuadió a la viuda de Demades para que trajera una daga a la fiesta, soltó a esas avispas, mató al guardia...

—¿Pudo haber sido Dión? —preguntó Casandra.

—Como dice Aristóteles todo es posible —Telamón se lavó las manos en el agua de la fuente—. Arela sigue siendo la clave de todo esto, por eso fue asesinada. Antes de que Demades se refugiara en el Templo de Hércules, los dos Centauros se encontraron, Sócrates y ese misterioso individuo. Le explicó a Sócrates la manera como debía proceder a la hora de llevar a cabo aquellos asesinatos y le aseguró que le llegaría el material que necesitaba, ya fuera a través de alguien disfrazado o a través de Arela. Sabemos que fue vista por los alrededores del templo.

—Pero ¿por qué debería Sócrates estar de acuerdo? —preguntó Alejandro.

—Por tres razones. La primera, era parte de su trabajo. A Sócrates no sólo le pagaba Demades sino que también lo hacían los persas. La segunda, le sobornaron con una valiosa recompensa: eso lo sabemos por lo que nos dijo Aristandro...

—¿Y la tercera?

—Le aseguraron que si llevaba a cabo aquellos asesinatos sería premiado con los encantos de Arela.

—No me lo creo —se burló Alejandro.

—Yo sí —afirmó Casandra deseosa de desafiar al rey—. La mayoría de los hombres, a excepción de este médico aquí presente, tiene el cerebro allí donde le cuelga el pene.

—¿Eso me incluye a mí? —preguntó Alejandro escudriñándola con la mirada.

—No, señor —se apresuró a contestar Telamón, cerrados los ojos desde la sarcástica intervención de Casandra—. Vos estáis por encima de asuntos tan terrenales.

Los labios de Alejandro dibujaron una sonrisa.

—Vuestro temperamento es tan fiero como vuestro cabello. Me recordáis a Madre. Continuad, Telamón.

—Estoy de acuerdo con Casandra. Sócrates ya era un asesino, un espía persa, un hombre que podía ser comprado y vendido. Pero debió de sufrir una fuerte obsesión, y el rechazo de Arela sólo contribuyó a acentuarla todavía más.

—¿Qué pruebas tenéis de ello?

—Sé por Basilea que un extraño visitó a Arela una noche, la sobornó ofreciéndole más poder, influencia y dinero. Ella también había sido amenazada: la joven cortesana se había rodeado de líderes persas, incluyendo al Gobernador. Arela no le confesó a Basilea el nombre del hombre al que se suponía debía ofrecer sus favores; no obstante, hizo un chiste a su costa. Dijo que en lugar de su compañía, habría preferido beberse una copa de cicuta.

Alejandro se echó a reír.

—¡Ah, entiendo el chiste! —exclamó retirándose una ramita de los labios—. Se refería al gran tocayo de Sócrates, el filósofo que fue obligado a beber veneno en Atenas.

—Arela accedió —prosiguió Telamón—, pero Sócrates necesitaba garantías: por eso permanecía cerca de la puerta del templo. La estaba esperando. Ella vino y le susurró rápidamente dulces promesas; la suerte ya estaba echada. Por lo que sabemos, Arela pudo entregarle disimuladamente a Sócrates lo que necesitaba en el Templo de Hércules. Éste habría confiado en su verdadero amo, el Centauro: habían urdido planes y asesinado juntos con anterioridad, habían compartido la riqueza de Persépolis, ¿por qué no iba a confiar en él? Sin embargo el Centauro tenía otros planes. Sócrates murió y la boca de Arela también debía ser sellada de una vez por todas. Probablemente la cortesana se sintió aliviada ante la noticia de la muerte de Sócrates pero, como es común entre las de su clase, se mostraría arrogante. Siempre y cuando mantuviera la boca cerrada y fuera discreta, Arela podría presenciar un cambio de gobierno. Ella no formaba parte de esos malditos partidos políticos de la ciudad. Pensó que sobreviviría.

—Así que el Centauro le hizo una visita mortal —concluyó Alejandro.

—Le resultaría tan fácil. Aparecería ante la puerta, le reconocerían y le dejarían entrar. El resto fue como os lo he descrito.

De nuevo se escuchó el bramido de las trompetas, el relincho de los caballos y el griterío de los hombres desde el lejano patio.

—Todavía tenemos dos horas —declaró Alejandro—. ¡Continuad!

—Mientras el Centauro se encontraba ocupado destruyendo la propiedad de Arela, llegó Hesíodo, ese gordo escriba que parecía estar en todas partes.

—¿Sospechaba algo Hesíodo? —preguntó Alejandro.

—Sí, creo que sí. Siguió el mismo camino que estamos tomando ahora nosotros, y quería descubrir cuánto sabía Arela. Hesíodo era un oficial con poder. Seguramente tuviese varios espías contratados. Tal vez entrevieron a Arela en el mercado o en las escaleras del templo. Nuestro escriba sentiría curiosidad. Arela también era amiga del persa Rabinos. Hesíodo puede que se acercara a su casa para interrogarla o hacerle un pequeño chantaje. Eligió un mal momento: el Centauro le mató.

—¿Creéis que el suicidio de Dión fue en realidad un asesinato? —preguntó Alejandro.

—Estoy reflexionando al respecto. En Efeso nos encontramos con dos partidos que se odian mutuamente. Los asesinatos, los sobornos y la corrupción son el pan de cada día y los constantes cambios de alianzas forman ya un modo de vida: Arela y Hesíodo fueron víctimas de todo esto.

—¿Podríamos decir lo mismo de Dión?

—Tal vez. En cuanto a Rabinos, no hay duda. El persa era estúpido, debería haber huido. Su captura ha supuesto para nosotros un poderoso testimonio de los encantos

de Arela.

—Si hubiera sobrevivido —sonrió Alejandro—, ya me habría encargado yo personalmente de entretenerla un buen rato —pasó por alto la risotada en que estalló Casandra.

—Los persas confiaban ciegamente en el Centauro —prosiguió Telamón—. Apuesto a que éste visitó su palacio y se aprendió de memoria todas sus galerías y pasadizos secretos.

—¿Pensáis que el gobernador persa conocía la verdadera identidad del Centauro?

—Lo dudo, no importa lo que dijera Rabinos. El Centauro llegó a este lugar disfrazado. Era el agente de Mitra; el Gobernador puede que estuviera atemorizado o incluso aterrorizado por el Centauro y accediera a complacerle en todo lo que éste quería. Desconocía cuál era su nombre, sólo estaba presumiendo delante de Rabinos.

—¿Y por qué entonces Rabinos hizo esa marca en la pared como si quisiera escribir el nombre de Dión?

Telamón se sacudió el polvo de la muñeca.

—Mi señor, ¿habéis visitado alguna vez la Casa del Cristal en Corintio? Es una auténtica locura, obra de un vidriero que había perdido el juicio. Construyó una pequeña habitación y se gastó una fortuna cubriendo las paredes con espejos.

—Sí, he oído hablar de ello.

—Yo sentí curiosidad y la visité. Si permanecéis un rato en su interior, termináis por marearos. Empezáis a preguntaros qué es un reflejo y qué es realidad. El Centauro ha jugado a algo parecido. Y de ese modo se ha protegido. Seguramente no reveló su nombre al Gobernador, pero tal vez utilizó el nombre de Dión para crear confusión y levantar sospechas. Quizás el suicidio de Dión fue realmente un asesinato.

—Pero las pruebas indican que fue un suicidio —remarcó el rey.

—Eso es lo que el Centauro quiere que creamos. Incluso podría estar planeando su huida.

—¿Ahora? —preguntó el rey alarmado poniéndose en pie—. ¡Muy pocos me sorprenden, ni siquiera vos, Telamón! Aseguraos de que habéis empaquetado todo y estáis listos para marchar.

—Tengo entendido —prosiguió Telamón—, que el libro de linajes de las principales familias de Efeso se encuentra guardado en el Templo de Artemisa. ¿Podrías conseguir el permiso de la sacerdotisa para que pueda consultarlo?

—Mucho mejor —sonrió el rey—, pronto estaréis más cerca del Templo de Artemisa de lo que os pensáis —Alejandro agarró a Telamón por el hombro y le dedicó una larga y profunda mirada de reconocimiento—. Lo habéis hecho bien, médico, a pesar de que contemos con pocas pruebas —señaló la pila de cenizas y los restos chamuscados sobre el patio—. Necesitaréis algo más que vuestra palabra.

—Lo sé —replicó Telamón—. Es más una cuestión de lógica que de pruebas.

—¿Lógica? —exclamó Alejandro mientras se marchaba. Señaló uno de los

tejados sobresalientes de palacio—. ¿Os acordáis, médico, de cuando estudiábamos lógica? ¡Nunca pensé que la lógica colgara a un hombre de una cruz apuntando hacia el cielo!

\* \* \*

El sol se estaba poniendo, sus últimos rayos resplandecieron sobre los obeliscos de plata, las estatuas y las cornisas doradas de los templos y las mansiones. Telamón, de pie tras Alejandro, contempló la gran plaza, densamente abarrotada de gente; la muchedumbre, agolpada a lo largo de la Avenida de Artemisa, aguardaba con impaciencia el anunciado desfile militar. Según lo previsto, el ejército macedonio marcharía a través de la Puerta Púrpura. Alejandro estaba acompañado de todo su séquito, las principales sacerdotisas de Artemisa y dignatarios cívicos como Agis, Meleager y Peleo. Ptolomeo, Seleuco, Hefestión, Amintas, Antípatro y Parmenio, es decir todos los generales líderes del ejército de Alejandro, se encontraban en los escalones, ataviados con sus armaduras moradas y grises, pañuelos dorados en el cuello y fajines lilas alrededor de la cintura; capas ribeteadas con hilos de plata colgaban elegantemente sobre sus hombros, las piernas protegidas por flamantes grebas y calzados sus pies con botas marciales de piel de becerro. Se tenían como héroes griegos, los cascos de plumas bajo el brazo y sosteniendo en la mano derecha un bastón de mando con incrustaciones de plata, señal inconfundible de su rango preeminente.

Alejandro parecía lo que pretendía parecer: el semidiós dorado, el glorioso capitán general que había cruzado el Helesponto para liberar a las ciudades griegas del yugo persa. Una cinta plateada ceñía sus rubicundos cabellos; sobre el coselete labrado en oro que cubría su pecho, podía distinguirse el rostro de medusa encerrado en su medallón central; la falda nívea, de dorados ribetes, contrastaba con los destellos plateados de aquellas lujosas grebas talladas; finalmente, unas botas moradas completaban su galano uniforme. El rey se tenía sobre el escalón más bajo, frente a la expectante concurrencia. Telamón sintió curiosidad por uno de sus acompañantes, un hombre vestido con un traje muy sencillo y una túnica. Enseguida reconoció la calva, el rostro carirredondo y los ojos taimados de Lúmenes, jefe de la secretaría del ejército. A la izquierda de Alejandro se encontraba Aristandro inclinado sobre un bastón con mango de plata, el líder de su coro sostenía una sombrilla para proteger la calva de su amo del sol.

Alejandro alzó su brazo con el puño cerrado: la multitud, que incluía a un gran número de agentes de Aristandro, acogió con gritos aquel gesto y seguidamente se soltaron algunas palomas que revoloteando se elevaron hacia el cielo. La distancia era demasiado grande y había demasiada gente para emitir un discurso.

Alejandro posaba como un actor en una representación teatral, utilizando más los gestos que las palabras. En la esquina al fondo de la plaza, un grupo de trompetistas,

junto a portadores de estandartes y mensajeros, esperaban la señal, preparados ya para comenzar a tocar.

—¡Por el amor de Artemisa! —protestó Casandra—. Amo, ¿hasta cuándo durará esto?

—Hasta que Alejandro esté satisfecho.

—¿Y qué planea? —insistió Casandra—. ¿Qué sentido tiene un desfile seguido de uno de sus estúpidos banquetes? Y mañana más desfiles —añadió con desaliento—, más fiestas. ¿No estará organizando todos esos juegos y habrá contratado a esos grupos de actores para honrar la memoria de su padre?

Telamón se limitó a asentir con la cabeza en señal de acuerdo.

Alejandro levantó el brazo y empezó el desfile. Sonaron las trompetas y el ejército macedonio arrancó la marcha en formación de batalla. Para saludarles, su rey montó a Bucéfalo; el mozo le entregó un magnífico casco de batalla. Alejandro se lo ajustó y acto seguido desenvainó su reluciente espada, gesto que fue acogido por nuevos gritos de aprobación.

El ejército desfiló ante la multitud. Primero las compañías de a pie, regimientos de infantería resplandecientes bajo sus capas moradas, con fajines de un color parecido alrededor de la cintura. Sus cabezas iban cubiertas por cascos beocios de bronce, con el ribete sobresaliéndoles justo por encima de los ojos y con una larga lengüeta en la parte trasera para protegerles la nuca. A los oficiales se les distinguía por los penachos de plumas blancas o crines de caballo.

Los regimientos ofrecían un magnífico espectáculo con sus coseletes de diferentes colores: cada soldado iba armado con un escudo, una lanza y un talabarte alrededor de la cintura. A continuación desfilaron los escuadrones de caballería de las compañías, con los caballos especialmente acicalados. De nuevo, cada escuadrón se distinguía por un color diferente (morado y amarillo, rojo y dorado), mientras que las sillas de montar de los oficiales iban cubiertas por pieles de oso, jaguar o pantera. Acto seguido llegaron nuevas tropas de caballería, cuyos jinetes portaban simplemente la armadura y unos cascos con una forma extraña, como si fueran pieles de animal. Éstos no fueron acogidos con tanto clamor, ya que los efesios reconocieron a los mercenarios tracios y tesalios que tenían fama de ser muy salvajes. A estos les siguieron más mercenarios: arqueros cretenses con ligeros atuendos, soldados de a pie de Agrinión. Después desfilaron los cuerpos de élite del ejército macedonio: los regimientos de guardias, los portadores de escudos, con sus cascos frigios, escudos redondos y lanzas cortas. Finalmente les tocó el turno a las falanges de piqueros, las fuerzas de ataque de Alejandro, que iban escasamente armadas y ataviadas tan sólo con una túnica, unas botas y un sombrero macedonio de ala ancha o causía; la sarisa, una jabalina de dieciocho pies de largo, era su única arma. El público los recibió con entusiasmo. Alejandro levantó de nuevo la espada en señal de saludo. Incluso Telamón, aunque ya lo había presenciado en más de una ocasión, se maravilló ante la precisión militar con la que desfilaban aquellas tropas de

primera y que ahora deleitaban al público formando cuñas, falanges y pequeños pelotones con la forma de la cabeza de una flecha o la de un diamante. Su actuación fue recibida con una lluvia de flores y pétalos de rosa. Una vez hubo terminado, la falange de élite, elegida deliberadamente para aquella demostración, se marchó. A continuación la retaguardia de las columnas fue conducida por el escuadrón de caballería preferido de Alejandro. Como la del rey, sus sillas de montar estaban cubiertas de pieles de leopardo, el arnés y la brida eran de una piel negra brillante con tachones de plata y unas plumas rojas se movían entre las orejas de los caballos. Estos también realizaron algunas maniobras que despertaron la admiración del público y finalmente también se retiraron. Telamón observaba divertido aquel despliegue espectacular. Echó de menos a los caballos más ligeros, por no mencionar a los ingenieros con su maquinaria de asalto. Iba a preguntar a Alejandro dónde se encontraban cuando unos heraldos aparecieron por la avenida anunciando un nuevo desfile para la tarde del día siguiente en el que Alejandro exhibiría más de su poder militar.

Una vez anunciado, sonaron las trompetas y la multitud a lo largo de la avenida y a través de la plaza empezó a dispersarse, regresando a la ciudad para continuar con la fiesta en las plazas de los mercados, las tabernas de vino y cerveza, por no mencionar, como apuntó maliciosamente Casandra, «los muchos burdeles, llenos de clientes como de granos el cuello de un mendigo».

Telamón, distraído, escuchó ruidos a sus espaldas. Los anchos y barridos escalones del Templo de Artemisa estaban siendo rodeados por una hilera de guardias, con los cascos puestos, los escudos en alto y las espadas desenvainadas. Rodearon a los invitados. A las sacerdotisas y a otros dignatarios cívicos se les permitió educadamente cruzar aquel círculo de acero; al resto, incluyendo los compañeros del rey, Meleager, Agis y Peleo, se les ordenó permanecer allí. Peleo quiso objetar y empezó a soltar chillidos estridentes, que se acallaron de repente cuando un oficial levantó la espada.

Alejandro desmontó, se abrió paso entre los guardias y dio unas palmadas en señal de silencio. Señaló a aquellos que debían acompañarle y que se encontraban al pie de las escaleras. Eumenes, con una sonrisa maliciosa en su grasiento y rollizo rostro, se acercó trayendo consigo un pequeño saco de piel. Alejandro, impasible, metió la mano en su interior y entregó a cada persona, incluyendo a Telamón, un pequeño pergamino.

—Lo podéis leer más tarde —declaró—. ¡No quiero objeciones! No habrá fiesta esta noche. El ejército se encuentra ahora a las afueras de la puerta suroeste de Efeso. Mis exploradores están llevando órdenes selladas a mis comandantes. ¡No se enviarán más hombres a los cuarteles, no habrá ni más fiestas ni más banquetes!

—¿Por qué? —preguntó Ptolomeo.

—Nos dirigimos a toda prisa hacia Mileto, una marcha forzada a través de la oscuridad. No hay discusión alguna, no quiero oír ni una sola pregunta. ¡Todos los

que estáis aquí os pondréis en marcha inmediatamente!

## Capítulo XII

«Alejandro, cayendo inesperadamente sobre el enemigo con su ejército embravecido, se hizo con él inmediatamente... en las afueras de la ciudad».

Quinto Curcio Rufo, *Historia*, libro 2, capítulo 6.

— **L**a risa incesante y centellante de las olas del mar.  
—¿Poesía? —preguntó Ptolomeo acercando su caballo al de Alejandro—. ¿Lo habéis compuesto vos, majestad?  
—No, Ptolomeo, ojalá fuese así. Telamón, ¿reconocéis la estrofa?  
—Las palabras son como medicina para una mente destemplada —contestó el médico.

Alejandro echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada, tranquilizando a su caballo ante el fuerte viento que barría el acantilado.

—Decidle a Ptolomeo cuál es la obra que estamos citando.

—*El límite de Prometeo*, de Esquilo —explicó Telamón.

—No he oído hablar de ella —replicó Ptolomeo, tapándose la vista por el sol—. A quien me gustaría ver en una situación *límite* es a la flota persa.

Telamón contempló las siniestras siluetas oscuras recortadas en el horizonte; abajo en el mar, con las velas aferradas, el conjunto de la flota del imperio persa ahora se mantenía alejado del golfo de Micale. A espaldas del grupo real agolpado en el acantilado se encontraba la ciudad de Mileto. Sobre sus templos y edificios cívicos de mármol blanco, relumbrantes a la luz del mediodía, flotaban penachos de humo en dirección al mar. Telamón movió su caballo para poder entrever el campamento macedonio.

Alejandro se sentía rebotante de alegría. Tiró de su caballo y gritando a Telamón que le acompañara se dirigió a medio galope acantilado abajo, olvidándose de que el borde de éste se derrumbaba con facilidad.

—¡Puedo ver mejor desde aquí! —exclamó—. Les cogí desprevenidos, ¿verdad, Telamón?

—Siempre cogéis a todo el mundo desprevenido, mi señor.

Telamón, consciente de la vertiginosa bajada, desmontó, alejó a su caballo del precipicio y lo maneó. Se sentó y contempló la rica vegetación meciéndose al viento, un manto multicolor de lirios y amapolas en movimiento. En realidad Alejandro había cogido a todos por sorpresa. Las procesiones, los banquetes, las recepciones, las representaciones de teatro y los juegos previstos habían sido una máscara para esconder sus verdaderas intenciones. Rápido como una cobra, Alejandro había atacado Mileto. Sus ciento sesenta trirremes, bajo el mando del almirante Nicanor, habían ocupado la isla de Lade y obstaculizado la entrada del gran Puerto de Mileto. A bordo se encontraban miles de mercenarios tracios y tesalios. Las órdenes de

Nicanor habían sido muy explícitas: ocupar Lade y bloquear el puerto. El almirante lo había conseguido. Lade había sido fortificada y los barcos de Nicanor, unos al lado de los otros, con las proas de cara al mar, formaban un escudo efectivo contra la flota persa, que había llegado demasiado tarde.

Una sombra cubrió la hierba. Telamón levantó la cabeza: Alejandro, montando su caballo, le sonreía desde arriba. El médico se volvió sobre su hombro y contempló al resto de comandantes, todavía agolpados en la punta del acantilado y señalando al mar.

\* \* \*

—Todavía piensan que la flota persa es peligrosa —sonrió Alejandro y a continuación se agachó y cogió un lirio, que examinó con curiosidad—. No sabía que leíais la obra de Esquilo.

—Asistí a una representación en Siracusa.

—¿Preferís presenciar obras de teatro o marchar? —le desafió el rey.

Telamón se frotó los ojos.

—No ha sido una marcha —protestó—, sino una carga.

Alejandro, con los ojos llenos de malicia, agazapado como un colegial, retorció el lirio entre los dedos.

—¡Y vaya carga!, ¿eh, Telamón?

El médico desvió la mirada. Nunca la olvidaría. La caballería en los flancos, la infantería avanzando a paso doblado a través del valle del río Maeander, el cielo estrellado, luna llena, el canto lejano de los ruiseñores procedente de los bosques. Alejandro recorriendo a galope las columnas, arriba y abajo, arengando a sus soldados, ordenando a todo el mundo que avanzara más rápido.

—¡Cuanto más rápido marchemos, muchachos! —gritaba—, ¡antes llegaremos! ¡Cogeremos a los milesios por sorpresa!

—¿Y qué hay de las mujeres? —gritó alguien.

—¡Eso os lo dejo a vosotros! —replicó Alejandro.

Durante la noche, columna tras columna, falange tras falange, escuadrones de caballos y carros cargados con provisiones y armadura, todo el mundo se encaminó hacia Mileto a un ritmo frenético. Detrás del ejército, un tropel de exploradores y mariscales de campamento se encargaba de los posibles desertores, los débiles, los cansados y los vagos. Telamón había cabalgado con el grupo real. Afortunadamente, permitieron que Casandra fuera sentada en uno de los carros. Alejandro se comportó como un hombre poseído. Se negó a hacer un alto para comer o beber y ordenó que las botas llenas de agua se pasaran entre las columnas de hombres en marcha cubiertos de polvo. Ptolomeo y el resto, por supuesto, habían intentado contradecirle. Meleager, Agis y Peleo se habían quejado amargamente, pero Alejandro se mantuvo inflexible. Sus planes estaban bien claros: los escuadrones de caballos, informó, ya se

encontraban a una distancia de ataque de Mileto, y sus ingenieros y su equipo de asalto se hallaban tan sólo a unos pasos, escondidos entre los bosques con la ciudad al alcance de la vista.

Por la mañana, el ejército se movió con rapidez y emprendió la ofensiva, cogiendo por sorpresa a la ciudad de Mileto. Entonces se llevó a cabo el primer asalto de las murallas, cuyos defensores se retiraron de inmediato en dirección hacia el segundo bloque de murallas y torres de la ciudad, es decir hacia la segunda línea de defensa. Los macedonios entusiasmados ante la estrategia de Alejandro se dieron al pillaje y se hicieron con comida y vino. El rey les permitió refrescarse pero inmediatamente envió a su armamento de asalto para que aporreara por ambos lados la puerta principal de la segunda muralla.

—¿Qué estáis pensando, Telamón?

El médico se encogió de hombros. Alejandro le pasó una bota de vino.

—No puedo pensar. Tengo el trasero entumecido, me duelen los muslos y la espalda como si me la hubieran azotado.

—Era el único modo —replicó Alejandro—. Debía fingir que estaba haciendo el vago como un lagarto bajo el sol. No me quedó más remedio que dar esa impresión —volvió a coger la bota, se aclaró la garganta y escupió el vino—. Quería pillar a los espías desprevenidos, a Darío, a Memnón, pero sobre todo a la flota persa. Si hubiera sido un poco más rápido tal vez me habría hecho con la tercera línea de defensa. Mis comandantes que iban en el frente me han dicho que los milesios los confundieron con mercenarios griegos que venían a reunirse con Memnón. En fin —suspiró Alejandro poniéndose en pie—, lo que está claro es que les estropecé el desayuno, ¿verdad? Vamos, Telamón, os enseñaré las vistas.

Descabalgaron y bajaron por el acantilado.

—Gracias a Apolo que Aristandro no está aquí —murmuró Alejandro—. No soporta las alturas. Por cierto ¿se encuentran bien alojados nuestros amigos efesios?

—Comparten juntos una casa.

—Bien.

Alejandro se limpió los pies desnudos sobre la hierba. Llevaba puesta una túnica marrón sencilla y el talabarte colgado alrededor de la cintura. Parecía fresco como el rocío de la mañana, afeitado y con el cabello lavado y engrasado. El actor consumado, pensó Telamón: Alejandro jugaba ahora a ser el astuto general, un papel que le había visto desempeñar tan bien a Filipo.

—¡Vamos! —dijo el rey cogiendo la mano de Telamón—. No os caeréis.

Regresaron a la punta del acantilado y contemplaron la ciudad de Mileto desde arriba.

—¿Veis? —señaló Alejandro—. Las murallas tienen la forma de una herradura, hay tres en total, fortificadas para proteger a sus arqueros. Las torres sobresalen ligeramente para que puedan disparar hacia abajo si nuestros hombres se acercan demasiado. Las puertas están reforzadas y probablemente detrás han construido otra

muralla. El suelo es demasiado duro para excavarlo así que tendré que agujerear una de las murallas. Recuerdo lo que me dijo Filipo: concentraos en un solo sitio, dos como máximo.

Telamón siguió con la mirada hacia donde el rey señalaba.

—Ojalá dispusiera de una máquina de asalto que pudiera disparar desde aquí —murmuró el rey—. Es un lugar bonito, ¿verdad? —añadió con tristeza—. No quiero quemarlo. Pero andad con cuidado Telamón, es una ciudad maldita. ¿Habéis leído a Heródoto? Cuando los griegos llegaron aquí por primera vez no traían mujeres consigo y se casaron con las de la localidad cuyos hombres habían sido asesinados. Los milesios todavía conservan una ley que prohíbe a las mujeres sentarse en la mesa con sus maridos o llamarles por el nombre de pila.

El rey contempló los barcos de guerra persas que tenían una forma desafiante y amenazadora.

—La última vez ganaron los persas. ¿Conocéis la historia?

Telamón asintió.

—La flota griega salió al mar para luchar contra la persa pero ésta la derrotó, se hizo con la ciudad, la quemó hasta sus cimientos y apresó a sus habitantes. Las noticias conmocionaron a Atenas. Un escritor de teatro escribió un drama, *La Captura de Mileto*, y la audiencia se convirtió en un mar de lágrimas. Al autor le pusieron una buena multa y los atenienses prohibieron que la obra se volviera a representar.

—Mileto parece haberse recuperado —replicó Telamón—. Nuevos edificios...

—¿Podéis ver el de las columnas tan altas? Ese es el gran teatro. A su lado, con el obelisco de oro arriba del todo, ¿lo veis?

Telamón no lo veía pero afirmó que sí.

—Ése es el Templo de Atenea —Alejandro, muy emocionado, atrajo a Telamón hacia sí—. ¿Y veis ese gran templo cerca del puerto? Es su Delfinium, dedicado a Apolo, el Dios Delfín.

—¿Se rendirán los milesios? —preguntó Telamón.

—No lo creo. Tendremos que luchar para abrirnos paso. Oh, mirad el mar, Telamón. Bajo la luz del sol tiene el color del vino, no hay nada de niebla.

—Sólo humo negro —añadió Telamón.

Alejandro captó su tono de voz.

—Es la guerra. Algunos disparan para defenderse y empieza el fuego.

Telamón desvió la mirada hacia los alrededores de la ciudad, ahora ocupados por el ejército macedonio que había formado un campamento enorme y en crecimiento. Pudo distinguir algunas personas, pabellones y la gran extensión de tierra devastada que separaba la punta del campamento de la segunda muralla de la ciudad.

El resto de hombres, conducidos por Ptolomeo, se reunió con ellos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Ptolomeo todavía irritado al haber sido cogido por sorpresa—. ¡Los persas están ahí fuera!

—Ya —replicó Alejandro—, ¡y nosotros estamos aquí!

Se escuchó el canto agudo de un pájaro. Telamón levantó la cabeza hacia el cielo completamente despejado. Se alegraba de encontrarse allí, hacia más fresco y se hallaba lo suficientemente alejado del calor, la suciedad y el humo del campamento.

—¿Es eso un halcón? —preguntó Alejandro, siguiendo la mirada de Telamón—, ¿o un águila?

—He oído que dicen que se ha visto a un águila descansando en una de las proas de nuestros barcos —intervino Parmenio, el comandante veterano de cabellos canosos del tiempo de Filipo, mientras se abría paso empujando a Telamón a un lado—. Yo creo que es una señal de que Zeus está con nosotros. Nuestra flota debería zarpar y enfrentarse a los persas. Deberíamos derrotarlos en mar.

—No estoy de acuerdo —contestó Alejandro todavía observando al pájaro planeando alto en el cielo—. Si el águila descansaba en uno de nuestros barcos, Zeus nos está diciendo que deberíamos quedarnos en tierra y derribar a la flota persa desde la orilla.

—¿Y cómo podemos hacer eso? —preguntó Ptolomeo.

—No —afirmó Alejandro sacudiendo la cabeza, con los ojos entrecerrados por el sol—. No creo que sea un águila, debe de ser un halcón o un buitre.

—¡Como si fuera el maldito Ícaro, me da igual! —gruñó Ptolomeo—. ¡Majestad, cientos de barcos de guerra persas ocupan el mar! Van cargados de soldados, si desembarcan...

—Cierto —admitió Alejandro—. Van repletos de soldados y los barcos están gobernados por los mejores marineros que hay desde Fenicia a Chipre. Y hay demasiados —continuó el rey—. Nuestra flota es demasiado pequeña y la gobiernan los atenienses, en los cuales no confío en absoluto —hizo una pausa—. Sólo si nos quedamos en tierra podremos derrotar a la flota persa.

—¿Cómo? —preguntaron Parmenio y Ptolomeo al unísono.

Alejandro alargó la mano y pellizcó la punta de la nariz de Ptolomeo. A continuación paseó la vista entre sus comandantes.

—Miraos —les reprendió—. Todos listos para luchar. ¿Queréis otra batalla como la de Gránico? Pues no será así, no esta vez.

—¿Por qué no nos decís lo que vais a hacer? —le preguntó Ptolomeo—. Sois como una mujer... —Y el insulto recién pronunciado murió en sus labios.

La sonrisa de Alejandro desapareció.

—Quiero decir...

—Ya sé lo que queréis decir —Alejandro señaló sus caballos, que mordisqueaban algo de hierba—. Todo ser bajo el sol necesita comer y beber. Imaginad, Ptolomeo, que sois comandante de un barco de guerra persa. Tenéis a cientos de hombres a bordo, marineros, infantes de marina, soldados. ¿Dónde creéis que harán sus necesidades?

—Pues allí mismo.

—De modo que los barcos no estarán muy limpios, ¿verdad? —replicó Alejandro—. Si permanecen ahí mucho más tiempo, y el viento cambia, hasta podremos olerlos. ¿Y qué comerán? —continuó—. No pueden encender una hoguera. ¿Y qué les queda? ¿Algo duro para comer como galletas, pan seco o carne curada?

—A los persas les encantará —se rió Seleuco.

—¿Y qué beberán? —prosiguió Alejandro—, ¿vino acuoso?

—Bueno, agua.

—Claro —respiró hondo Alejandro—. Imaginad que sois un soldado persa que vivís en unas condiciones incómodas y repugnantes. Coméis raciones que parecen hierro, tenéis la boca y los labios llenos de salmuera, hace mucho calor y queréis beber. ¿Dónde iríais?

Ptolomeo se ruborizó avergonzado.

—Vamos, vamos, Ptolomeo —le retó Alejandro—, ¿dónde iríais?

—A la orilla —declaró Parmenio—, en busca de agua fresca.

—¿Y dónde iríais a buscar agua para tantos hombres? Vamos, todos lo sabemos: a la boca de un río o un estuario: el único que hay es el Maeander, y está firmemente tomado por nuestras tropas.

Los comandantes de Alejandro le miraron cariacontecidos. El rey aplaudió, dando saltitos de un pie a otro como un muchacho que ha hecho un truco a sus amigos.

—¿Lo veis? Los persas no pueden llegar a Mileto porque les hemos bloqueado la entrada al puerto. Pueden navegar cuanto quieran arriba y abajo mientras se asan bajo el sol. Una cosa os digo —aseguró Alejandro señalándoles con el dedo—: le doy dos días como máximo a la flota persa, luego se marcharán para lavarse, coger provisiones y llenar de nuevo sus jarras de agua —señaló hacia la ciudad—. ¡Los milesios están solos! Bueno —sonrió—, hasta que nos unamos a ellos.

Una hora más tarde, Alejandro y sus compañeros, protegidos por un grupo de exploradores, galoparon en dirección al campamento macedonio. El paisaje que ahora contemplaban era radicalmente opuesto al de aquel acantilado cubierto de flores y hierba. Las afueras de Mileto habían sido tomadas y cada casa ocupada por los soldados de Alejandro. Las calles estaban sembradas de suciedad y restos de la fiera batalla cuerpo a cuerpo que había tenido lugar. A pesar de la dura marcha, los soldados destilaban buen humor: se habían hecho con algún que otro botín y con comida del día. Alejandro les había asegurado que dentro de poco podrían pasearse por el puerto del León y tomarse un vino a la sombra de las palmeras.

Alejandro se había instalado en una mansión enorme y fastuosa, construida justamente en la entrada de la primera muralla de la ciudad y rodeada de apacibles huertos. Habían acondicionado una pequeña cámara en la parte trasera para el médico y su ayudante. Cuando Telamón llegó, Casandra yacía tumbada en el catre; habían hecho todo lo posible por limpiar la habitación y la pequeña antecámara donde Telamón debía atender a sus pacientes.

—Hay algo de comida en el arca cubierta con un paño —murmuró Casandra sin

volverse—. Se la robé al intendente real. Sólo tiene ojos para mi escote así que mis manos pudieron hacer lo que quisieron.

Telamón se sacó la túnica sucia. Cogió un paño húmedo y se limpió el polvo y el sudor del cuerpo.

—¿Habéis tenido pacientes? —preguntó.

—¿Qué si he tenido paciencia? —se burló Casandra.

—Ya sabéis lo que quiero decir.

Casandra se volvió sobre la cama y se sentó en la punta del catre.

—Tan sólo pequeños cortes y moratones. Si el gran conquistador se sale con la suya, pronto tendremos mucho trabajo, ¿eh? ¿Qué es toda esta locura? —preguntó enfadada.

—La locura de Alejandro —replicó Telamón abriendo la pequeña arca y tomando una túnica limpia—. Una inteligencia formidable y una velocidad implacable, trucos que aprendió de sus padres. Mientras estábamos en Efeso, Alejandro envió en secreto tropas hacia la costa. Los barcos de Nicanor les recogieron y navegaron hacia Lade. Simultáneamente, escuadrones de caballería, ingenieros con todo su equipo de asalto, tomaban posiciones cerca de Mileto y allí permanecieron ocultos.

—¿Y ahora? —preguntó Casandra frotándose los ojos—. ¿Qué pasará ahora?

—Los ingenieros de Alejandro están ya preparados para sitiar la segunda muralla. ¡Tendrá lugar el gran asalto en un abrir y cerrar de ojos! —exclamó Telamón chasqueando los dedos—. Podría ser hoy o mañana.

Casandra le miró con curiosidad; sus ojos, verdes como los de un gato, estaban enrojecidos y ojerosos por la falta de sueño.

—Sé cómo sois, Telamón.

—Entonces ya sabéis más que yo.

—Llevamos aquí, ¿cuánto?, ¿dos días?, y os habéis rodeado de un halo de misterio —señaló hacia la ventana—. Os habéis quedado ahí una hora esta mañana, simplemente mirando. Sabéis quién es el Centauro, ¿verdad?

—Lo sospecho —Telamón se sentó en el borde de la cama—, pero todavía debo sortear uno o dos obstáculos. Como si se tratara de una cuenta de números, los voy sumando pero el resultado es erróneo.

—¿Pudo Sócrates haber hecho todo eso por el amor de una mujer?

—París sacrificó Troya por los tirabuzones de oro de Helena. Una vez me enamoré —continuó Telamón—. Me pregunto qué habría hecho. Cualquier cosa, supongo.

—¿Me podríais amar?

Telamón se puso en pie y se dirigió a la ventana.

—¿Podríais amar a la Pelirroja? —insistió Casandra.

Telamón se volvió y la miró.

—Os estáis convirtiendo en parte de mí, Casandra, poco a poco, día a día. No os quejáis y sabéis mantener a raya a Alejandro —sonrió—. Sois tan buen médico como

yo, pero estamos en guerra. Alejandro va a abrir una brecha en la muralla.

La sonrisa desapareció del rostro de Casandra.

—¡Oh, no! —exclamó incorporándose sólo a medias. Telamón le indicó que se tumbara—. ¿Os llevará con él?

Telamón asintió.

—Soy su médico personal. Alejandro confía su atención médica a muy pocas personas. Fue herido en el Gránico, y podría volver a suceder. No os preocupéis. Me mantendré cerca de Cleito El Negro, con los ojos cerrados y el escudo en alto. Casandra, ¿qué pasa?

La joven saltó de la cama y negó con la cabeza.

—Tengo cosas que hacer. El intendente dijo que podía darme un poco de pollo.

Y salió fuera de la habitación antes de que Telamón pudiera detenerla. Permaneció un rato cavilando, suspirando y revisando las anotaciones que había hecho la noche anterior. Afuera un soldado cantaba dulcemente sobre el amor de su vida en algún bosque oscuro a muchos kilómetros de distancia. Telamón se sentó en un taburete y estudió el manuscrito; estaba confundido. Había estudiado la confesión de aquel loco que había quemado el Templo de Artemisa. Recordó el otro templo, frío y oscuro, con aquellos cadáveres desparramados, Sócrates moviéndose como un demonio y, fuera, la figura enmascarada de su amo, el verdadero asesino. Telamón cerró los ojos. Otra imagen, Alejandro saliendo por las puertas de palacio y la flecha alcanzándole de pleno en el pecho.

Telamón dio vueltas mentalmente a todas aquellas imágenes. Las sombras empezaron a extenderse y el sol se hundió en el horizonte. Casandra regresó con un poco más de comida. La casa se quedó en silencio; a lo lejos se escuchaban los ruidos del campamento. Telamón sintió curiosidad. Los golpes aporreando las murallas, el silbido permanente de las catapultas y del resto de máquinas, parecían haber cesado; ahora sólo se escuchaba algún que otro toque de trompeta y los gritos y relinchos de las filas de caballos.

Telamón se retiró pronto aquella noche, todavía pensando en lo que había visto y descubierto. Podía visualizar perfectamente la cara del Centauro, pero ¿cómo iba a probar que era culpable? De pronto se apercibió del frío de la noche.

Casandra trajinaba por la habitación, encendió un brasero, se acercó y le echó una manta por encima mientras se inclinaba con los labios a tan sólo unos centímetros de su cara.

—El Gran Conquistador está planeando algo —le susurró—. Todo está muy tranquilo.

Telamón sonrió adormecido.

—Es lo que sospecho. Casandra, cerrad la puerta con cerrojo y descansad. Vamos a necesitarlo.

Y a continuación cayó en un profundo sueño. De vez en cuando se desvelaba por los ruidos de la casa y una o dos veces se despertó por el estruendo metálico de los

carros y caballos. De pronto aporrearon la puerta y Telamón saltó de la cama, contemplando la luz gris del alba que se colaba por las contraventanas.

—¡Abrid! —gritó Alejandro.

Cassandra se movió sobre la cama. Telamón descorrió los cerrojos.

—¿Estáis fresco y preparado, Telamón?

—¿Para qué? —espetó el médico.

—¡La batalla!

El rey iba vestido como un soldado de a pie, con un coselete resplandeciente sobre el pecho, una falda roja y negra y grebas de bronce mate. Llevaba puesto el talabarte; la capa, atada alrededor del cuello y echada sobre los hombros. Se había cubierto la cabeza con un casco frigio, dos plumas blancas lo adornaban a ambos lados. Telamón distinguió a otras dos personas detrás.

—¡Venid! —pidió Alejandro, su voz desprovista de todo humor—. ¡Es la hora una vez más!

Telamón reconoció la siniestra maniobra y el momento de su ejecución. Alejandro planeaba un ataque al amanecer. Intentaba abrir una brecha en las murallas de Mileto. El médico se apresuró a vestirse y agarró su variopinta colección de armadura. Cassandra se había despertado. Ayudó a Telamón a armarse para la batalla, murmurando y maldiciendo por lo bajo mientras tiraba de las correas y las ataba a la falda. Palmoteo las grebas y se levantó para comprobar su obra.

—Me gustaría deciros que parecéis el verdadero Héctor —declaró ella con voz grave y el rostro oculto en las sombras—, pero claro, a él le mataron, ¿verdad? —Cogió el casco frigio y lo lanzó a las manos de Telamón—. Lleváis las botas de marchar bien atadas. No lo olvidéis, la espada a vuestra izquierda y mantened el escudo en alto —le besó rápidamente en la mejilla—, ¡que los dioses os protejan, médico Telamón! Ahora será mejor que os marchéis.

Telamón cogió el escudo redondo y se adentró en la silenciosa calle. Alejandro y sus comandantes le estaban esperando al fondo bajo la luz de las antorchas. Telamón se unió a ellos, como lo hicieron más tarde otros. Algunos todavía estaban adormecidos y otros seguían haciendo preguntas que Alejandro se negaba a contestar. Les condujo a través de las calles, una patrulla de guardias marchaba al frente. Pasaron delante de distintas unidades mientras subían el camino en cuesta. Finalmente se detuvieron en la falda de una empinada colina.

Telamón contuvo la respiración. La guerra había cambiado aquella parte de Mileto. Todas las casas, tiendas y viviendas que se extendían hasta la segunda muralla habían sido arrasadas. El área frente a ellas se había convertido en tierra baldía, ahora dominada por toda una hilera de artillería de asalto: catapultas, balistas, arietes, ballestas y unas altísimas torres que contenían más maquinaria de guerra. Bajo el cielo de la amanecida aquellas máquinas crueles portadoras de la muerte parecían horribles criaturas del infierno. Se agazaparon a lo largo de aquel terreno inhóspito, preparados para derrumbar las murallas de Mileto.

Los ingenieros ya estaban manos a la obra. Se cargaron las catapultas, se engrasaron las ruedas de las torres de asalto. Arqueros especialmente formados se encargaban de las ballestas, que funcionaban gracias a unas cuerdas de crines retorcidas y sujetas a un marco de madera y al refuerzo de unas planchas de metal; estas máquinas eran capaces de lanzar saetas muy afiladas, lanzas, bolas de fuego o enormes piedras. Telamón vigiló las murallas: distinguió un pequeño destello de luz, pero los milesios parecían no ser conscientes de lo que se avecinaba.

—No se esperan un ataque al amanecer —comentó Alejandro, como un chiquillo saltando de un pie a otro—. Y la flota persa se ha retirado, seguramente se han dirigido a Samos en busca de agua fresca.

Telamón miró hacia abajo en dirección a la línea de batalla: cuarenta o cincuenta máquinas de asalto, por lo menos, estaban estratégicamente dispuestas y detrás de éstas, formando un rango tras otro, soldados de a pie. La brigada de la Guardia Real tenía el puesto más honorable al frente. Colina abajo se oyeron los relinchos de los caballos, el sonido metálico de sus cascos y los gritos de los oficiales de caballería. Telamón identificó el plan de Alejandro. Se abriría una brecha en la muralla, los soldados de a pie se colarían a través de ésta y agrandarían el agujero todavía más o se harían con otra puerta, de modo que la caballería pudiera avanzar hacia el interior de la ciudad.

El aire se llenó en aquel momento del crujido de las máquinas, del cabestrante de las cuerdas, de los gruñidos y jadeos de los hombres al cargar aquellas horribles máquinas de lanzamiento tan precisas. Los milesios debieron escuchar aquellos ruidos, pues se encendieron más luces en las murallas. La brisa de la mañana les hizo llegar el toque de un cuerno, pero Alejandro ya se había puesto en movimiento y el capitán de los ingenieros estaba deseoso de recibir órdenes.

—¡En el primer lanzamiento —gritó Alejandro—, utilizad las saetas para despejar los parapetos! ¡Luego —señaló hacia un lugar a la derecha de la puerta principal—, abrid una brecha allí! ¡A mi señal, liberad a las Furias!

Los exploradores recorrían las líneas arriba y abajo transportando antorchas. La maquinaria de asalto se preparó para lanzar las armas. Se cargaron las catapultas, los arietes al pie de las torres de asalto se movieron hacia delante y hacia atrás. Los arqueros ya se encontraban disparando hacia las plataformas superiores. Alejandro se volvió hacia su trompetero, con la cabeza y los hombros cubiertos con piel de pantera negra. El Rey levantó la mano, sus labios se movieron en silencio como si rezara una oración.

—¡Ahora! —gritó.

Se escuchó el toque largo y quejumbroso de una trompeta y a continuación los gritos en todas las filas de los capitanes de cada unidad.

—¡Apuntad! ¡Disparad! ¡Volved a cargar!

El silencio se rompió por un crujido estremecedor de las catapultas y las balistas al disparar. Un tremendo silbido cortó el aire mientras una lluvia de piedras, saetas y

bolas de fuego se disparaban hacia las murallas de Mileto. Algunas fueron a golpear contra la piedra dura de la muralla, otras se quedaron por el camino pero, en general, los ingenieros habían calculado con mucha precisión. El daño ya estaba hecho. Hombres gritando, envueltos en ropas encendidas caían desde lo alto de la muralla. Espirales de humo se levantaron mientras las bolas de fuego aterrizaban sobre pasarelas o escaleras de madera.

Se escuchó procedente de la ciudad el eco de los toques de trompeta, seguidos del de los cuernos. Nuevos hombres aparecieron en los parapetos para exponerse a morir bajo la lluvia infernal que Alejandro había desatado. El objetivo abarcaba una línea de no más de veinte metros, que incluía la caseta del guarda y un tramo de la muralla a ambos lados.

Los milesios, incapaces de enfrentarse contra aquella lluvia constante de destrucción, no repararon en las otras tácticas de Alejandro. Hombres de a pie procedentes de Agrinión corrían hacia delante cargados con fajos de madera y leña; el enorme foso se llenó apresuradamente y se lanzó sobre él una cabeza de puente. Se acercaron las torres con sus arietes, flanqueadas a ambos lados por cientos de arqueros cretenses, que lanzaron una lluvia constante de fuego contra aquellos que habían escapado de la avalancha de misiles mortales. Los arietes, protegidos bajo sus cubiertas de piel, alcanzaron la muralla. Los hombres, desde el interior de las torres, movieron los extremos de la pesada viga, reforzados con una pieza de metal, contra las murallas. El enemigo intentó responder lanzando aceite ardiendo y teas encendidas, pero la parte superior de aquella muralla ya había sido prácticamente destruida y despejada. Los arqueros cretenses, elegidos sobre todo por su gran puntería, seguían disparando sus flechas mortales. En ese momento las máquinas de Alejandro desviaron su punto de ataque hacia la base de las murallas, en la que concentraron sus lanzamientos de fuego.

El sol salió enseguida. La brisa de la mañana se vio impregnada de las graves vibraciones de las cuerdas y del silbido estremecedor de las saetas mortales cortando el aire. Gritos procedentes de la ciudad ahogaron el rumor de las flechas y los constantes golpes de las torres contra las murallas. Los macedonios sufrieron algunas bajas: arqueros cretenses, alcanzados por saetas, hondas, disparos o flechas y que de repente saltaban hacia atrás o se tambaleaban apretándose las heridas de las que les salía la sangre a borbotones. Se abrió una puerta lateral por donde los milesios intentaron escapar, pero una falange de guardias corrió a su encuentro para combatirles, de modo que rápidamente se retiraron. Nubes de polvo flotaban hacia detrás y hacia delante. El aire se había impregnado de la pestilencia a azufre hirviendo y del hedor agrio y nauseabundo de la carne en llamas.

Los soldados macedonios de a pie avanzaron. El propio rey, haciendo caso omiso de toda advertencia, permanecía en la línea delantera. Parecía haberse olvidado del resto del campo de batalla y centraba su atención en los golpes de las torres contra las murallas. Bajo el casco Alejandro tenía la cara cubierta de una fina capa de polvo.

Mantecía el escudo en alto, la espada desenvainada, junto a su altísimo guardaespaldas personal Cleito El Negro, al que se distinguía por la piel de oso que llevaba colgada sobre su hombro. Detrás de él, sus hombres, Ptolomeo, Seleuco y Amintas: todos deseosos de seguir a su rey y de ser los primeros en entrar en la ciudad. Sin embargo, el lugar más honorable se le había concedido a Hefestión. Cleito el Negro protegía la izquierda de Alejandro, pero Hefestión defendía su derecha. Telamón se encontraba con el grupo detrás del rey.

De pronto las torres de asalto quedaron ocultas bajo una neblina blanca de polvo.

—¡Ahora! —susurró Alejandro sobre su hombro—, eso si las matemáticas no me fallan y he calculado bien el grosor de la muralla y la fuerza de la máquina. Lo que no quiero —afirmó señalando hacia las almenas sobre las polvorientas nubes— es que los milesios las refuercen. ¡Oh, que los dioses nos ayuden a conseguirlo!

Y como en señal de respuesta, se escuchó un terrible estruendo procedente de la línea de batalla. Nubes de polvo gris se arremolinaron ante ellos. Un arquero cretense empezó a correr en dirección de Alejandro pero una honda le alcanzó en la cabeza y lo lanzó al suelo, provocándole un vómito de sangre. Otro hombre que tuvo más suerte consiguió llegar a donde se encontraba el rey y con los ojos llenos de júbilo en un rostro cubierto de polvo le anunció:

—¡Los arietes de las torres lo han conseguido! ¡Ahora las están retirando!

—¡Enyalios!, ¡Enyalios!

Alejandro levantó la espada y empezó a entonar el antiguo himno de guerra al dios macedonio; a continuación muchos de sus hombres se unieron a él. El rey saltó hacia delante como un ciervo. Telamón también avanzó en medio de tal precipitación, con la espada resbalándole de la mano sudorosa. Sabía que el suelo se movería a sus pies, y los ojos y la boca se le llenaron de polvo. Un arquero cretense que había sido alcanzado por una flecha en la mejilla intentó aferrarse a la pierna de Alejandro pero le empujaron a un lado y acabó pisoteado por toda la tropa real. Más cuerpos yacían retorcidos en posturas grotescas al lado de miembros cortados y empapados en sangre. Finalmente llegaron a los arietes bajo sus enormes manguitos. El aire apestaba a aceite hirviendo. Los ingenieros con rostros alegres y ennegrecidos les saludaron. Algunos se curaban las heridas, otros yacían sobre tablas de madera y puentes improvisados. Alejandro y su grupo se coló por la brecha para hacer frente a la hilera de hoplitas armados que les estaba esperando.

El rey dirigió el ataque. El enemigo, una mezcla de mercenarios y ciudadanos, opuso poca resistencia ante la velocidad y la ferocidad de los macedonios, que lucharon escudo contra escudo, mientras brazos con espadas se levantaban y caían como segadores cortando el trigo. La línea macedonia se mantuvo. Miles de ojos miraban a Telamón a través de los cascos con plumas, los hombres caían, sufrían patadas, eran apuñalados o empujados a un lado. Al encontrarse en la segunda línea, Telamón sólo pudo rezar para que nadie intentara abrirse paso. Un hombre lo consiguió, pero inmediatamente lo empujaron fuera contra el suelo. La falange

macedonia, ahora fortalecida, avanzó formando un arco y luego una cuña con el rey en el vértice. A sus espaldas los ingenieros estaban muy ocupados echando abajo otras partes de la muralla. Un grupo de guardias se precipitó en dirección a una puerta de postigo. Los milesios la defendieron en medio del estallido del acero, gritos de guerra y de dolor.

La línea de cascos que Telamón había entrevisto cuando llegó por primera vez a la muralla se estaba retirando. Ahora se dirigían hacia la segunda parte de la ciudad, una plaza de mercado rodeada de templos y edificios civiles. Se escucharon las trompetas de los macedonios; ésta era la señal acordada para que se detuvieran y se consolidaran.

Telamón se volvió sobre su hombro. Las murallas se encontraban por lo menos a diez metros; la brecha se había hecho más ancha. La caballería macedonia se abalanzaba a través de la puerta de postigo, que había sido sitiada y entraba al galope en la plaza, llenando las calles que de allí nacían. El ataque había cogido a la ciudad por sorpresa. Telamón reconoció la táctica de Alejandro: si su caballería se movía lo suficientemente rápido, derribarían la tercera línea de defensa, forzarían las puertas, llegarían al corazón de la ciudad y se harían con el Puerto del León.

Durante un rato las líneas de batalla macedonias se movieron hacia atrás y hacia delante en medio de empujones. Se emitió la orden de romper rangos. Alejandro regresó corriendo, el rostro salpicado de sangre, con el casco y el coselete abollado. Tenía asimismo manchas de sangre en las manos y en el brazo de la espada, pero a parte de eso él y sus hombres mostraban tan sólo algunos moratones y pequeños golpes. Los regimientos de los guardias que en un principio habían forzado la entrada se dividieron rápidamente en dos, retirándose a ambos lados de la plaza. Nuevos regimientos, precedidos por exploradores, hombres de a pie de Agrinión, arqueros y peltastas con armas ligeras, se colaron por las calles laterales de la plaza donde los milesios y los mercenarios de Memnón se encontraban muy ocupados construyendo barricadas.

Telamón se dirigió a un abrevadero para caballos, se sacó el casco y se lavó la cara. Miró a su alrededor: por todas partes habían empezado los incendios, nubes de humo oscuro salían de las casas mientras ardían. Los gritos de las calles y de la avenida principal eran estremecedores. Alejandro se encontraba en la plaza del mercado, rodeado de sus oficiales y consejeros. Se ordenó un avance general. Más tropas macedonias se colaron a través de las puertas, que habían sido despejadas y abiertas, y los mensajeros se dispusieron a regresar al campamento apresuradamente. Telamón se acercó. Alejandro, agachado sobre los escalones que llevaban al templo, se estaba limpiando la cara con un paño húmedo a la vez que emitía órdenes a las distintas unidades.

—Telamón, ya no os necesito. ¿Estáis bien?

El rey se puso en pie mientras Hefestión se abría paso con una bota de vino. Alejandro la levantó y echó un buen trago.

—¡Hemos tomado las puertas de la ciudad! —gritó un oficial—. ¡El puerto es nuestro!

—¡Alejandro, mirad!

Hefestión agarró al rey por el brazo y lo volvió. De una de las calles laterales venía un hombre de barba blanca; en una mano llevaba una guirnalda y en la otra, unas hojas de palmera. Iba escoltado a ambos lados por otros dos dignatarios. El oficial de guardia que les conducía les obligó a arrodillarse ante los pies de Alejandro.

—Estos ancianos —comentó el oficial—, ahora que estamos dentro, quieren entregarnos la ciudad.

Alejandro lanzó la bota de vino a Hefestión, arrancó la rama de palmera y la guirnalda de flores de las manos del anciano, las lanzó al suelo y las pisoteó. El rostro del enviado se llenó de pánico y una espuma blanca empezó a brotarle por la comisura de los labios. Extendió las manos.

—Majestad, rogamos piedad. Los mercenarios griegos se han retirado. Toda la resistencia que podáis encontrar es la de civiles, hombres, mujeres y niños.

—¡Memnón! —rugió Alejandro—. ¿Dónde está Memnón?

—Se marchó con la flota persa. Dijo que la ciudad tenía pocas posibilidades, que vuestros barcos bloqueaban el puerto y que los persas se habían quedado sin agua ni comida.

—Lo sé —afirmó Alejandro pensativo. Se calló al oír un grito aterrador de una de las casas cercanas.

—¡Piedad, por favor! —repitió el enviado—. ¿Acaso Alejandro de Macedonia va a hacer lo mismo que hicieron en su tiempo los persas? ¿Vais a arrasarlo todo?

De nuevo se oyó el mismo grito.

—¡Hefestión! —El rey señaló hacia la casa del mercado donde los soldados estaban irrumpiendo—. ¡Decidles a esos muchachos que se retiren! Ptolomeo, Amintas, coged a los trompeteros y a los mariscales del campamento y recorred a caballo las calles. ¡Emitid una proclamación de paz! Mileto ahora es nuestro. Sus habitantes son mis súbditos. Que se imponga la ley marcial. ¡No más saqueos, ni pillajes, ni violaciones ni muertes o lo pagarán con la muerte!

Sus comandantes se apresuraron a obedecer. Alejandro agarró la bota de vino que Hefestión había dejado en el suelo. Ayudó a ponerse en pie al dignatario, que se deshacía en halagos y oraciones, dándole las gracias tras aquella muestra de magnanimidad.

—Deberíais haber abierto vuestras puertas de inmediato —declaró el rey—. Ahora volved a casa, nadie os hará daño.

En aquel momento los ruidos de la batalla empezaron a desvanecerse. El toque de las trompetas cortó el aire y luego se oyeron los gritos de los oficiales y mariscales que comunicaban las condiciones del rey. Un mensajero se acercó apresuradamente; era un arquero cretense, con la cara negra, los brazos manchados de sangre hasta los

codos y con la túnica rasgada. Se había apoderado de un escudo muy valioso en el que aparecía representado el Toro de Minos sobre un medallón de plata en el centro.

—Es un mensaje del general Parmenio, señor —el cretense miró de reojo al rey—. La ciudad ahora es nuestra. No hay ni rastro de la flota persa —una sonrisa de dientes negros cruzó el rostro del cretense—. Los mercenarios han huido despavoridos de la ciudad. La mayoría cogió sus escudos y con ellos flotando se ha dirigido a las isletas rocosas del puerto. Parmenio ha ordenado al almirante Nicanor enviar barcos de guerra en su búsqueda, con escaleras en las proas.

El rey cogió el escudo del cretense.

—¿Dónde habéis encontrado esto soldado?

—Estaba en el suelo, señor.

—¡Sois un mentiroso! —le reprendió el rey—, pero podéis quedároslo. Llevadle este mensaje al general Parmenio. Decidle que ofrezca amnistía a los mercenarios siempre y cuando me juren lealtad y entren a mi servicio.

—Pero después del Gránico... —protestó el cretense.

—Eso fue un error —replicó Alejandro—. No habrá más griegos matándose entre sí. Llevad este mensaje al general Parmenio y decidle también que se tome una copa de vino.

El arquero se volvió dispuesto a cumplir la orden.

—¡Oh y por cierto! —le gritó el rey—, ¡decidle a Parmenio que tenía razón sobre lo del águila! Él sabrá lo que quiero decir.

## Capítulo XIII

«Alejandro también tuvo algunos encuentros con los tenientes de Darío, a quienes había vencido no tanto con el poder de las armas sino con el terror que inspiraba su nombre».

Marco Juniano Justino, *Historia Universal*, libro 11, capítulo 6.

— Las posibilidades improbables son siempre preferibles a las imposibilidades probables —Alejandro se calló y se volvió con una copa en la mano—. ¿Lo recordáis, Telamón? Fue una de las clases de Aristóteles en Mieza.

—La recuerdo —contestó el médico—. Entonces no entendí lo que quería decir y todavía sigo sin entenderlo. Ni tampoco comprendo por qué la citáis en este momento, a no ser porque os haga parecer más inteligente.

—Pero no hay nadie aquí a quien impresionar —afirmó Alejandro abarcando con la mirada el desierto Templo de Apolo—. Sólo la desvaneciente luz del sol colándose por las ventanas —señaló a sus espaldas—, una estatua de Apolo el Cazador y esos pilares solitarios. Miradlos, Telamón, son de estilo egipcio con hojas de acanto arriba y abajo. Es un lugar oscuro, ¿verdad? Uno de los templos más antiguos de la ciudad, o eso dicen —la voz de Alejandro se escuchó como un eco por el cavernoso santuario.

—Es un lugar lúgubre —admitió Telamón—. Todos los templos lo son —contempló a su alrededor aquel santuario dedicado a Apolo; se hallaba en la avenida principal que conducía al Puerto del León—. ¿Por qué habéis citado a Aristóteles?

Alejandro tomó un sorbo de vino y se tambaleó por los efectos del alcohol. Vestía una túnica dorada con ribetes morados bajo una capa roja que le caía casualmente por los hombros. Todavía llevaba las grebas y las sandalias de marchar, aunque se había lavado y afeitado y su barbero le había arreglado el pelo.

—¡Pues porque pensaban que me resultaría imposible hacerme con Mileto y lo hemos conseguido! La flota persa se ha marchado. Los mercenarios se han rendido. El día termina y llega la oscuridad. «Ahora por la noche —continuó Alejandro citando unas estrofas de la *Ilíada*—, seguiremos velando por nosotros mismos y mañana a primera hora, antes de que despunte el alba, debemos coger las armas y despertar al malicioso Dios de la Guerra» —caminó en dirección a Telamón con el paso algo ebrio—. ¡Dijeron que no podía hacerlo, Telamón y lo he hecho! —exclamó en un susurro—. He ganado a la flota persa sin enviar ni a uno solo de mis barcos al mar. He tomado una ciudad con tres murallas —acabó Alejandro y volvió a dar otro sorbo.

Telamón contempló las sombras a su alrededor.

—¿Están todos fuera? —preguntó Alejandro con brusquedad.

—Sí, todos —contestó el médico—. Y Alejandro, no estáis tan borracho como pretendéis. Podéis engañarles a ellos...

—¿Pero no a vos?

—Sólo por un momento.

Alejandro abrió las manos.

—Bueno, vos habéis pedido esta audiencia, ¿por qué?

—Empezaré con vuestra cita de Aristóteles y la diferencia entre posibilidades improbables e imposibilidades probables —añadió Telamón escogiendo las palabras con cuidado.

—¡Oh, vamos! —exclamó Alejandro sentándose en la base de un pilar—, venid y sentaos en el suelo conmigo, Telamón, como solíamos hacer cuando éramos niños. ¿En qué estáis pensando?

—Casandra y yo hemos estado ocupados con los heridos.

—¿Hay muchos?

—Perdimos alrededor de doscientos hombres, todos murieron. Tenemos cincuenta heridos que morirán y un centenar que volverán a caminar.

—¿Y habéis utilizado vuestra magia? —preguntó Alejandro con tono burlón.

—He hecho lo que he podido. Estaba muy interesado en las heridas de flecha.

Alejandroladeó la cabeza.

—¿Sabéis, señor? —prosiguió Telamón humedeciéndose los labios—. He estado entre los heridos y no he visto ni siquiera a un solo soldado que tuviera la suerte de haber sido alcanzado por una flecha cuya barba se hubiera desprendido y hubiera sido golpeado en el pecho por tan sólo el astil.

—¿De veras?

—De veras —replicó Telamón—. Algunos de los arqueros cretenses sufrieron quemaduras muy graves. Hablé con su comandante sobre astiles, puntas de flecha y la fuerza de un arco. Le pregunté si alguna vez había oído hablar de que un hombre hubiera sido alcanzado por una flecha cuya barba se hubiera soltado en el momento del impacto sin causarle herida.

—¿Y?

—Se rió de mí, señor. Dijo que eso era imposible, hasta que recordó algo, y entonces no se mostró tan altanero.

Alejandro dio una patada con su bota contra el suelo pavimentado. Telamón detuvo su mirada ante una de las paredes de la nave: al fondo alguien había pintado a Apolo el Cazador con el arco tensado y la flecha mellada.

—Eso nos viene que ni pintado —apuntó el médico señalando la obra.

Alejandro le sonrió.

—¿Habéis descifrado ya ese mensaje? Me refiero a la confesión de ese loco que quemó el Templo de Artemisa.

—Oh, sí —Telamón abrió su cartera y sacó un trozo de pergamino—. Contiene un anagrama. En griego se leería:

Σγω σμοδω, εγω ειμω, πιαφαλλαδ, αλφα και ομεγα  
παντων. Ο τον α θανατον παιδοζ και δ νιοζ θεον

Que puede traducirse por: «Yo soy a la vez el Principio y el Fin de todas las cosas, hijo del Inmortal e hijo de Dios». Sin embargo, si cambiamos de orden algunas letras, podría leerse:

Σγω ειμιν Αλεξανζφοδ, όνιοδ θεον, όπαιδοδ φιλιπον  
και Ολγπιαε

Lo que se traduciría por: «Soy Alejandro, hijo de Dios, hijo de Filipo y Olimpia». —Telamón se encogió de hombros—. Claro que podrían decir que es un truco, pero es lo mejor...

—No, no —le interrumpió Alejandro con el rostro resplandeciendo de emoción—. Diré que el loco incendió el templo pero que, a su modo, gracias a aquello que los sacerdotes llaman la Locura Divina, se dio cuenta de la verdadera razón para incendiar el templo y era que Artemisa tenía que estar presente en mi nacimiento. Jugaré un poco con las palabras, pero será suficiente. Sí, sí eso hará que muchos de los arrogantes efesios cierren el pico. Y lo más importante, sabéis quién es el Centauro, ¿verdad? —preguntó Alejandro levantando la cabeza—. Por eso queríais verme. Por eso Peleo, Agis y Meleager están ahí fuera con mis oficiales. ¿Y a qué viene toda esa historia de las flechas de los arqueros?

—¡Oh, no os hagáis el inocente! —protestó Telamón—. El día que os marchasteis de palacio para acompañar a Apeles a casa, ¿por qué no estaba Hefestión con vos? Es vuestra sombra.

—Estaba ocupado en otra parte —respondió Alejandro con una mirada descarada en el rostro. Entrecerró los ojos con señales visibles de cansancio y chasqueó la lengua.

—Está bien —afirmó Telamón—. Intentad imitar a vuestra madre pero no me dais miedo. Alejandro, os diré lo que pasó. A última hora de aquella tarde, me llevasteis a vuestros aposentos. Me dejasteis solo con un mapa mientras os fuisteis a cambiar. Me paseé por vuestro dormitorio. Me di cuenta de que había un arco y una aljaba de flechas. Estaban ahí porque Hefestión y vos habíais urdido un plan. Queríais impresionar a los efesios, demostrar que gozabais de la protección especial de Artemisa. Os sentisteis insultado cuando se negaron a aceptar vuestra oferta de reconstruir el templo. Recordasteis las risitas ahogadas cuando mencionasteis la historia de cómo la diosa acudió a vuestro nacimiento.

—Su falta de generosidad fue como un puñal que se me clavó en el corazón —añadió Alejandro lentamente.

—Entonces Hefestión y vos planeasteis una pequeña pantomima para

convencerles. Ni siquiera Cleito os acompañaba aquella tarde para protegeros cuando salisteis de palacio; y sin embargo, un asesino andaba suelto en Efeso. Estabais determinado a impartir vuestra propia justicia, a enseñarles a esos efesios arrogantes una o dos cosas. Hefestión, vuestro cómplice, salió de palacio antes que vos y se ocultó entre los árboles armado con un arco y dos flechas. La primera la lanzó por encima de vuestra cabeza, eso siempre me confundió. ¿Por qué un asesino diestro como aquél fallaría un objetivo tan fácil en medio de una luminosa tarde de verano? A continuación lanzó la siguiente flecha, pero en este caso fue diferente, le había extraído la punta. La guardabais en vuestro puño y bajo la túnica llevabais un grueso chaleco de piel. Reparé en ello después de que os alcanzara la flecha, ya que ni siquiera os molestasteis en examinaros la piel.

Alejandro, cabizbajo, contemplaba la copa de vino.

—Hefestión lanzó la saeta y el astil fue a daros en el pecho, pero no os hizo herida alguna. Os tambaleasteis y, mientras caíais al suelo, colocasteis la lengüeta de la flecha cerca, como si se hubiera soltado. Artemisa había intervenido entre vos y aquella saeta mortal, protegiéndoos con su escudo.

Alejandro empezó a sacudir los hombros, luego levantó la mirada, las lágrimas nublaban sus ojos mientras se partía de risa.

—¡Es una historia maravillosa! —exclamó—. Oh, Telamón, sois demasiado agudo para vuestro propio bien. ¿Acaso no puedo avivar mi pequeña fábula? ¿Es que no puedo entretenerme con mis juegucitos?

—Señor, si queréis ser el rayo de Zeus, que Artemisa sea vuestra madre y Apolo vuestro primo segundo, y si eso os hace feliz, a mí también. Sólo me preocuparía si realmente lo pensarais —hizo una pausa—. Que fuerais salvado por Artemisa era una imposibilidad probable pero que todo fuera obra de un plan, por otro lado, aunque era improbable, seguía siendo posible...

Alejandro, todavía desternillándose de risa, se limpió las lágrimas de las mejillas.

—Fue un astuto plan, ¿verdad?

—Podría haber sido muy estúpido. ¿Y si Hefestión hubiera fallado? ¿Y si el astil se os llega a clavar en un ojo?

—Es un maestro con el arco —replicó Alejandro incorporándose—. Y no herimos a nadie. Los efesios me quieren por eso y esta historia la contarán durante tiempos inmemoriales.

—Si me la hubierais confiado —añadió Telamón poniéndose en pie—, habría sido capaz de desenmascarar antes al Centauro. Sólo esta tarde, mientras caminaba entre los heridos, me di cuenta del truco que nos jugasteis. Alejandro, si no fuerais soldado o general, os ganaríais los aplausos de toda Grecia como actor.

—Debo recordar eso —añadió dándole unas palmaditas en la mejilla—. Si perdemos la próxima batalla, vos, Hefestión y yo, y vuestra pelirroja con esa boca tan grande, deberíamos crear nuestra propia compañía de actores y recorrer las ciudades de Grecia. Bueno, tengo hambre, me gustaría celebrar la victoria. Están esperando

fuera, ¿verdad? Que entren los actores. El Templo de Apolo es un buen escenario. Afrontemos la verdad y acabemos con esto. ¡Ah, Telamón!

El médico, ya en la puerta, se volvió.

—Sólo a Hefestión. Decidle que venga armado y dejad a tres guardias vigilando la entrada.

Telamón descorrió los cerrojos y abrió la puerta del templo. Los hombres del rey aguardaban en el porche. Agis, Peleo y Meleager estaban sentados en el primer escalón, contemplando la plaza vacía del mercado. Telamón llamó a Hefestión y le susurró las instrucciones recibidas. Al cabo del rato, el hombre de confianza del rey entró con los otros tres efesios.

Alejandro les dio la bienvenida y aceptó sus felicitaciones. Arrellanado en el suelo, con la espalda apoyada en un pilar, continuaba meciendo su copa de vino. Les indicó con un gesto que se sentaran frente a él. Hefestión, vestido con su armadura, escondió su espada y permaneció detrás de los efesios. Telamón se acomodó a la derecha de Alejandro.

—¿Por qué estamos aquí? —empezó Agis—. Mi señor, habéis logrado una gran victoria, pero nuestra partida de Efeso fue sumaria y precipitada: nos secuestrasteis, nos raptasteis...

—¡Callad! —le interrumpió Telamón. El rostro moreno de Agis enrojeció de furia.

—Habéis sido traídos a este lugar porque el rey no puede confiar en vosotros —explicó Telamón—. Tenía un buen motivo para mantener su plan en secreto, lejos de todos, especialmente de vos, Agis.

El demócrata hizo un brusco ademán de levantarse, pero Hefestión le empujó suavemente en el hombro para que se sentara.

—¿Qué es esto? —preguntó Peleo, que había perdido su engreída arrogancia. Ahora sus ojos crueles acechaban cada movimiento, como un gato salvaje acorralado en una esquina.

—¿Qué es esto? —repitió Telamón imitándole—. Bien, señor, os lo diré —y a continuación señaló a Agis—. ¡Él es el Centauro, el asesino, el espía persa!

—¡Eso es ridículo!

De nuevo Agis se quiso incorporar. Entonces Hefestión, con una mirada de confusión en los ojos, acarició el rostro del demócrata con la hoja de su espada. Alejandro se terminó la copa ruidosamente y la lanzó en la oscuridad; se estrelló estrepitosamente contra algo.

—¡Majestad, eso es un disparate! —farfulló Agis. Peleo permanecía sentado atónito pero Meleager miraba como si ya lo supiera todo. Telamón se preguntó si siempre habría sospechado la verdad.

—¿Qué prueba tenéis? —preguntó Agis—. ¿Cómo podéis demostrarlo? ¡Si soy culpable entonces llevadme a juicio!

—Ahora estáis en uno —replicó Telamón—. ¿No conocéis la ley macedonia? El

rey escucha el caso y su palabra es el veredicto.

—Es verdad —corroboró Alejandro estudiando a Agis como lo haría un rival en el campo de entrenamiento y como si lo viera por primera vez—. Mi padre Filipo juzgó una vez a dos criminales. Como siempre, estaba borracho. Su veredicto fue que el griego escapara corriendo hacia Macedonia y que el otro le persiguiera.

Alejandro se echó a reír. Los tres efesios se limitaron a devolverle la mirada.

—Así que Agis, escuchad. Si considero que sois culpable os sacrificaré ante la Puerta del Pavo Real en Efeso.

—¿Qué pruebas tenéis?

—Aristóteles dijo —empezó Telamón— que toda verdad tiene un principio, una mitad y un final y que las tres partes deben coexistir en una única verdad. Vuestro padre Agis, era efesiano, un griego de Jonia, pero vuestra madre era persa. He consultado el libro de familias en los archivos del Templo de Artemisa. Vuestro padre se divorció de vuestra madre justo después de vuestro nacimiento y se casó con la de Meleager. Más tarde, vuestra madre se suicidó; se colgó de las vigas de su propia casa.

Agis permaneció con el rostro impasible.

—Es algo que sucedió hace mucho tiempo —continuó Telamón—, pero eso explica el odio que sentís hacia vuestro padre, hacia vuestro hermanastro y hacia cualquier cosa griega. Eráis seis; pasasteis gran parte de vuestra infancia fuera de Efeso con familiares maternos. Habláis griego con fluidez, tal vez con mayor fluidez que los propios persas. Vuestro padre os trajo más tarde a Efeso. Según los libros de familia, empezasteis a adorar a Artemisa a la edad de ocho o nueve años. Por aquel entonces habíais aprendido a disimular el profundo odio que os devoraba por dentro. Os convertisteis en un mercader con éxito, y como vuestro hermanastro, os visteis involucrado en la política de la ciudad. La corte persa no pasó por alto vuestro ascenso al poder. Mitra siempre busca hombres que quieran abrazar la causa persa, sobre todo en occidente. La corte de Macedonia se estaba preparando para la guerra y amenazaba con que un día el rey traería el fuego y la espada a los territorios persas —Telamón se dirigió a Meleager—. Vos debíais de saber algo de todo esto, ¿no?

—Sí —contestó el oligarca despacio—, pero como bien habéis explicado, Agis llevaba una máscara. Se marchó de la propiedad de mi padre y no regresó hasta años más tarde. Mi padre se sentía arrepentido...

—¡Mi padre no sentía nada! —le interrumpió Agis—. ¡Ni se sentía culpable por haber conducido a su legítima mujer al suicidio ni por rechazar la sangre de su sangre durante tantos años!

—Y vos le odiabais tanto —replicó Meleager—, pero lo mantuvisteis en secreto. Nuestro padre cayó enfermo. Los médicos dicen que murió de una infección, de una fiebre. ¿Tuvisteis algo que ver?

Agis miró a Telamón.

—Mi padre recibió lo que se merecía, como yo y todos los que estamos aquí,

algún día. Vos, médico, habéis dicho que la verdad tiene un principio, una mitad y un fin.

—Así es. Vuestro padre murió y el rencor que existía entre vos y vuestro hermano se hizo de dominio público. El pasado se olvidó. La gente consideró la continua guerra entre los consejos de Efeso una cuestión política. Y vos Agis, sois dos personas a la vez: el hombre de la esfera pública y el hombre de la esfera privada. Vuestros negocios prosperaron, y, ¿por qué no?, estaban financiados por el oro y la plata persa y contaban con información privilegiada como la demanda de determinados artículos o el estado de las cosechas. Y a cambio, vuestro valor en la corte persa aumentó con los años. Demostrasteis ser más que una simple fuente de información, os convertisteis en el principal espía de Efeso, erais más importante que el mismísimo Gobernador. Os hicisteis rico y vuestra posición en los rangos demócratas fue en ascenso hasta que alcanzasteis el liderazgo. Sois un hombre implacable, Agis. Dominasteis la voluntad de Peleo, Dión y Hesíodo mientras en secreto llevabais a cabo las instrucciones de vuestros amos en Persépolis.

—Divide y vencerás —interrumpió Meleager.

—Sí —afirmó Telamón— divide y vencerás. Demades y los oligarcas intentaron en varias ocasiones alcanzar una reconciliación, traer una paz duradera, pero una y otra vez sus intenciones se veían frustradas.

—Es verdad —intervino Peleo que había recuperado el juicio—. Vos, Agis, siempre estuvisteis al frente de nuestro partido y dependía de vos el que aceptáramos las peticiones de paz.

—Sin embargo ese día nunca llegó —prosiguió Telamón—. Agis extendió su enemistad mediante crueles asesinatos secretos, con el fin de mantener la llama encendida y el odio en ebullición. Un oligarca aparecía muerto y a continuación moría un demócrata. En realidad no se trataba de un partido librando una guerra contra otro, sino de un solo hombre, Agis, llevando a cabo las instrucciones de su señor, descargando su odio sobre una ciudad a la que despreciaba.

—¿Pero cómo puede ser? —preguntó Meleager—. Demades creía que había un traidor en nuestros consejos pero no en los suyos.

—Oh, lo había —replicó Telamón—. Agis estudió la historia de Efeso. Descubrió todo sobre los Centauros, la sociedad secreta de asesinos que se desarrolló cuando él era tan sólo un muchacho. Se apoderó de su nombre y se cubrió con su manto sangriento; aun así debía ser cauto. El paradero de un político demócrata, alguien al que había decidido asesinar, era fácil de averiguar, ¿pero cómo podía elegir a sus víctimas entre los oligarcas? Y lo más importante, ¿cómo podía averiguar de qué hablaban los oligarcas de Efeso?

Telamón se detuvo y miró de soslayo a Alejandro, permanecía sentado con los ojos cerrados, la cabeza ladeada y escuchando sin perder palabra.

—El Centauro es una criatura híbrida —explicó Telamón—, dos en uno: mitad hombre, mitad caballo. Agis necesitaba un ayudante. Alguien en quien pudiera

confiar entre los oligarcas. Como un lobo acechando a un cordero, buscó un punto débil y lo encontró. ¿Quién mejor que Sócrates, el criado de Demades, líder de los oligarcas?

—¡Imposible! —se burló Agis.

—No lo creo —interrumpió Meleager—. Sócrates tenía sus propias ideas sobre su rango, era un hombre al que le gustaba politiquear.

—Por lo poco que conozco de Sócrates —declaró Telamón—, era un hombre con una debilidad: la carne perfumada. Cuando su amo intentó ganarse los favores de la cortesana Arela, Sócrates se enamoró locamente de ella.

—¿Nos traicionó por ella? —preguntó Meleager.

—La traición sucedió mucho antes. Sócrates quería el oro y la plata para financiar sus conquistas amorosas: le entusiasmaba el poder, y convertirse en un traidor le otorgaba poder entre los ciudadanos más influyentes, entre aquellos oligarcas que le miraban por encima del hombro. En realidad, el Centauro eran dos personas: Agis el amo y Sócrates el siervo.

—¿Conocía Sócrates la identidad de Agis? —preguntó Peleo.

Telamón negó con la cabeza.

—Os gustan los secretos, Agis. Seguro que os encontrabais con Sócrates en las sombras o acudíais disfrazado a vuestras citas. Le amenazasteis y le engatusasteis, además de sobornarle y corromperle. ¿Qué oligarca debería morir? ¿Cuál era su punto débil? ¿Quién llevaría a cabo el asesinato? ¿De qué hablarían Demades y el resto? —Telamón señaló hacia un alero sumido en la oscuridad—. Los encuentros tendrían lugar bien lejos de la luz. Sócrates nunca entrevió a su verdadero señor. Sospecho que cada uno llevaba un medallón, en señal de reconocimiento mutuo. Y durante esos encuentros urdían su plan maquiavélico.

—Es cierto —afirmó Peleo—. Hesíodo siempre solía maravillarse de lo mucho que Agis sabía sobre los planes de los oligarcas. Incluso cuando Alejandro marchó sobre Efeso, Agis sabía donde se ocultaba cada uno de ellos y si tenían armas.

—Estoy seguro de que así fue —afirmó Telamón sosteniendo la mirada de Agis—. Manipulasteis la sangrienta política de Efeso, deslizándoos como una serpiente, enfrentando a ambos partidos y permitiendo que los persas tuvieran el control. Sin duda, disfrutasteis con el juego. Desempeñasteis varios papeles: el del astuto demócrata, el del fuerte rival de los oligarcas y el del griego en lucha constante por la liberación y la restauración de las libertades. Pero en el fondo erais el persa, fiel a sus amos, obsesionado por una sola idea: vengar todo el dolor y la humillación de vuestra madre y de su hijo. El tiempo pasó. Llegó la amenaza de los macedonios. Parmenio vino pero marchó enseguida. Y vos, os cebasteis todavía más con los asesinatos. El gobernador persa os conocía muy bien. Tenía órdenes estrictas de Mitra de ayudaros y complaceros en todo. Conocíais todas las entradas secretas de palacio, las oscuras galerías y los rincones donde os podíais encontrar con el gobernador. En realidad, ni siquiera él conocía vuestra verdadera identidad. En otras ocasiones, para confundirle,

utilizabais el Templo de Hércules. Sócrates era vuestro mensajero y ambos librabais una guerra despiadada. Finalmente las noticias de nuestra victoria en el Gránico se difundieron por todo Efeso —Telamón contempló la estatua de Apolo—. Me pregunto si las llegasteis a conocer antes que nadie y os planteasteis qué oportunidades teníais de continuar vuestra enemistad y eliminar a vuestros oponentes. Señalasteis con el dedo de la muerte a familias enteras. Con la ayuda de cómplices, masacrasteis a vuestros enemigos. Sólo los dioses saben cuántos años deberán pasar hasta que se curen las heridas.

—Entonces llegué yo —intervino de repente Alejandro—. Y puse fin a aquel derramamiento de sangre.

—Los macedonios eran un nuevo rival —afirmó Telamón—. Los oligarcas se habían debilitado, habían sido destruidos como partido político. Sin embargo, vuestros señores de Persépolis tenían más trabajo para vos.

Telamón se quedó contemplando la puerta que se abrió en aquel instante de par en par. Aristandro, que parecía ofendido, irrumpió en la sala.

—¡Quedaos fuera! —gritó Alejandro con las mejillas encendidas de furia—. ¡Esto no es asunto vuestro, mago!

Aristandro agitó las manos y Alejandro hizo el ademán de levantarse, por lo que el nigromante se apresuró a desaparecer por la puerta.

—Demades y los líderes de los oligarcas —prosiguió Telamón—, se refugiaron en el Templo de Hércules. Alejandro les prometió que su vida no correría peligro. Y para vos esta fue una oportunidad única, de las que sólo se presenta una vez en la vida: matar a Demades y al resto de líderes oligarcas y conseguir al mismo tiempo que se rompiera la promesa macedonia; de este modo nuestro rey se convertiría en objeto de burla y su palabra no tendría ya ningún valor. Además, llegó el momento de decir adiós a Sócrates. Si no existía el partido de oligarcas, ¿de qué os servía? Sócrates era un hombre fácilmente sobornable, lo que resultaba peligroso para vos. Así que decidisteis acabar con todos de un solo golpe.

—¿Y Arela? —intervino Meleager.

—¿Qué pasa con ella? —replicó Peleo.

—Demades —empezó Meleager—, antes de darse a la fuga estaba muy preocupado por su criado. Sócrates era astuto como un zorro. Probablemente Demades confió en él hasta su muerte. Sin embargo, como he dicho, estaba muy preocupado.

—Explicaos —pidió Telamón.

—Demades decía que Sócrates parecía distraído por algo. Desde la masacre en el Templo de Hércules, he escuchado las habladurías, y ahora vuestras preguntas...

—Tenéis razón —intervino Telamón—. Demades había intentado ganarse los favores de Arela, pero ésta le rechazó. Había utilizado a su criado como mensajero. Sócrates también se enamoró de ella, por eso parecía distraído. En el curso normal de los acontecimientos, Arela nunca habría ofrecido sus favores a un simple sirviente.

Sócrates habló del asunto con su verdadero señor y urdieron el plan. Vos, Agis —Telamón señaló al demócrata, que le devolvió petrificado la mirada—, persuadisteis, sobornasteis y amenazasteis a Arela.

—¿Cómo? —preguntó con tono insolente.

—Oh, disfrazado, en mitad de la noche. Arela estuvo de acuerdo en otorgar sus favores a Sócrates. A cambio, Sócrates llevaría a cabo vuestras órdenes para la sangrienta masacre en el Templo de Hércules.

—¡Eso es ridículo! —espetó Peleo.

—No, no lo es —Alejandro sacudió la cabeza y se frotó las manos—. Escuchad a mi médico. Ha estudiado todos los síntomas y os revelará cuál es su causa.

—Seré breve —les tranquilizó Telamón—. Arela ambicionaba tener poder, riqueza e influencia. Y Agis le prometió todo eso.

—Pero Arela desconocía el verdadero precio que Sócrates tenía que pagar por sus favores, ¿verdad? —preguntó Meleager.

—No. Agis se enteró a través de Sócrates del plan de Demades de salir de su escondite y refugiarse en el templo. Entonces tendió la tela de araña: Sócrates fue sobornado pero quería pruebas. Agis recurrió a Arela, que fue obligada a aceptar y a visitar en secreto el templo para tranquilizar a Sócrates. Fue vista por los alrededores.

—¿Y los asesinatos?

Telamón describió con detalle las mismas conclusiones que había explicado al rey y a Casandra: que Sócrates se había hecho con armas secretas, que había utilizado polvos somníferos, cómo había matado a las víctimas y cómo creía que habría escapado por la puerta de atrás alegando que unos intrusos habían irrumpido en el templo, y finalmente cómo su muerte por envenenamiento había contribuido a acrecentar el misterio.

—¿Tenéis pruebas de todo ello? —preguntó Agis, el cuello empapado en sudor y tragando saliva con dificultad.

—Encontramos algunos fragmentos como una pieza de bronce y restos carbonizados y de piel retorcida por las llamas. Sócrates los enterró bien entre las brasas. No tengo pruebas reales, no de vuestra maniobra en este asunto, pero luego...

Telamón se calló. Al otro lado de la puerta podía oír la voz de Aristandro, todavía protestando.

—No le hagáis caso —le susurró Alejandro—. Su orgullo ha sido herido. Ahora tiene otras tareas de las que ocuparse —añadió mirando a Telamón—; como, por ejemplo, la de hacerse con la riqueza que Memnón y su partido han dejado en Mileto.

Telamón se puso cómodo.

—Pero todavía os quedaba trabajo por hacer, Agis. Teníais que cerrarle la boca a Arela. Debisteis tener miedo de que dejara algunos papeles, algunas pruebas de lo que habíais planeado. Así que ella tenía que morir y su casa, arder hasta los cimientos. Como cualquier cortesana, Arela pasó la tarde preparándose para algún cliente afortunado: bañándose en la piscina, durmiendo, maquillándose o poniéndose

perfume. El día que murió, hicisteis notar vuestra presencia. Llamasteis a la puerta de su casa: el portero miró a través de la rejilla y vio a Agis, que se había convertido en el ciudadano más importante de Efeso. ¿Cómo iba a negarle la entrada? Abrió la puerta y vos entrasteis. Cuando el hombre se encontraba de espaldas corriendo los cerrojos, le propinasteis un fuerte golpe con una porra muy similar a la que Sócrates había utilizado. Luego descorristeis los cerrojos para que la puerta quedara abierta, en caso de que viniera alguien y diera la voz de alarma al no recibir respuesta. Una vez dentro, probablemente os disfrazasteis y cruzasteis rápidamente el jardín. Matasteis a Arela y a su doncella y rociasteis la casa de aceite. Estabais a punto de incendiarla y marcharos cuando llegó Hesíodo.

—Yo sé por qué —interrumpió Peleo—. Hesíodo sentía curiosidad. Siempre había creído que un espía entre los oligarcas nos estaba proporcionando información. También había oído que Arela había sido vista cerca del Templo de Hércules. Su belleza la delató —añadió con desprecio—, y su avaricia. Hesíodo debió de sentir curiosidad por conocer los motivos que la habían empujado a acudir a aquel lugar.

—¿Y? —preguntó Telamón.

—Hesíodo era tan furtivo como una rata —explicó Peleo—. Arela ofrecía sus favores a los ricos y poderosos. Esto incluía, por supuesto, al Gobernador de Persia y a su escriba más importante, Rabinos, que fue capturado en su propia casa. Hesíodo quería ser popular, y ganarse el favor de los macedonios. Arela podía ser una buena fuente de información, de habladurías y rumores, susceptible de ser persuadida y sobornada.

—Cierto —afirmó Telamón—, pero Hesíodo fue asesinado y la casa incendiada. Y luego, Agis, huisteis.

—Pero yo me encontraba aquel día de visita en la casa de Dión. Preguntadle a su mujer, a sus criados.

—¿De veras? —le retó Telamón—. Mientras salíais de la casa de Arela visteis cómo se acercaba corriendo vuestro colega, el abogado. Tenía la misma intención que Hesíodo; quería hacerle algunas preguntas a Arela. No os vio, así que aprovechasteis la oportunidad.

—¿Qué oportunidad?

—Os presentasteis en la casa de Dión. Deberíais imaginaros que Aristandro preguntaría dónde os encontrabais todos el mediodía en el que Arela fue asesinada.

Y de este modo parecería que Agis, el líder siempre tan ocupado, estaba visitando a uno de sus colegas. Nunca nadie os preguntó el motivo de vuestra visita, o donde habíais estado antes. Utilizasteis a Dión en aquel entonces y luego, más tarde.

—¿E hice todo eso yo solo?

—¿Por qué no? Sois Agis, el magistrado jefe. Disfrutáis del favor del rey. Podéis ir a donde queráis. Estoy seguro de que hay alguna taberna o casa ahí fuera en la ciudad donde podríais dejar mensajes para vuestros señores de Persépolis. Después de la muerte de Arela, os concentrasteis en otro asunto. Durante el mandato persa,

visitabais a menudo el palacio del gobernador en Efeso, así que no sería descabellado pensar que os conocierais todos sus pasillos secretos, incluso cómo construyen las avispas sus nidos en las bodegas o los aleros. La captura de Rabinos os puso las cosas un poco difíciles. Debería haber huido, pero se refugió en la casa de Arela y debíais silenciarle. Llegasteis al palacio como invitado del rey, así que contabais con un pase real. Os debió resultar fácil esconder una porra, encontrar a aquel guarda durmiendo en el pórtico desierto, matarlo y ocultar su cuerpo. No albergabais más que malicia en vuestro corazón, y deseabais causar tanta confusión y caos como os fuera posible. En secreto, persuadisteis a la viuda de Demades para que atacara al rey, pero advertisteis a Alejandro de lo que podía suceder.

—Ya que para eso os pagaba —interrumpió Alejandro—. Vos, como los demás, recibisteis mi oro. Erais mi espía aquí, junto a otros demócratas. Erais digno de mi confianza...

—Y vos utilizasteis esa confianza —explicó Telamón— para provocar a la viuda de Demades y, al mismo tiempo, mostraros como el salvador del rey. Mientras el caos reinaba en el banquete, os deslizasteis hasta las bodegas situadas bajo las cocinas. Los nidos de las avispas estaban preparados. Simplemente los empujasteis por la apertura de la pared en el suelo de las cocinas y los machacasteis con vuestra porra, pero vos llevabais la cara y las manos protegidas; luego os marchasteis. Esas avispas formaron enjambres que atacaron a los inocentes que allí se encontraban. En definitiva, murió más gente, lo que se tradujo en mayor descrédito para nuestro rey. Visitasteis a continuación la celda de Rabinos, deslizándoos en las sombras: no tardaríais mucho en vaciar una bota llena de aceite a través de la rendija y lanzar luego un paño encendido. Rabinos quedó atrapado. Murió y su boca se cerró para siempre. Supiera lo que supiera sobre el Centauro, sobre el espía de Mitra en Efeso, eso se lo llevó con él a la tumba.

—Pero escribió algo en la pared —intervino Alejandro—. Aristandro pensó que era un triángulo, la letra «D» mayúscula, de Dión.

—Tal vez sí —contestó Telamón—, pero también es posible que escribiera una «A» mayúscula, de Agis. O conociendo lo bien que mentís, quizá le dijisteis al gobernador que el Centauro se llamaba Dión, sólo para divertirlos. ¿Eso creía Rabinos cuando agonizaba? Hicisteis un buen trabajo aquella noche, ¿eh, Agis? El rey casi asesinado. Uno de sus soldados ejecutado. El caos en las cocinas y la boca de Rabinos definitivamente sellada.

—Pudo haber sido Dión —replicó Agis, con un tono de voz templado y una mirada serena—, Meleager o Peleo.

—Eso es lo que queríais que pensara. Peleo, no —Telamón negó con la cabeza—. Meleager, tal vez, por eso decidisteis no matarle. Podía parecer un hombre en el que no se puede confiar, con un deseo ardiente de hacer el mal. Sabéis, y yo también, que Aristandro sospechaba de Dión, así que volvisteis a atacar. Dión empezó a ponerse nervioso. Es posible que tuviera sus propias sospechas. La noche que murió le

visitasteis. En la conversación que mantuvisteis con él, os esforzasteis por inspirarle un falso sentimiento de tranquilidad. Llegasteis silenciosamente por la noche para hablarle de unos asuntos confidenciales. Tal vez Dión se sintió agasajado. Os ofreció vino, pero fuisteis vos quien lo sirvió, vertiendo en su copa la misma poción que tomaron las víctimas del Templo de Hércules. La conversación continuó. Os sentíais a salvo; hubieseis podido huir fácilmente, llegado el caso. Dión se quedó dormido. Le apretasteis la soga alrededor del cuello y atasteis seguidamente un extremo al gancho de una de las vigas. Dión, drogado, no pudo resistirse. Se fue ahogando hasta morir. Retirasteis vuestra copa de vino del escenario del crimen, arrojasteis el resto de la de Dión por la ventana y la colocasteis de nuevo en su lugar después de haberla limpiado cuidadosamente. La puerta estaba cerrada con llave, y los cerrojos echados. Salisteis por la ventana...

—¡Pero las contraventanas estaban cerradas! —interrumpió Peleo—. ¡No se hablaba de otra cosa en la casa!

—Oh, eso es fácil de arreglar —replicó Telamón—. Las contraventanas se cierran gracias a unas cuerdecillas de piel sujetas al dintel por unas clavijas de bronce. Antes de que Agis se marchara, cerró una contraventana y bajó una de las barras. Luego desencajó la otra contraventana, arrancando la clavija de uno de los lados, con lo que ésta se quedó colgando y las dos contraventanas permanecieron juntas gracias a la barra de madera. Agis se coló por la ventana y balanceó la contraventana suelta hasta ponerla en su sitio, ajustando así la clavija hacia dentro de modo que no se notara diferencia alguna con la otra. La contraventana quedó finalmente cerrada y atrancada. Para eso necesitó hacer algo de fuerza, pero el chambelán dijo que la esposa de Dión se despertó al oír un portazo. Por supuesto, esto ayudó a Agis y seguro que debía saberlo, que la puerta que daba a la oficina de Dión era robusta y estaba cerrada con llave y con los cerrojos echados. Así que a la mañana siguiente, los criados hicieron lo que cualquiera habría hecho: sacaron las contraventanas para poder entrar en la habitación. Cualquier huella de Agis, indicios sospechosos o señales en las contraventanas desaparecerían. Y además daba la sensación de que Dión había estado involucrado en la masacre del Templo de Hércules. Tal vez hizo algunos dibujos mientras especulaba sobre el misterio. O Agis pudo haberlos dejado, o Dión pudo haberlos hecho por petición de Agis. Da igual, el dedo de la sospecha apuntó a Dión, pero ahora está muerto y según parece se suicidó.

—Sospechaba que uno de vosotros era un espía —anunció Alejandro poniéndose en pie. Se dirigió hacia la puerta y echó un cerrojo. Luego regresó, controlando sus pasos sobre el suelo pavimentado—. Por eso os traje conmigo a Mileto, para que nadie pudiera hacer llegar información a esta ciudad o a vuestro señor persa —concluyó el rey y se sentó.

—Pero majestad —protestó Agis abriendo las manos—, ¿dónde está la prueba de todo esto? Yo me encontraba con vos el día que el asesino os lanzó dos flechas y la diosa os protegió.

—Ahora sabemos quién lanzó las flechas —replicó Telamón.

Agis bajó las manos.

—Cierto —prosiguió Telamón—, eso me confundió durante un tiempo. Y en cuanto a pruebas, yo os daré la mía. Primero, sabemos que la masacre en el Templo de Hércules fue obra del Centauro, pero nadie escapó, todos los hombres que se encontraban allí murieron. Sin embargo, los asesinatos continuaron, entonces debió tratarse de dos asesinos. Segundo, Meleager permanecía oculto. Podía resultar sospechoso pero a la vez no disponía ni de la fuerza, ni de los recursos necesarios para planificar y urdir tal masacre. Tercero, sois persa de nacimiento, poderoso y rico, y tenéis los medios así como la fuerza para llevar a cabo tales acciones.

—¿Es esto una prueba? —se burló Agis.

—Cuarto —continuó Telamón—, cometisteis un error. Dijisteis que Arela se quedó flotando como un pez muerto en el borde de la piscina. ¿Cómo sabías que fue asesinada allí? Su cuerpo carbonizado fue encontrado en la casa. Alegasteis que nunca la habíais visitado, ni antes ni después de su muerte, y los detalles del crimen no fueron revelados.

—Es cierto —declaró Meleager—. Recuerdo esas palabras.

—Y finalmente, llegamos a Dión. ¡Aquí tenéis, Agis, cogedla!

Telamón sacó un trozo de cuerda de debajo de su abrigo y se lo lanzó. Agis se sorprendió, pero lo cogió.

—Sois zurdo... De todos vuestros colegas, sois el único.

—¿Y? —preguntó Agis extrañado.

—Devolvedme la cuerda —le pidió, a lo que Agis accedió—. Dión era diestro —Telamón pasó la cuerda por su cuello—. Si me hiciera un nudo, porque soy diestro, el nudo lo haría del lado de mi oreja izquierda. Si fuera zurdo, lo haría debajo de la derecha. Dión era diestro, y el nudo, sin embargo, estaba bajo su oreja derecha.

—¡Tal vez estaba borracho! —Si Hefestión no hubiera llegado a estar detrás de él, Agis se habría puesto en pie de un bote. Telamón reparó en lo oscuro y frío que se estaba volviendo el templo.

—Tenemos otra prueba —el médico cogió fuerzas para pronunciar aquella mentira—. La noche que Dión fue asesinado se os vio cerca de su casa.

—¡Eso es imposible! Era... —Agis cerró los ojos.

—¿Por qué es imposible? —le preguntó Telamón—. ¿Porque ibais disfrazado? ¿O porque era una noche oscura como boca de lobo? ¿Sabéis también que mi asistente Casandra os vio deambulando por palacio, la noche del banquete, solo?

—¿Cómo es posible?

—O que Basilea, la reina de los Moabitas, tiene pruebas de que visitasteis a Arela el día que murió.

—¡Todo son mentiras! —exclamó Agis—. ¡No tenéis pruebas!

—Tampoco habéis negado las acusaciones.

—Las niego ahora.

—¿Sabéis que todos vosotros habéis sido obligados a abandonar Efeso — continuó Telamón con tono prosaico—, para que vuestras casas sean registradas y vuestras familias interrogadas?

—¡Rhoda, no! —exclamó Agis como un hombre herido y el rostro pálido y empapado en sudor.

—¡Oh, sí, Rhoda, sí! —interrumpió Alejandro—. Será interrogada. Todo lo que tenéis, Agis, será registrado y analizado. Cada cámara, cada cofre, cada arca. Y cuando encuentre pruebas solicitaré la ley de Persia. No sólo vos moriréis en la cruz, sino todos los miembros de vuestra familia.

Agis bajó la cabeza.

—¿Cuánto tardaréis? —preguntó Alejandro—, ¿días?, ¿semanas?, ¿meses? Pero encontraremos más pruebas. Os quedaréis aquí, Agis, encadenado. Tal vez os traigamos a vuestra hijita para que os visite, para que os suplique que digáis la verdad.

Agis levantó la cabeza, con los ojos inundados de lágrimas.

—Yo soy —reconoció despacio—, persa de nacimiento. Odiaba a mi padre, Efeso y cualquier cosa de esa maldita ciudad. Mi madre se colgó así que decidí vengarme y llevar a cabo un justo castigo. Es como decís. Sirvo a Mitra. Acepté vuestro oro, macedonio, pero acepté el favor y la protección de Mitra. A medida que fui creciendo y me hice más poderoso, mis almacenes crecieron y se llenaron las arcas de mi tesoro hasta arriba. Entonces planeé los asesinatos ¡Oh —exclamó—, me gustó tanto ver cómo los grandes de Efeso morían envenenados o atravesados por la espada! Las muertes se volvieron algo de lo más habitual. Por supuesto —se rió de repente—, como todo, cada vez era más difícil. Entonces resultó que me eligieron líder de los demócratas. Demades envió a pacificadores y así es como conocí a Sócrates, un hombre con una vida secreta, ardiente de deseo por la carne impregnada de perfume y con los recursos para comprarla. Fue como una manzana madura en mis manos. Siempre me citaba con él en algún lugar oscuro, mi rostro oculto tras una máscara y mi voz distorsionada. Ambos hicimos juramentos por el emblema de los Centauros, una avispa que llevábamos colgada de una cadena. Le prometí a Sócrates que le llenaría las manos de oro. Al principio se mostró algo reticente, pero luego fue fácil convencerle y enseguida se vio atrapado.

—¿Sospechaba quién erais?

Agis se mordió el labio inferior.

—Le confundí sobre mi verdadera identidad: pudo haber sido un caso de demócratas contra oligarcas, o de demócratas contra demócratas, o de oligarcas contra oligarcas. Después de todo tampoco es que los propios partidos lamentaran mucho la pérdida de sus miembros. Sócrates me contó lo que sabía. Me ayudó a elegir a las víctimas, quiénes eran y en qué lugar se encontraban a determinadas horas.

—¿Cometisteis personalmente los asesinatos?

—Al principio sí, todo fue obra mía, médico. Al final, Sócrates se encargó de ello.

—¿Y Persia?

—Mitra estaba encantado: griegos luchando contra griegos, dejando vía libre a su gobernador para dirigir y administrar la ciudad. Los persas me financiaron con oro y plata, me aconsejaron sobre productos en los que invertir, sobre qué asociaciones comerciales serían rentables. Era como un hijo para Mitra: sólo él conocía mi nombre. Públicamente jugaba a ser el héroe de los demócratas y ciudadanos de Efeso —Agis se aclaró la garganta—. Protegí mi reputación pública como enemigo de Persia y de Mitra provocando accidentes e intentos de asesinato fallidos. Sócrates también cometió asesinatos. Le gustaba. Como criado de los nobles, se regocijaba al verse las manos teñidas de su sangre. Recordé mi vida pasada y eso me hizo pensar en las historias sobre los Centauros, así que adopté su nombre...

—¿Y continuasteis con su sangrienta matanza?

—Por supuesto —Agis tenía una mirada extraña y misteriosa en los ojos—. Parmenio vino y se marchó, luego regresaron los macedonios. Las noticias de vuestra victoria en el Gránico sorprendieron a todo el mundo: era el momento de un cambio. Sócrates me comunicó que Demades empezaba a sospechar de la existencia de un traidor en sus rangos. Y el gordo de Hesíodo también se imaginaba algo. Mitra fue bastante claro: Efeso caería en manos de Alejandro, pero yo me encargaría de crear la máxima confusión posible. Y eso resultó fácil —añadió con un tono de lamentación—. Los oligarcas habían sido elegidos para ser destruidos. Envié advertencias secretas a Meleager, no por nuestros lazos de sangre, sino para levantar sospechas. Demades y su partido huyeron hacia el Templo de Hércules. Entonces se me presentó una oportunidad para seguir con mi sangrienta matanza, para continuar con mis muertes incluso bajo el dominio macedonio. Después de todo, podía demostrar que la palabra de Alejandro no valía nada. Demades tenía que morir, albergaba sospechas, y además me estaba cansando de Sócrates, que ahora se había convertido en un engorro. Su señor se había enamorado de Arela y luego él también. Tenéis razón, médico, me aproveché de ello. Si Arela se lo hubiera pedido, Sócrates le habría bajado la luna del cielo. Era una furcia terca y avariciosa. Le hice chantaje y la soborné para que me obedeciera —hizo una pausa—. Sabía mucho sobre Arela: no quería que la gente creyera que simpatizaba con los persas. Después de que Demades y su partido se refugiaron en el templo, le di algunas órdenes a Sócrates. Le dije que Arela debería hacerle llegar en secreto algunos objetos.

—¿Y Sócrates estuvo de acuerdo?

—¡Por supuesto! Arela le había prometido sus favores. Le juré que incluso le visitaría en el templo para que creyera mi palabra. Sócrates se comprometió. Le dije que una tarde yo le haría una señal que debería identificar para cometer los asesinatos. Tenía también órdenes muy estrictas de cómo hacerlo. Debía utilizar la zarpa de bronce para autolesionarse una vez hubiera matado a todos. El plan era abrir

la puerta de atrás del templo para dar la impresión de que alguien había entrado y todos habían sido brutalmente asesinados. Sócrates diría que tuvo suerte de poder escapar con tan sólo algunos arañazos y daría la voz de alarma. Nadie sospecharía.

—¿Y el veneno? —preguntó Telamón.

—Hizo pronto su efecto —Agis miró hacia la oscuridad—. Tardó menos de una hora. Incluso si Sócrates hubiera podido escapar por la puerta, habría muerto poco después. El veneno era mortal, una mezcla de plantas venenosas con almendras machacadas, un brebaje letal. En Efeso es fácil comprar veneno.

—Entonces, el hecho de que Sócrates no pudiera escapar —interrumpió Alejandro bruscamente—, sirvió para crear un halo de misterio entorno al templo.

—Sí, todo terminó mejor de lo que había pensado.

—¿Y la vasija de plata? —preguntó Telamón—, ¿por qué le pedisteis que la bajara?

—Quería asegurarme de que no contenía nada. Sócrates, y yo también a veces, visitábamos el templo disfrazados para recibir mensajes o dinero de parte del gobernador persa. El sacerdote empezó a sospechar de las visitas de Rabinos. Sócrates me contó que lo sabía por Demades.

—Ah, ya veo —declaró Telamón inquieto—. Y por eso el sacerdote tuvo que morir y la vasija fue inspeccionada. No sería el primer sacerdote que guardara valiosos manuscritos dentro de alguna vasija o urna sagrada.

—Le ordené a Sócrates que quemara todo cuanto encontrara dentro, aunque sospecho —añadió Agis— que estaba vacía. El sacerdote debía morir, se había vuelto muy entrometido.

—Y vos queríais que Demades se escondiera en el templo, ¿no es cierto?

—Así es —contestó.

—Entonces —añadió Alejandro—, empezó la masacre: algunos oligarcas fueron rodeados, pero utilizasteis a Sócrates para inducir a Demades y al resto a que se refugiaron en el templo. Sócrates, al ser un simple criado, estaría a salvo en las calles, escondiéndose en cualquier parte y entregando mensajes a los colegas de Demades. Y una vez llegaron al templo, fueron atrapados, como gallinas en un gallinero.

Agis miró al rey sin pestañear.

—¿Y qué pasó con Arela la cortesana? —preguntó Telamón.

—Ah, bueno —Agis hizo un mohín—. Sabía demasiado. Rabinos le había contado muchas cosas. Así que fui a su casa y la maté como habéis descrito. Hesíodo llegó después. Tenía que morir también, era un fisgón y tenía unos ojos demasiado curiosos; no era de confianza. La curiosidad puede ser un vicio muy peligroso.

—¿Y lo mismo pasó con Dión?

—Sí, empezó a alarmarse. Creyó que estaba bajo sospecha. Hesíodo le había hablado sobre un traidor en nuestros rangos. ¿Por qué maté a Dión? Ya no le necesitaba. Éramos del mismo partido, pero para mí, no era mejor que el resto. Acordé visitarle por la noche para evitar sospechas. Me colé por la pared de su jardín

y me adentré sigilosamente en su oficina. Llevé conmigo algunos dibujos, algunos borradores del Templo de Hércules. Después de haberlo matado, los mezclé entre sus papeles. Me fijé en lo robusta que era la puerta, así que la cerré con llave y eché los cerrojos por dentro.

Agis parecía que estaba dispuesto a confesarlo todo. Telamón pudo adivinar por qué.

—Le maté como dijisteis. Dión no sabía mucho, pero empezaba a hacer preguntas comprometedoras, sobre todo durante el banquete en el palacio del Gobernador; la noche que le visité me volvió a preguntar. Por aquel entonces, ya había decidido matarle. Me sirvió vino y sin que se diera cuenta mezclé una poción somnífica, luego lo ahorqué. Tenía prisa, no pensé en los nudos —Agis parecía estar hablando consigo mismo—. Cerré y atranqué una ventana y con la otra hice lo que habéis contado —sonrió—. Es un truco bastante común entre los allanadores de moradas que se introducen en las casas de Efeso para robar. Después de todo, había sido un magistrado de la ciudad.

—¿Y qué pasó la noche en el palacio durante el banquete del rey? —preguntó Telamón.

—Oh, me limité a sembrar la idea en la mente de la viuda de Demades. La visité al poco de la muerte de su marido. Como una serpiente moviéndose en la oscuridad, le sugerí que podría vengarse y le describí cómo.

—Y luego, para protegeros —continuó Telamón—, se lo contasteis a Alejandro; no obstante, continuasteis con vuestro maquiavélico plan.

—Conocía el palacio como la palma de mi mano —se burló Agis—. Existen entradas secretas que todavía ni siquiera imagináis. Solía ir allí para verme con el Gobernador a la hora y en el lugar que yo fijaba. Lo sabía todo acerca de las avispas, conocía los patios desiertos, y naturalmente, disponía del pase real. Sabía que Rabinos había sido capturado, por lo que también debía morir. Lo estaba buscando cuando entreví al soldado, escondiéndose de sus compañeros con la jarra de vino. Me serví de la porra que llevaba escondida, muy parecida a la que utilizó Sócrates en el templo: un palo de madera aparentemente inofensivo con una cabeza de bronce ajustada en un extremo. Hablé con el soldado durante un rato; descubrí en qué mazmorra se encontraba Rabinos y luego le maté. Más tarde, aquella misma noche, cuando se dio la voz de alarma, me marché con Dión y desaparecí. Me dirigí hacia los nidos de las avispas y los lancé a las cocinas. Si los sostienes con cuidado, de hecho no son peligrosos, además llevaba la cara y las manos protegidas. También cogí algo de aceite en una bota de vino, la derramé en la celda de Rabinos y luego lancé un paño encendido —Agis se encogió de hombros—. Si conocéis el palacio, es muy fácil; pasadizos secretos, oscuros pórticos y patios sumidos en las sombras. La gente iba de un lado para otro, no tardé más de lo que tardaría en caminar un kilómetro.

—¿Sabía el Gobernador quién erais realmente? —le interrumpió Telamón.

—Claro que no. Le di el nombre de Dión para confundir las cosas.

—Debisteis sentirnos algo alarmados cuando un arquero escondido lanzó flechas contra el rey, ¿no? —le preguntó Telamón.

—No mucho —suspiró Agis—, como descubriréis, hay más espías en Efeso de los que pensáis. Mitra podía haber alquilado los servicios de otro, pensé.

—¿Entre vuestras misiones se encontraba la de matar al rey?

Agis se puso en pie. La espada de Hefestión le rozó la nuca.

—¿Dónde vais? —le preguntó Alejandro con calma.

Agis se puso de rodillas.

—Os suplico por mi...

—¡Por vuestra vida no! ¡Ahora es mía! —exclamó enfáticamente el rey.

—¡Entonces, por una muerte rápida! —replicó Agis—, y por la vida de mi hija Rhoda. Ella no tiene la culpa.

El rostro de Alejandro se volvió blanco como el marfil, sus labios se convirtieron en una línea exangüe.

—¿Por qué debería mostraros piedad?

—Porque he confesado —declaró Agis.

—¿Y? —preguntó Alejandro.

—Puedo daros más información.

—Adelante.

—Me alegra que estéis registrando nuestras casas —Agis se permitió esbozar una amplia sonrisa—. Os puedo proporcionar una lista de agentes persas de Efeso. En primera posición se encuentra Peleo.

El otro demócrata se puso en pie como un resorte, agitando las manos. Agis ni siquiera le dedicó una mirada.

—Peleo *está* comprometido en cuerpo y alma, lo mismo que Dión; y lo mismo digo de esa gorda furcia, la reina de los Moabitas. ¡Traedme un estilo y una tabla encerada y os escribiré los nombres del resto!

—No encontraréis mi nombre en esa lista —le interrumpió Meleager.

Agis asintió en señal de acuerdo.

—Os mentí —confesó—. Nombré a Meleager para levantar sospechas. De todos los efesios, él es el más honorable. Un oligarca, sí, pero nunca aceptó oro persa. Tampoco siente un gran amor por los macedonios pero, a su modo, es honorable —Agis alargó la mano hacia su hermanastro—. Si el rey está de acuerdo, quedaos con Rhoda como si fuera vuestra hija.

Meleager miró al rey, que asintió con un ligero movimiento de cabeza. Meleager estrechó la mano de Agis. Alejandro se puso en pie y se reclinó en el pilar.

—Hefestión, llevaos a Agis. Dispone de una hora para escribir su lista. Que acompañen a Peleo a las puertas de la ciudad, que le quiten la capa y las sandalias, que le den un bastón, agua para un día y algo de comida. Queda exiliado de Efeso para el resto de su vida.

Peleo empezó a objetar, pero Hefestión ya se encontraba caminando hacia la puerta para permitir la entrada de los guardias. El templo se vació, sólo quedaron Telamón, Alejandro y Meleager.

—¿Cuál va a ser vuestra sentencia? —le preguntó Telamón.

El rey levantó la vista.

—Meleager, sois magistrado jefe de Efeso, el arconte, pero la prisión sigue estando bajo mis órdenes y las de su comandante. Regresaréis a la ciudad y estamparéis en ella mi autoridad. No debe derramarse más sangre. El Templo de Hércules será derrocado hasta sus cimientos y luego reconstruido. La casa de Agis y su hija quedan en vuestras manos, el resto de su riqueza es para mí. ¡Ahora podéis marcharos!

Meleager se encaminó hacia la puerta.

—¡Ah, Meleager!

El oligarca se volvió.

—Que se termine la obra de Apeles y se coloque en el nuevo Templo de Artemisa, en el lugar de honor —chasqueó los dedos en dirección a Telamón—. La confesión de ese loco, el incendiario que lo quemó hasta los cimientos. Telamón, contadle a Meleager lo que habéis descubierto.

Telamón explicó cómo la confesión contenía un anagrama, una profecía velada sobre el nacimiento de Alejandro al que había asistido Artemisa.

—Pero podría ser... —La objeción de Meleager murió en sus labios. Suspiró—. Como deseáis, majestad, así será. El templo que en su tiempo albergó la estatua de vuestro padre ahora albergará el retrato tan fielmente pintado de Alejandro el Dios. Pero majestad —añadió Meleager—, ¿qué pasará con Agis?

El rey le devolvió una mirada fría. Meleager, incómodo, salió de la habitación arrastrando los pies. Al otro lado de la puerta se escucharon los gritos de protesta de Aristandro.

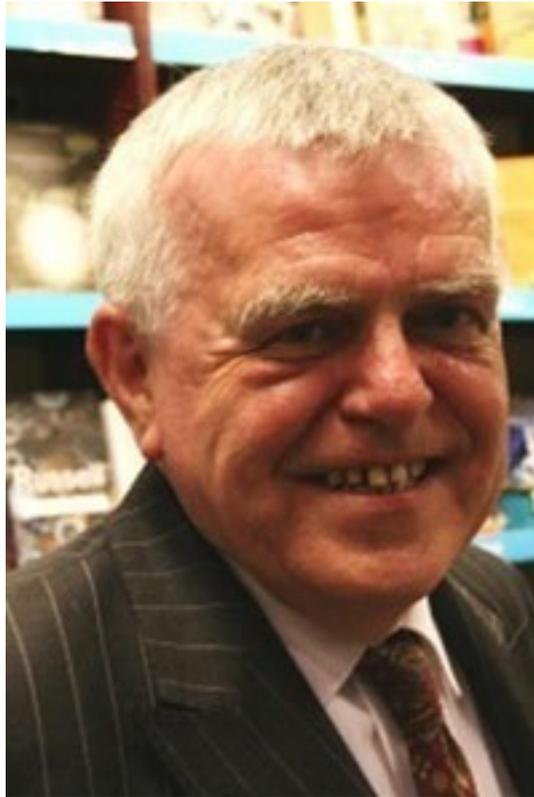
—¡Que no entre nadie! —gritó Alejandro y alargó la mano a Telamón para que se la cogiera. Cuando el médico lo hizo, el rey lo atrajo hacia sí y le besó en ambas mejillas.

—No lo olvidaré —Alejandro dio un paso atrás—. Agis confesará. Me revelará cuál es el próximo plan de ataque persa y dónde tendrá lugar la lucha.

—¿Y cuando os confiese todo lo que sabe? —le preguntó Telamón.

—Se ha derramado demasiada sangre —susurró Alejandro—. Encargaos vos mismo, Telamón. Después de que se ponga el sol, llevadle una copa de cicuta y que se la beba. ¡Este impío puede irse a los infiernos, y decidles a aquellos que habitan en la oscuridad que yo le he enviado!

**FIN**



PAUL C. DOHERTY. (Middlesbrough, Inglaterra, 1946). Durante 3 años estuvo en un seminario católico en Durham pero finalmente no se ordenó. Estudió Historia en las universidades de Liverpool y Oxford donde obtuvo el doctorado con una tesis sobre Eduardo II e Isabel I. Trabajó como profesor de secundaria en varias ciudades de Inglaterra. Durante 25 años, ha sido director de la Trinity Catholic High School de Essex, una de las más prestigiosas escuelas de Inglaterra, y compagina su faceta de profesor con la de escritor. Es autor de aproximadamente 60 libros. Actualmente vive con su mujer Carla, 6 hijos y 2 caballos en un pueblo entre Essex y Londres.

Ha escrito con varios seudónimos (Michael Clynes, Paul Harding, C. L. Grace...), utilizando últimamente su nombre original.

En 1987 empezó a publicar series de novela histórica de misterio: la Edad Media, el Antiguo Egipto, Roma y Grecia. En total ha superado las 12 series de novela histórica, 11 novelas y 7 libros de historia. Sus obras están bien ambientadas y documentadas, con desenlaces imprevistos. Paul Doherty utiliza un lenguaje sencillo y comprensible que hace de la lectura un ejercicio placentero.